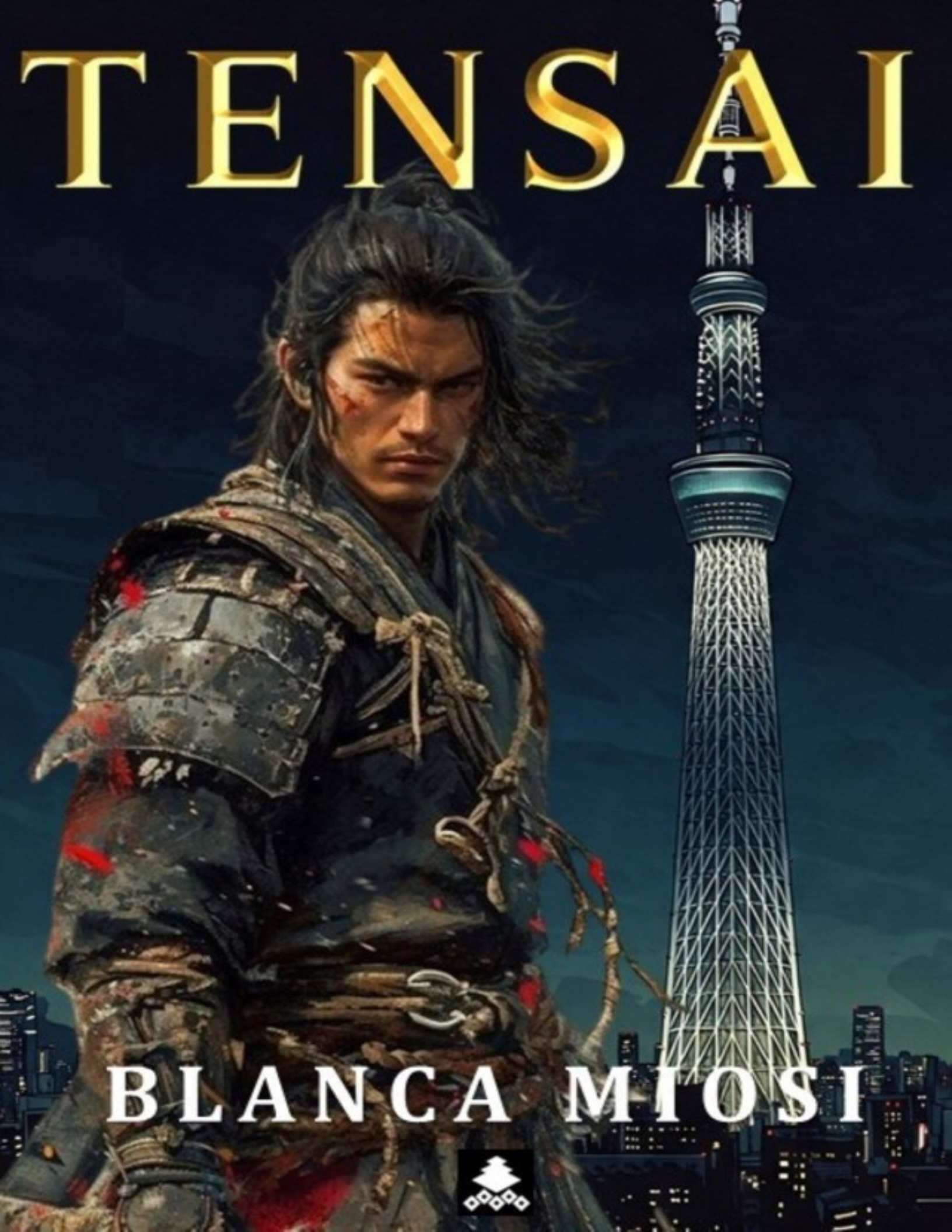
TENSAI



BLANCA MIOSI



T E N S A I

Blanca Miosi

A Henry, siempre.

safecreative©

Copyright© 2507072427660
Blanca Miosi 2025
Edición digital 2025

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Unas palabras de la autora
Agradecimientos
1 - Okura, el asistente – Tōkyō, 2019
2 - El descubrimiento
3 - La presentación de la novia
4 - Los comienzos en Awa 1532
5 - Miyoshi Nagayoshi
7 – Gushiken Anjiro, 1545
6 – La época dorada
8 – Nagayoshi y los jesuitas
9 - Nagayoshi y las guerras intestinas
11 - Miyoshi Atagi
12 – Timor
13 – Japón, 1940
14 - Argentina - II Guerra Mundial
15 – El oro de Yamashita
16 – Hiroshima y Nagasaki
17 – Nagayoshi Holdings Limited - 2019
18 - Atagi y Yumi
19 - Atagi
20 – Masaru, Taiwán y los pescadores, 1948
21 – El Jardín Iluminado por la Luna
22 - Tōkyō, 1948
23 – Daiki y la Yakuza
24 - Años de posguerra
25 – Miyoshi Daiki
26 – Hirawa y *Tsukiakari no Niwa*, 1952
27 – Sasaichi, Masaru, Kazuo Taoka, 1952
28 – Atagi y Yamaguchi-gumi
29 – Atagi y Shinoda Kenichi
30 – Atagi y Ohime
31 – Atagi y Hana
32 - Yumi y el atacante

33 – Atagi y Yumi
34 – Osaka y los secuestradores
35 – Ohime y el investigador privado
36 – Shinoda Kenichi, Suzuki, Hana.
37 – El secuestro de Ohime
38 – Hirawa – Ohime y la policía
39 – Atagi y Hana
40 – Atagi, Ryota y Hirawa
41 – La presentación, Atagi, Hana y Haruto
42 – Atagi y el resultado de la paternidad
43 – El apartamento
44 – El testamento de Hirawa
45 – Atagi y Hana
46 – Atagi y Wakaba
47 – Atagi, Wakaba y Hana
48 – La muerte de Hirawa.
49 – Año 2020
50 – El Jardín Iluminado por la Luna
10 – Apogeo y caída del clan Miyoshi
Referencias al vocabulario
Bibliografía
Si te gustó esta novela
Acerca del autor

Unas palabras de la autora

Hace unos años fui de visita al Perú, país donde nací. Mi madre, de ascendencia española, se casó con mi padre, nacido en Japón y llevado desde muy pequeño al Perú. En aquella visita tuve la oportunidad de conversar con la última esposa de mi padre, Alejandrina —debo aclarar que mis padres se divorciaron cuando yo tenía cinco años— y ella, que vivió mucho más tiempo con mi padre que nosotros, conocía de él aspectos que yo ignoraba. Uno de ellos fue que mi apellido, Miyoshi, proviene de un clan samurái descendiente de la línea de los Miyoshi Nagayoshi, como figura en nuestro *kanji*: 三好 . El *kanji* no solo es parte de la escritura del nombre, también transmite el significado y la cultura. Al utilizar el *kanji* en nombres, se pueden transmitir deseos para el futuro, cualidades de la persona o incluso la historia familiar.

Dicho esto, puedo decir que enterarme de aquello me llevó a investigar el pasado de mi familia japonesa. Así, llegué a conocer a uno de sus miembros más destacados, hijo del patriarca Miyoshi Motonaga: el gran Miyoshi Nagayoshi de quien hablo en esta obra, que trata de personajes reales de la historia de Japón en el período Sengoku, uno de los más sangrientos de ese país, que abarcó 148 años, desde 1467 a 1615.

Para mayor comprensión de los lectores, me gustaría aclarar que en Japón se acostumbra anteponer el apellido al nombre. Al estar ambientada la historia en ese país, quise ceñirme a ciertas reglas para respetar su idiosincrasia. He utilizado algunos términos en japonés que se pueden comprender en el contexto y, por si existiese alguna duda, al final hay un glosario con el significado en español.

Ha sido de gran ayuda para la escritura de esta obra la lectura y corrección de los términos en japonés de mi cuñado Juan Antonio Verastegui y mi hermana Liliana Miyoshi, ambos residentes en Japón, a quienes agradezco la paciencia y dedicación que tuvieron conmigo durante la creación de la novela y por la investigación llevada a cabo por ellos en la Oficina de Registros Familiares de

Japón, donde un sistema llamado *koseki* registra la información familiar de los ciudadanos japoneses, incluyendo nacimientos, matrimonios, defunciones y otros eventos de la historia familiar.

Conviene aclarar que esta obra es una novela. La parte histórica que corresponde al período *Sengoku* y específicamente a la era *Tenbun,* es estrictamente fiel a la que figura en los registros de las bibliotecas japonesas al respecto y que también se pueden encontrar en Internet, y es tanta su popularidad que existen *animes* que tienen como figura principal a Nagayoshi y otros personajes de ese período histórico. Sin embargo, en la presente obra hay partes de ficción, combinadas con acontecimientos reales ocurridos durante y después de la Segunda Guerra Mundial, vistos desde la perspectiva japonesa, como el ataque a Pearl Harbor, las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, la Guerra de Corea, la reconstrucción de Japón, el Oro de Yamashita, todo ello interpretado a través de personajes descendientes del clan Miyoshi.

El Artículo 9 de la Constitución de Japón, afirma que: *El pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como un derecho soberano de la nación y a la amenaza o uso de la fuerza como medio para resolver disputas internacionales*, también declara que *nunca podrán mantenerse fuerzas de tierra, mar y aire, así como cualquier otra con potencial bélico.*

Sin embargo, las pruebas realizadas por Corea del Norte con su misil balístico Taepodong-1 sobre el espacio aéreo japonés a partir de agosto de 1998 así como otros asuntos de esa índole, han llevado a una escalada de tensión entre ambos países que, a su vez, ha provocado un aumento del interés por parte de Japón a cambiar su política de exclusión. En diciembre de 2004, Japón y los Estados Unidos firmaron un memorándum para el establecimiento de un marco general de cooperación para el desarrollo de un sistema marítimo antimisiles.

El Artículo 18 de la Constitución de Japón prohíbe el servicio militar forzado. Sus Fuerzas de Autodefensa se componen exclusivamente de voluntarios.

Quiero agradecer profundamente a Gregoria Alejandrina Martínez, a quien yo de niña llamaba Aleja, QEPD, por dedicarme varias horas de su tiempo aquella mañana cuando la visité hace algunos años. Disfruté de su amena conversación, su lucidez mental y excelente memoria que, sin yo proponérmelo, derivó en los recuerdos ancestrales que mi padre había depositado en ella, probablemente siguiendo la tradición familiar. La evoco como una mujer fuerte que siempre me trató con cariño. Estuvo con mi padre hasta el fin de sus días y fue portadora del secreto familiar. Me honra haber recibido las memorias de mi padre y tener el honor de plasmar en las líneas de esta novela la historia del clan Miyoshi.

Blanca Miosi

Agradecimientos

Mi agradecimiento especial a mis hermanas Gladys Miyoshi Takahama, Liliana Miyoshi y a mi cuñado Juan Antonio Verastegui Flores, por acercarme al modo de vida de Japón, los lugares, costumbres y maneras, y a mi querido amigo Fernando Hidalgo Cutillas, quien con sus consejos clarificadores ayudó a que esta novela sea inteligible. Los errores que puedan haber quedado son totalmente míos.

1 - Okura, el asistente – Tōkyō, 2019

Desde su posición discreta, Okura contemplaba a su joven patrón en silencio. Sentía un privilegio silencioso al poder trabajar en el hogar de una familia de tan largo y distinguido linaje, descendientes directos del legendario clan Miyoshi. La vasta historia familiar, meticulosamente registrada en los antiguos libros de la biblioteca de la casa, estaba a disposición de Okura, quien, en su calidad de asistente personal del joven Atagi, gozaba de libre acceso a cada tomo. Para él, era un honor inmenso servir en una de las mansiones más grandes y veneradas de la zona, un baluarte de tradición y poder. Sin embargo, nada de aquella célebre ascendencia, ni el peso de su historia, parecía interesar realmente a Atagi, el joven heredero de los Miyoshi Nagayoshi. Se diría que Atagi era un ser aparte, ajeno a las expectativas de su estirpe. Los pocos amigos que Okura le conocía eran los mismos que había conservado desde la escuela, antes de su partida a estudiar a Harvard. A los que había hecho más recientemente, sin duda durante su servicio militar, Okura no había tenido ocasión de conocerlos, pues nunca habían sido invitados a la intimidad de la mansión.

Okura llevaba cincuenta años al servicio de la familia Miyoshi y había criado a Atagi desde que nació. Fue su tutor, el encargado de descifrarle lo que no comprendía en la guardería o en las escuelas. Un lector empedernido y un amante del arte y las matemáticas, su relación con su pupilo, Atagi, era más cercana que la que el heredero mantuvo con cualquier otro miembro de la familia, incluyendo a sus propios padres. El rostro de su joven patrón jamás reflejaba lo que le sucedía por dentro; lo habían adiestrado desde pequeño a no mostrar sus emociones. *Solo la gente de bajo nivel, los sin casta, exponen sus sentimientos en público*, afirmaba el padre de Atagi con una contundencia implacable. A sus setenta y cuatro años, Okura seguía siendo un hombre lúcido y físicamente saludable, aficionado a la meditación y sin vicios conocidos. Siempre

bajo la protección y la sombra de los Miyoshi, no conocía ni deseaba otra forma de vivir.

Los delicados jardines *miegakure* que rodeaban la casa, un concepto de diseño pensado para que, a medida que se pasea por ellos, se vayan descubriendo elementos del paisaje, como el agua, puentes de piedra, linternas centenarias o faroles construidos en rocas, eran la delicia personal de Atagi. A través de las impecables paredes de vidrio del salón, podía contemplar la majestuosidad del pino negro japonés del que su padre estaba tan orgulloso, y los musgos y helechos que más allá adornaban las enormes rocas que, en forma de islas, se erguían serenamente en el lado sur de la pequeña laguna, rodeada de árboles podados al estilo *niwaki*. Sintió la presencia de su fiel Okura y giró la cabeza, hasta encontrarse con sus ojillos de mirada aguda, que siempre parecían leerle el alma.

—Amo Atagi, pronto conocerá a su prometida. —La voz de Okura era suave, pero firme.

—Así parece, Okura. Pero llamarla prometida es un poco prematuro —dijo Atagi, esbozando una pequeña sonrisa, una de las pocas expresiones que se permitía.

—Prematuro, sí. Aunque para ser sincero, aún no nos reponemos de la muerte de su hermano, Yoshiteru.

—No me refería a eso, pero tienes razón, la decisión es apresurada —murmuró Atagi, y a medida que se desvanecía su sonrisa un velo de melancolía se posó en rostro.

—Voy por el desayuno. ¿Se le antoja algo en especial?

—Lo dejo a tu elección, Okura. Confío en tu buen juicio.

El asistente salió de la habitación hacia la cocina, con pasos silenciosos, como siempre, y Atagi prosiguió con su melancólica contemplación de los jardines.

Muchos se habrían sentido orgullosos de vivir en un entorno tan bucólico, un oasis de paz lejos de las bulliciosas y apretujadas calles de Tōkyō. Para él, sin embargo, el aire que respiraba allí era algo natural. Había crecido en ese entorno de armonía asimétrica y no concebía la belleza de la naturaleza de otra manera. Era lo que más había extrañado durante su ausencia de la casa. Llevaba tres días sin salir de la mansión, excepto para trotar por los acogedores caminos

de Den-en-chōfu, la exclusiva zona en los suburbios de Tōkyō en la que solo podían darse el lujo de vivir los verdaderamente privilegiados, como su familia. Solía hacerlo vestido con una sencilla sudadera y un pantalón de chándal, un atuendo que, sin embargo, no engañaría a nadie; excepto a los foráneos o algún que otro turista despistado. Cualquiera que caminara por esos lugares podía ser un millonario, un magnate, un miembro de la élite. De regreso a casa, pasaba una hora diaria en el gimnasio privado de la mansión, sometido al duro entrenamiento al que se había habituado durante el servicio militar, en el que fungió como instructor de artes marciales, puliendo su cuerpo y su mente.

—Mañana conocerás a tu futura esposa —le anunció el padre, Ryota, durante la cena, con una voz que no admitía réplicas.

Atagi permaneció en silencio, su rostro se mostró inescrutable. Se acercó un pequeño trozo de pescado asado a la boca y antes de probarlo miró directamente a su padre, con un desafío apenas perceptible en sus ojos.

—No tengo intenciones de contraer matrimonio por ahora —dijo con voz tranquila, pero firme.

Ryota frunció el ceño, pero mantuvo la compostura. —Podrás hacerlo después, Atagi. Lo importante es que conozcas a tu prometida. Es una formalidad necesaria.

—¿Cuándo empiezo en la empresa? —Cambió de tema Atagi.

—El lunes. Ser CEO te dará una idea global de la empresa, de los proyectos, inversiones… —dijo el padre con un entusiasmo forzado, ligeramente sorprendido de que Atagi estuviera interesado en la empresa familiar, o al menos lo pareciera—. El lunes mismo entrevistarás a los que he seleccionado como tu mano derecha. La elección será enteramente tuya.

—Gracias, padre. Estoy muy interesado por empezar. Tengo una idea bastante acertada del holding y de lo que se podría implementar.

Su padre lo miró, conteniendo apenas la sorpresa. La respuesta de Atagi había sido demasiado rápida, demasiado perspicaz.

—Los padres de tu prometida y yo hemos acordado reunirnos en un privado en el Héritage del Ritz-Carlton —continuó Ryota, volviendo a la agenda familiar.

Atagi consideró no opinar al respecto. En primera instancia, le parecía bien que el encuentro fuese en un lugar neutral, no en la casa de alguna de las dos familias, lo que evitaba compromisos incómodos. No obstante, el hecho de tener que conocer a la que compartiría con él el resto de su vida, elegida por otros, le parecía un asunto deleznable. No le interesaba, así fuese una belleza; él no buscaba mujeres hermosas. En realidad, no estaba en la búsqueda de esposa; prefería la libertad y la independencia que había gozado siempre, lejos de las cadenas de las obligaciones de casta.

Ryota observó pensativo las maneras de Atagi. ¡Cuánto habría dado para que su hijo Yoshiteru fuera su heredero! Yoshiteru era el primogénito, el predilecto, el que había sido instruido desde pequeño para comportarse según las estrictas órdenes paternas, el espejo de lo que un Miyoshi debía ser. Mantener a Atagi alejado, enviarlo a Occidente, había creado un híbrido que estaba muy lejos de ser como su hijo predilecto. No obstante, lo había criado con el mismo esmero, aunque reconocía que su carácter siempre fue más fuerte que el de Yoshiteru.

Atagi era consciente de que cumplir con las expectativas de su padre sería un camino cuesta arriba. Su hermano había sido siempre el sucesor natural, el destinado a la grandeza, de quien se esperaba la excelencia sin fisuras. ¿Por qué había muerto de esa manera? ¿Cómo una vida con un futuro tan brillante y lleno de privilegios podía acabarse en un estúpido accidente de coche? Cuando se enteró de los pormenores de la muerte de su hermano, no comprendió el motivo por el que la investigación se había cerrado tan rápidamente, sin mayores pesquisas. El coche no fue revisado a fondo, ni se supo si tenía algún desperfecto mecánico para ocasionar un accidente de tal magnitud. Para haber quedado reducido a escombros, la velocidad con la que se estrelló contra un muro debió de haber sido descomunal. Daba la ominosa impresión de que lo hubiera hecho adrede, pero, conociendo a su hermano, aquella idea estaba completamente descartada de su mente. Ellos habían

hablado por teléfono esa misma mañana; la noticia de su regreso del servicio militar le había causado a Yoshiteru mucha alegría, y le había prometido que le presentaría al amor de su vida. De manera que la idea de un suicidio era absurda. El accidente, envuelto en un velo de silencio, no se investigó lo suficiente, y el coche fue a desguace sin la autorización expresa de la policía. Su padre alegó que la muerte de su hijo le había afectado demasiado y que no deseaba investigaciones de ninguna clase, que el dolor era suficiente. Y, en efecto, Ryota parecía haber envejecido diez años, sus cabellos habían perdido el color negro azabache que lo caracterizaba, y las arrugas en su rostro se habían acentuado, como si se tratase de un balón desinflado. Hasta parecía haber perdido estatura, encogiéndose bajo el peso de su pena.

Del hombre cuya presencia infundía respeto y, en algunos casos, temor, quedaba poco. Sin embargo, Atagi sabía perfectamente que, bajo esa reciente apariencia de fragilidad, existía una fuerza de voluntad inquebrantable, una determinación que debía estar oculta en algún lugar profundo de su ser. Lo sabía bien por la forma en que su padre se dirigió a él para informarle que conocería a su prometida, una orden camuflada de anuncio.

Sus padres habían insistido en que lo acompañase Okura durante su estadía en los Estados Unidos. Y así fue como el asistente se encargó en ese país de los mínimos detalles para hacerle la vida más sencilla, un apoyo constante. Él era su cómplice silencioso, conocía sus gustos, amistades, salidas y hasta podría decirse que presentía sus estados de ánimo. Atagi confiaba en Okura más que en sus propios padres, a quienes nunca había tratado con la misma cercanía emocional. Okura era quien le había consolado de pequeño, era él quien le había curado las heridas y quien había estado siempre a su lado cuando su padre decidió enviarlo a estudiar al extranjero, un destierro disfrazado de educación. A Okura jamás se le ocurriría traicionarlo; sentía a Atagi como si fuera su propio hijo y le habría servido con la misma devoción, aunque no le pagase absolutamente nada.

Okura extrañó profundamente al joven Atagi cuando fue a cumplir el servicio militar; fue la única vez en la que estuvieron separados

por doce meses enteros. La decisión de Atagi de ingresar a las Fuerzas de Autodefensa había encontrado la feroz oposición de su padre, quien consideraba una pérdida de tiempo y de prestigio que su hijo, un egresado de Harvard, sirviera al ejército, aunque fuera en calidad de instructor de artes marciales. Okura se sentía inmensamente orgulloso de su joven amo; oponerse a la voluntad paterna lo hacía fuerte, independiente, a diferencia de Yoshiteru, su hermano, para quien la palabra de su progenitor era ley inmutable. Sin embargo, durante la ausencia de Atagi, Okura había observado que el señorito Yoshiteru también tenía algunas particularidades que no comulgaban del todo con la estricta visión del señor Ryota. Desde hacía dos años, Yoshiteru asistía a las reuniones de negocios y a las juntas directivas de Nagayoshi Holdings Limited con su padre, pero no había logrado alcanzar una instancia superior a la de director general, algo que su padre en ocasiones le reclamaba con insistencia. *La empresa ha crecido demasiado, necesito que seas el CEO de Nagayoshi, que te responsabilices por todos los detalles, que resuelvas problemas, que analices los mercados y dirijas la asamblea*, le había exigido Ryota. Según se había informado Okura, un CEO era el cargo más importante de una gran empresa después del presidente, el líder operativo más elevado. Su papel y su peso eran tan importantes que, a menudo, la decisión de prescindir de sus servicios tenía consecuencias importantes para la propia empresa, su reputación y su valoración en la bolsa y en el mercado en general.

Y a los ojos de Okura, Yoshiteru no estaba a la altura de esa inmensa responsabilidad. En eso concordaba plenamente con el señor Ryota. Le faltaba don de mando y, según había notado, existía un motivo para la evasión de sus deberes: la sospecha de que había una mujer involucrada. Aquello no sería nada extraño, si no fuera porque, al parecer, sus padres no estaban enterados de la relación. Okura pensaba que tal vez pertenecía a una clase social que su padre no aprobaría, y prefirió no entrometerse, hasta que ocurrió la tragedia. Después de aquello, su decisión de evitar cualquier

comentario se fortaleció, pues presentía algo peligroso y oscuro, un secreto inconfesable, en la vida del fallecido Yoshiteru.

En el tiempo en que Atagi estuvo ausente, Okura había sido testigo involuntario de algunas discusiones a puertas cerradas entre el señor Ryota y su esposa, Aroshi, refiriéndose a su amo Atagi. El padre no lo creía capaz de ser su sucesor y, para comprobarlo, le estaba reservando el cargo de CEO, una prueba de fuego deliberada.

—¿Cómo crees que un joven inexperto podrá con esa responsabilidad? ¡Ni siquiera Yoshiteru empezó como CEO! —había reclamado la madre, con la voz cargada de dolor y preocupación.

—Atagi siempre fue el más inteligente —replicó Ryota, con una dureza que rozaba el desprecio—. Sus estudios en Harvard le servirán de algo, espero.

—Creo que debería empezar como lo hizo Yoshiteru… mi pobre hijo —murmuró Aroshi, reprimiendo un sollozo ahogado—. ¡Todo fue tu culpa, Ryota! No debiste darle tantas responsabilidades, ¿quién me devolverá a mi hijo?

—¿Cómo te atreves a decir eso, Aroshi? Sabes cuánto significaba para mí. Era mi heredero.

—Lo sé… lo siento, no quise decir eso —musitó Aroshi, con la culpa en su voz.

Ryota pasó un brazo por los hombros de su esposa y la atrajo hacia él, un raro gesto de consuelo.

—Está bien, comprendo lo que sientes. Solo te pido que no menciones más a Yoshiteru, el dolor que siento es demasiado grande. Quiero que Atagi demuestre de qué es capaz; si no puede hacerlo, empezará como un director, con menos responsabilidades, no te preocupes. Quiero saber de qué está hecho Atagi, es una prueba fuerte, pero necesaria para la familia Miyoshi.

—Pobre Atagi… es tan gentil, no se merece esa desconfianza.

—¿Quién desconfía de él? ¿Tú o yo? —Ryota la miró directamente a los ojos, una pregunta que era también una acusación.

—Tienes razón —dijo ella, bajó la mirada y calló.

Okura se retiró discretamente de detrás de la puerta. Su amo, el joven Atagi, tenía una prueba de fuego por delante, no solo en los

negocios, sino en la lucha por ganarse el respeto de su propio padre y el lugar que le correspondía. Negó con la cabeza mientras caminaba por los espaciosos ambientes de la casa con la mano en la barbilla, y la preocupación grabada en su semblante.

2 - El descubrimiento

El suave hilo de luz que se colaba por las cortinas corridas apenas iluminaba la alcoba de Atagi cuando Okura entró para despertarlo. La cama estaba inusualmente vacía para ser domingo. Okura, con esa intuición forjada en décadas de servicio, comprendió que su joven amo se había levantado antes de lo acostumbrado. Sin perder un instante, se dedicó a cambiar las sábanas de seda y a ordenar la habitación, dejándola impecable. Luego se dirigió al espacioso vestidor para elegir la vestimenta que Atagi usaría esa tarde para la crucial cena donde conocería a su prometida. Meticuloso como siempre y conocedor al dedillo de los gustos, y también de las sutiles rebeldías de Atagi, eligió un elegante traje Armani marrón oscuro, un fino suéter de seda de cuello alto de color negro —una elección audaz para una cena formal según la tradición familiar— y unos sofisticados zapatos Oxford de dos tonos, negro y marrón oscuro, a juego con el traje. Calcetas negras, gemelos de oro discretos y un pañuelo de seda completaban el conjunto. Por último, seleccionó el reloj Audemars Piguet de oro que armonizaba con el atuendo, y un abrigo negro de cachemir para la noche. Okura sabía que aquella selección podría contrariar al señor Ryota por ser poco convencional, pero también conocía a Atagi: si se limitaba a imponerle la vestimenta estrictamente apropiada para una cena formal, Atagi simplemente la rechazaría y se pondría lo que él quisiera. Prefirió dejar preparada una opción que, aunque moderna, aún conservara la elegancia esperada. Dejó todo dispuesto con sumo cuidado en la isla del vestidor y salió a ordenar el desayuno, esperando que su amo estuviera disponible pronto.

Atagi había salido a trotar temprano, sentía la necesidad de quemar la inquietud que lo corroía. La idea del compromiso y si era sincero consigo mismo, las imposiciones en general le resultaban asfixiantes. Vivir en una sociedad como la japonesa, acostumbrada a seguir normas sociales y costumbres milenarias que todos debían

respetar —trabajadores, estudiantes, empleados, sin excepción, fueran *senpai* o *kohai*, es decir, instructores o aprendices, además de los componentes de una familia, donde el respeto por el progenitor era incuestionable— le desagradaban al extremo. Atagi había observado que, en Japón, la mitad del día la gente se la pasaba interpretando un papel, ajustando su *tatemae* (fachada pública) a cada interacción, dependiendo de con quién se estuviese hablando. El *honne* (verdaderos sentimientos) permanecía oculto, reservado para la intimidad más absoluta. Al vivir tantos años en los Estados Unidos, se había acostumbrado a una actitud más laxa, una mayor libertad en la expresión individual, eso sin llegar a los extremos de lo que consideraba imprudencia. Aunque había crecido en un entorno familiar japonés y algunas costumbres las conservaba, pero la imposición de una esposa la consideraba una intromisión intolerable en su autonomía.

Regresó a casa después de una hora de carrera vigorosa y fue directamente a la ducha, dejando que el agua fría disipara la tensión en sus músculos. Desayunó en el comedor de diario, a solas, asistido únicamente por la discreta presencia de Okura. Los domingos la familia Miyoshi no se reunía para el desayuno, una pequeña gracia dentro de la rigidez de su rutina. El resto de la mañana y parte de la tarde la pasó en el estudio de su hermano fallecido, prosiguiendo con la búsqueda obsesiva de algún indicio que lo llevase a concluir si la muerte de Yoshiteru había sido accidental, un suicidio o, como intuía cada vez más, un atentado orquestado. No creía en absoluto en la versión paterna, su actitud al respecto le parecía extrañamente evasiva. El lugar estaba sospechosamente limpio y ordenado; Atagi sabía que la obsesión por el orden y la limpieza que caracterizaba a su madre se extendía a todos los rincones de la casa, y eso lo sabía bien el personal de servicio. Aun así, el estudio le había parecido desde un comienzo demasiado impecable, casi desinfectado de cualquier rastro personal. No existían documentos en papel ni carpetas en los cajones del escritorio. Encendió el ordenador, que se inició sin contraseña. Apenas contenía cartas y documentos sin mayor importancia, ni fotos, ni vídeos, ni algo que tuviera la más mínima relevancia. Muy extraño para ser real, casi una negación de

la existencia de Yoshiteru. La única actividad que mostraba la pantalla eran los inicios de su hermano en el negocio de su padre. Era como si no hubiera tenido vida privada, ni novia, ni amigos, solo una existencia unidimensional dedicada al holding Nagayoshi.

Decidido a ir más allá de la superficie, abrió el explorador de archivos con el atajo de teclado [Windows] + [E]. Seleccionó en la barra superior la pestaña «Vista» e hizo clic en el recuadro «Mostrar u ocultar». Pulsó la marca de verificación en Elementos Ocultos para mostrar los archivos ocultos. Lo hizo de una manera automática, sin pensar que encontraría algo, y su sorpresa fue mayúscula cuando vio un icono transparente: «AllProject.exe».

Hizo clic sobre él y apareció un menú que pedía una contraseña. Después de tratar con su fecha de nacimiento, la de cada miembro de la familia, el día de su ingreso a la universidad y la fecha en la que viajó a los Estados Unidos, se le ocurrió que tal vez la clave fuese una palabra compuesta. ¿Cuál? Tecleó: «yoshiatagi». Era como los llamaban en la escuela.

Supuso que su padre había hecho una limpieza en el ordenador de Yoshiteru, pero era comprensible que él, pese a su astucia, no estuviera familiarizado con las sutilezas de la tecnología, aunque llegar a los elementos ocultos no fuese algo demasiado sofisticado. Existía una carpeta: Yumi.

Copió el contenido en un pendrive y dejó el estudio de su hermano, que, según su padre, sería el suyo, y fue directamente al ordenador portátil que tenía en su dormitorio, la única máquina en la que confiaba. Sin perder tiempo, insertó el lápiz de memoria y abrió el archivo con una punzada de ansiedad.

Contenía varios documentos y, para su asombro, una serie de correos electrónicos entre su hermano y una persona llamada Yumi. A medida que leía, se hizo evidente que era una relación no aprobada por su padre, y, según los propios mensajes, tampoco contaba con el visto bueno de los parientes de Yumi. Pero la verdadera revelación llegó con las fotografías. Atagi las miró una a una. Eran varias imágenes de Yoshiteru con un joven alto y delgado, de aspecto asiático, sin duda japonés, siempre en lugares solitarios o en el interior de alguna casa. No existían fotos con familiares ni con

amigos. Era, sin lugar a dudas, una relación clandestina, lo dedujo porque sus padres jamás habían comentado al respecto, ni siquiera una alusión. El joven era bastante agraciado, y algo en su mirada, intensa y directa, transmitía un carácter fuerte, casi magnético. Su hermano era un individuo de cuerpo delgado, según lo recordaba, con la complexión propia de su raza, un poco más alto que él, bien proporcionado y de rasgos faciales marcados. Tenía ojos grandes y redondos, no tan rasgados como los suyos, lo que le daba una apariencia de asombro inocente. Él había sido el único que lo había tratado con la cercanía propia de un hermano occidental y actuó como su protector a pesar de que la diferencia entre ellos era de apenas dos años. Sus padres, por el contrario, siempre se abstuvieron de darles un abrazo y mucho menos un beso, manteniendo la formalidad más extrema. ¿Habría sido esa carencia afectiva el motivo que lo había unido tan intensamente al joven Yumi? Se veía en las fotos que Yumi era alguien que tenía una clara influencia sobre su hermano: era él quien le pasaba el brazo por los hombros, él quien le plasmaba un beso fugaz en la mejilla, según pudo observar en las imágenes. Y Yoshiteru parecía feliz, genuinamente feliz, tan feliz como cuando hablaron por teléfono y le dijo que le presentaría a su novia. ¿Sería él «su novia»? Se preguntó. No salía de su asombro; una relación como aquella jamás podría prosperar en el seno ultraconservador de su familia, era impensable.

Y según sabía, su hermano tenía un compromiso inquebrantable con la novia que sus padres habían elegido. Sin duda alguna, existía algo turbio, un secreto que su padre había querido borrar. Tal vez la relación con Yumi fuese el motivo de su muerte, pero, ¿en manos de quién? No quería pensar que su familia tuviera algo que ver; eso quedaba descartado, una verdad demasiado brutal para afrontar. Entonces, ¿quién? Siguió leyendo los correos que su hermano había guardado y trató de encontrar el apellido del hombre de las fotos, pero no encontró rastros. Por un momento se le ocurrió enviarle un mensaje, pero lo haría desde algún cibercafé; desde casa, sería demasiado arriesgado, dejando un rastro digital. Memorizó la dirección de correo electrónico para no anotarla y no dejó señas del

contenido del pendrive en su ordenador. Luego, guardó el lápiz de memoria en un pequeño compartimento secreto dentro de su cartera, un nuevo tesoro de información.

Durante el almuerzo, en la opulencia silenciosa del comedor principal, reinó un silencio casi reverencial, solo acompañado por los leves sonidos de los sorbos a la sopa. A su familia le disgustaba el ruido de los cubiertos occidentales tanto como a Occidente el de sorber los líquidos. Atagi sonreía para sí al pensarlo; ¡las diferencias culturales eran tan notorias hasta en los más nimios detalles! Al concluir la comida, su padre se dirigió a él para recordarle que a las siete de la tarde partirían para la cena, una formalidad que ocultaba una imposición. Su madre lo miró y le hizo una seña con la cabeza para que fuera con ella.

—Hoy conocerás a tu prometida, Ohime —dijo Aroshi con un tono que buscaba calmar, pero contenía una advertencia—. Es una joven educada en la Universidad de las Artes de Tōkyō, tiene un posgrado en pintura japonesa. Tiene veinticinco años y es bastante agraciada. Estoy segura de que se llevarán bien. Espero que estés presentable esta noche —agregó, bajando la voz.

—Por supuesto, madre. Estaré presentable —se limitó a decir Atagi.

Su madre asintió con un movimiento de cabeza y se retiró a sus aposentos, y él a los suyos. No podía dejar de pensar en su hermano; su muerte no le parecía que fuese un capítulo cerrado. Para él, existía algo que no encajaba, una pieza faltante. El comportamiento de su padre le parecía sospechoso, pero ¿quién iba a encararse con él y arrostrarle sus sospechas? Sería como declararle la guerra, y Atagi sabía que no contaba con el favor de su progenitor. Si en ese momento se encontraba en Tōkyō era únicamente debido a la muerte de su hermano; no tenían más hijos, de manera que él era el heredero del holding empresarial que dirigía su padre, aunque no fuese el predilecto. Siempre fue Yoshiteru, pese a que su hermano nunca mostró demasiado entusiasmo por ello. En sus conversaciones, salía a relucir su disconformidad, le decía*: Se espera demasiado de mí, hubiera preferido que fueses tú, Atagi; siempre te consideré más preparado para el cargo*. Palabras que, en

su momento había ignorado, pero que ahora resonaban con una dolorosa ironía. Su padre, sin embargo, jamás admitió esa verdad hasta que no le quedó otra alternativa.

La estatura de Atagi, apenas ligeramente más alta que la del promedio japonés, sin embargo, imponía con su presencia, una cualidad forjada por el rigor. Sus ojos rasgados y sus facciones marcadamente asiáticas creaban una imagen parecida a una máscara de impasibilidad, la misma que había aprendido de su padre, para quien cualquier leve demostración emotiva era sinónimo de debilidad. Había sabido aprovechar esa cualidad cuando tuvo que tratar con gente de cultura occidental, quienes a menudo confundían su reserva con calma o incluso misterio. Sin embargo, esa misma cualidad imperturbable había formado parte de su incuestionable atractivo entre el universo femenino de Harvard, que lo encontraba enigmático, pero cuando sonreía la expresión de su rostro se transformaba, su sonrisa era irresistible.

Su cuerpo esbelto, debido al cuidado obsesivo que ponía en su físico, no dejaba entrever la dura musculatura que poseía bajo sus ropas. Era cinturón negro en kárate y rojo y blanco en judo, disciplinas que había aprendido desde la infancia. Estas eran bases necesarias para la práctica de *Krav Magá*, una técnica de defensa personal israelí que se basa en el combate cuerpo a cuerpo, sin reglas establecidas. El *Krav Magá* busca la supervivencia en una situación donde la vida humana corre peligro, un método brutalmente efectivo de autoprotección que se adapta a la vida real, y que Atagi dominaba con precisión.

Durante los años de estudio en los Estados Unidos, creó amistades interesantes que pensaba continuar cultivando desde Japón. De las femeninas, cuidó de no mantener ninguna relación permanente; no deseaba ocasionar motivos que lo arrastrasen a alguna situación indeseable o que comprometieran su futuro, por lo que sus encuentros con las chicas eran eventuales y raramente terminaban en la cama. Y en esos casos siempre, sin excepción, con el uso de preservativos, aunque ellas asegurasen que tomaban precauciones. No obstante, admitía que algunas mujeres eran lo bastante atractivas como para pasar una o dos noches de placer. Ya

fuera por la autodisciplina adquirida en las artes marciales o porque su personalidad le impedía actuar de manera imprudente, evitó en lo posible mezclar los sentimientos con el placer físico. Pero por encima de todo existía una razón importante: siempre se había sentido atraído por mujeres de ascendencia asiática. Con ellas se sentía más a gusto, el físico de una japonesa era delicado, sin voluptuosidades, sus maneras suaves y elegantes, y la piel de sus congéneres tenía una tersura inigualable, un atractivo casi magnético para él.

Era conocido por evitar las bebidas espirituosas, aduciendo que sufría de intolerancia al alcohol, la que padecen la gran mayoría de asiáticos. En su caso no era cierto, pero era una buena excusa para evitar las trasnochadas y las eventuales oportunidades de consumir drogas, tan usuales cuando el organismo se encuentra fuera de sus capacidades cognitivas normales. Así era Atagi, un universitario graduado con honores en Harvard, de porte marcial, de veinticuatro años, heredero de una familia privilegiada y, para cualquier mujer, el soltero perfecto.

3 - La presentación de la novia

Atagi salió al encuentro con sus padres en el amplio recibidor de la casa, un espacio majestuoso que usualmente inspiraba reverencia. Su madre iba ataviada de manera impecable al estilo occidental, Su padre, enfundado en un inmaculado traje oscuro con corbata gris de seda, exhalaba autoridad. Él, por su parte, con su atuendo de traje marrón y cafarena negra de cuello alto, rompió sutilmente con la formalidad implícita. Ryota no pudo evitar una mirada de reconvención en un destello de desaprobación en sus ojos gélidos, pero sorprendentemente, permaneció en silencio, tragándose la objeción. El chófer esperaba junto al imponente Bentley gris oscuro que los llevaría hasta el hotel donde tendría lugar la cena.

Al llegar al estacionamiento subterráneo de la torre Tōkyō Midtown, ascendieron directamente al restaurante franco-japonés Héritage de Kei Kobayashi, un chef cuyas tres estrellas Michelin habían elevado a los cielos la categoría del lugar, situado cuarenta y cinco pisos sobre el nivel de la calle. El ambiente, envuelto en el esplendor de las deslumbrantes vistas nocturnas de Tōkyō, garantizaba una experiencia sensorial inolvidable. Las luces de la ciudad centelleaban como un océano de joyas bajo ellos.

La prometida y sus padres hicieron su entrada a la hora indicada, con una puntualidad que honraba el respeto de las reglas de cortesía japonesa. La pareja Hirawa era entrada en años; Atagi calculó que el padre debía de tener no menos de noventa, y se notaba a leguas que era considerablemente mayor que su mujer. La señora Hirawa era su tercera esposa y, después de incontables tratamientos de fertilidad, había logrado llevar adelante un embarazo que siempre le había sido esquivo, un milagro para su edad. Tenía cuarenta y tres años cuando dio a luz a una niña, su única hija: Ohime. Atagi los saludó con una profunda reverencia, observando la formalidad de su estirpe. Todos ocuparon sus lugares en la mesa, en una silenciosa danza de protocolo. La cena transcurrió de manera agradable, la conversación giraba en torno a convenciones sociales. Ohime, una

joven educada al modo antiguo, apenas participó en la conversación, manteniendo un silencio discreto, al igual que Atagi, pero por otros motivos. Él no tenía un tema que convergiera con el de ellos; sus intereses yacían en un mundo diferente. Se limitó a observarla con discreción: a su modo de ver, era una chica menuda, frágil y más o menos agraciada, de ojos grandes y rostro pequeño. No había guardado ninguna expectativa al respecto, pero de lo que estaba seguro era de que ella no sería su esposa.

Después de la cena, cuyo plato principal fue un exquisito rollo de cangrejo y aguacate con flores comestibles, una delicia para la vista y el gusto, hizo su aparición el célebre chef Kobayashi Kei, un japonés joven y atractivo, de cabello tintado de rubio cenizo y cortado al estilo romano. Era conocido de Ryota, al ser este accionista del hotel. El mismo Kobayashi los acompañó hasta un salón privado, un espacio más íntimo y formal, donde llevarían a cabo la presentación oficial del compromiso.

—Nuestro hijo se siente muy honrado de formar parte de su familia, mi estimado Hirawa-san. Espero que su hija esté de acuerdo con esta unión. —La voz de Ryota era un bálsamo de cortesía, aunque su mirada se posó un instante en Atagi, como una advertencia silenciosa.

El señor Hirawa, acostumbraba tutearlo, y con una voz que denotaba su avanzada edad, mostró un entusiasmo que a Atagi le pareció excesivo.

—Ohime lo está, Ryota. Tenemos este acuerdo, y me parece, si te viene bien, que fijemos una fecha para efectuar la boda lo antes posible.

Ryota miró a su hijo y luego a su mujer. Aroshi parecía estar de acuerdo, asintiendo con un leve movimiento de cabeza, aunque el rostro de su hijo siguió impávido, con una pequeña sonrisa en los labios que no alcanzaba sus ojos, como si la cosa no fuera con él, como si su destino no se estuviera sellando en ese preciso instante.

—¿Qué dices tú, Atagi? —preguntó su padre.

—Yo digo que me parece muy precipitado —respondió Atagi, con la calma que lo distinguía—. Creo que a Ohime le agradaría que nos conociéramos un poco más.

—Estoy de acuerdo —afirmó la joven, para sorpresa de todos, incluso de Atagi.

—Bueno… ya hemos acordado lo más importante —intervino Aroshi, actuando como mediadora—. Podemos decidir la fecha cuando ellos la prefieran.

—Cierto. A partir de ahora tiene nuestro permiso para frecuentar nuestra casa —invitó Hirawa, con un tono que dejaba claro que no era una sugerencia, sino una expectativa.

—Me siento muy agradecido, Hirawa-san —respondió Atagi, usando la cortesía como un escudo.

—Atagi formará parte de Nagayoshi Holdings Limited como CEO. Está destinado a ser el presidente… algún día —agregó su padre, con un brillo de orgullo forzado en sus ojos, mirando a Hirawa, más que a su propio hijo.

Ohime prestó especial atención a los proyectos de su futuro suegro. En su mente, ya se veía como una perfecta ama de casa, sin mayores preocupaciones, al igual que la mayoría de sus amigas que habían contraído nupcias con buenos partidos. La pintura, su posgrado, la tendría como un hobby elegante; la gente de su clase no necesitaba trabajar, aquello se consideraba un asunto que le competía al vulgo. Atagi era un buen partido, sus amigas la envidiarían. Además de poseer una de las fortunas más grandes de Japón, físicamente no era tan atractivo como su hermano, pero tenía un aire misterioso que le gustaba. Tampoco parecía muy animado ante la idea del matrimonio, al igual que su hermano. *Ya me encargaré de hacerle cambiar de idea*, se dijo, como una promesa silenciosa a sí misma tocando levemente la gargantilla de perlas Akoya que adornaba su cuello.

—¿Qué te pareció Ohime? —le preguntó su madre cuando iban de regreso en el silencioso Bentley.

—¿Ohime? Parece una buena chica. —La voz de Atagi era neutral, inexpresiva.

—Espero que frecuentes su casa, hijo; no hacerlo sería un desaire intolerable. Quería decirte que… fue novia de tu hermano. —La voz de Aroshi era suave, casi susurrante, como si temiera la reacción.

—¿Novia de mi hermano? ¿Y ella está de acuerdo en que yo lo sustituya… incluso en eso? —preguntó Atagi. Su impasividad se resquebrajó por un instante, una ola de repulsión lo invadió.

—Ellos no tuvieron mucha cercanía, hijo, fue un compromiso formal. Por ese aspecto no deberías preocuparte —dijo su madre, intentando minimizarlo.

—Hirawa forma parte de la junta directiva, es un accionista bastante importante —arguyó su padre, como si no prestase atención a la alusión a su difunto hijo, intentando desviar el tema hacia los negocios.

—Prefiero no mezclar lo personal con los negocios —cortó Atagi. No puedo creer que ustedes estén de acuerdo en que me case con la que fue novia de mi hermano. Es… insoportable.

—Lo personal y los negocios tienen más importancia de lo que piensas, Atagi. Él posee acciones en la empresa, pero también es dueño de un consorcio inmobiliario que interesa al holding.

—Usted es dueño de una de las constructoras más grandes de Japón, padre. Tiene su propia inmobiliaria. ¿Para qué querría asociarse con el señor Hirawa? —Las palabras de Atagi eran agudas, llenas de una suspicacia que no intentó ocultar.

—En adelante preferiría que dijeras «nosotros somos los dueños», Atagi; eres mi heredero, lo sabes —corrigió su padre—. Hirawa es dueño de unos terrenos que me interesan vitalmente, ya sabes lo difícil que es encontrarlos cercanos a Tōkyō, con la expansión urbana. Él prometió esos terrenos como dote en el matrimonio de su hija.

—No me comprometo a intercambiar mi vida por una dote, aunque sean terrenos cubiertos de oro. —El tono de Atagi era una declaración de guerra.

Ryota miró a su hijo, una chispa de admiración velada cruzó sus ojos. No está muy lejos de acercarse a la verdad, pensó.

—Hirawa es un hombre anciano. Su única hija es la que puede perpetuar su apellido, la única esperanza de su linaje. Sabes lo importante que es tener descendientes, más si se posee bienes de fortuna.

—¿Y por qué será que ella no ha podido conseguir marido antes? ¿Acaso será que Yoshiteru se suicidó para no tener que casarse con ella? —Atagi lanzó la flecha envenenada, mirando fijamente a su padre.

—Es un asunto que no nos incumbe —cortó Ryota—. Y te prohíbo que mezcles el nombre de tu hermano con un suicidio. Su muerte fue un accidente, un trágico accidente.

—Un consorcio no es lo mismo que un holding, padre. No creo que la unión de las familias nos favorezca a «nosotros». Los verdaderamente favorecidos serán ellos —insistió Atagi, sin dejarse amedrentar.

—La unión de nuestras familias aseguraría no solo los terrenos, sino un crecimiento exponencial de la empresa.

—¿Más? Creo que deberíamos enfocarnos en promover y aumentar la que ya tenemos, en fortalecerla, no en expandirnos sin sentido. Según los últimos informes, las tiendas departamentales tienen una baja consecutiva en las ventas. He estudiado los motivos, y son varios: no existen convenios promocionales con personalidades influyentes, y en la actualidad los youtubers, ídolos del pop, y estrellas de los doramas son muy cotizados. Su influencia se refleja directamente en las ventas.

—Eso requiere un gasto fuera del presupuesto —dijo Ryota, con un tono de voz que denotaba fastidio.

—En el presupuesto deberíamos incluirlo como inversiones, no como gastos. Es una estrategia de marketing, padre.

Ryota no dijo nada. Miró por la ventanilla del coche blindado las luces de Tōkyō que desfilaban ante ellos. Pensó que Atagi tenía los arrestos, la visión y la determinación, que le habían faltado a Yoshiteru. Quizás, después de todo, había subestimado al «heredero secundario».

Al llegar a casa, Atagi se retiró a su dormitorio, hervía de resentimiento y tenía nuevas incógnitas. Prosiguió leyendo los correos cruzados entre su hermano y el tal Yumi. Había empezado por el inicio de la correspondencia, que al comienzo eran mensajes vagos, apenas un coqueteo. Pero a medida que transcurría el tiempo, se fueron haciendo más comprometedores, más íntimos,

hasta que llegó a la última parte, un intercambio que heló su sangre. Pasó directamente al último correo, una de las conversaciones más recientes, que llamó su atención de inmediato:

—¿Crees que puedas darte una escapada esta noche? —escribía Yoshiteru.

—No lo sé… prefiero no darle motivos... —respondió Yumi.

—¿Te golpea? —preguntó Yoshiteru, una pregunta que implicaba una terrible verdad.

—¡Cómo se te ocurre! Mi padre y yo tenemos una relación de confianza, Yoshiteru. Parece que tiene problemas y me ha pedido conversar conmigo justo hoy. Debo ir a Kobe.

—Vi el moretón en tu pierna.

—Ya te dije que estuve practicando judo. No veo las horas de que nos vayamos lejos.

—¿A dónde? Nos encontrarían. Tu padre sí que es un hombre de cuidado.

—No te preocupes por mi padre, es por el tuyo el que deberías hacerlo. Y esa Ohime…

—Tú no te preocupes por ella, es solo una fachada.

—Te hablo después. Creo que viene alguien.

Los mensajes terminaban ahí, abruptamente, fue la última conversación entre ellos.

Atagi dejó la habitación a oscuras, se acostó en la cama, que aún conservaba el suave aroma de las sábanas recién cambiadas por Okura, y cerró los ojos. ¿Quién había matado a su hermano? La pregunta ya no era solo una incógnita, sino una obsesión. Ahora, más que nunca, estaba seguro de que Yoshiteru no había muerto en un simple accidente.

Mientras tanto, en la penumbra de la cocina, Ryota encontró a su mujer, Aroshi, hurgando discretamente en la nevera.

—Sírveme agua —pidió Ryota, con un tono cansado—. Cenar demasiado me da indigestión —dijo, mostrándole una píldora antiácida que traía en la mano.

—Comiste poco, Ryota.

—Sí, y la cena estuvo exquisita. Tal vez la mezcla de ingredientes me haya caído mal.

—A mí me pareció una cena demasiado frugal, eso de la comida gourmet… —Aroshi murmuró, con un matiz de desaprobación.

Ryota no dijo nada. Su mujer había sido delgada y esbelta en su juventud, pero, con los años, de su belleza solo conservaba la elegancia del rostro. La observó mientras veía cómo extraía del microondas un par de gyozas rellenas de carne de cerdo. Las mismas del desayuno. Por un momento envidió su buena salud, su apetito. Él no habría podido digerir aquello en la noche.

—¿Crees que a Ohime le gustó Atagi? —preguntó Aroshi.

—Me parece que sí.

—¿Qué mujer no estaría interesada en un partido como él?

—Tienes razón. En cambio, creo que Atagi no está por la labor. Nuestra conversación en el coche lo demostró —dijo Ryota pensativo, en una inusual confesión—. Sin embargo, me gusta esta faceta de Atagi, esta audacia. Creo que será un buen CEO —reconoció, una aceptación tácita de su hijo menor, algo que nunca había extendido a Yoshiteru.

Era consciente de que había mantenido alejado a Atagi por no ser el primogénito. Pero, a fin de cuentas, llevaba su sangre, era su hijo. Tendría que cambiar su modo de ver las cosas, reconocer su potencial. Por otro lado, Yoshiteru había demostrado un comportamiento poco acorde con el honor familiar, una mancha que lo corroía por dentro. No había querido aceptarlo en su momento, pero la realidad, la verdad oculta de su hijo predilecto, era esa. Y él, a su pesar, la había aceptado, sin embargo, su muerte le había ocasionado un dolor agónico, indescriptible. En lo más hondo de su ser se sentía culpable, ¿se habría suicidado? ¿El accidente habría sido consecuencia de su desaprobación?

Negó con la cabeza, pensativo, mientras regresaba a sus aposentos con un dolor que punzaba su corazón.

4 - Los comienzos en Awa 1532

Durante el reinado del emperador Go-Nara, Japón se regía por un sistema feudal liderado por el shōgunato Ashikaga. Ellos dominaban jerárquicamente una serie de clanes samuráis, entre los cuales estaba el poderoso clan Hosokawa originario de la provincia de Mikawa. Gracias a su cercanía con los Ashikaga, los Hosokawa fueron designados gobernadores militares de varias provincias.

La jefatura de este clan cayó en manos del pequeño Harumoto Hosokawa a la muerte de su padre. El niño, con solo siete años, contaba con la protección y cuidados de Miyoshi Motonaga como su tutor, cabeza del clan samurái Miyoshi de la provincia de Awa y vasallos del clan Hosokawa con quien guardaba una relación de cercanía y confianza que se prolongó durante años, mientras el pequeño Harumoto alcanzaba la mayoría de edad.

Al empezar la era *Tenbun* (天文), en 1532, Harumoto contaba diecinueve años y ya ejercía como jefe de su clan y por tanto era gobernador de Heian-Kyo, que más tarde sería conocida como Kyōto, la capital imperial. Harumoto Hosokawa gobernaba bajo las órdenes del shōgun y ofrecía a su vez protección y apoyo militar a sus vasallos, entre ellos el clan Miyoshi. Este último, gracias a la fuerza de su creciente ejército de aguerridos samuráis, comenzaba a expandir su influencia más allá de la provincia de Awa. Bajo el liderazgo de Motonaga, el clan Miyoshi estableció su dominio en importantes centros de comercio como Sakai y Osaka. Esta expansión llevó al clan Hosokawa a verlos como una amenaza, especialmente cuando los Miyoshi comenzaron a competir por el control de territorios clave para ambos clanes. La tensión escaló hasta desembocar en conflictos armados, convirtiendo a los Hosokawa y los Miyoshi en rivales directos por el dominio de Kansai y Kyōto.

Los tiempos eran brutalmente violentos, marcados por guerras y enfrentamientos incesantes. Las intrigas, envidias y confabulaciones eran una constante que afectaba tanto a clanes rivales como a los

miembros de una misma familia en su despiadada lucha por el poder. Masanaga, hermano menor de Miyoshi Motonaga, consumido por la envidia, conspiró en su contra, difamándolo frente al que había sido su pupilo, Hosokawa Harumoto. Ante la acusación, Motonaga se esforzó por justificarse, pero sus ruegos fueron en vano.

—Harumoto, ¿de qué me estás acusando? No puedo creer que des veracidad a lo que dice Masanaga, sabes bien que él siempre ha envidiado mi posición en el clan.

—Tienes demasiado poder, Motonaga, tus ejércitos te respaldan y creo que tu hermano tiene razón. Deseas indisponerme ante el shogunato Ashikaga.

—Puedes comprobarlo tú mismo.

—No voy a rebajarme ante el shōgun —dijo Harumoto dándole la espalda.

—Ya veo que tus intenciones son otras. Lástima que nuestra amistad termine de esta forma, no creas que me quedaré de brazos cruzados —advirtió Motonaga.

El joven Harumoto simplemente no le creyó, o quizás, no le convenía hacerlo. Forzado al enfrentamiento, Miyoshi Motonaga lanzó un ataque sobre el castillo donde se refugiaba Hosokawa Harumoto. Pero no sabía que éste tenía un acuerdo con los Ikko Ikki, unos guerreros de la plebe, sin honor y sanguinarios, que atacaron por sorpresa desde la retaguardia. La confrontación resultó en una devastadora derrota para Miyoshi Motonaga quien, al comprender la inutilidad de resistir, escapó a su castillo en Awa con los hombres que le quedaban, llevando consigo a su hijo mayor, Chikumamaru, de diez años.

El conflicto, sin embargo, no había terminado para Hosokawa. Resuelto a aplastar a su adversario, atacó el castillo de Motonaga. A pesar de los esfuerzos por resistir, las fuerzas de Motonaga estaban fatalmente diezmadas por la derrota anterior y la traición de su hermano. Atrapado y sin salida, Miyoshi Motonaga comprendió que su única opción era defender su honor en la derrota y, al mismo tiempo, proteger el legado de su familia y su primogénito.

Con esta doble convicción, se plantó frente a Harumoto.

—Ejecutaré *seppuko*, señor Hosokawa Harumoto— dijo, postrándose con la frente en el suelo. —Deja que mi familia conserve mis bienes. He vivido para preservar su existencia.

Motonaga ofrecía su propia vida como sacrificio para garantizar la integridad de sus territorios y la supervivencia de los suyos.

El joven Harumoto, sentado frente a él, asintió con tristeza. Motonaga había sido su consejero y amigo, pero no podía perdonarle la traición que su hermano había revelado.

—Nombra a tu *kaishakunin*— dijo Harumoto, y al ver a Motonaga solo con su hijo Chikumamaru, añadió—: Puedo proporcionarte uno.

—Mi hijo será mi segundo— replicó Motonaga, ante la mirada atónita de Harumoto.

Chikumamaru observó a su padre, sin poder reprimir un gesto de espanto. Negarse no era una opción. Miles de pensamientos cruzaron por su mente: ¿Podría cortarle el cuello de un solo tajo? Le horrorizaba la idea de cercenar la cabeza de su padre y, peor aún, causarle más sufrimiento del que quería evitar. El *seppuko* implicaba cortarse el vientre de forma horizontal, exponiendo las entrañas. Como la muerte no era instantánea y la agonía podía durar horas, los guerreros habían adoptado la figura del *kaishakunin* para abreviar el sufrimiento.

Esa misma tarde, sobre el tatami cuidadosamente dispuesto, Motonaga avanzó. Vestido con un kimono de lino blanco, se arrodilló en el punto señalado. Aceptó la copa final de sake de manos de Harumoto y, con la mente clara, compuso su poema de despedida, su *zeppitsu*:

Nací en primavera / en el ocaso del otoño / cerré los ojos al mundo / y di mi último adiós.

Detrás de él, Chikumamaru empuñó su katana, una réplica a su medida con el filo mortal de una espada adulta, y la mirada fija en cada movimiento de su padre. Motonaga, con gestos calculados, ajustó las mangas de su kimono bajo las rodillas, asegurándose de que su cuerpo no cayera de forma deshonrosa. Con extrema meticulosidad, envolvió la hoja del tantō en papel de arroz —pues la

sangre en las manos sería una mancha infame— y se lo hundió en el lado izquierdo del abdomen. En un instante casi imperceptible, Chikumamaru, con una velocidad sobrehumana y una fuerza surgida de lo más íntimo, ejecutó un corte certero. La cabeza de su padre, con los ojos cerrados, cayó hacia adelante, suspendida por un hilo de piel en el cuello, sin llegar a posarse en el tatami.

Frente a la impactante escena, Harumoto no pudo evitar un gesto de admiración hacia el joven Chikumamaru. Con una destreza impropia de su edad, el niño había logrado una decapitación tan limpia como la de un samurái experimentado.

En ese instante de profunda angustia, el jovencísimo Miyoshi no se permitió el lujo de llorar a su padre. Al estar frente al responsable de su muerte, se negó a mostrarle su dolor. Se mantuvo erguido, con una dignidad imponente, mientras Harumoto y su séquito se inclinaban en señal de respeto antes de retirarse.

El clan Miyoshi sufrió una pérdida temporal de poder, pero logró preservar su bastión y su territorio principal en Awa. Al jefe del clan Hosokawa, sin embargo, convertir a los Ikko Ikki en aliados le saldría caro. Tras un breve periodo de estabilidad, el insaciable afán de dominio de los Ikko Ikki los llevó a volverse contra él. Harumoto intentó pedir ayuda a Masanaga, pero este no acudió. Fue entonces cuando Harumoto comprendió la trampa que le había tendido el hermano del difunto Motonaga. Arrepentido por haber creído sus mentiras, intentó congraciarse con el hijo.

En aquel tiempo, Chikumamaru aún no había alcanzado la mayoría de edad. Harumoto pensó que podría manejar al inexperto hijo del difunto Motonaga y convencerlo de que sus clanes volvieran a brindarse ayuda mutua.

—Voy a ir a Awa en son de paz— informó Harumoto a su general más confiable.

—¿Y qué irá usted a hacer allí, señor? No tenemos con quién hablar.

—Recuerda que está el hijo de Motonaga.

—Es un imberbe. No creo que tenga jerarquía alguna; lo mejor será invadir su territorio.

—Nuestro ejército está diezmado por los levantamientos de los Ikko Ikki. También existe el peligro de la facción de Masanaga; no puedo fiarme de un hermano traicionero. Y le prometí al padre de Chikumamaru que respetaría sus tierras.

—¿Y si al llegar allá usted es arrestado? O lo que es peor, podría ser secuestrado.

—No creo que se atrevan, sin embargo, enviaré primero un emisario con una carta dando cuenta de mi buena fe.

—¿Quién será?

—Tú.

El general hizo una profunda reverencia.

—A sus órdenes, mi señor.

Mientras, en Awa, el consejero de Chikumamaru le sugirió adelantar la ceremonia de mayoría de edad. Era crucial evitar que alguno de sus tíos demandara la autoridad en la provincia por derecho de familia.

—Estoy preparado —respondió el joven, con firmeza.

—Debemos elegir un nombre.

—Nagayoshi —dijo sin dudarlo.

—Miyoshi Nagayoshi. De acuerdo —asintió el consejero.

Durante una sencilla ceremonia, Chikumamaru alcanzó la mayoría de edad. Apenas con once años, se convirtió oficialmente en el jefe del clan como Miyoshi Nagayoshi. Ese mismo día, tomó una decisión trascendental: viajaría al shogunato Ashikaga en Kyōto. Nagayoshi había escuchado a su padre, Motonaga, describir al shōgun Yoshiharu como un hombre de carácter débil, que había permitido las luchas entre los clanes sin imponer orden. Con todo, Nagayoshi confiaba en obtener de él algún tipo de ayuda que lo reivindicara como legítimo señor de Awa.

Nagayoshi era un joven de presencia agradable. Aunque su cuerpo adolescente aún no había alcanzado su pleno desarrollo, lo compensaba con una personalidad paciente pero exigente. Desde muy pequeño había sido adiestrado en el uso de las armas, lo que, junto a su disposición a escuchar, le ganaba el respeto de sus subordinados y el aprecio de los mayores.

Sin embargo, bajo esa aparente tranquilidad, el joven Nagayoshi poseía una fuerza interior que pocos de sus allegados o parientes conocían, a excepción de su consejero, Okumura. Dotado de una inteligencia excepcional, había sido el orgullo de su padre, Motonaga, quien lo hacía partícipe en las reuniones con sus comandantes, así como en sus planes y estrategias políticas y militares. En privado, Nagayoshi le ofrecía a su padre sus puntos de vista, algunos de los cuales Motonaga había seguido al pie de la letra, obteniendo resultados excelentes. Nagayoshi se perfilaba así, como un jefe de clan exitoso y muy respetado.

Con su objetivo claro, Nagayoshi envió un emisario al shōgun Yoshiharu. El mensajero regresó al día siguiente con la respuesta. Sin perder un instante, Nagayoshi se dirigió de inmediato al shogunato Ashikaga, hacia el Palacio de las Flores en Kyōto. Mientras tanto, la pequeña comitiva preparada por el general, siguiendo las órdenes de Harumoto Hosokawa, ya se dirigía hacia Awa.

En su propio camino hacia el encuentro con el Shōgun Yoshiharu, el joven Nagayoshi sentía el corazón encogido. Le preocupaba la reacción del shōgun, tan cercano al jefe del clan Hosokawa, el mismo artífice de la muerte de su padre. Por un instante, los cerezos en flor que bordeaban el camino lo distrajeron, evocando recuerdos de su progenitor, con quien había cabalgado varias veces por esa misma ruta. ¿Cómo se atrevería él, tan joven, a enfrentar al poderoso shōgun? A medida que avanzaba, algo comenzó a crecer en su interior, como si la voz de su padre le susurrara al oído: «No temas, hijo, sé que eres capaz. Recuerda lo que dijo el *uranai-shi* en Hokkaido: *Tu hijo será el más grande de los Miyoshi*». Solo ese recuerdo le infundió la fuerza necesaria para seguir adelante.

Cuando el shōgun Yoshiharu recibió a Nagayoshi, quedó gratamente impresionado por sus modales y su presencia, conciliadora y madura para su edad.

—¿Exactamente en qué te puedo ayudar, joven Nagayoshi? —inquirió el shōgun con una sonrisa superficial.

—Mi padre luchó siempre a su favor, mi señor. Él murió hace un año y mis tierras se encuentran desprotegidas. Mi tío Masanaga lo

traicionó y fue el motivo por el que nuestros ejércitos se dividieron.

—Ah... sí. Me enteré. Una lamentable pérdida, joven Nagayoshi —observó el shōgun, recordando los rumores que corrían sobre la actuación de Nagayoshi como segundo en el *seppuko* de su padre. Su tono era más de protocolo que de auténtica aflicción.

—Solicito a mi señor que garantice que mis tierras no serán tocadas por mi tío. Él tiene las suyas, pero siempre ambicionó las que mi padre trabajó durante toda su vida. Necesito un acuerdo por escrito con usted, para defenderme en caso de que él o cualquier otro desee enfrentarme.

—¿Eres el mayor de tus hermanos? —preguntó Yoshiharu, con un aire distraído.

—Así es, señor. Tengo tres hermanos, pero todavía son muy pequeños.

El shōgun Yoshiharu entornó los ojos y lo observó atentamente. Le había conmovido su juventud y valentía, en cierto modo. Cualquier muchacho de su edad no se habría atrevido a presentarse ante él a solicitar un convenio, mucho menos a que garantizase inmunidad a sus tierras. Sin embargo, su expresión seguía distante.

—Miyoshi Nagayoshi, estás bajo mi protección, y mi ejército te ayudará en caso de ser necesario —declaró el shōgun con una formalidad calculada—. Pero el clan Hosokawa sigue siendo poderoso y forma parte de mi defensa. Mi consejo es que pactes con él si deseas controlar a tu tío.

—Ellos fueron los causantes de la muerte de mi padre, señor —objetó Nagayoshi, con la voz teñida de desencanto.

—Ten paciencia —replicó Yoshiharu, restándole importancia—. Unirte a tu enemigo rendirá frutos. Solo puedo garantizarte que tu tío no se apoderará de lo que te corresponde por herencia. Sé que Hosokawa Harumoto se ha enterado de la mentira de tu tío. Está arrepentido por no haber creído en tu padre. La última frase sonó más como un intento de justificación que de consuelo.

Nagayoshi se inclinó hasta poner la frente en la alfombra, asombrado por la información que el shōgun manejaba. Supo entonces que no obtendría nada sustancial de él, solo promesas vacías y en su fuero interno juró venganza.

—Gracias, mi señor. Así lo haré —respondió Nagayoshi, manteniendo la compostura.

—Debes prometerme algo —dijo el shōgun, con un tono más exigente—. Desde este momento, has de conformar un ejército fuerte, cohesionado, como cuando tu padre vivía.

—Así será, señor. Podré hacerlo si usted me garantiza protección —replicó Nagayoshi, insistiendo una última vez.

—¿Te gusta la poesía, joven Nagayoshi? —preguntó el shōgun, evadiendo el asunto.

Nagayoshi recitó, con voz clara:

La primavera es verde / la luz inunda los campos / mi shōgun resplandece / abran camino colinas y valles / él ilumina el futuro.

El shōgun aplaudió entusiasmado. Más tarde, mientras cenaban, lo invitó a leer sus propios poemas. El joven Nagayoshi observaba el desparpajo y despreocupación del shōgun. Algún día lo tendría bajo su yugo, al igual que lo estaría el jefe del clan Hosokawa, pensó.

A su regreso a Awa, Nagayoshi se encontró con el general enviado por Harumoto. Lo recibió en el salón principal, flanqueado por su consejero, Okumura.

—Vengo en son de paz, enviado por mi señor Hosokawa Harumoto, señor Miyoshi Nagayoshi. Él desea ser recibido por usted para entablar conversaciones que podrían ser muy productivas.

Nagayoshi, sentado frente a él, percibió claramente la incomodidad del general al dirigirse a un joven inexperto.

—Dile a tu señor Hosokawa Harumoto que iré yo personalmente cuando mi tiempo lo permita —respondió Nagayoshi con una calma inesperada.

El general lo miró con sorpresa.

—Así lo haré, señor —dijo, y después de efectuar una reverencia, esta vez con mucho respeto, se retiró.

Una semana después, el adolescente Nagayoshi y su comitiva se presentaron en el castillo de los Hosokawa. Harumoto lo recibió con grandes muestras de regocijo, aunque en el aire flotaba una tensión palpable.

—*Ohayou gozaimasu*, mi señor Hosokawa Harumoto-dōmo —saludó Nagayoshi con una profunda reverencia.

—*Konnichiwa* —respondió el daimyō con una inclinación de cabeza. Su tono, aunque formal, llevaba un matiz de expectación—. Agradezco tu visita. Por favor, sentémonos para conversar.

Nagayoshi se sentó en uno de los cojines dispuestos en el tatami y permaneció en silencio. Tras unos segundos, Harumoto rompió la tensión.

—Lamento profundamente haber creído en tu tío Masanaga, joven Nagayoshi —dijo, poniéndose de pie para realizar un *saikeirei* durante unos segundos. La reverencia profunda no ocultó por completo su incomodidad. Volviendo a sentarse, prosiguió—: Deseo hablar contigo para ofrecerte mis disculpas y una alianza.

—¿Mi tío no lo apoyó durante el ataque de los Ikko Ikki? —inquirió Nagayoshi, con una voz que reflejaba indiferencia.

—La verdad es que no solicité su apoyo —mintió Harumoto, claramente tomado por sorpresa por la pregunta directa.

—Me informaron de que él se negó a prestarle apoyo. Es lo malo de aliarse con gente poco confiable, ¿no le parece? —replicó Nagayoshi, con una sonrisa apenas perceptible.

Harumoto ignoró el dardo.

—Si nosotros nos aliáramos, tendríamos un ejército invencible, contando con el del shōgun, de quien soy su vasallo principal. —dijo intentando retomar el control de la conversación.

—El shōgun Ashikaga Yoshiharu tiene un gran ejército, ¿para qué querría el mío? —preguntó Nagayoshi, desafiante.

—A sus fuerzas les falta la disciplina de las tuyas, adiestradas por tu difunto padre. Tu general Matsunaga Hisahide es un hombre indispensable para que el ejército tenga éxito. Sus estrategias dan buenos resultados.

—Me temo que las estrategias no son del general, mi señor Hosokawa —dijo el adolescente, mirando a Harumoto con una fijeza penetrante—. Son mías, y durante el mandato de mi padre también lo eran; él acostumbraba a discutirlas conmigo antes de cada batalla.

Harumoto dio un respingo involuntario. Nagayoshi captó el leve temblor y permitió que una ligera sonrisa se le escapara al ver cómo la imperturbable expresión de su interlocutor se transformaba. Notó, con satisfacción, que Harumoto comenzaba a mirarlo con genuino respeto.

—En todo caso, tus estrategias son excelentes. Serías de gran ayuda como aliado —concedió Harumoto, su tono ahora era más medido.

—Estoy dispuesto a ser su aliado —afirmó Nagayoshi—. Creo que puedo serle de gran utilidad, puedo ser mediador entre usted y el templo Hongan-ji.

—¿Estás seguro? —preguntó Harumoto, con un interés renovado en su voz.

—Estoy seguro. Pero desearía que quedase claro: no seré su vasallo, sino su aliado.

—Ante los ojos de los demás, tendrías que ser mi vasallo, es para cumplir con las normas... —intentó negociar Harumoto.

—Tendremos que dejarlo por escrito —cortó Nagayoshi de manera tajante, fijando en él su mirada inquebrantable.

—Un vasallo con ciertos privilegios especiales, entonces —cedió Harumoto, reconociendo la nueva dinámica de poder.

—De acuerdo.

El jovencito, aún muy consciente del papel de Harumoto en la muerte de su padre, siguió el consejo del shōgun Yoshiharu y aceptó volver a ser su vasallo. Harumoto era simplemente demasiado poderoso para ser derrocado en ese momento. Ser vasallo de un daimyō implicaba un vínculo de dependencia y lealtad: los vasallos prestaban servicio a cambio de protección y el derecho a la tierra. Fue así como comenzó la brillante carrera de Miyoshi Nagayoshi. Se hizo cercano al clan Hosokawa, y estos, al conocer su influencia con el shogunato, lo consideraron un valioso aliado.

A la edad de doce años, Nagayoshi lideró el ejército del clan Miyoshi y apareció en el frente de batalla en la región de Kinai. Allí, medió con éxito en un acuerdo de paz entre el templo Hongan-ji y Hosokawa Harumoto, ganándose el respeto de propios y extraños. El Ishiyama Hongan-ji, un templo budista en Osaka, se había

convertido en la fortaleza militar de los Ikkō-ikki, el grupo de forajidos que se unieron a los monjes, conocidos como «los monjes guerreros». Estos desafiaban al gobierno samurái y eran un factor crucial en la inestabilidad política y social que atravesaba el shogunato. Por ello, la alianza entre ellos y el clan Hosokawa era imprescindible para garantizar la paz.

Había comenzado la era de Nagayoshi, el *tensai*.

5 - Miyoshi Nagayoshi

En el año *Tenbun* 9, (天文 9 年) 1540 del calendario juliano, el apogeo del clan Miyoshi era indiscutible bajo el reinado del emperador Go-Nara. El día 15 del undécimo mes de ese mismo año, Nagayoshi, con dieciocho años, consolidó su posición al casarse con Hatanoshi, hija de Hatano Hidetada de Tamba. Esta unión estratégica aportó la considerable fuerza de los Hatano a su clan. Dos años después, el nacimiento de su hijo Yoshioki afianzó la posición de Nagayoshi.

Su tío Masanaga, el traidor, se mantuvo a una distancia prudencial, temeroso de la autoridad del shogunato Ashikaga. Nagayoshi para entonces ya era un hombre temible, pero evitaba las confrontaciones que creía innecesarias con su propia familia. El shōgun lo nombró gobernador de la provincia de Iga. Sin embargo, él no estaba conforme. Iga era una provincia inferior; su único beneficio era la cercanía a la ciudad principal. Rodeada de montañas, era apenas accesible debido a las pésimas condiciones de los caminos. No obstante, a pesar de su carácter imperioso, Nagayoshi aceptó el nombramiento, pero tenía sus propios planes.

Dado su prestigio como samurái y, de hecho, como daimyō, ordenó la construcción de un castillo de varios pisos rodeado por un imponente muro. La base de piedra lo elevaba varios metros del suelo, permitiéndole avizorar los caminos de entrada y salida de su fortaleza.

—Necesito conversar con el jefe de los ninjas de la zona —comentó Nagayoshi a su consejero.

—¿Ninjas? —preguntó el hombre con cierta sorpresa. Su voz denotaba cautela.

—Sí. Tienen asentamientos en Nigata, también en Noyama, según mis informantes.

—¿Para qué desea hablar con ellos?

—Necesito un equipo de espías. No puedo utilizar a mis propios hombres; caería en deshonra.

—Bien —respondió el consejero Okumura, pensativo—. Creo que sé a quiénes asignarles la tarea.

—Es necesario que sean hombres confiables.

—Por lo de confiable, habrá que ver... pero sabrán que sus vidas correrán peligro si nos traicionan. ¿A quién desea espiar?

—Quiero un equipo de espías para infiltrarlos entre los diferentes clanes. No me fío de ninguno. También necesito mantener a mi tío controlado, saber sus planes.

—Usted tiene la venia del shogunato.

—El shōgun es un inútil, como sabes.

—¿Qué desea conseguir? El shogunato nos protege y le hemos jurado lealtad.

—Consejero, tú sabes que el shōgun Ashikaga es un incompetente. Su desgobierno es un caos, está llevando a Kyōto a la perdición, carece de arrestos para imponer el orden.

—En eso le doy la razón... —comentó el consejero Okumura—. ¿A dónde quiere llegar?

—A lo más alto.

Okumura, quien prácticamente había criado a Nagayoshi, sabía que era ambicioso, pero jamás se hubiera imaginado que ansiara convertirse en shōgun.

—Lo veo difícil. Es mejor conservar el poder detrás del trono.

Nagayoshi, dubitativo, bajó los ojos. Su consejero tenía razón. Tenía libre acceso al shogunato y al propio shōgun Yoshiharu; si se convirtiera en alguien indispensable para él, podría lograr mucho más.

—Así es, Okumura, te doy las gracias por iluminarme —dijo pensativo—. De todas maneras, necesitaré conformar un ejército de ninjas dispuestos a todo.

—Son unos mercenarios; por ese lado no se preocupe, me ocuparé de ello.

Días después, un individuo vestido de manera sencilla, con una cogulla cubriéndole el rostro, se acercó al castillo preguntando por el daimyō Miyoshi Nagayoshi. Tras consultar con el jefe de los guardias, los centinelas le permitieron el paso.

Nagayoshi lo recibió en uno de los salones privados. El hombre hizo una profunda reverencia y se presentó:

—Soy el jefe de los ninjas de Nigata. Me mandó llamar, mi señor.

—Así es, gracias por venir —respondió Nagayoshi. Una vez que el sirviente les hubo traído las correspondientes tazas de té, el joven daimyō fue directo al grano.

—Necesito infiltrar gente de confianza en algunos clanes para que me informen de todo lo que estén planeando.

—Puedo encargar la tarea a algunos de mis hombres, señor. Son fiables y muy buenos en obtener información.

—Tendrán que convivir con ellos sin despertar sospechas.

—Sí, señor, es la mejor manera de hacerlo.

—¿Estarían ustedes dispuestos a apoyarnos en caso de necesitar hombres en batalla?

—Estaríamos muy honrados, señor, dependiendo...

—El pago está garantizado.

El consejero de Nagayoshi le alargó una bolsa de tela gruesa. El hombre la abrió, vio su contenido, la sopesó con un gesto experto y asintió satisfecho. La bolsa contenía cuarenta *ryōs*, equivalentes a cuatrocientos sacos de arroz.

—Gracias, mi señor. Daré buen uso a estas monedas.

—Y habrá más. Muchas más.

—Tengo a los hombres apropiados para averiguar lo que desee, mi señor.

—Necesito un hombre de confianza dentro del clan Hosokawa y en el templo Hongan-ji. Quiero que me mantengan informado de los planes de los Ikkō-ikki. Se comunicarán directamente con mi consejero.

El shōgunato Ashikaga controlaba con relativa eficacia las regiones centrales de Japón, pero las provincias periféricas, como las de Nagayoshi, estaban a cargo de daimyō locales que gobernaban a su antojo. Los funcionarios y administradores de tierras encontraban cada vez más dificultades para recaudar impuestos de terratenientes que, sin temer represalias del gobierno, se negaban a pagar al Estado. Este fenómeno de nuevos gobernantes subvirtiendo el orden establecido y de ramas familiares usurpando dominios de grandes

clanes tradicionales, se conocía como *gekokujo*: «los de abajo derrocan a los de arriba». La repercusión de toda esta inestabilidad era un Japón convertido en un entramado de señoríos feudales, resguardados en fortalezas y castillos fortificados. El ambicioso plan de Nagayoshi era unificar el imperio.

Nagayoshi forjó una enorme fortuna al tomar el control sobre el comercio de Sakai y el puerto de Osaka, un vital centro económico desde donde se importaban y exportaban bienes y mercancías. Esto le proporcionó ingentes cantidades de oro, perlas y piedras preciosas. Además, se hizo con el dinero recaudado en impuestos que los contribuyentes a menudo se negaban a pagar, pues consideraban que los funcionarios del shogunato cobraban impuestos legales. Esto no disuadía a Nagayoshi; él contaba con un ejército de hombres: los *tekiya* y los *bakuto*. Eran samuráis sin señores a quiénes servir porque estos habían muerto y sus tierras desaparecidas a manos de los daimyō vencedores, de manera que se agrupaban y vagaban sin tener oficio. Un buen día Nagayoshi encontró merodeando por los alrededores de su castillo a un grupo de hombres que se hacían llamar los *tekiya* y también los *bakuto*.

—¿Qué hacéis por estos lados? —preguntó, al tiempo que los observaba con atención. Tenían un indudable porte marcial. Todos llevaban la katana en el cinturón ancho de los samurái, pero vestían andrajos.

—Estamos buscando trabajo, mi señor —dijo uno de ellos adelantándose ante Nagayoshi con una reverencia.

—Mi ejército está completo. —Al verlos en situación deplorable, se compadeció y les dijo—: Les ofrezco un baño y la oportunidad de lavar sus ropas, también ordenaré que les sirvan comida.

—Gracias, mi señor, pero no somos mendigos… somos samurái.

—Después hablaremos al respecto —indicó Nagayoshi, mientras hizo un gesto a uno de los guardias para que los hicieran pasar al castillo.

Los hombres entregaron sus *katana* y sus *wakizashi* a los guardias y aceptaron la invitación. Esa noche Nagayoshi tuvo una reunión con ellos.

—Como les dije, no puedo ocuparlos como parte de mi ejército por ahora, sin embargo, pueden ser mis cobradores de impuestos. Necesito hombres que sean honestos y confiables.

—Usted dirá cómo debemos actuar, nunca hemos realizado esa tarea, señor.

—Les daré una lista de los comerciantes de las prefecturas que están bajo mi jurisdicción en la que figuran las cantidades que deberán recaudar. Existen otros cobradores de impuestos, y a los comerciantes no les gusta pagar doble tributación; la función de ustedes será protegerlos de estos segundos cobradores a cambio de un pago fijo. Esa será su ganancia. Los impuestos me los traerán a mí.

Se miraron unos a otros como si trataran de comprender lo que el daimyō había explicado y después de consultarlo entre ellos, el que llevaba la voz cantante preguntó:

—¿Eso está dentro de la ley?

—Yo soy quien hace las leyes —dijo Nagayoshi—. Y no sé a qué viene la pregunta. Ustedes, los *tekiya* y los *bakuto* asaltan y coaccionan a los comerciantes sin darles nada a cambio, no crean que no estoy enterado. Si quisiera, ustedes quedarían arrestados en este momento.

Un movimiento mostrando inquietud se sintió entre ellos.

—¿Cuál será nuestra paga por hacer de cobradores de impuestos, señor?

—¿Acaso no me están entendiendo? Ustedes propondrán a los comerciantes que los cuidarán de los otros cobradores de impuestos, que suelen ser del clan Hosokawa o del shōgunato. A cambio, ellos aceptarán pagarles por ese servicio, esa será su paga, que la podrán repartir como ustedes quieran. Es un *myōgakin*; un pago por la paz, por derecho a operar.

Los hombres aceptaron el trabajo y Nagayoshi se libró del problema de los cobradores de impuestos que, en ocasiones, no eran demasiado honestos.

Los *tekiya* y los *bakuto* conservaban las tradiciones samuráis, que incluían un estricto código de honor y rituales de lealtad, sentando las bases de lo que siglos más tarde se conocería como la Yakuza.

La riqueza de los daimyō estaba asegurada por sus propios ejércitos. A menudo ignoraban las leyes del shogunato y elaboraban códigos legales para administrar mejor a los miles de personas bajo su cargo. Según el pensamiento de Nagayoshi, todas las leyes deberían unificarse, así como los ejércitos, para servir a un solo shogunato o, en el mejor de los casos, a un emperador. Nagayoshi era un daimyō que lideraba su propio ejército de samuráis, al que cualquiera dispuesto a tomar las armas para defender y expandir sus territorios podía unirse.

Mientras tanto, el shōgun Ashikaga Yoshiharu vivía sumido en la inquietud y el desasosiego, temiendo que en algún momento el poderío que ostentaba Nagayoshi lo derrocara. Debido a ello, se alió al clan Hosokawa para prevenir cualquier intento de invasión. Su preocupación no era infundada: el espía ninja de Nagayoshi convivía con ellos, y se enteraba de todos los pormenores de sus planes.

Nagayoshi empezó sirviendo a Harumoto Hosokawa como leal vasallo, tal como había prometido al shōgun Yoshiharu. Sin embargo, su astucia política se reveló con sus segundas nupcias: se casó con la hija de Naganori Yusa, un daimyō de fuerte influencia en la región de Kinai. Fue otro matrimonio sin amor, pero era una alianza que extendió su poder desde Awa hasta la provincia de Settsu, un movimiento audaz en tiempos donde los señores feudales podían permitirse varias esposas según sus conveniencias geopolíticas.

En el año *Tenbun* 15 (天文十五年)1546, Nagayoshi comenzó a vengar la muerte de su padre. Con el refuerzo militar de su suegro, Naganori Yusa y el de sus hermanos, se enfrentó al ejército de Hoskawa Harumoto y enfrentó a Miyoshi Nagamasa, otro pariente alzado contra su padre y leal vasallo de los Hosokawa en la batalla del templo Taihei-ji.

Nagayoshi hizo que los temores del shōgun Yoshiharu se hicieran realidad. Montado en su robusto caballo negro *kizo uma* y ataviado con el temible traje de samurái, encabezó un poderoso ejército compuesto por miles de soldados; los samuráis como caballería lucían imponentes, la infantería, *ashigaru*, bien entrenada iba a pie: lanceros y arqueros. En los flancos, los ninja vestidos de negro, unos

demonios en el combate, eran expertos en la lucha cuerpo a cuerpo capaces de dar giros y saltos increíbles que los hacía difíciles de enfrentar. El estandarte mayor, el *hata-jirushi*, delante del ejército samurái con la bandera que mostraba el escudo del clan Miyoshi: la castaña de agua de tres pisos con sacaclavos, ondeaba al viento llevado por uno de los comandantes cuyo caballo trotaba a paso lento al frente del poderoso ejército, cuya ferocidad era acentuada por su armadura. Cada tropa llevaba el estandarte que servía de identificación y ante la mirada del adversario se divisaba un ejército interminable con multitud de ellos, dependiendo de si eran de infantería, arqueros, lanceros ninja o samurái, organizados de tal manera que solo su visión infundía espanto. Cada samurái llevaba una coraza que le cubría la cabeza, elaborada con placas de hierro remachadas y diseñada no solo para protección, sino también para transmitir el estatus y la personalidad del usuario; el *shikoro* una serie de protectores de cuello en capas, proporcionaba protección hasta los hombros, el *dō* protegía el torso y estaba hecho de escamas de hierro o cuero lacadas para evitar la oxidación, las *kote* eran mangas que se extendían desde el hombro hasta el dorso de la mano, a menudo con cota de malla y placas de hierro, cruciales para proteger los brazos durante el combate, los *haidate* cubría los muslos y estaban hechos de pequeños placas de hierro cosida sobre un soporte de tela. Esta pieza de armadura era esencial para proteger las piernas y permitía el suficiente movimiento para combatir eficazmente, ya sea a pie o a caballo, los *kusazuri* eran placas colgantes sujetas al dō (armadura pectoral) para proteger las caderas y la parte superior de las piernas y, por último, los *suneate*, que protegían las espinillas; construcciones complejas con placas articuladas que proporcionaban protección y agilidad. Todo el traje pesaba unos veinte kilos, a veces más, de manera que quienes los portaban debían ser hombres fuertes, resistentes y acostumbrados a combatir con el complicado traje ornamentado.

Cuando Nagayoshi tuvo a la vista el templo Taihei-ji, que era donde se había resguardado su hermano y Hosokawa, lanzó el grito de guerra; *¡banzai!*, y una lluvia de flechas nubló el cielo en dirección al templo. Sin dar tiempo a que reaccionaran cabalgó seguido por sus samurái para enfrentarse frente a frente a los soldados del Taihei-ji-, mientras las tropas rasas cubrían la retaguardia para hacerse cargo del enemigo en su huida. Los ninjas ya habían penetrado en el templo, y desde afuera se escuchaban los gritos de combate o los alaridos agónicos, y Hosokawa, después de enfrentarse a unos cuantos combatientes logró escapar por un túnel secreto. A la salida lo esperaban algunos de sus hombres con caballos, previendo que aquello pudiera ocurrir.

El ejército vencido huyó a Otsu, y la administración Hosokawa colapsó. Con esa victoria Nagayoshi estableció un poder superior al que su padre había ostentado. Su ejército, temido por todos los clanes, en esa ocasión tuvo pocas pérdidas y la leyenda de Nagayoshi se fortaleció. Su sola mención hacía temblar a sus enemigos.

Hosokawa se sentía humillado.

—Me arrepiento haber subestimado a Nagayoshi —afirmó con rabia, mientras conversaba con su amigo Yoshiharu en su exilio.

—A mí me sucede lo mismo. Es astuto y ha logrado un ejército demasiado poderoso, ¡y lo peor de todo, es que yo mismo se lo aconsejé! —exclamó Yoshiharu.

—¿Quién iba a pensar que el mocoso fuese tan taimado?

—Hay individuos cobrando doble tributación y tengo la sospecha que Nagayoshi los protege.

—Creo que deberíamos rebajar los *unjō*, así podríamos competir —opinó Hosokawa.

—Eso de ninguna manera. Ya mis ingresos han disminuido y debo pagar tributo al emperador. Sabes que es importante conservar la jerarquía que nos da estar bien con Go-Nara. Tú también deberías contribuir.

A Hosokawa no le agradó la idea. Él lo que deseaba por todos los medios era recuperar la relevancia que había perdido por culpa de Nagayoshi.

Al ascender a Kyōto y proclamar su poder supremo, Nagayoshi fue nombrado el primer *tenkabito*, o gobernante de una nación. Intentó establecer la administración Miyoshi, pero la constante resistencia del antiguo poder lo llevó a un cambio de estrategia. Nagayoshi optó por dejar de luchar contra el shōgun Yoshiharu, que constantemente formaba alianzas con uno u otro daimyō para enfrentarse con él y finalmente accedió a un acuerdo para instaurar un sistema de gobierno tripartito: Ashikaga Yoshiharu - Hosokawa Ujitsuna - Miyoshi Nagayoshi.

Nagayoshi, sentado en el sitial de honor que correspondería al shōgun, lucía imponente, vistiendo el kimono de gala, confeccionado en seda y bordado con hilos de oro. Hosokawa y Yoshiharu un escalón más abajo, lo miraban sin poder disimular la envidia.

—Señor Ashikaga Yoshiharu, lo invito cordialmente a que formemos un sistema de gobierno que nos permita vivir en armonía —dijo, y señalando al hombre sentado al lado de Hosokawa Harumoto, prosiguió—: Hosokawa Ujitsuna, será el vice-shōgun—. Y dirigiéndose a Yoshiharu—: Usted retornará a Kyōto como shōgun en funciones y yo permaneceré en el cargo de asesor y consejero.

Harumoto se movió incómodo, mirando de soslayo a Yoshiteru, quien parecía satisfecho con el acuerdo. No había sido nombrado *Kanrei*, como había previsto, y en su lugar estaba ahora Ujitsuna, su enemigo. Nagayoshi notó su malestar sin inmutarse, lo tenía previsto. Sabía que ellos se odiaban, pues Harumoto había sido el asesino de su padre adoptivo.

—Me las pagará —dijo Harumoto refiriéndose a Nagayoshi.

—No te inquietes, ya veremos cómo deshacernos de él —le aconsejó Yoshiharu.

—Tiene espías en todas partes, es el propio demonio.

Ambos sabían que quien seguiría siendo el *tenkabito* sería Nagayoshi.

—Pero al menos, estaremos en el centro del poder —afirmó Yoshiteru.

7 – Gushiken Anjiro, 1545

Las oscuras callejuelas adyacentes al puerto de Kagoshima permitieron a Gushiken Anjiro escurrirse en la noche. Acababa de enterrar su daga en lo profundo del pecho del dueño de uno de los almacenes de arroz más importantes de Ryūkyū. Aunque él mismo, Anjiro, era un samurái devenido a comerciante y poseía una relativa fortuna, sabía que tendría que rendir cuentas ante el señor de esas tierras, quien no tardaría en ordenarle el *seppuko* para apropiarse de sus bienes. Lo mejor sería desaparecer, y que nadie se enterara del autor de la muerte del dueño del almacén. No había soportado que lo engañase con el pesaje del arroz. Para él la honradez era primordial, pero en esos momentos se arrepentía de haber actuado de manera impulsiva.

Anjiro había amasado cierta fortuna comerciando con los portugueses y, eventualmente, con China, desde donde traía a Japón ricas telas de seda y exquisitas piezas de porcelana Ming. Podía expresarse en chino y también hablaba un poco de portugués.

Mientras caminaba por el puerto, se topó con el capitán de un barco portugués, Álvaro Vas, con quien había hecho tratos anteriormente. Le solicitó trabajo entre la tripulación de su navío, pero Vas no aceptó: su dotación estaba completa. Sin embargo, le entregó una carta dirigida a Fernando de Meneses, quien tenía otro barco atracado en el puerto. Anjiro fue esa misma noche en busca del capitán Meneses, a quien no conocía, y se equivocó de persona. Para él, todos los extranjeros eran muy similares: blancos, con barbas y bigotes, y de estatura más o menos parecida. Así fue como le entregó la carta a Jorge Álvarez, un devoto católico quien, al conocer las circunstancias del japonés, aceptó llevarlo a Malaca. En aquel tiempo, Malaca era un importante enclave portugués en la península de Malasia, y el objetivo de Álvarez era que Anjiro se confesara ante su querido amigo el jesuita Francisco Xavier. Anjiro

accedió, pues lo que más necesitaba era alejarse de Ryūkyū lo antes posible. Ya vería qué hacer después.

Durante el tiempo que estuvo en el barco, Anjiro mejoró su portugués lo suficiente como para darse cuenta de que, en realidad, estaba prácticamente secuestrado y que el capitán tenía intenciones de entregarlo a la justicia después de haberle impuesto un ritual de evangelización o algo por el estilo. Al llegar a Malasia, el capitán Álvarez se encontró con la noticia de que el jesuita Francisco Xavier no se encontraba en el lugar. Anjiro decidió regresar a Japón.

Deambuló por el puerto, lleno de pequeñas embarcaciones de pescadores, en busca de un navío que pudiera llevarlo a Japón. Ninguno de aquellos lentos y frágiles barcos era adecuado para tal travesía y ya desconfiaba de encontrarlo cuando atisbó a la distancia un majestuoso junco chino de tres palos atracado en el muelle principal. Reconoció al instante el avanzado diseño de sus velas, reforzadas con listones de bambú, que les daban rigidez y un mejor aprovechamiento de la dirección del viento. Nada tenían que envidiar a los navíos españoles y portugueses. Se acercó rápidamente y vio que había mucha actividad en cubierta. Terminada la carga, la marinería se preparaba para zarpar. Anjiro se dirigió al hombre que daba las órdenes, que resultó ser el capitán, para preguntar si podría llevarlo hasta alguna de las pequeñas islas cercanas a Ryūkyū.

—Voy directo a China a dejar mercancía. Al regreso, puedo dejarte en una de esas islas.

—Por mí está bien, capitán.

Pactaron el precio y la nave salió rumbo a China.

Mientras Anjiro estaba recostado en la baranda del barco, notó que el capitán oteaba el horizonte con inquietud. El viento que antes era una brisa suave, se volvió insistente y frío. El color del cielo empezó a cambiar de azul brillante a gris plomizo. El hombre a su lado, un viejo con arrugas alrededor de los ojos de tanto observar la lejanía miró a Anjiro.

—Las nubes son densas y están bajando.

Los marineros empezaron a moverse con una urgencia silenciosa mientras el capitán, estoico, con la mirada fija en el horizonte,

parecía reconocer los signos, sabía que se acercaba una lucha por la supervivencia. Gritaba órdenes cortas y precisas.

—¡Recojan velas!

El viento no solo soplaba. Aullaba con un grito furioso que devoraba cualquier otro sonido, ya no se escuchaban las órdenes del capitán ni los gritos de los marineros, Anjiro se aferró a la cuerda pegada a la barandilla y se encogió, y el junco empezó a sacudirse como si fuera una brizna de paja a pesar de su diseño robusto, sin embargo, las olas no eran las habituales, las velas recogidas se agitaban y empezaron a desprenderse de los listones de bambú y a rasgarse; los mástiles crujían amenazando con partirse; los mamparos estancos evitaban el hundimiento inmediato, pero el agua se filtraba por todas partes y el interior del barco se convirtió en un laberinto de agua.

La tripulación luchaba desesperada por permanecer en el barco aferrándose a las cuerdas y a la barandilla y el capitán trataba de mantener el control y gritaba órdenes que se perdían en el viento cuando las olas ya barrían la cubierta llevándose consigo lo que había por delante, incluyendo a los hombres. Una ola gigante golpeó el mástil principal y el sonido de madera astillada como el de un árbol desmoronándose en un bosque acompañó la caída, El junco se inclinó de manera violenta y Anjiro se aferró a un pedazo de mástil. El ruido ensordecedor del tifón fue reemplazado por el sonido del agua inundando el interior del barco, creando una especie de silencio acuático. Los objetos flotaban, las cajas se desintegraban, y el caos se desató. Los marineros fueron arrastrados por el agua como si fueran juguetes y Anjiro no esperó más y se lanzó al agua con el pedazo de mástil.

El junco, que había desafiado a los mares del sur durante una docena de años, se encogía bajo el ataque del tifón, la montaña de agua se levantó sobre la proa del junco, una pared líquida que borró el cielo y la esperanza en un solo instante. Lo último que vio Anjiro fue a los cuatro tripulantes ser llevados por una ola gigantesca y lanzados contra el mismo barco que soltó su último aliento. El agua rugió, entrando a borbotones por la herida abierta en el casco. La

oscuridad que se había asomado se tornó más densa y él no supo dónde se encontraba. Cerró los ojos y se dejó llevar por la corriente.

Nam-myoho-renge-kyo!, exclamó Anjiro con desesperación; un mantra budista que se recitaba para cambiar el karma y superar obstáculos. En medio de su desgracia, se preguntó si había valido la pena matar al hombre del almacén.

Se encontraba en la playa, exhausto, cubierto de arena hasta en las orejas aferrado a un pedazo de mástil y sin el capital que llevaba resguardado en un bolso de cuero, que había quedado en algún lugar del fondo del mar. No tenía manera de comerciar con sus conocidos en aquel lugar; incluso podrían confundirlo con un pirata japonés por su aspecto desastroso. Cabizbajo, caminó a lo largo del día hasta llegar al puerto, ya entrada la noche. Exhausto, sediento y con hambre recorrió el muelle examinando los barcos atracados. De pronto, se detuvo ante un navío portugués que le pareció familiar.

Se presentó ante el capitán, que no era otro que Álvaro Vas, el mismo portugués que le había entregado la carta en Japón.

—*Meu Deus!* —exclamó Vas al ver de nuevo al japonés, con evidente sorpresa mientras lo observaba de pies a cabeza—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Es mi karma. Estuve en Malasia con el capitán Jorge Álvarez, quien me iba a entregar a un tal Francisco Xavier para que expiara mis culpas —explicó Anjiro con amargura, en su mejorado portugués.

—No os preguntaré cómo vinisteis a parar aquí.

—Esta vez ni siquiera puedo comprar comida, señor. Todo lo que llevaba conmigo se quedó en el mar; un tifón arrasó la nave que me llevaría de regreso a Japón después de dejar mercancía aquí. No sé cómo pude llegar a la costa.

—¿Ibas de regreso a Japón?

—Sí, hui de Malaca; al parecer, los cristianos me iban a castigar. Dijeron que tenía que confesar mis culpas.

Álvaro soltó una carcajada. Anjiro lo miró con resentimiento, sin comprender la burla.

—Nada de eso, Anjiro, lo único que iban a hacer era convertiros al cristianismo. La religión verdadera, la de Dios, Jesucristo y su madre,

la Virgen María.

—La verdad, señor, no los conozco; lo único que necesito es que me permitan seguir viviendo.

A Vas le pareció extraño aquel japonés. Parecía pensar de forma diferente a sus congéneres, quienes veían la muerte como algo natural y necesario, más aún en el caso de Anjiro, quien, como él sabía, era o había sido un samurái.

—No os apuréis. Aquí en mi barco necesito ahora un par de hombres; podéis trabajar para mí. Voy justamente a Malaca.

—Pero señor Vas, ya le dije que allá me deben estar buscando, salí huyendo.

—*Não se preocupe*. Os aseguro que nadie os hará daño; lo único que tenéis que hacer es cambiar de religión. Los misioneros jesuitas están por entrar a vuestro país para evangelizar. *Você entende-me*?

—¿Evangelizar? Creo que comprendí mal lo que me explicó el capitán Álvarez.

—Una vez que cambiéis de religión os dejarán en paz. A menos que deseéis tomar los hábitos —añadió Vas riendo, ante la mirada de confusión del japonés.

Meses después, Anjiro se hallaba otra vez en Malaca. En el puerto volvió a coincidir con Jorge Álvarez, quien le ofreció llevarlo con el jesuita español Francisco Xavier, que para ese momento ya se encontraba allí.

El japonés Anjiro confesó sus pecados ante el jesuita y, para su asombro, todo le fue perdonado con suma facilidad. En agradecimiento, empezó a asimilar las enseñanzas cristianas que, en algunos aspectos, se parecían a las budistas. Anjiro fue bautizado con el nombre de Paulo de Santa Fe en el colegio de Goa, convirtiéndose así en el primer japonés cristiano.

Corría el año del Señor de 1547 cuando el jesuita Francisco Xavier se interesó profundamente en Japón al enterarse por Anjiro de las costumbres de ese imperio; fue la principal fuente de información para que deseara desplazarse personalmente a aquel exótico lugar para evangelizarlo. Incluso le encargó la traducción del catecismo al japonés, tarea en la que Anjiro utilizó numerosos términos budistas

para explicar conceptos cristianos que, de otro modo, le habría sido difícil expresar.

El jesuita Francisco Xavier logró entrar a Japón con la ayuda de Anjiro, embarcado en el navío de un pirata chino, la única embarcación que pudieron encontrar que los llevase a Kagoshima, el 15 de agosto de 1549, por el extremo sur de Kyūshū, acompañado de otros jesuitas españoles y dos japoneses más recién convertidos al cristianismo. El nuevo aspecto de Anjiro, vestido con el hábito marrón, la tonsura en la cabeza, las sandalias franciscanas y dominando un nuevo idioma, distaba enormemente del samurái que había huido cuatro años atrás. Ahora hablaba portugués y español con fluidez, y se había convertido en un intérprete de las ideas religiosas que los cristianos intentaban implantar en Japón. Por fortuna, el asesinato cometido al dueño del almacén no se lo habían achacado a él. Se enteró después de que sus hermanos se habían apoderado de sus bienes, pero Anjiro, siendo un aventurero acostumbrado a ir de un lado a otro, se conformó con su nueva vida. Aquella nueva aventura con los portugueses le parecía, en el fondo, fascinante.

Ese mismo año, Francisco Xavier y sus compañeros se entrevistaron en Satsuma con el daimyō Shimazu Takahisa, señor feudal de esos territorios en Kyūshū. Consiguieron su permiso para residir en su feudo y predicar el evangelio. Durante un año, los jesuitas realizaron su labor cristiana frente al templo de Fukusho, y con la ayuda de Anjiro, ahora conocido como el hermano Paulo, lograron convertir a unas cien personas.

6 – La época dorada

Nagayoshi tenía una presencia imponente. Su aire marcial y los ropajes de excelente calidad que vestía —cuando no estaba guerreando con el tradicional traje de samurái— añadían prestancia a su figura. De rasgos perfilados, su físico indicaba fuerza y vigor. Procedió a hacer de sus visitas a la corte del shōgun Ashikaga Yoshiharu, a quien había permitido regresar de Omi, una costumbre. De este modo, se convirtió en el poder detrás del trono, tal como había predicho su consejero.

Durante el período Sengoku, Japón vivía un caos alarmante. El emperador carecía de ejército propio, tenía que navegar la compleja red de alianzas y rivalidades entre los daimyō buscando su apoyo para fortalecer las finanzas y la influencia de la corte imperial. El shōgun, en este caso, Yoshiharu, quien se suponía ostentaba el mayor poder después del emperador, carecía de las agallas para controlar la situación, a pesar de poseer un ejército. Su cargo era hereditario, y en Japón nada estaba más arraigado que la preservación de las tradiciones. De modo que, el shogunato Ashikaga, liderado por Yoshiharu, solo podía ser reemplazado por un descendiente o por su dimisión.

Tres años después del acuerdo, Nagayoshi traicionó al shōgun y se alió con el antiguo enemigo de su padre: el inefable Hosokawa. Juntos, con la ayuda de su ejército, derrotaron al shōgun. Atrás quedaron las reuniones con Yoshiharu, las copas de sake y las tardes de ceremonias del té mientras recitaban poesías rengas. La primera parte de su venganza había quedado saldada. Entonces el shōgun Ashikaga Yoshiharu abdicó ante su hijo, Yoshiteru, y ambos huyeron a Omi.

—Mi tío Miyoshi Masanaga y su hijo deben morir, de lo contrario no podré mantener el control del clan —le confió un día Nagayoshi a Harumoto, su antiguo enemigo y ahora aliado.

—No creo que sea posible. No soy muy amigo de tu tío, pero no deseo tenerlo como enemigo; sería muy perjudicial —respondió Harumoto con cautela.

—Está bien, Harumoto, si así lo quieres.

Nagayoshi se retiró y comenzó a reunir aliados para expulsar por la fuerza a los asesinos de su padre. Corría el año *Tenbun* 18 (天文十八年) 1549, cuando derrotó a su tío Masanaga en la Batalla de Eguchi en un golpe decisivo.

Tras esa gran victoria, Harumoto fue a Omi, donde se encontraba Yoshiteru. Ambos temían con razón que Nagayoshi, liderara un nuevo ataque. Con la capital prácticamente abandonada, a la temprana edad de veintisiete años, Miyoshi Nagayoshi se convirtió en la primera persona en sitiar Kyōto durante el período Sengoku. Un hito que consolidaba su poder de manera definitiva.

El liderazgo de Nagayoshi marcó el apogeo indiscutible del clan Miyoshi. Como guerrero y estratega brillante, supo consolidar el poder de su familia en Kansai y mantener el control sobre importantes territorios cercanos a Kyōto. Su habilidad para la diplomacia y la guerra lo transformó en uno de los clanes más poderosos de Japón durante el período Sengoku. Bajo su gobierno, Nagayoshi asumió el control de facto y extendió su influencia sobre la capital, ganándose el temido apodo de «demonio Nagayoshi».

En el año *Tenbun* 21 (天文) 1552, su poder se extendía sobre territorios cruciales:

Kawachi, una base militar estratégica cercana a Kyōto; Settsu, provincia clave que reforzaba el dominio del clan Miyoshi sobre Kansai y aseguraba las rutas comerciales hacia Kyōto; Sakai, una vital ciudad portuaria y centro de comercio, que le ofrecía acceso a redes comerciales y recursos financieros esenciales; Osaka, ciudad estratégica para las rutas de abastecimiento, fundamentales para mantener su poder económico y Kyōto: la capital imperial, cuyo control permitía a los Miyoshi influir directamente en la política del país.

Además de ser un magnífico estratega militar, Nagayoshi era un hombre dedicado a las artes, en especial a la poesía renga. Aunque

algunos lo criticaban por descuidar sus deberes como daimyō, y se ganó enemigos por su trato con los extranjeros que divulgaban la cristiandad, Nagayoshi no actuaba solo por tener ideas abiertas. Su motivo principal era la previsión: pensaba que podría necesitar la ayuda de los misioneros cristianos en el futuro.

Un año antes, uno de los espías de Nagayoshi había llegado con una noticia intrigante: unos extranjeros provenientes de Occidente se habían establecido en Kyūshū, específicamente en la prefectura de Kagoshima. Kyūshū, la isla más austral de Japón. El punto de entrada para los navegantes occidentales.

Desde el año *Tenbun* 12 (天文十二年) 1543, portugueses y españoles buscaban nuevas tierras para conquistar, y su estrategia principal era propagar la fe cristiana, tal como había ocurrido en América. Sin embargo, Japón era una civilización radicalmente diferente. En contraste con los nativos americanos que encontraron los primeros misioneros franciscanos en 1524, a instancias de Hernán Cortés, para evangelizar Nueva España, los recién llegados comprendieron que los japoneses no tenían nada de salvajes. La mayoría sabía leer y escribir, y poseían un aspecto noble. Así los describió el comerciante portugués Jorge Álvarez en un informe para el jesuita Francisco Xavier en 1544:

El cuerpo de la mayoría de los japoneses es fuerte. Pueden aguantar trabajos duros. Sus caras son bonitas y blancas. Los hombres de la clase alta tienen barba corta, como los moros, mientras que los de clase baja usan barbas largas. Normalmente, los hombres se rasuran la cabeza entre la nuca y las orejas, dejando algunos cabellos en la nuca, que se ciñen. No se cubren la cabeza, a excepción de los ancianos. Tienen la rara costumbre de darse largos baños en aguas termales, a los que se meten no sin antes quitarse toda la suciedad del cuerpo que generalmente es lampiño.

El espía de Nagayoshi le había asegurado que estos extranjeros mantenían tratos desde hacía algunos años con el señor de las tierras de Kagoshima, al sur de la isla Ryūkyū.

—Deseo saber de dónde vienen esos extranjeros y qué desean —ordenó Nagayoshi con voz firme.

Matsunaga Hisahide se inclinó.

—Dicen que hablan otro idioma, señor.

—Encuentren a un intérprete y no ejerzan la violencia. Será contraproducente.

—Así se hará, señor.

Un navío del daimyō Nagayoshi zarpó del puerto de Osaka con suficientes hombres y armas para cualquier eventualidad. Después de unos días, desembarcaron en las costas de la bahía de Kagoshima. Al avistar el buque, un grupo de campesinos se acercó. Con temor reverencial, se inclinaron y postraron sus frentes en la arena al ver la imponente comitiva.

El general Matsunaga Hisahide se acercó a ellos.

—Tú —señaló al más cercano—. Guíame hasta el castillo de tu daimyō.

—Me parece que no podremos ir por tierra, señor. Sería mejor si lo hacemos en su nave. El castillo Hirado está del otro lado de la isla, el camino por tierra sería muy largo.

—Sígueme —ordenó al campesino.

Matsunaga giró hacia sus hombres y ordenó volver a la nave. El campesino, que ahora lo seguía, preguntó:

—Señor, ¿a quién tendré que anunciar?

—A Matsunaga Hisahide, representante del daimyō Miyoshi Nagayoshi. —El hombre lo miró con respeto—. ¿Alguno de ustedes conoce la lengua de los extranjeros? —demandó Hisahide con imperiosa certeza, dando a entender que estaban al corriente de su presencia.

—Sí, señor. Varios de nosotros.

—¿Quién eres?

—Solo soy un campesino, señor, sé unas cuantas palabras de portugués y también en español; mi nombre es Natsuo. Puedo encontrar a un traductor que lo hará mejor que yo, si lo desea.

—Bien. Primero necesito hablar con tu daimyō.

Dos días después, tras sortear el coletazo de un tifón, la comitiva se encontraba frente a las costas de Hirado. Desde el navío,

contemplaron la enorme fortaleza del daimyō Takanobo. La línea costera actuaba como una defensa geográfica natural; el mar la rodeaba por tres de sus lados, como un foso inexpugnable. Desembarcaron de nuevo los caballos, y Hisahide y sus hombres, guiados por el campesino Natsuo, fueron conducidos hasta las puertas de la fortaleza, donde se les permitió la entrada.

—Por favor, señores, esperen a que mi señor Matsura Takanobo regrese —indicó un hombre que dijo ser el criado principal.

El criado ordenó a los sirvientes que la comitiva fuera atendida. El grupo ingresó a un baño termal, donde gozaron de sus reconfortantes aguas después de asearse. Una vez limpios y descansados, los condujeron a un gran comedor y disfrutaron de las exquisiteces preparadas especialmente para ellos. Por orden de Matsunaga, el campesino Natsuo también fue partícipe del baño termal y el agasajo, pues Hisahide no quería perderlo de vista.

Al caer la tarde del día siguiente, el daimyō Takanobo recibió a Hisahide en la Casa del Té, un lugar elevado del castillo que ofrecía una vista maravillosa tanto del mar como de las montañas. El salón, adornado con ricos tapices y cojines de seda procedentes de España y Portugal, evidenciaba el lujo en el que se desenvolvía el daimyō.

—Sea bienvenido —dijo Takanobo con una sonrisa educada.

—Soy Matsunaga Hisahide, señor Takanobo. Me envía el daimyō Miyoshi Nagayoshi, señor del shogunato Ashikaga.

—Tengo buenas referencias de tu señor, Hisahide. Es un honor que los haya enviado, pero me habría gustado que anticipasen su llegada —dijo Takanobo, con una referencia indirecta a la falta de cortesía de Nagayoshi.

—Le ofrezco mis disculpas, señor. Su reino está demasiado alejado y un mensajero no habría llegado a tiempo a su hermoso castillo —se excusó Hisahide con astucia.

Matsura Takanobo simuló conformarse con la explicación, aunque pensó que el espía informante de su interlocutor debía conocer con exactitud cómo llegar.

—¿Podrías decirme a qué viene tu comitiva? He visto guerreros samuráis entre ellos.

—Siempre me acompañan por si algo ocurriera en el trayecto. No debería inquietarle, señor; hemos venido en son de paz. Mi señor Miyoshi Nagayoshi siente curiosidad por los extranjeros a quienes habéis acogido. Le han llegado informes de que están propagando una nueva religión y él desea conocerlos.

El daimyō Matsura bajó los ojos, pensativo, mientras Hisahide contemplaba la exquisita porcelana china que se exhibía en la mesa frente a ellos.

—Concertaré una reunión con el padre Francisco Xavier, actualmente regente de la orden jesuita en Kagoshima, al sur de Ryūkyū. Mientras tanto, ordenaré que usted y sus hombres tengan alojamiento y sean bien atendidos.

Hisahide hizo una profunda reverencia y se retiró del salón de té, guiado por un criado. Para su sorpresa, sus hombres ya estaban instalados en una casa dentro de la fortaleza que resguardaba al castillo. El campesino Natsuo se encontraba entre ellos, provisto de ropas limpias y con buen aspecto. Sin la suciedad impregnada en sus ropas, Hisahide reparó en un detalle crucial: Natsuo no tenía manos de campesino.

—Natsuo, ¿por qué nos trajiste hasta aquí, cuando los extranjeros están aposentados en el sur? —inquirió Hisahide, con una voz cargada de enojo.

—Yo pertenezco a mi señor Matsura, señor. No podría haberlos llevado con el señor Shimazu, pero una recomendación suya le será muy favorable para conocer al jefe de los extranjeros.

—Vendrás con nosotros a Kyōto —le dijo Hisahide.

—¿Yo, señor? Tengo familia, debo trabajar la tierra.

—¿No tienes hermanos, primos, hijos?

—Tengo a mis padres. Ellos me necesitan.

Hisahide le entregó un collar de monedas, una fortuna que, supuso, cambiaría la vida de Natsuo.

—Con esto tendrán suficiente para una buena temporada.

—Gracias, señor —dijo Natsuo—. Pero me debo a mi señor Matsura.

Ante su resistencia, Hisahide supo que el encuentro con Natsuo no había tenido nada de casual. Era un espía del señor de Hirado.

Con seguridad, había creído que la visita del navío de Nagayoshi tenía otras intenciones, tal vez un reconocimiento del sitio o de las fuerzas a las que se enfrentarían. Negó con la cabeza. ¿Cómo pudo caer en algo tan obvio? La orden de su señor Nagayoshi había sido bastante clara: desembarcar en las costas de Kagoshima y dirigirse a Satsuma. Sin embargo, recapacitó, una recomendación de Matsura Takanobu no le vendría nada mal después de todo.

Al día siguiente, la nave de Nagayoshi regresaba al sur. La carta que Hisahide llevaba consigo le aseguraba un buen recibimiento ante el daimyō Shimazu Takahisa.

Al llegar ante el daimyō, se encontraron con la grata sorpresa de un intérprete misionero que hablaba perfectamente el idioma extranjero. Se trataba de Gushiken Anjiro, un japonés convertido al cristianismo cuyo nombre había cambiado a «hermano Paulo».

Fue a través de él que Hisahide pudo entrevistarse con el jesuita español Francisco Xavier, quien se mostró muy interesado en conocer a Miyoshi Nagayoshi y no puso objeciones en viajar de regreso con ellos. Se sumaron a la visita el portugués Gaspar Vilela y el joven español Juan Fernández, un traductor que estaba desarrollando nuevos métodos para aprender japonés.

Corría el año *Tenbun* 20 (天文二十年) 1551, cuando Miyoshi Nagayoshi recibió a la comitiva cristiana en su castillo.

8 – Nagayoshi y los jesuitas

El control de Kyōto había otorgado al clan Miyoshi un poder excepcional en la política japonesa. Con la capital bajo su dominio, los Miyoshi podían influir en el shōgunato Ashikaga y, en varias ocasiones, desafiar su autoridad. Aunque Nagayoshi era formalmente un vasallo del shogunato, su dominio sobre Kyōto y su capacidad para tomar decisiones independientes le otorgaban un poder equiparable al del shōgun. Durante este período, el shōgunato Ashikaga se convirtió en una institución simbólica, mientras que el clan Miyoshi gobernaba de facto sobre la región de Kansai.

La comitiva del jesuita Francisco Xavier llegó al castillo Settsu Koshimizu, al noreste de Osaka. Allí fueron recibidos por Miyoshi Nagayoshi, quien, vestido con un suntuoso kimono de brocado de seda y rodeado de los señores de la corte, sentado en una tarima ligeramente más alta que el resto del salón, lo esperaba. Su belleza y juventud, contaba entonces veintinueve años, impresionaron gratamente al jesuita.

—Señor Miyoshi Nagayoshi —tradujo Anjiro, asumiendo su papel de puente entre dos mundos—. El padre Francisco Xavier es representante de la Compañía de Jesús. Ha venido con la misión de predicar el cristianismo, una religión que tiene afinidad con el budismo en el aspecto filosófico.

—¿Cuáles son sus principios? —inquirió Nagayoshi, con un interés medido.

—Obediencia, flexibilidad, reconciliación, pobreza, aprendizaje, prudencia y tacto, señor.

—¿Reconciliación?

—Sí, mi señor. La misión jesuita busca que las personas se reconcilien con *Dainichi*.

—Su misión me parece loable. Dile al jesuita que son bienvenidos, su comitiva puede alojarse en el castillo y se les proporcionará ropas y alimentos —dijo Nagayoshi, sin disimular su mirada hacia los

depauperados ropajes de los monjes ni el desagradable aroma que percibía de ellos.

—No podemos vestir de otra manera, señor —respondió Anjiro, intentando suavizar la incomodidad—. Son nuestros hábitos e indican la humildad y la pobreza a la que estamos sometidos.

—Pueden darse un relajante baño termal mientras lavan sus hábitos —ordenó Nagayoshi con una determinación inquebrantable.

—Haré lo posible para convencerlos, señor, pero ellos no están acostumbrados a bañarse —respondió Anjiro, bajando los ojos, resignado.

Nagayoshi hizo un gesto de desdén con la mano y miró a Francisco Xavier.

—¿Qué dijo? —preguntó este a Anjiro, perplejo.

—Que para ser bien recibidos primero tienen que darse un baño.

—¿Cómo decís? —preguntó Xavier, pasmado.

—Son las costumbres, padre. Es mejor acomodarse a ellas para conseguir toda la ayuda posible.

—Todo sea en el nombre de Dios —murmuró el jesuita, santiguándose con una mezcla de resignación y fe.

Fue así como el jesuita Francisco Xavier y los dos misioneros que lo acompañaban conocieron los baños termales, en los que era costumbre asearse por completo antes de sumergirse. Anjiro y los otros dos japoneses convertidos, ya familiarizados con las costumbres locales, agradecieron la oportunidad de volver a estar aseados.

Nagayoshi se reunió después con Francisco Xavier y le otorgó la patente de privilegio de shōgun para que pudiera circular en las provincias bajo su control. Estaba dispuesto a aceptar la religión cristiana entre aquellos que desearan convertirse.

Ni el jesuita Francisco Xavier ni sus dos hermanos religiosos sabían japonés. El método de evangelización se basaba en mostrar estampas, como las de la Anunciación o de la Virgen y el Niño, y pedirle a Anjiro que actuase como intérprete y traductor de pasajes de la Biblia al japonés. Al utilizar Anjiro términos budistas —como «tierra pura» del buda Amida por «paraíso», o la deidad budista «Dainichi Nyorai» por Dios— facilitó que la enseñanza cristiana fuera

aceptada, al ser confundida con otra forma de budismo procedente de la India. Esto, además, ayudó a que los misioneros no fuesen expulsados por su actitud crítica frente a las religiones locales. Sin embargo, los problemas comenzaron cuando Francisco Xavier exigió a Anjiro que dejara de sustituir el nombre de Dios por «Dainichi» para volver al término latino de «Deus».

El jesuita decidió que Anjiro regresara a Kyūshū para continuar evangelizando. Pero Anjiro cambió de parecer cuando Nagayoshi lo hizo llamar para una reunión en privado.

—Estoy a sus órdenes, mi señor.

—Sé que el monje jesuita quiere que regreses a Kyūshū.

—Así es, señor. Pero creo que la verdadera razón es que desea apartarme de la orden jesuita. Dice que he cambiado la filosofía del cristianismo.

—Explícate.

—Yo conozco mejor que él la manera de pensar de nuestro pueblo. Estoy seguro de que aquí no se aceptará el cristianismo tal como es. Ese fue el motivo por el que hice pequeños cambios que no fueron del agrado del hermano Francisco Xavier.

—Estoy de acuerdo; ya hay muchos monjes budistas que están pidiendo que sean sacrificados.

—Los jesuitas son buenas personas, pero me temo que no tendrán más éxito con la evangelización del que ya han logrado en el sur, gracias a mí —razonó Anjiro, con un atisbo de orgullo.

—¿Qué te parece si trabajas para mí? Sé que eres un buen comerciante y sabes de navegación. Tengo navíos y capitanes.

—¿Qué podría hacer por usted, señor?

—Necesito importar seda de China. Ellos han prohibido el comercio con Japón; solo comercian con los portugueses.

—Lo sé, señor, pero hay muchas maneras de obtener sedas, té y porcelanas chinas. Conozco a ciertos comerciantes que pueden extraer esa mercancía sin que las autoridades se enteren —dijo Anjiro. En sus ojos brillaba un vivaz interés.

—¿A qué te refieres?

—Como usted sabe, China impuso el *Haijin* para restringir el comercio con Japón, para impedir la piratería wakō. Verá, señor, la

piratería no es mala; es necesaria cuando las autoridades imponen leyes que no favorecen al comercio. Yo tengo mucha experiencia en ese tipo de actividades.

Nagayoshi asintió. Anjiro tenía mucha razón.

—Antes que nada, debes prometerme que me serás leal.

—Lo sé, señor. De no ser así, sé que seré hombre muerto —respondió Anjiro con una franqueza que agradó a Nagayoshi.

—Creo que nos estamos entendiendo. Hoy saldrá un navío hacia Malaka; serás mi representante comercial. Te otorgaré el uno por ciento de todas las transacciones una vez que la mercancía esté puesta en tierra aquí.

La mente de Anjiro trabajó con rapidez, calculando sus posibles ganancias. El trato le pareció demasiado bueno para ser verdad. Nagayoshi observó que el comerciante evangelizador no parecía confiar plenamente en él.

—Es demasiado, mi señor.

—Es lo justo. Serás mi hombre de confianza. Tengo algunos propósitos para ti que nadie más podría hacer. Pero primero quiero saber si eres un buen comerciante. Dime, además de portugueses, ¿qué otros extranjeros han llegado a Kyūshū?

—También hay españoles; son muy parecidos a los portugueses y su idioma es similar, con algunas diferencias. Yo puedo comunicarme en ambos idiomas. También hablo chino y algunas lenguas malayas. Los españoles están adonde uno vaya. Ellos y los portugueses son conocidos por ser los más arriesgados aventureros.

—¿Estuviste en Malaca?

—Sí, señor. Es el centro de comercio más importante que conozco. He ido y venido muchas veces comerciando con China. Malaca es un centro de intercambio comercial. Allí se ofrecen desde nidos de aves comestibles, cuernos de rinoceronte, marfil de cálao del casco del ave, alcanfor, especias, hasta maderas valiosas y otros productos locales, a cambio de cerámica, metales preciosos y textiles de origen chino. También se pueden encontrar las especias indonesias, el oro malayo y las sedas y el té chinos.

—Tengo muchas expectativas acerca de nuestro futuro, Anjiro. Te proveeré de suficiente capital para que puedas adquirir los bienes

que sabes que más se solicitan aquí. Me interesan en especial las sedas chinas, el té verde y ese falso marfil.

—No se arrepentirá, señor; estaré en perpetua deuda con usted. Solo espero que garantice mi seguridad.

—Por eso no te preocupes —le aseguró Nagayoshi. Hizo una seña a un sirviente y pronto se presentó el consejero con un bolso de cuero con arneses.

—En este bolso encontrarás dinero suficiente para efectuar las adquisiciones y un pase especial del shōgunato Ashikaga para que se te permita entrar y salir de Japón legalmente las veces que sean necesarias. Hoy sale un barco desde Osaka; uno de mis hombres te llevará.

—Gracias, señor, le repito que no se arrepentirá —dijo Anjiro con devoción, poniendo la frente en el suelo.

Nagayoshi asintió, pensativo. Poco después, desde la altura de su castillo vio partir a caballo a Anjiro y a uno de sus hombres. Esperaba que todo saliera según sus planes. Los pueblos marítimos del área donde estaba situada Malaca llamaban a ese territorio «la tierra bajo el viento» porque se encontraba al sur del cinturón de tifones, una característica que hacía que los bienes traídos de allí fueran tan costosos.

Cuando Anjiro conoció al jesuita Francisco Xavier en Malaca en 1545, la ciudad era un verdadero crisol cultural. Allí convivían gentes con idiomas como el sánscrito, el hindi y el malayo —una mezcla de vocablos árabes y persas—, y se practicaban el hinduismo, el islam y el budismo. El cristianismo no había logrado un gran apogeo en la región, lo que motivó a los jesuitas a buscar nuevos horizontes en tierras como Japón.

Para el año *Tenbun* 20 (天文二十年) 1551, Anjiro contaba treinta y seis años. Ya dominaba el malayo debido a sus transacciones comerciales en Ryūkyū, y posteriormente había perfeccionado los idiomas portugués y español gracias a su acercamiento a la doctrina cristiana.

Fue así como Anjiro llegó a la vida de Miyoshi Nagayoshi. En aquellos días, la posición de Nagayoshi en el shogunato era relevante y poderosa, pero, como suele ocurrir con quienes ostentan el poder, también bastante complicada.

9 - Nagayoshi y las guerras intestinas

Fue una mañana de otoño del año *Tenbun* 18 (天文十八年) 1549, en un marco de árboles de hojas doradas y rojizas y en medio de un fuerte viento, cuando Nagayoshi conoció al amor de su vida. Un hermoso pañuelo de seda vino volando hacia él y, detrás, una joven de cabellos alborotados y mejillas arreboladas por la carrera.

Nagayoshi estiró el brazo y atrapó el pañuelo en el aire. Al girarse, se encontró cara a cara con ella. Fue un encuentro mágico. Los ojos de la joven bajaron la mirada, y él quedó prendado al instante. Ese día, había salido del castillo cabalgando en su yegua negra. Después de un largo trecho, desmontó y ató las bridas del animal a la rama de un árbol, para luego tomar el camino hacia una laguna cercana. Estaba sin acompañantes; a él le agradaba pasear a solas de vez en cuando y olvidarse de los sirvientes, consejeros y demás hombres que siempre instaban su compañía. La mujer llevada por el viento se llamaba Hatsu, y provenía de una familia de campesinos que trabajaba una parcela de arroz y una pequeña granja con cerdos y gallinas. Contaba dieciocho años y era la mayor de tres hermanas.

Sin pertenecer a la nobleza, su cutis era limpio y de aspecto aporcelanado, su pequeña sonrisa encantadora y sus ojos almendrados parecían estar siempre alegres. La relación entre ellos, al comienzo secreta, no pudo mantenerse así después de varios meses. La familia de la joven se enteró de que su daimyō mantenía un amorío con su hija Hatsu. Nagayoshi les prohibió hablar de la relación con su hija. A cambio, les proporcionó ayuda, les perdonó los impuestos y les otorgó tierras. Con los contactos de Nagayoshi, el padre de Hatsu pudo desarrollar mejor su negocio de cerdos, agrandando la granja. El hombre no había tenido la suerte de que su mujer concibiera varones, motivo por el que Hatsu aprendió desde pequeña a tomar las riendas de la casa. Era la encargada de llevar el control de los gastos, de las ventas y de las compras que hacía su padre. No trabajaba en el campo como sus otras hermanas y era

respetada por los pocos siervos que podían contratar en temporada de siembra y cosecha.

Para el año *Tenbun* 20 (天文二十年) 1551, Japón atravesaba por una época de tal inestabilidad que todos desconfiaban de todos. Los señores feudales o daimyō construían sus castillos con bases de piedra para elevar el sitio a modo de fortalezas, rodeados de fosos de agua, de manera que pudieran defenderse de cualquier eventual ataque. Si bien el poder supremo lo tenía el emperador Go-Nara, su papel era ceremonial y divino. Representaba a la nación, patrocinaba las artes y la arquitectura, pero delegaba las cuestiones de Estado. Se suponía que el shōgun era el líder militar supremo; gobernaba el país a través del shōgunato y tenía el control del mayor ejército. Por lo tanto, controlaba el Estado, buscando siempre el respaldo imperial para dar una capa de legitimidad a su propio cargo y, en esa época, el shōgunato lo representaba Nagayoshi. No obstante, el poder que habían adquirido algunos daimyō era de tal magnitud que no se conformaban con sus territorios: deseaban más, siempre más, con el secreto anhelo de convertirse en la mano derecha del emperador, es decir, en el shōgun. Para lograrlo, traicionaban a gentes de su propia familia, batallaban padres contra hijos, sobrinos contra tíos y todos contra todos. La unión familiar, que siempre se había respetado como un pilar fundamental y base de la sociedad con un fuerte sentido de compromiso entre sus miembros, en aquellos tiempos se había derrumbado. Para mantener los vínculos, los matrimonios se llevaban a cabo solo tomando en cuenta la conveniencia territorial y política. Todo aquello hacía imposible unificar Japón, pues mientras por un lado se consolidaban alianzas, por el otro se rompían acuerdos y se traicionaban unos a otros. Nagayoshi no llevaba una vida pacífica, ni siquiera con su querida Hatsu, a quien veía espaciadamente, cada vez que salía de un conflicto armado para entrar en otro.

Un año después de haberse conocido, Hatsu quedó embarazada de un varón al que dio a luz sin que Nagayoshi estuviera presente. Él se encontraba en una de las tantas batallas, esta vez, defendiéndose

de dos atentados contra su vida y luchando con sus ejércitos ante las traiciones y artimañas de sus antiguos y nuevos enemigos.

El poder que ostentaba en el shōgunato había vuelto a crear tensiones entre los Miyoshi y Hosokawa, quien a pesar de haber sido perdonado por Nagayoshi no perdía ocasión de aliarse con quien fuera para derrotarlo y, en esa ocasión, había logrado pactar con el propio shōgun Ashikaga, porque según él, Nagayoshi representaba una amenaza para el shōgunato. Sin embargo, el joven daimyō era un líder astuto; sabía mantener el equilibrio entre su independencia y su relación formal con el shōgunato para conservar su posición en Kyōto, pero aquella sagacidad le empezaba a costar cara.

La relación que Nagayoshi mantenía con Hatsu no era constante por varios motivos, entre ellos, el que deseara que se conservara en absoluto secreto, pues no quería que fuese una concubina oficial. Tenía mejores planes para ella y su pequeño hijo. Solo su consejero Okumura, el único en quien podía confiar, estaba enterado de su amorío.

—Mi flor, no podré verte hasta dentro de un tiempo —le dijo Nagayoshi a Hatsu, perdiéndose en su mirada de eterna sonrisa—. Cuida de mi hijo con alimentos saludables.

—¿Adónde irá esta vez mi señor?

—Debo defender a un amigo —explicó escuetamente. Jamás contaría sus planes, menos a una mujer, por más que fuese la mujer a la que amaba.

Se recostó en el futón cubierto por edredones de seda y Hatsu fue despojándose de sus ropas con suavidad hasta quedar desnuda. Nagayoshi nunca había disfrutado del sexo como con Hatsu, con ella se volvía insaciable, y su belleza cada vez que la contemplaba crecía a sus ojos y lo acompañaba a lo largo de sus caminos de batalla con la esperanza de volver a verla. Dos días después partió y al regresar a sus predios, Yusa, su esposa, lo esperaba angustiada.

—¿Dónde estuvo mi señor? Mi padre fue asesinado por el monje Jishu Shuami —dijo afligida.

—¡Cómo es posible! ¡Tu padre lo reverenciaba!

—Es como digo, mi señor. No hubo manera de hacerle llegar mensajes, nadie sabía dónde estaba usted. Dicen que el monje fue

inducido por el clan Hosokawa.

Nagayoshi se sintió culpable por haber estado ausente. Después de informarse debidamente por su general Hisahide, reunió soldados de Settsu, Awa, Izumi y otras provincias, para enfrentarse una vez más al ejército que encabezaban sus eternos enemigos Hosokawa Harumoto y el shōgun Yoshiteru, hijo del anterior, Yoshiharu, quien no se conformaba con ser representante de un shōgunato títere del clan Miyoshi.

A los veintinueve días se presentó con un gran ejército de cuarenta mil soldados y en el *Tenbun* 20 (天文二十年), el décimo cuarto día del séptimo mes, se enfrentaron en Kyōto. El general Hisahide y Nagayoshi rodearon el templo Shokoku-ji y después de una lucha que duró hasta el amanecer del día siguiente, cuando las llamas cubrieron el templo, el shōgun Yoshiteru y su aliado Hosokawa huyeron y volvieron a refugiarse en Omi buscando el apoyo del daimyō Rokkaku Sadayori, quien más adelante actuó como intermediario en un acuerdo de paz.

En medio de todo, el jesuita Francisco Xavier había delegado en el jesuita Gaspar Vilela la evangelización en Kyōto. Vilela empezaba a lograr una comedida expansión de la religión católica entre las clases altas de la sociedad, con la oposición frontal de los monjes budistas. Francisco Xavier solicitó entonces una audiencia con el emperador Go-Nara, pero él se negó a recibirlo. Fue en este periplo cuando el jesuita fue llamado a la India y no regresó a Japón.

Mientras todo aquello ocurría de manera simultánea, Nagayoshi y el shōgun Ashikaga Yoshiteru lograron llegar a un acuerdo de paz una vez más por intermedio del daimyō Rokkaku con algunas condiciones: el poder de facto lo seguiría conservando Miyoshi Nagayoshi de manera extraoficial y se le concedería oficialmente el estatus de vasallo directo del shōgun Ashikaga Yoshiteru a quien se le permitió regresar a Kyōto. La situación no había cambiado un ápice.

Mientras tanto, el comerciante Anjiro, ajeno a todas las contiendas de su señor daimyō, había estado varias veces entre China y Malaca, lugar donde realizó importantes adquisiciones y

también intercambio y venta de mercancía entre españoles, portugueses, indios y malayos. Regresó después de un año y dos meses a Japón y fue directamente a presentarse ante Miyoshi Nagayoshi, llevando consigo una larga comitiva con los bienes logrados en aquellas tierras, más las ganancias obtenidas.

—Estoy de vuelta, mi señor Miyoshi —dijo Anjiro, con su acostumbrado saludo, de rodillas y la frente en el suelo del tatami.

—Acomódate, Anjiro, y cuéntame todo.

—Estuve cuatro veces entre las costas de China y Malaca, señor —dijo Anjiro, después de ponerse cómodo arrodillado en posición *seiza*—. Compré sedas y té de China y las vendí en Malaca a un cliente portugués asentado en ese puerto que no quería arriesgarse viajando a China, con ese dinero adquirí mercancía variada en Malaca y la llevé a China, siempre en barcos portugueses, porque, como usted sabe, no podemos tener comercio con ellos, sin embargo, los chinos tienen un constante intercambio comercial con los portugueses. El último embarque lo hice desde China y lo transbordé a nuestro barco. Traigo mucha seda en estado crudo y también ornamentada, hilos de seda con plata, té verde y porcelana de la mejor calidad. De Malaca traigo nidos de pájaro, cuernos de rinoceronte, marfil de cálao y especias, pero la adquisición más importante la hice de los portugueses: ¡arcabuces!, son ligeros, fáciles de apuntar, y tienen mecanismo de llave de mecha.

El rostro impasible de Nagayoshi pareció, por un instante, iluminarse. La palabra «arcabuces» había encendido una chispa en sus ojos, siempre en busca de la ventaja estratégica.

—¿Qué cantidad de armas trajiste? —su voz, habitualmente contenida, denotaba una inusual avidez.

—Como son difíciles de conseguir, solo traje sesenta, mi señor. Y eso porque los compré por partes; no permiten la venta de armas en grandes cantidades, son bienes muy buscados —respondió Anjiro, percibiendo el interés de su daimyō.

—Has hecho un buen trabajo, Anjiro. Uno excelente.

—Y tengo ganancias después de haber pagado a los cargadores del puerto —añadió Anjiro, extendiéndole un pesado bolso de cuero, el mismo que Nagayoshi le había entregado antes de su partida.

Al abrirlo, Nagayoshi se encontró con un brillo inusitado: numerosos *ryōs* de oro. Miró a Anjiro con una curiosidad apenas disimulada.

—Es el resultado de las transacciones entre China y Malaca, mi señor. El comercio da más dividendos que la pesca y la agricultura.

La sencillez de la verdad resonó en el amplio espacio.

—Y, por supuesto, que las guerras, que solo traen pobreza y destrucción —comentó Nagayoshi, casi para sus adentros, con un suspiro que delataba una profunda fatiga—. ¿Tomaste tu parte?

—No, señor. Todo está ahí. He anotado las compras y las ventas, también las ganancias. —Le entregó unos pliegos de *washi*, cuidadosamente doblados.

El daimyō examinó cada transacción con sumo cuidado, mientras su mente analítica iba desglosando cifras.

—¿Dónde tienes la mercancía? —preguntó, levantando la vista.

—El consejero Okumura me instó a guardarla en un almacén, abajo, señor —respondió Anjiro, y señaló hacia el nivel inferior del castillo.

—¡Bien! Vayamos allí. Tengo deseos de ver las maravillas que has traído.

En el penumbroso almacén, Nagayoshi comparó las cantidades de cada producto anotado en la larga lista de Anjiro. Tras comprobar que todo estaba en perfecto orden y que la riqueza acumulada era considerable, le entregó el porcentaje acordado. Anjiro se sintió doblemente beneficiado por su mentor; aquella primera y cuantiosa ganancia le serviría como un capital sólido para empezar a comerciar también por su cuenta, un sueño que había estado incubando.

—Mi señor Miyoshi, ¿estaría bien si yo ejerciera mi profesión por cuenta mía mientras hago la suya? —preguntó Anjiro.

—Por supuesto, Anjiro. Has demostrado ser un hábil comerciante, y tu lealtad es incuestionable. Pero vayamos a un lugar más apropiado para hablar de esto.

Salieron del almacén y se dirigieron hacia la parte alta del castillo, a un pequeño salón con vistas al escarpado bosque, donde el viento soplaba entre los árboles creando una melodía ancestral. Un sirviente se acercó y Nagayoshi le dio algunas órdenes. Poco

después, ambos se hallaban sentados frente a frente, en medio de ellos, una mesa repleta de manjares exquisitos, un contraste con la austeridad del almacén.

—Quisiera que te encargaras de la venta de los productos que trajiste, yo no tengo tiempo de hacerlo y tampoco a una persona de mi confianza para que se haga cargo. Como sabes, mis ingresos provienen de los impuestos que cobro a los comerciantes, pescadores, buscadores de perlas y agricultores de las tierras que poseo y de las que posee el shogunato, pero eso acarrea mis deberes como militar. Las cosas se han puesto muy difíciles. El padre de mi esposa fue asesinado, y acabo de librar una de las tantas batallas. Inclusive atentaron contra mi vida dos veces desde que saliste de viaje. —La voz de Nagayoshi cargaba el peso de la fatiga, en una confesión inusual para un daimyō tan reservado.

—Comprendo todo lo que me dice, señor —respondió Anjiro, con el semblante serio—. Soy un samurái, aunque no poseía grandes bienes en Ryūkyū. Todo aquello lo dejé porque tuve un altercado con un comerciante que quería aprovecharse de mis esfuerzos. Tuvimos una pelea y resultó muerto, por eso me vi obligado a huir —confesó, con la mirada fija en su señor, revelando por primera vez una parte oscura de su pasado—. Mis bienes quedaron a cargo de mis hermanos y no pienso reclamarles nada. Puede confiar en mí, mi señor; cuando no esté viajando, seré su sombra.

—Agradezco tus buenas intenciones, las tomaré en cuenta. Por ahora, y mientras todo está en calma, dedícate a colocar la mercancía. Al ser de buena calidad, estoy seguro de que no tendrás problemas entre la gente de la corte. Y en cuanto a las armas, tendrás que prepararte para un nuevo viaje.

—Así lo haré, señor. Pero déjeme decirle algo importante: el señor Tanegashima Tokitaka de la isla Tanegashima las fabrica. Parece que los primeros portugueses que llegaron a estas tierras en el año *Tenbun* 12 (天文十二年) 1543, se refugiaron allí por una tormenta. El señor de la isla les compró dos arcabuces y ordenó a un espadero que reprodujese el cañón y el mecanismo de disparo del arma. Él lo hizo, pero se encontró con problemas para perforar el cañón para

que el perno pudiese ser enroscado. Los portugueses que conozco, me contaron que ellos llevaron a un herrero portugués para enseñarle cómo solucionar el problema en agradecimiento por la ayuda que le prestaron al reparar su barco. Desde entonces, las armas las fabrican allí.

Los ojos de Nagayoshi se iluminaron con una mezcla de sorpresa y astucia.

—Podríamos comprar los arcabuces directamente del señor Tanegashima. ¡Eso simplificaría mucho las cosas!

—Esa es la idea, señor. De haber sabido antes que las fabricaban en Japón, habría ahorrado la compra de los arcabuces en Malaca —dijo Anjiro con pesar, imaginando la fortuna que podría haber ahorrado.

—Debemos pensar en la pólvora. Te encargarás de que te la vendan directamente en China; saldrá más económica.

—Es un bien muy preciado y la venta de pólvora de China la tienen acaparada los portugueses, señor, pero creo que podré conseguirla a buen precio si digo que pertenezco a una orden cristiana. Puedo presentarme como misionero jesuita, todavía tengo la tonsura en la cabeza. —Anjiro esbozó una sonrisa pícara.

—¡Cierto! —rio Nagayoshi, un sonido genuino que rara vez se le escapaba. Le divertía profundamente conversar aquel pícaro hombre de mundo que se había cruzado en su camino y que le ofrecía una perspectiva tan diferente a la de sus generales.

Siguieron con la colación, disfrutando de la comida y la conversación, hasta que Anjiro se retiró a la *machiya* que Nagayoshi le había otorgado dentro de los predios del castillo. Se sentía absolutamente subyugado por la personalidad del joven daimyō y deseaba servirle con una fidelidad inquebrantable, una lealtad nacida del respeto y la admiración.

Al salir, se topó con el general Matsunaga Hisahide, el mismo que lo había traído consigo a Kyōto desde Kyūshū junto con los jesuitas.

—¡Anjiro! ¿Qué te trae por aquí vestido de esa manera? —preguntó Hisahide, escrudiñando su inusual vestimenta.

—Colgué los hábitos, señor. Vine a entregar cuentas a mi daimyō —respondió Anjiro, con un tono neutro que no revelaba más de lo

necesario.

—¿Cuentas? —Hisahide frunció el ceño, una sombra de suspicacia cruzando su rostro.

—Sí, me hizo unos pequeños encargos.

—Ah…

—Con su permiso, me retiro, señor.

Hisahide asintió con la mirada fija en Anjiro mientras este se alejaba.

A Anjiro nunca le había agradado del todo Hisahide; sentía una inquietud soterrada en su presencia. Y a Hisahide, por su parte, le pareció sospechosa la actitud de Anjiro, una pieza nueva en el tablero de ajedrez de Nagayoshi que no comprendía.

Debido a los constantes levantamientos, el general debía ausentarse con frecuencia y permanecía en los sitios problemáticos el tiempo que fuera necesario. No estaba al tanto de lo que Nagayoshi tramaba por su cuenta y, en todo caso, él no se encargaba de los asuntos administrativos a menos que su jefe así lo requiriese. Esa noche, Hisahide decidió acercarse a Nagayoshi.

—Acabo de ver a Anjiro, señor. Parece que ya no es misionero.

—Sí y no. Ahora trabaja para mí. Ha comprado arcabuces que tienen mecanismo de llave de mecha.

—Dicen que no son muy eficientes porque se tarda mucho en cargar —objetó Hisahide, con un ligero desdén en su voz.

—Con una buena estrategia, Hisahide, podemos formar un ejército adiestrado para que dispare ráfagas por filas mientras las recargan. ¿Puedes verlo? —preguntó Nagayoshi, entornando los ojos, mientras su mente iba diseñando el futuro de la guerra—. Tres, cuatro o más filas alineadas de manera horizontal una detrás de otras, disparando y recargando, disparando, recargando… Haré una orden de adquisición para que nos las venda el señor de Tanegashima. Aunque lo mejor sería empezar a buscar espaderos y herreros para fabricarlas nosotros.

—Es una magnífica idea, señor. Tomará un tiempo, pero valdrá la pena —convino Hisahide, reconociendo la genialidad estratégica de su señor, aunque en su interior, una semilla de envidia comenzaba a germinar.

—Las armas de fuego son el futuro de las guerras, Hisahide. Quien las domine, dominará Japón.

—Así parece, señor. Y hablando de guerras, me temo que el final del conflicto entre nosotros y los Hosokawa no es definitivo. Los espías ninjas dicen que parece que están fraguando nuevas maquinaciones.

—Este conflicto ya lleva demasiados años. En algún momento tendrá que terminar. Será con la muerte de algunos de ellos o la mía —murmuró Nagayoshi, cabizbajo. Sus palabras albergaban una verdad ineludible.

11 - Miyoshi Atagi

Okura depositó el ejemplar del libro familiar de los Miyoshi, exactamente en el mismo lugar de donde lo había cogido, en la vasta biblioteca de la casa. La pared completa de la estancia estaba llena de estantes repletos de volúmenes, y en un aparte, custodiados como tesoros, se exhibían libros antiguos almacenados durante generaciones. Uno de ellos era ese libro, la historia milenaria del clan familiar. Era probable que de todos los que habitaban en la casa, el único interesado en su remoto pasado, en las intrigas y glorias de los ancestros, fuese él. Su mente, acostumbrada a las narrativas literarias, rellenaba los espacios vacíos e imaginaba las conversaciones que habrían tenido y, sobre todo, el estado de ánimo de Miyoshi Nagayoshi, el genio militar que había forjado la leyenda de su linaje.

Luego, se dirigió a la oficina del difunto Yoshiteru. Tenía órdenes precisas de reacomodar y transformar el espacio al gusto de Atagi, el hijo que en adelante sería el heredero del patriarca Miyoshi Sasaichi, fallecido muchos años atrás. A Okura le pareció curiosa la coincidencia de que el fallecido Yoshiteru hubiese llevado el mismo nombre que el shōgun que aparecía en el libro familiar, un eco de la historia que parecía repetirse.

Conocía a la perfección los gustos de su joven amo Atagi, su aversión a la ostentación innecesaria y su preferencia por la funcionalidad discreta. De manera que no tuvo que preguntarle por sus gustos en cuanto al color o la decoración del estudio. Se comunicó directamente con la empresa que se encargaba de las remodelaciones para los Miyoshi, una que, por supuesto, pertenecía al mismo grupo empresarial. Esa misma tarde, un equipo encabezado por una diseñadora llegó al lugar, siguió las indicaciones precisas de Okura y se encargó de la transformación, desmantelando el pasado para dar paso al futuro.

Desde los enormes ventanales de su oficina, Atagi tenía una vista panorámica de uno de los barrios comerciales más exclusivos y vibrantes de Tōkyō, un mosaico de luces y movimiento constante. Nagayoshi Holdings Limited ocupaba gran parte de un imponente rascacielos en Ginza. Ese día había entrevistado a tres jóvenes para el puesto de asistente. Cualquiera de ellos podría haber desempeñado el cargo con eficiencia; todos habían demostrado los conocimientos que él esperaba encontrar. Pero había uno en especial que poseía una personalidad que, percibió Atagi, podría ser de gran ayuda para sus propios objetivos. No era el más joven de los que se habían presentado; por el contrario, rondaba los treinta y seis años, una edad bastante avanzada para el cargo de asistente y para los parámetros que se acostumbraban en las empresas japonesas de la época. Sin embargo, tenía una presencia atractiva y una estatura ligeramente más alta que la de él, según había calculado, lo que le otorgaba una ventaja inesperada en un entorno donde la apariencia importaba.

Mientras leía por segunda vez el currículum vitae de Kimura Haruto —Maestría en Ciencias de Datos, Analítica y Administración de Empresas, estudios de gestión de negocios en la Universidad de Columbia, en Nueva York; hablaba inglés, chino y francés fluidamente—, se comunicó con su secretaria, una joven sumamente delgada, bastante atractiva, pero asidua a una sonrisita nerviosa y un exceso de reverencias que lo irritaba.

—Llame a Kimura Haruto, por favor. Dígale que se presente hoy por la tarde y envíele los horarios de su entrevista final.

Le entregó la hoja de vida y la joven, después de varias inclinaciones, salió de la oficina. A Atagi le desagradó su nerviosismo, el mismo que había notado al ingresar en las oficinas desde la entrada principal. Su sola presencia había ocasionado una ola de murmullos y reverencias exageradas, en especial de las recepcionistas y empleadas diversas que se cruzaban en su camino. Con seguridad, habían sido alertadas de su llegada como el nuevo CEO de la empresa y, más importante aún, como el hijo menor de Miyoshi Ryota. Atagi esperaba que con el tiempo las cosas se

regularizaran; no le atraía ser el centro de distracción, lo consideraba un rasgo inútil, poco profesional y, sobre todo, superficial de parte de las empleadas de una empresa de tal magnitud.

La organización de Nagayoshi Holdings tenía demarcadas las jerarquías con una precisión casi militar y ello se reflejaba incluso en los comedores. Existían dos restaurantes: el de los empleados y el de los ejecutivos. Atagi agradeció almorzar en un ambiente discreto, apartado de las miradas inquisitivas del personal, un lujo que valoraba. Después, se dirigió al salón anexo a su oficina y se recostó durante veinte minutos en su cómoda *chaise longue* Le Corbusier, buscando un breve respiro antes del encuentro que lo definiría. Le tomó diez minutos asearse y estar presentable para la primera conversación con el que sería su nuevo asistente.

A la hora señalada, la puerta se abrió con un leve golpe.

—Buenas tardes, Miyoshi-san. Soy Kimura Haruto. —La voz de Kimura era tranquila, con un tono que denotaba seguridad.

—Buenas tardes, por favor, tome asiento. —Atagi salió de detrás de su escritorio y señaló uno de los sillones de cuero, él a su vez se sentó y observó a Kimura. No tenía el aspecto servicial, casi sumiso, que acompañaba en esos casos a la mayoría de los entrevistados, y eso le agradó. En Kimura había una quietud, una profesionalidad que trascendía la cortesía forzada.

—Como ya usted debe estar enterado, necesito una persona de mi total confianza —comenzó Atagi—. Debe llevar el correo electrónico que uso en la empresa, la agenda, ocuparse de la gestión diaria. Recibirá en su teléfono móvil personal las llamadas dirigidas a mí como CEO; es el número que aparece en mi tarjeta de presentación. El teléfono de la empresa lo lleva la secretaria; el mío privado lo cargo siempre conmigo. No acostumbro hablar con alguien que desconozco.

—Comprendo perfectamente mis deberes, Miyoshi-san. —Kimura asintió.

—Lo elegí por su experticia en informática. Para mí, la ciberseguridad y la inteligencia de datos son la clave en los negocios de hoy. —Atagi hizo una pausa, observando la reacción de Kimura,

antes de proseguir—: Es imprescindible que me mantenga al tanto de absolutamente todo lo relacionado con las empresas competidoras, y en especial de las que abarcan los mismos servicios y productos que nosotros. Necesito anticiparme, Kimura.

—¿Se refiere a un malware de pirateo? —preguntó Haruto, con una curiosidad profesional que no pudo disimular.

—Algo así. Sí. Sé que existen varios, algunos usados incluso por empresas gubernamentales.

—Sé a qué se refiere. Puedo hacerlo desde mi teléfono móvil. Además del ya conocido Proteus, están Cain y Angels. Este último, de hecho, fue creado por mí. También puedo conectarlo al portátil y utilizarlo desde allí en el caso de que sea necesario. —La revelación de Kimura fue dicha con una sencillez que impresionó a Atagi.

Atagi sonrió por primera vez.

—No quiero usarlo para causar daños, Kimura. Mi interés principal es obtener información que nos pueda dañar o beneficiar a corto y largo plazo. Inteligencia competitiva, no sabotaje.

—Imprescindible para una eficaz gestión de riesgos —asintió Kimura, con una mirada que mostraba que entendía perfectamente la delgada línea.

—Hacemos muchas inversiones —continuó Atagi—. En ocasiones, tendrá que ejercer como mi chófer. Habrá conversaciones que nadie más tendría que escuchar. Y lo que más valoro es la discreción. ¿Tiene novia, Kimura?

—No, por el momento.

—Si la llegase a tener, preferiría que no comente con ella lo que ocurre en la empresa. La confidencialidad es absoluta.

—De eso no tiene que preocuparse, Miyoshi-san. —La voz de Kimura era firme, sin objeciones.

—Podemos asignarle un apartamento cerca de la oficina, si lo requiere.

—Poseo uno en Yaesu, Miyoshi-san, me queda bastante cerca.

—Empezará a trabajar mañana. Suelo llegar temprano y espero encontrarlo aquí.

—Según el horario que…

—En cuanto a eso, debo aclararle que su horario difiere del de los empleados no ejecutivos. No tendrá un horario fijo; todo dependerá de cómo vayan saliendo las cosas. Habrá días en los que podrá salir antes de la hora, otros en los que tendremos que quedarnos hasta la madrugada. Aunque prefiero hacer todo en el horario de oficina, quería que lo supiera para que esté preparado.

Haruto asintió. El puesto de asistente siempre había sido exigente, y el salario que percibiría era el más alto que había obtenido hasta la fecha.

—La empresa le proporcionará un vehículo. Lo está esperando en el estacionamiento; las indicaciones se las dará la secretaria. Puede usarlo como su coche personal. Me parece que hemos abarcado todos los renglones… si hay algo más, lo sabremos sobre la marcha.

—Entiendo, señor Miyoshi-san.

—Ah, y algo más: ¿Podríamos utilizar menos honoríficos? Al menos cuando no estén presentes otras personas. Me parece innecesario entre nosotros.

—Creo que sí, Miyoshi-san… quiero decir… —Kimura dudó. Una leve sorpresa apareció en sus ojos.

—Puedes llamarme por mi nombre: Atagi.

—Será un honor, Atagi. Muchas gracias. —Haruto no pudo contenerse y se puso de pie, haciendo una reverencia profunda. Atagi sonrió comprensivo; era una costumbre arraigada.

Al llegar a casa, sus padres lo esperaban en el comedor para la cena. Ryota no había tenido oportunidad de hablar con él en la empresa y quería saber cómo había sido su primer día en el puesto de CEO.

—Mi asistente será Kimura Haruto —anunció Atagi con calma, sirviéndose una porción de arroz.

—Hiciste una buena elección, Atagi. Tiene experiencia; trabajó antes con el grupo Toyota —reconoció Ryota, con un tono de aprobación.

—Sí. Creo que nos entenderemos muy bien. Parece competente.

—Tu estudio está siendo remodelado, estará listo para el fin de semana —intervino Aroshi, con una sonrisa complacida—. Okura se

encarga de eso.

—No me preguntaron —dijo Atagi, con una voz cargada de sutil reprimenda—. Me gustaba como estaba.

—Pensé que al ser de tu hermano… fue idea de tu madre. —Ryota desvió la responsabilidad, al notar su molestia.

—No me importaba que Yoshiteru tuviera sus cosas ahí —dijo Atagi, y por un momento, un pensamiento sombrío cruzó su mente: no había terminado de explorar todo lo que pudo haberle dado alguna pista respecto a su muerte, y ahora, todo se había ido—. Pero está bien. Se lo agradezco, madre.

—Le adjudiqué al asistente Kimura Haruto un coche último modelo. Su presencia es importante para la empresa y para mí —agregó Ryota, cambiando de tema.

—Espero que sea eficiente; proviene de buena familia, creo que te entenderás bien con él —dijo Aroshi, contenta con la formalidad y el estatus.

Atagi terminó de cenar y se retiró, sintiendo una inquietud persistente. Tenía curiosidad y un vago temor por ver qué tanto estaban removiendo en el estudio de su hermano.

La habitación le pareció enorme, despojada, casi irreconocible. Los estantes y muebles ya no existían, como había temido. El piso de madera desnudo sin las alfombras y las paredes también desnudas, hacían el ambiente frío, gélido. Debido a la falta de cortinas, las enormes ventanas de suelo a techo dejaban ver el paisaje nocturno de los jardines *miegakure* iluminados por las farolas de piedra, una belleza que en esos momentos la sintió ajena a él. Extrañó a su hermano y una punzada de nostalgia invadió su corazón. La última vez que lo había visto, antes de su partida a Harvard, fue al alistarse para el servicio militar. Fue su último abrazo.

Al dirigirse a la puerta, resignado, se topó con Okura, quien lo esperaba con una discreta sonrisa.

—He guardado algunas cosas que pensé que podrían interesarle, joven Atagi. Las hallé en un lugar secreto de la estantería de los libros, un compartimento oculto. —Okura le tendió una pequeña caja de cartón, con la reverencia de quien entrega un tesoro.

—Eres increíble, Okura. Gracias. —La gratitud en la voz de Atagi era sincera.

Cogió la caja y fue directamente a su dormitorio. La abrió y empezó a extraer con cuidado el contenido uno a uno, como si se tratase del producto de una excavación arqueológica, y cada objeto un fragmento de una vida que se le había escapado.

Un cenicero portable. ¿Acaso su hermano fumaba?, la pregunta obtuvo respuesta al ver en una esquina de la caja un paquete de cigarrillos Seven Stars empezado y un encendedor Zippo de oro. Fotos de amigos en la escuela y la universidad; banderines deportivos de la escuela primaria, reliquias de una infancia lejana; un frasco dorado de Clive Christian, un perfume inglés costoso, que le despertó curiosidad. No sabía que su hermano tuviera gustos tan refinados. ¿Podría haber sido un obsequio, tal vez de Yumi? ¿Y por qué estaba en la caja, oculto? Se suponía que los efectos personales de Yoshiteru habían sido retirados del baño y de su vestidor. Este perfume había estado oculto. No se atrevió a apretar el spray, pero al acercarlo a su nariz, percibió un aroma cálido, como a sándalo y vetiver. Reconocía el olor a vetiver porque él mismo lo usaba, no obstante, con moderación, le desagradaban los perfumes invasivos. En el fondo, debajo de todos los objetos, encontró una llave magnética y una pequeña libreta con tapas de cuero. Al abrirla, leyó unas cuantas páginas, las únicas que habían sido escritas, con la caligrafía apresurada de Yoshiteru. Eran anotaciones puntuales:

Mañana veré a Yumi. 6:30pm. Quería ir a cenar, pero pediremos la cena en el apartamento. Es más seguro.

Le propuse irnos lejos pero todavía no lo acepta. Dice que lo pensará, aquello me emocionó, soy feliz.

Debo ir al cajero a sacar efectivo, tengo que pagar el alquiler.

En la página siguiente había anotado una serie de números. Atagi supuso que serían la clave para la entrada al edificio o al apartamento alquilado. Se preguntó si tendría algún sistema de alarma; en Japón era muy raro que ocurrieran robos a casas, pero

podría ser que por precaución algunas personas instalasen un sistema de seguridad, especialmente si guardaban objetos de valor.

La última anotación, con la tinta ligeramente corrida, lo golpeó con fuerza:

Tengo la sensación de que alguien me sigue. Dejaremos de vernos por unos días.

Aparte de esas pocas líneas, no había nada más en el cuaderno. Lo hojeó hasta el final, como si esperara que apareciera algo más. Tenía un bolsillo oculto en el interior de la contratapa. Dentro, encontró un papel doblado con una dirección precisa. ¡Vaya!, se dijo Atagi. Tendría que ir allí. Anotó en ese papel los números que encontró en el cuaderno y los guardó junto con la llave magnética dentro de su billetera, sintiendo el peso de la información en sus bolsillos. El resto de los objetos de la caja los introdujo en un cajón del escritorio, bajo llave, para mantenerlos a salvo, la última conexión tangible con la vida secreta de Yoshiteru.

12 – Timor

Días después, Okura volvió a abrir las memorias familiares y, para su sorpresa, se encontró con un abrupto pero significativo salto en el tiempo. Se apreciaba que faltaba la historia de la muerte de Nagayoshi, solo relataba lo ocurrido *después* de su deceso:

Dos meses después de la muerte de Nagayoshi, Anjiro llegó a Timor, portador de la devastadora mala nueva. Hatsu recibió la noticia junto a su hijo Mokuhei, quien para entonces contaba trece años y era un adolescente dotado de una madurez impropia para su edad.

—Siento mucho ser portador de tan mala noticia, mi señora —comenzó Anjiro, con una profunda pena en la voz—. Mi señor Miyoshi Nagayoshi estuvo enfermo, su salud empeoró drásticamente como consecuencia de la muerte de su hijo Yoshioki y, después, la de su hermano menor. —Anjiro evitó decirle la dolorosa verdad de que Nagayoshi había mandado asesinar a su propio hermano—. Antes de eso, yo había pasado a visitarlo y me dijo que pensaba retirarse y venir a Timor, pero cuando volví…

Hatsu no decía nada. Las lágrimas silenciosas surcaban sus mejillas y cubrían su rostro pálido, y sus ojos, antes alegres, se habían transformado en pozos de dolor. Había guardado la esperanza de un reencuentro, tal vez un último abrazo, y en ese momento, toda ilusión se desvaneció.

—Mi señor nunca tuvo descanso, fue una guerra tras otra, batalla tras batalla —prosiguió Anjiro, su voz era ya un lamento contenido—. Debía cuidarse de enemigos externos e internos del clan; ya no era vida para él. Luché a su lado, era un guerrero sin igual; su general de confianza lo traicionó, pero fue la enfermedad la que acabó con él. Sus últimas palabras fueron para usted, mi señora. Falleció con el pañuelo de seda en sus manos.

De pronto, Hatsu sintió la mano de su hijo que, con una fuerza inesperada, tomó la suya anclándola a la realidad. Mokuhei se irguió,

de su pequeña figura emanaba una determinación sorprendente. Miró a su madre con convicción.

—Me tiene a mí, madre. Soy el hombre de la casa ahora. Mi padre me dijo que cuidara de la familia y es lo que haré —dijo con voz firme.

Anjiro lo sintió como un eco de la autoridad de su padre y se le formó un nudo en la garganta ante la precoz fortaleza del joven amo.

—Procuraré viajar menos, amo Mokuhei. Ya no es necesaria mi presencia en Japón; su padre era lo único que me unía al clan Miyoshi. Cuente conmigo para lo que necesite, nunca me iré del lado de ustedes, fue el último deseo de mi señor.

—Eres de la familia, Anjiro —dijo Hatsu, con una nueva calidez en su voz—. Te debemos mucho y estamos profundamente agradecidos.

Mokuhei observó a Anjiro.

—Me gustaría viajar contigo, Anjiro, quiero aprender a ser un comerciante como tú.

Una sonrisa genuina, rara en los últimos tiempos, se dibujó en el rostro de Anjiro. —Nada me gustaría más, amo. Será un honor.

A partir de ese día, Mokuhei comenzó a aprender los intrincados pormenores de los negocios en Timor bajo la tutela de Anjiro. Tenían un vasto almacén donde vendían mercancía al por mayor, traída de los confines del mundo conocido: sedas y porcelanas de China, el valioso ginseng de Han Yang (que mucho después sería Corea), especias de la India y productos exóticos de España, Portugal, Francia y el propio Japón. Timor, con su limitada producción de madera de sándalo y miel, vivía de las importaciones, lo que hizo que el negocio de venta al por mayor, impulsado por los productos que Anjiro traía, fuera excepcionalmente solicitado. En particular, los diferentes tipos de arroz importados de China —el de grano largo, el de grano medio y el glutinoso, ideal para preparar *seiseizushi* y espesar salsas— los consolidaron como los mayores importadores de la isla.

La casa que Anjiro había mandado construir antes de que ellos se instalaran allí era una fascinante mezcla de la tradición de Timor y la

occidental, adaptada a las costumbres de los portugueses en esas islas. Un lugar seguro y acogedor, montado sobre gruesas columnas, debido a las intensas lluvias monzónicas que asolaban la isla durante los meses de diciembre a abril. El almacén, situado a unos quince metros de la casa, también construido sobre pilares robustos, era un gran edificio de dos plantas donde los productos se almacenaban con una precisión militar: en orden según su origen, material y fecha de llegada. Hatsu personalmente se encargaba de llevar el inventario con meticulosidad y ojo avizor. Con su innata astucia, sabía qué productos eran los más solicitados y cuáles necesitaban reponerse antes de que se agotaran. Mokuhei, con el paso del tiempo, cuando no acompañaba a Anjiro en sus viajes, visitaba a los clientes, forjando buenas amistades con los comerciantes de Timor y las islas aledañas. Sin embargo, siguiendo los lineamientos de su padre y el consejo de Anjiro, evitaba fijarse o iniciar cualquier relación con mujeres que no fueran japonesas.

El clima húmedo y cálido había sido el principal obstáculo que encontraron los Miyoshi al trasladarse a Timor. En varias oportunidades, Hatsu le insinuó a Mokuhei su deseo de vivir en otro lugar, quizás más fresco, más parecido a su añorado Japón. Pero a medida que transcurría el tiempo, lograron adaptarse, acostumbrándose al calor, a sus gentes amables y a las enormes facilidades que les brindaba tener un negocio tan rentable, que los convertía en personas de gran importancia a los ojos de los demás y les permitía amasar una fortuna. La isla era también tristemente famosa por sus esclavos, con los que comerciaban los portugueses, y en la gran casa de Mokuhei, varios de ellos servían con diligencia.

Las hermanas de Hatsu contrajeron matrimonio con portugueses, quienes las llevaron a vivir a Malaca. La comunicación se redujo a cartas que a veces solo recibían una vez al año y las noticias eran invariablemente buenas, un bálsamo en la distancia.

Con el tiempo, Mokuhei se hizo cargo por completo de los negocios. Cuando Anjiro comenzó a envejecer y sus fuerzas ya no le permitían los largos viajes, era Mokuhei y sus subalternos quienes hacían las travesías y cerraban los tratos comerciales. Su madre, Hatsu, nunca contrajo segundas nupcias. En la casa de Timor, se

conservaba un santuario dedicado a la memoria de Nagayoshi, donde su recuerdo permanecía impoluto.

Anjiro dejó de viajar a los setenta y tres años y, por primera vez en su vida, llevó una existencia tranquila junto al amo Mokuhei, quien se había casado con Sue Tsunoda, una japonesa que conoció en uno de sus primeros viajes a Japón. Los hijos de Mokuhei y Sue —dos varones y una niña— lo llamaban cariñosamente *ojiisan*, abuelo, pues para ellos, Anjiro era una figura patriarcal, un pilar de su familia adoptiva. Murió ocho años después, acompañado de Hatsu, la mujer a la que había amado en silencio, con una devoción que jamás verbalizó. Hatsu lo sabía, lo sentía en cada gesto, en cada mirada, pero siempre quiso conservar la memoria de Nagayoshi como el único amor en su corazón.

Anjiro cerró los ojos por última vez sintiendo la mano de Hatsu en la suya, una conexión que trascendía las palabras y las convenciones.

—Buscaré una tierra por ti / Cruzaré los mares por ti / Esta vez solo te doy mi adiós… hasta nuestro próximo encuentro… —susurró, sin terminar el poema, y su aliento final se disolvió en el aire cálido de Timor.

La historia familiar de los Miyoshi en el Japón de la era Sengoku no acabó con la muerte del genio Nagayoshi. Sus hermanos, astutos supervivientes, pactaron con el ascendente jefe del clan Oda Nobunaga, un aguerrido samurái que, con la astucia y la fuerza de un torbellino, tomó el poder dejado por Nagayoshi. Las luchas que caracterizaron ese período prosiguieron implacables, hasta que Oda Nobunaga derrocó al shōgunato Ashikaga en el año *Tenshō* 1 (天正元年) 1573, poniendo fin a un largo e inestable periodo de guerras feudales y unificó más de la mitad de las provincias de Japón. Sin embargo, en *Tenshō* 10 (天正十年) 1582, un evento decisivo cambió el curso de la historia. Sucedió igual que con Nagayoshi: Nobunaga fue traicionado al igual que sucediera con Nagayoshi, por su general de mayor confianza, esta vez, Akechi Mitsuhide.

Los Miyoshi, antaño una fuerza arrolladora, fueron quedando reducidos a pequeños grupos familiares dispersos, algunos de los

cuales lograron seguir ocupando cargos oficiales de relativa importancia, aunque sin la fuerza y la influencia avasalladora del patriarca Nagayoshi.

Décadas después, Tokugawa Ieyasu, antiguo aliado y vasallo de Nobunaga, logró consolidar la unificación del país en la era *Genna*, en1603, y estableció un nuevo y duradero shōgunato. Treinta años más tarde, ya en la era *Kan'ei*, implementó el *Sakoku*, que significaba literalmente «país en cadenas»; una drástica política de relaciones exteriores que expulsó de manera oficial a todos los extranjeros europeos, en particular a los comerciantes y misioneros católicos provenientes de España y Portugal, quienes se habían asentado en las islas en gran número durante la segunda mitad del siglo XVI. Los contactos comerciales con el resto del mundo quedaron drásticamente restringidos bajo la supervisión directa del régimen Tokugawa al quedar las fronteras selladas.

Fue un período de aislamiento que duró doscientos sesenta y cuatro años, con la única excepción de algunas relaciones comerciales y culturales con China y Holanda, mantenidas bajo estricto control. La apertura de Japón a Occidente fue un proceso gradual, forzado por presiones externas, que culminó en la era *Keiō* con la Restauración Meiji en 1868. Un período que marcó un cambio radical en Japón, transformándolo de un gobierno feudal y aislacionista a una nación modernizada, industrializada y, en muchos aspectos, occidentalizada.

Mientras el destino de Japón se forjaba, el legado sanguíneo de Miyoshi Nagayoshi continuó silenciosamente a través de su hijo Mokuhei y Sue Tsunoda, la japonesa que había conocido antes del aislacionismo y que llevó a vivir a Timor, preservando así la estirpe. Transcurrieron cuatro siglos, y a finales del siglo XIX, el descendiente de Mokuhei, Teruemon, que por entonces contaba veinte años, manifestó sus deseos de volver a Japón. Su padre, al ver la promesa de un nuevo capítulo para su familia, no encontró motivos para que no lo hiciera. Y en 1872, con buena parte de la gran fortuna que habían acumulado en Timor, la estancia de Teruemon en el ya abierto Japón resultó inmensamente fructífera. Los vertiginosos cambios realizados en la política japonesa lo llevaron a ocupar

cargos importantes en el nuevo gobierno, reinstaurando la influencia de los Miyoshi en la patria ancestral. Los demás descendientes de Nagayoshi vivieron y prosperaron en Timor hasta el siglo XX.

Esta vez, Okura cerró el libro familiar con una melancolía que no siempre acompañaba sus lecturas. Se había encariñado con Nagayoshi, y aunque las memorias que había leído hasta ese momento eran algo escuetas en detalles personales, en su mente había recreado la vida del daimyō tal como debió de ser. Proseguiría la lectura cuando sus ocupaciones lo permitieran, ansioso por desentrañar más. ¿Cómo habría sido la muerte de Nagayoshi? ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos?, se preguntó, con el deseo de encontrar esas respuestas en el siguiente tramo de la historia, en un capítulo que, seguramente, debía existir.

Le enternecieron, en particular, la historia y la muerte de Anjiro, un hombre fiel y enamorado con un amor imposible, cuya devoción había sellado el destino de una rama de la familia. Al parecer, ese libro familiar que sostenía era una copia, o quizás un compendio, de algún original más completo que debía existir en alguna parte, una verdad que Okura anhelaba descubrir.

13 – Japón, 1940

Más de medio siglo después de la llegada de Miyoshi Teruemon a Japón, el país, ahora conocido como el Gran Imperio Japonés tras la Restauración Meiji de 1868, se hallaba nuevamente envuelto en una espiral de guerras de expansionismo. El shogunato había dejado de existir, sin embargo, los ecos de la ambición militar resonaban en cada rincón de la nación, una fiebre por el poder que recordaba los tiempos de Nagayoshi, aunque con armas y batallas de otra índole.

Ya desde 1914, Japón había mostrado su predilección por las confrontaciones al declarar la guerra a Alemania el 23 de agosto de ese año. Hábilmente, la nación nipona sacó provecho de la guerra que sostenía el país germano en Europa, y ocupó territorios que habían estado bajo su influencia: la provincia de Shandong en China y las remotas islas Marianas, Carolinas, Marshall y Belau-Palaos-Palau, antiguas colonias alemanas y parte de la vasta Micronesia española. Especialmente lucrativa fue la toma de Tsingtao y la colonia alemana de Jiaozhou en China, que se había convertido en un vital centro de comercio para Alemania en Asia.

La ambición de Japón no se detuvo allí. Además de la ampliación del control sobre las explotaciones alemanas en Manchuria y Mongolia Interior, exigió la propiedad conjunta de un importante complejo minero y metalúrgico en el centro de China, y la prohibición expresa a China de cualquier cesión o arrendamiento de sus zonas costeras a una tercera potencia. Las exigencias de Japón en diversos temas políticos, económicos y militares eran claras: buscaban reducir a China a un simple protectorado japonés, asegurando así el acceso a las materias primas que su propia tierra carecía.

A sus treinta y dos años, Masaru no siempre estaba de acuerdo con algunas de las decisiones tomadas por los comandantes militares, quienes a menudo actuaban sin el consentimiento explícito del emperador. Sin embargo, comprendía la inexorable lógica detrás

de la expansión: Japón, como país insular, no podía desarrollarse ni subsistir sin el acceso a las materias primas esenciales que no existían en su suelo. Este era el ambiente cargado y belicoso en el que se desenvolvía Miyoshi Masaru en 1931, descendiente de Miyoshi Teruemon. Ocupaba un prestigioso cargo como consejero en la cancillería japonesa del palacio imperial. Teruemon había fallecido hacía ya muchos años, al igual que su esposa, Sue Tsunoda.

Masaru vivía todavía en casa de sus padres, ya mayores, en un Tōkyō que latía con la tensa energía de la guerra inminente. A pesar del clima político, se sentía satisfecho con lo que había logrado. La fortuna de sus antepasados, traída desde Timor, se había incrementado exponencialmente con las inteligentes inversiones que su padre había hecho en tierras y con la expansión del negocio de importaciones; era una habilidad para el comercio que los Miyoshi llevaban en la sangre, inculcada por el espíritu emprendedor de Anjiro. Su cargo de consejero, más allá de su exquisita educación y cultura, le había sido otorgado por la profunda amistad que lo unía a la élite japonesa, las familias que movían los hilos del poder.

Durante la Restauración Meiji, se había abolido el sistema de los *han*, es decir, los daimyō que gobernaban las tierras, su población y los samuráis como fuerza militar. La tierra pasó a ser propiedad del Estado, y se establecieron sistemas de registro y distribución más modernos, un cambio que había favorecido enormemente a su ancestro Teruemon. A este se le otorgó un lote de tierra muy valioso situado en las afueras de Tōkyō. Él no lo había utilizado para construir viviendas; en su lugar, el extenso lote lo había transformado en un parque, un remanso de paz que, aunque privado, podía ser visitado eventualmente, con permiso, por aquellos que buscaban un respiro de la vorágine urbana.

Masaru, un amante de las artes y la belleza, había continuado el legado, contratando a los más refinados artistas paisajísticos para transformar el terreno en una especie de paraíso terrenal al que llamó *Tsukiakari no niwa*, o Jardín Iluminado por la Luna. Una parte de este idílico espacio se había reservado para la construcción de una Casa del Té, con la particularidad de que esta, a diferencia de cualquier otra, escondía un secreto: un sótano robusto, un búnker a

prueba de bombas. Solo el maestro constructor y la familia Miyoshi conocían su existencia. Por su estrecha relación con el gobierno y los militares, Masaru se había enterado de que no era el único en haber mandado construir un refugio antiaéreo; muchos otros, con la misma visión sombría del futuro, estaban haciendo lo mismo, previendo que en cualquier momento Japón se vería envuelto en una conflagración de mayores magnitudes.

La calma del jardín, por tanto, era una fachada; debajo de su serena belleza, latía la cruda previsión de la guerra.

14 - Argentina - II Guerra Mundial

En retrospectiva, la brutal crisis bursátil de 1929 había golpeado con dureza la economía japonesa. Un país sin mayores riquezas naturales, a excepción de la agricultura y la pesca, estaba obligado a ampliar sus mercados y a obtener nuevas fuentes de suministros. Esa imperiosa necesidad fue el motivo principal por el que, pese a la oposición del poder civil y, en apariencia, sin el permiso explícito del emperador, los militares japoneses llevaran a cabo la invasión de Manchuria en China. Fue una misión rápida, casi quirúrgica, para controlar un territorio de inmenso valor estratégico y económico, vital para el futuro del imperio. No obstante haber sido una insubordinación militar, la invasión había seguido su curso gracias a su avasalladora eficacia, consiguiendo una victoria tras otra. Ante los hechos consumados y los logros del ejército, el emperador se vio obligado a admitirlos y a validar sus decisiones, aunque sus más allegados, entre ellos Masaru, el joven consejero, opinaban en privado que Su Majestad había estado de acuerdo desde un comienzo, movido por la misma urgencia de asegurar el destino de Japón.

Después de controlar las provincias de Liaoning y Jilin, el siguiente paso del ejército japonés fue asegurar la estratégica línea ferroviaria con Corea, país que ya estaba anexionado a Japón como resultado de su victoria en la guerra contra Rusia en 1905. Y cuando el caos y la inestabilidad comenzaron a reinar en esas provincias chinas, Japón aprovechó la oportunidad para completar su dominio en el sur de Manchuria, iniciando la incursión por el norte a principios de 1932. Al año siguiente, la provincia de Jehol, ubicada al noreste de China, también fue ocupada por Japón y posteriormente anexada a Manchukuo, un gobierno títere impuesto por Japón, liderado por el último emperador chino, Pu-yi, un monarca sin trono propio.

Así pues, Japón estaba en pleno proceso de expandir su influencia por toda Asia, mientras en Europa, Adolf Hitler y el partido Nazi gozaban de un auge imparable, tanto así, que Hitler fue nombrado canciller de Alemania. Hitler, que simpatizaba abiertamente con el expansionismo territorial japonés y admiraba sus victorias militares, creía firmemente que el Imperio del Sol Naciente sería un aliado formidable para impedir el avance del comunismo, al que odiaba tanto como a los judíos. La alianza entre Japón y Alemania se selló formalmente en el año 1936 con la firma del Pacto Anticomitern, un acuerdo que sentaría las bases de un futuro globalmente convulso.

Mientras los tambores de guerra sonaban más fuertes en el escenario mundial, la rama de la familia de Masaru que había permanecido en Timor había emigrado a Argentina a instancias suyas. La previsión de Masaru era clara: sabía el futuro incierto que le deparaba a la isla de Timor ante la insaciable ansia de expansión japonesa. El joven Miyoshi Sasaichi, descendiente directo del clan de Miyoshi Nagayoshi, que acababa de contraer nupcias a comienzos de 1931, recibió la carta de Masaru y comprendió la urgencia. Decidió que era el momento de dejar Timor y establecerse en América, lejos del conflicto inminente. Masaru sabía que nada detendría a los japoneses; pronto llegarían a las islas más cercanas y ricas de Malasia, y Timor no estaba demasiado alejada de su camino.

Sasaichi, quien ya tenía amistades en Argentina, se había entusiasmado en la última conversación con un amigo japonés que se había radicado en esas tierras hacía apenas diez años y al que le estaba yendo mejor de lo que había esperado. Atraído por las prometedoras noticias de su amigo, Sasaichi vendió rápidamente sus propiedades en Timor, fletó un barco con sus pertenencias y toda la mercancía que pudo transportar, y nueve meses después, inició el largo viaje a Argentina con su mujer y toda su familia. Fue una travesía que duró muchos meses, partiendo de Timor, cruzando el inmenso Océano Pacífico en dirección hacia el sur, rodeando el mítico y traicionero Cabo de Hornos, en el extremo de Sudamérica, para finalmente navegar hasta Argentina por el Atlántico. Era un viaje peligroso, al que solo se atrevían los navegantes más avezados, debido a las fuertes corrientes y vientos indómitos del

Océano Pacífico y, en especial, del Cabo de Hornos. Pero Sasaichi y su familia llegaron a salvo y en 1933 se establecieron en Buenos Aires, una ciudad vibrante y en crecimiento, desde donde Sasaichi siguió atentamente los pasos de Japón a través de las noticias de los diarios y de alguna que otra carta que recibía esporádicamente de Masaru.

Argentina tenía una política abierta para la inmigración europea, no así para la japonesa, que en aquella época era muy poca. Sin embargo, Sasaichi no tuvo mayores contratiempos, precisamente por tratarse de una persona con amplia solvencia económica, y la herencia del espíritu comercial de los Miyoshi. Aprovechó la política argentina que daba ciertas facilidades que incluían la promesa de protección estatal, la posibilidad de adquirir tierras y la libertad para ejercer la religión y el idioma propios a los inmigrantes. Con el olfato especial que tenía Sasaichi para los negocios, adquirió terrenos valiosos en la ciudad de Buenos Aires y, siguiendo la tradición familiar de emprendimiento, comenzó un exitoso negocio de construcción y bienes raíces, además de continuar con su actividad como importador y exportador de bienes de consumo.

Como casi todos los que habían dejado su tierra natal, Sasaichi estaba profundamente interesado en lo que ocurría en Europa y, en su caso, en Japón. A través del diario El Clarín, seguía con atención los acontecimientos mundiales. Lo que estaba ocurriendo con el embajador japonés Kintomo Mushakoji y el canciller alemán Joaquim von Ribbentrop lo puso en máxima alerta. Sabía que ambos países tenían intereses comunes: la expansión territorial y la destrucción del comunismo soviético. Observaba el tablero geopolítico y sus temores, tristemente, no tardaron en hacerse realidad.

El arrollador avance japonés a finales de 1937 y comienzos de 1938 no dejaba dudas sobre las intenciones del imperio. La invasión de Nankín, entonces capital de China, obligó a evacuar a numerosos occidentales, desde comerciantes hasta periodistas y grupos religiosos. Salieron aterrorizados, no solo por el bombardeo inminente, sino por las atroces historias que corrían sobre la brutalidad del ejército imperial japonés. Cuando los bombarderos japoneses comenzaron a lanzar sus cargas sobre Nankín, la mayoría

había abandonado la capital, excepto algunos empresarios que se amparaban en su condición de nazis, creyéndose inmunes.

Cuando Hitler invadió Polonia en 1939, sumiendo a Europa en la Segunda Guerra Mundial, Japón ya había firmado un acuerdo con Alemania, una alianza estratégica que le permitiría expandir su poder en el sudeste asiático.

Sin embargo, la situación global llegó a un punto de no retorno cuando, en septiembre de 1940, Japón impuso al colaboracionista gobierno de Vichy en Francia la concesión de puntos de apoyo vitales en Indochina —el protectorado francés que hoy conocemos como Vietnam, Laos y Camboya—. El objetivo era claro: cercenar por completo la resistencia china y asegurar su dominio regional. Vichy, un régimen francés colaboracionista durante la ocupación alemana, contribuía de lleno a los planes del Eje, y Japón era considerado una pieza clave para la victoria nazi. En vista de todo aquello, cuatro días más tarde, el presidente Roosevelt de los Estados Unidos, hasta entonces un país neutral que se había limitado a observar, ordenó el embargo total del acero y la chatarra de hierro que la industria japonesa necesitaba desesperadamente para mantener el ritmo de producción exigido por la guerra. Aquello cambió drásticamente las reglas del juego e impulsó a los japoneses a tratar de conseguir otros proveedores a toda costa.

En mayo de 1940, con la finalidad de presionar aún más a Japón, Roosevelt tomó una decisión.

—Trasladen la flota del Pacífico de San Diego a Hawái.

—Es una mala idea, señor presidente —dijo el jefe de la flota—. Me opongo rotundamente. Pearl Harbor se halla a una distancia abismal de la costa continental americana.

—¿Cuánta distancia considera abismal?

—Tres mil cuatrocientas millas, señor presidente. Y esa base carece de calado suficiente para la maniobrabilidad de los grandes buques, su salida a mar abierto es demasiado estrecha y los depósitos de combustible y los almacenes de municiones están demasiado próximos entre sí, una negligencia flagrante para la seguridad en plena víspera de guerra.

—Necesitamos esa base, está más cerca de Midway y de Japón.

—Hemos ensayado con dos portaviones y la operación resultó negativa.

—Le reitero que necesito esa base. Es indispensable para el reabastecimiento de nuestras flotas.

—Lo siento, señor presidente, no la aconsejaría.

Roosevelt pensó que sería una medida psicológicamente estratégica. Los japoneses no se atreverían a atacar Pearl Harbor. El jefe de la flota del Pacífico, quien se opuso rotundamente al traslado, fue rápidamente sustituido por el almirante Husband Kimmel, un hombre leal a la voluntad de la Casa Blanca.

En Tōkyō, aquella maniobra fue interpretada no solo como una amenaza, sino como una daga dirigida al corazón del Imperio. Mientras tanto, en Europa, Hitler formalizaba la ya evidente coalición con Japón en el Pacto Tripartito, al que se incluyó también a Italia. «Nada bueno podría salir de esa alianza», sopesó Sasaichi en la lejanía de Buenos Aires, con el corazón apretado por la preocupación. El Pacto Tripartito tenía como objetivo principal formar un frente común inquebrantable contra los países que se oponían a sus políticas expansionistas y a su autoproclamado «nuevo orden mundial». El pacto, también conocido como la Alianza del Eje, comprometía a los tres países a prestarse asistencia mutua en caso de un ataque por parte de alguna potencia ajena a la alianza y establecía claras zonas de influencia para cada país: Alemania e Italia se repartirían Europa, y Japón, el vasto continente asiático. Para entonces, Sasaichi había dejado de recibir las esporádicas cartas de Masaru. La incertidumbre lo carcomía; no sabía si su sobrino estaba vivo, muerto, en batalla, o si seguía sirviendo en el palacio imperial, sumergido en la vorágine de Tōkyō.

A comienzos de 1941, una premonición se transformó en advertencia. El embajador de Perú en Tōkyō, Ricardo Rivera Scheiber, entregó un informe alarmante a su homólogo americano, advirtiéndole explícitamente que los japoneses planeaban un ataque por sorpresa a Pearl Harbor. El informe fue enviado a la Inteligencia Naval de los Estados Unidos, pero, asombrosamente, no dieron crédito a la información. Meses más tarde, el 24 de septiembre de 1941, interceptaron un mensaje del ministro de Exteriores japonés

dirigido al cónsul en Honolulu, en el que solicitaba que señalara con exactitud la posición de los buques de guerra norteamericanos en Pearl Harbor. De nuevo, la advertencia fue desoída, considerada una mera formalidad.

También el MI-5 británico hizo llegar un informe detallado en el sentido de que la Marina japonesa sentía un interés inusual y alarmante por la base, y, una vez más, no obtuvieron acuse de recibo. A mediados de noviembre, el jefe de la flota del Pacífico, Husband Kimmel, finalmente recibió un telegrama que helaría la sangre de cualquier hombre:

Este telegrama debe ser considerado como un aviso de guerra. Se han interrumpido las negociaciones con Japón que pretendían estabilizar la situación en el Pacífico, y hay que esperar una agresión por parte de los japoneses en pocos días.

A continuación, se citaban los posibles objetivos del ataque, entre los que, inexplicablemente, no se hallaba Pearl Harbor. Cuatro días después, mientras los portaviones japoneses se dirigían a su objetivo en silencio, el radiotelegrafista del transatlántico Lurline, en ruta desde San Francisco a Honolulu, captó señales japonesas extrañas durante varios días. Al llegar a puerto informó, pero las autoridades navales, enceguecidas por la incredulidad, menospreciaron su aviso.

La cadena de negligencias no terminó. El 2 de diciembre, el general Georges C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército, envió un mensaje crucial a los mandos del Pacífico advirtiéndoles de un ataque inminente. Sin embargo, en un fatal error, no avisó por teléfono al jefe de las fuerzas terrestres en Hawái, y en su lugar, se le mandó un telegrama no urgente, cursado por vía ordinaria, que llegó días después, cuando ya se estaba produciendo el bombardeo. Marshall y Roosevelt habían sido informados, sí, pero la base de Pearl Harbor, en el ojo del huracán, permanecía en la ignorancia.

7 de diciembre, 03:42 am.

Un dragaminas avistó un periscopio en el canal que conducía al puerto. Al principio no le hizo caso. Pero los avisos reiterados de un remolcador finalmente pusieron en alerta al destructor USS Ward,

que, tras lanzar unas cargas de profundidad, hundió a un submarino enano japonés.

07:02 am

La estación de radar del ejército norteamericano, situada en la minúscula isla de Point Kahuku, detectó la aproximación de la primera oleada de aviones japoneses. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para reaccionar.

07:39 am

Fuchida Mitsuo, comandante de los grupos aéreos de los portaviones japoneses, se adelantó a la ola de aviones de todo tipo que encabezaba y oscurecía el cielo a su paso. A bordo de un bombardero-torpedero B5N, equipado con una bomba perforadora de blindaje para atacar a los acorazados estadounidenses, sentía la adrenalina en todo su cuerpo. Sus ojos avistaron Pearl Harbor y se sorprendió al ver la tranquilidad de la base.

07:40 am

La flota estadounidense estaba anclada y los aviones en tierra. Fuchida supo que era el momento. Envió por radio la señal convenida:

¡Tora, Tora, Tora!

Y una flota de aviones conformada por una variedad de modelos como los Zero Mitsubishi, los Aichi y los Nakajima, se lanzó al ataque *Shinpū*.

La embestida sorpresa fue un éxito rotundo. Los norteamericanos, atónitos, vieron una nube de aviones ligeros realizando ataques en picada contra los barcos fondeados en la bahía. Fuchida fue alcanzado por el fuego antiaéreo, pero logró regresar a salvo con el resto de los pilotos. Se sentía orgulloso. Significaba una victoria colosal para el ejército imperial.

Sin embargo, la acometida de esos días no se limitó solo a Pearl Harbor. Japón atacó en simultáneo bases estratégicas en Singapur, Malasia, Hong Kong, Tailandia y las posesiones de Estados Unidos en Filipinas y Guam. Japón, de un solo golpe, había entrado de lleno en guerra contra Gran Bretaña, Canadá y los Estados Unidos.

Cuando Sasaichi leyó la estremecedora noticia de que Japón había atacado Pearl Harbor, sintió que sus peores temores, aquellos que lo

habían impulsado a cruzar medio mundo, se empezaban a hacer realidad. Estados Unidos, que hasta ese momento había sido neutral, declaró la guerra a Japón. El efecto dominó fue inmediato: Adolf Hitler, el 11 de diciembre de 1941, declaró la guerra a los Estados Unidos que, desde ese mismo instante, unió fuerzas con los aliados para enfrentar a la Alemania nazi en ambos frentes: Europa y Asia.

En Buenos Aires, la capital cosmopolita que ahora era el hogar de los Miyoshi, no se hablaba de otra cosa. La noticia ocupó las primeras planas de los diarios durante varios días, marcando un antes y un después en la historia del mundo.

15 – El oro de Yamashita

En 1941, Filipinas era un estado libre asociado a los Estados Unidos bajo el nombre de Mancomunidad Filipina. Gozaba de un gobierno autónomo, aunque bajo la soberanía norteamericana. Manuel Luis Quezón ejercía como presidente, y bajo su administración comenzaban los primeros movimientos independentistas, bruscamente interrumpidos por la invasión japonesa.

Para Japón, Filipinas era un objetivo estratégico de primer orden. En ese archipiélago se encontraba la crucial base de la Fuerza Aérea Estadounidense del Lejano Oriente, comandada por el célebre general Douglas MacArthur. Los japoneses, con una fuerza arrolladora, iniciaron la invasión apenas un día después del ataque a Pearl Harbor, culminando con la ocupación de Filipinas el 9 de diciembre de 1941. Las fuerzas niponas, mejor entrenadas y con una ferocidad inaudita, lograron, pese a ser superadas en número, reducir rápidamente a las unidades filipino-estadounidenses de Luzón, acorralándolas en la península de Batán y en la isla de Corregidor. Una vez con Filipinas bajo control, ya sin el peligro de los ataques aéreos de los norteamericanos, los estrategas japoneses habían planeado expandirse consolidando su dominio sobre el sudeste asiático.

Ante la inminente y aplastante derrota, el general Douglas MacArthur y su familia fueron evacuados a Australia en una operación arriesgada con lanchas rápidas, debido a que los mares estaban plagados de patrullas japonesas. En Batán, la noticia de la huida de MacArthur fue recibida con una amargura y un sentimiento de traición palpables entre muchos soldados estadounidenses y filipinos. Para Joseph Goebbels, el propagandista nazi, MacArthur era un «general fugitivo», mientras que Benito Mussolini lo tildó de cobarde. El general Georges C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército de EE. UU., decidió que la mejor manera de contrarrestar

esas opiniones era otorgarle a MacArthur la Medalla de Honor, en un intento de salvar la moral y la imagen.

Al finalizar la batalla de Batán, los japoneses sometieron a las fuerzas aliadas a una de las atrocidades más infames de la guerra: la Marcha de la Muerte. Obligaron a setenta y seis mil prisioneros de guerra y a civiles filipinos y estadounidenses a una marcha forzada de más de cien kilómetros bajo un sol inclemente. Una marcha en la que murieron más soldados que en la propia batalla, debido a la falta de agua, las enfermedades, el agotamiento extremo y una serie de maltratos físicos sádicos que terminaron con la vida de varios miles de prisioneros. Fue una crueldad innecesaria, una brutalidad que horrorizó a los habitantes del archipiélago y que dio lugar a la formación de numerosos grupos guerrilleros, decididos a luchar con feroz resistencia contra el control japonés. La ocupación significó una época de sufrimiento, represión, explotación económica y una total militarización en la vida de los filipinos, en la que se produjeron innumerables crímenes de guerra para abatir la fuerte y digna resistencia por parte de la población civil.

No obstante, las victorias japonesas, que eran celebradas con euforia por las facciones militares más extremistas del gobierno japonés, no eran compartidas por todos. Algunos militares de alto rango, con una visión más pragmática, veían un porvenir oscuro y sangriento después del ingreso de los norteamericanos y sus aliados a la guerra. Dentro de la élite militar nipona, aún existían ciertas preferencias y marginaciones, generalmente concebidas por cuestiones de castas y linajes, algo que, pese a la reestructuración Meiji y la aparente democratización de Japón, seguía existiendo con una fuerza soterrada. Fue lo que ocurrió con un brillante estratega de nombre Yamashita Tomoyuki.

Yamashita, oriundo de la Prefectura de Kōchi, se había licenciado en la academia de cadetes en 1905 y ascendido a teniente. Después de graduarse por la Academia del Ejército Imperial de Tōkyō, fue destinado a una unidad de combate, donde su talento pronto fue evidente. Con una carrera impecable, y pese a haber demostrado destreza, capacidad y una visión militar superior en los cargos

asignados, fue tratado fríamente en el ejército, marginado por las facciones dominantes.

Yamashita, si bien era seguidor de Tōjō Hideki –quien pertenecía al grupo de militares de nacionalismo extremo y de apoyo irrestricto a la expansión japonesa–, no simpatizaba con sus ideas más radicales. Eran tiempos en los que Japón tenía a Manchuria bajo su dominio y se sentía invencible, pero Yamashita chocó abiertamente con Tōjō Hideki y su facción al insistir en que Japón debería terminar su conflicto con China y conservar relaciones pacíficas con los Estados Unidos y también con el Reino Unido, previendo la catástrofe que se avecinaba.

Una mañana, en un despacho militar, la tensión era palpable:

—Buenos días, Hideki —saludó Yamashita, con su voz grave—. Me informaron que asumirás el cargo de la vicepresidencia del Ministerio de la Guerra.

—Sí, la verdad es que prefiero estar aquí que en Cantón —respondió Tōjō.

—Creo que deberíamos terminar la guerra con China —comentó Yamashita, con una franqueza que nadie se atrevía a usar con él—. Nada bueno va a traernos tener el ejército dispersado en tantos frentes.

—Creo que te olvidas que necesitamos las materias primas de Manchuria. China es nuestra mina —replicó Tōjō, con un destello de impaciencia.

—Tener como enemigos a los Estados Unidos y Reino Unido es como luchar contra el mundo entero —insistió Yamashita.

Tōjō soltó una risa despectiva.

—Nosotros formamos nuestro Eje con Alemania, Italia y Francia en plena Europa. ¿Qué podemos temer? Estados Unidos se encuentra al otro lado del mundo.

—No sé… presiento que las cosas podrían salirse de control. Hasta ahora lo hemos hecho bien, pero no creo que los aliados occidentales se queden de brazos cruzados.

—Tomoyuki, ten cuidado con lo que dices, hay oídos en las paredes —le advirtió Tōjō, en un tono sombrío, amenazante.

Eran casi de la misma edad y la amistad entre ellos se había forjado mientras estudiaban en la Academia del Ejército Imperial de Tōkyō. Sin embargo, la brecha ideológica y estratégica ya era un abismo.

Yamashita fue enviado a Manchuria y, a todos los efectos, marginado durante la mayor parte de la guerra que se estaba llevando a cabo en el Pacífico. Su «amigo», el poderoso ministro Tōjō Hideki, no olvidaba sus diferencias y había dado la orden explícita de mantenerlo lejos del centro de las operaciones estratégicas.

El consejero del Ministerio de Relaciones Exteriores, Miyoshi Masaru, seguía con detenimiento el camino bélico que había elegido el general Tōjō Hideki y tampoco concordaba con sus ideas, en especial después del ataque a Pearl Harbor, que había sido el factor determinante para que los Estados Unidos dejara su posición neutral y entrase de lleno en la guerra, transformando el conflicto en una conflagración mundial.

La guerra, sin embargo, se había tornado difícil y sangrienta para la armada estadounidense. Las fuerzas japonesas estaban demostrando una extraordinaria capacidad y parecían invencibles, incluso con la ayuda de Gran Bretaña, China, Australia y los Países Bajos. La fuerza naval japonesa había controlado con mano de hierro el Pacífico durante los primeros noventa días después de Pearl Harbor, una superioridad que el Eje celebraba. Fue entonces cuando el general Tōjō Hideki informó al emperador Hirohito que la Armada Imperial Japonesa atacaría el atolón de Midway, convencido de una nueva victoria.

La ubicación de Midway en el Pacífico se había vuelto estratégicamente vital. Era una parada norteamericana esencial para repostar en los vuelos transpacíficos, y también para los barcos de la armada. A partir de 1940, cuando las tensiones con los japoneses aumentaron exponencialmente, Midway fue considerado como el segundo lugar crucial, después de Pearl Harbor, para enfrentar a los japoneses. En ese pequeño atolón de poco más de cinco kilómetros cuadrados se materializaron rápidamente pistas de aterrizaje,

arsenales y una base de hidroaviones, convirtiéndolo en una fortaleza.

Para ese momento, Japón tenía bajo su dominio más de seis millones quinientos mil kilómetros cuadrados. Se había convertido en uno de los mayores imperios marítimos de la historia. Y sus planes de expansión, impulsados por la autoconfianza militar, seguían adelante sin freno. Miyoshi Masaru se hallaba seriamente preocupado por el exceso de confianza de los militares y después de escuchar la arrogancia del general Tōjō Hideki, decidió tener una conversación urgente con el primer ministro Konoe Fumimaro, quien lo había nombrado asesor de las colonias cuando era ministro de relaciones exteriores.

—Buenas tardes, Konoe-sama —saludó Masaru con una profunda reverencia.

—Espero que me traiga buenas noticias, Miyoshi-san —dijo Konoe, apesadumbrado.

—Hasta ahora son buenas, mi señor, pero tengo información muy veraz de que los norteamericanos están acondicionando el atolón de Midway para un posible ataque a nuestra Armada Imperial. También se han filtrado mensajes enviados por nuestros hombres, descifrados por sus máquinas decodificadoras. Le he advertido al Ministro Tōjō Hideki, espero que tome en cuenta mi informe.

—¿Qué opina usted, Miyoshi-san? —preguntó Konoe, su mirada buscando la sinceridad en los ojos del joven consejero.

—Opino, mi señor, que el general Yamashita debería estar al frente de la guerra y no apartado en Manchuria. Hacen falta hombres capaces, son muchos frentes. Luchamos contra todos los países aliados. Hitler está estancado en el frente soviético, y mis informantes dicen que los bolcheviques están a punto de llegar a un acuerdo con los Estados Unidos para recibir refuerzos bélicos.

—¿Los americanos ayudarán a los bolcheviques? ¡Imposible! —negó categóricamente Konoe.

—Son convenios estratégicos, mi señor. El informe me llegó de una fuente confiable del Departamento de Estado norteamericano.

—Conversaré con el ministro Tōjō Hideki, aunque ese hombre tiene el poder del ejército en sus manos —dijo apesadumbrado

Konoe—. Ya ve usted lo que ocurrió con Manchuria.

—Me temo que lo de Manchuria en realidad fue idea del emperador —confesó Masaru, inclinando la cabeza, revelando un secreto a voces.

—Sabemos que así es —admitió Konoe Fumimaro, quien en realidad era un príncipe, miembro de la nobleza japonesa, con una sonrisa amarga—. Pero conocemos su posición: prefiere trabajar entre las sombras, moviendo los hilos.

—En estos momentos, mi señor, tenemos un buen lugar bajo nuestro dominio: Filipinas —dijo Masaru, cambiando el tema con astucia—. Las riquezas de ese archipiélago son inconmensurables. Necesitamos ingresos para adquirir petróleo; el embargo petrolero nos tiene ahorcados.

—¿A qué se refiere, Miyoshi-san? —preguntó Konoe, intrigado por el cambio de rumbo en la conversación.

—Filipinas es rica en minerales, mi señor: el níquel, el oro, la plata y el cobre se extraen con relativa facilidad. También es rica en carbón, y eso sin contar las grandes fortunas en oro que guardan los bancos y los comerciantes acaudalados, incluso valiosas obras de arte.

Konoe consideró la información.

—¿Quién está gobernando Filipinas actualmente?

—El general Masaharu Homma, mi señor. Aunque parece que no está ejerciendo el mando como debe. El ejército está haciendo desmanes entre la población civil, y por ese motivo la guerrilla opositora es cada vez más numerosa y efectiva.

—Tendré una conversación con el ministro Tōjō Hideki acerca de sustituirlo por Yamashita, Miyoshi-san —dijo Konoe, viendo una oportunidad.

—Excelente idea, mi señor. Aunque creo que debo advertirle que ellos no se llevan muy bien. Fue por una orden expresa suya que el general Yamashita fue enviado a Manchuria, apartado del mando.

Konoe guardó silencio, la revelación lo golpeó. ¿Por qué haría Tōjō eso? Yamashita había demostrado ser un excelente estratega y hombre de armas, un genio militar desaprovechado.

Masaru se retiró y se dirigió a su despacho. Diariamente le llegaban informes sombríos de la peligrosa situación en la que se empezaba a encontrar Alemania, la principal aliada de Japón. Y si Hitler y los suyos proseguían con las barbaridades que habían llegado a sus oídos –historias que helaban la sangre y que ni siquiera se atrevía a pronunciar–, no quería ni imaginar lo que sucedería si los aliados finalmente ganaban la guerra. Japón tampoco estaba cerca de ser considerado un enemigo benévolo. Sabía perfectamente el odio que les tenían los coreanos y los chinos por las matanzas sin sentido que habían perpetrado entre la población civil y las que seguían haciendo en todo el sudeste asiático, incluyendo Filipinas. Un lugar al que, según sus cálculos y su pragmatismo, había que tratar en mejores términos para explotar sus riquezas de forma eficiente.

Con su visión estratégica ya delineada y por orden del ministro de relaciones exteriores, Miyoshi Masaru fue discretamente trasladado a las oficinas de administración en Filipinas. Su misión: llevar a cabo un censo, en especial entre la gente más adinerada de Manila y de las ciudades importantes. Se presentó ante José P. Laurel, el presidente títere de la Segunda República Filipina, y comenzó su meticuloso trabajo con un equipo de filipinos que, seducidos por prebendas, colaboraban con el gobierno de ocupación. Se censaron con detalle los comercios, oficinas comerciales, entidades bancarias, tiendas, casas, apartamentos, parcelas y todo lugar habitable de valor. Masaru tenía un objetivo más allá del censo: ubicar los flujos de riqueza, los tesoros ocultos, el oro que su país, hambriento de recursos, necesitaba desesperadamente.

Mientras la brutalidad de la ocupación japonesa se extendía, Masaru se dedicó a su misión con una fachada de profesionalismo, visitando los pocos lugares que, pese a la guerra, seguían ofreciendo sus servicios, e intentando socializar con la gente del lugar. No siempre era bien recibido, pero el temor a las represalias aseguraba un trato más amable de lo que hubiera esperado. También ayudaba su don de gentes y la presencia occidentalizada de sus atuendos, que contrastaba fuertemente con la de los soldados y policías imperiales, provenientes de los estratos más humildes de la sociedad

japonesa, quienes actuaban como amos y señores absolutos, imponentes y crueles. *A la chusma no se le puede dar poder*, pensaba Masaru con una amargura creciente, observando la arrogancia y la violencia de sus compatriotas.

Sin embargo, el horror más profundo de Masaru no radicaba solo en la actitud de los soldados rasos. Quedó espantado por los crímenes sistemáticos que se estaban cometiendo bajo la autorización de los altos mandos japoneses. Habían autorizado a un equipo de médicos y científicos, traídos específicamente desde Japón, para someter a prisioneros de guerra y civiles a una serie de aberrantes estudios pseudocientíficos. Estos «experimentos» incluían, en ocasiones, disecciones y suturas de vasos sanguíneos en humanos vivos. Antes de los tormentos, los obligaban a cavar sus propias tumbas, en las que los lanzaban aún con vida después de haber hecho uso de ellos. En algunos casos, los cuerpos de los filipinos viviseccionados eran cosidos y luego las víctimas eran asesinadas a tiros. En otros, las lanzaban sin miramiento, con las tripas al aire. Y lo peor, lo que carcomía el alma de Masaru: ¡Estaban vivos durante todo el proceso! Estas y otras barbaridades causaron una profunda repulsión en Masaru e hicieron que empezara a odiar con toda su alma a la facción militarista que gobernaba Japón. Otro asunto igualmente infame fue el tema de la esclavitud sexual a la que fueron sometidas miles de personas, entre madres, niñas y hombres homosexuales, algunos de tan solo diez años. Fueron encarcelados, llevados a la fuerza como «mujeres de solaz» y mantenidos en una brutal esclavitud sexual para el personal militar japonés durante toda la ocupación.

La conciencia de Masaru ardía, pero su propia tarea no distaba mucho de ser también una aberración. Después de la conversación con el príncipe Konoe, existía la orden directa e irrefutable del emperador Hirohito de hacerse con la mayor cantidad de bienes en cualquier tipo de material precioso para contribuir al mantenimiento de la armada japonesa, que atravesaba por uno de los períodos más precarios económicamente, y surtir a la enorme cantidad de soldados repartidos por Asia.

No fue sino hasta la repentina aparición del general Yamashita Tomoyuki, llegado directamente desde Manchuria, cuando la recolección de bienes empezó a hacerse efectiva con eficiencia implacable. El general japonés que hasta ese momento había sido gobernador de Filipinas fue sumariamente destituido del cargo y Yamashita con su increíble don de organización y su falta de escrúpulos a la hora de ejecutar las órdenes recibidas de sus superiores, empezó un saqueo sistemático a gran escala de todos los bienes de las personas elegidas en el censo de Masaru.

Desde lingotes de oro y plata, dinero en dólares en efectivo, joyas… todo lo que se encontró en las bóvedas de los bancos y en los lugares secretos donde los adinerados ocultaban sus fortunas fue extraído por orden del emperador y llevado a un lugar protegido por militares, quienes, bajo pena de muerte, fueron obligados a guardar silencio al respecto. Masaru en aquellos días vivía con el remordimiento de conciencia, como una carga pesada, por haber sido el gestor y el facilitador de aquel monumental saqueo. Había sido una idea excelente al planearla lejos, en Japón, pero después de la cercanía a aquellas gentes amables, en una tierra que ya estaba sufriendo los desmanes de una ocupación deshumanizada, veía el saqueo como una tarea tremendamente brutal. Y lo peor de todo, no había manera de echarse atrás.

El archipiélago filipino, formado por 7.641 islas, está ubicado estratégicamente entre Borneo y Taiwán, a unos ochocientos kilómetros del continente asiático. Tras supervisar el inicio del saqueo, Yamashita se dedicó a la logística del transporte.

—La distancia entre las costas más cercanas entre Filipinas y Taiwán es de mil cien kilómetros —caviló en voz alta Yamashita, mientras Masaru observaba con atención el mapa extendido en una mesa de campaña frente a ellos.

—Para llegar a las costas de Luzón desde Manila, tendremos que atravesar casi la misma cantidad de kilómetros por tierra, y el terreno es bastante accidentado —arguyó Masaru, señalando una ruta sinuosa—. Eso, si fueran en línea recta como aparece en el mapa. Lo cierto es que la carretera toma este camino... —Señaló hacia la derecha, indicando la ruta real.

—No hay otra ruta viable. Todo lo que hemos recaudado debe llegar a Japón de alguna manera; es una orden directa e innegociable del emperador —sentenció Yamashita—. Encontraremos la forma de hacerlo sin utilizar ninguna clase de ayuda de los filipinos. No confío en ellos.

—Creo que no habrá suficientes soldados para el traslado, mi general. La guerrilla es un problema creciente.

—Los habrá. Que los hombres se dejen de hacer guarradas y barbaridades y se pongan a trabajar. Los que desobedezcan serán fusilados sin contemplaciones.

Y así se hizo. Bajo el férreo control de Yamashita, durante un mes y medio, una caravana de camiones cargados de tesoros partió rumbo a las costas del punto situado al norte de Filipinas, Cagayán. Por el camino tuvieron que enfrentar grupos guerrilleros a los que abatieron sin piedad, sin dejar a ninguno vivo. A medida que se alejaban de la capital, los ataques guerrilleros se fueron espaciando. Al llegar a Cagayán, se encontraron con que la costa estaba circundada por montañas cubiertas de una vegetación impenetrable.

Yamashita dio orden de dejar el botín, cuidadosamente embalado para evitar su deterioro, en una de aquellas montañas, de manera que desde fuera no se notase su presencia. La vasta fortuna fue depositada, a la espera de ser llevada a Taiwán y de ahí a Japón. El general Yamashita esperaba poder transportarlo en un submarino, pero el Mar de China estaba ahora firmemente resguardado por la marina estadounidense, haciendo imposible un envío directo y masivo. Era una maniobra desesperada para un tesoro de proporciones legendarias.

Mientras tanto, en el escenario global, la marea de la guerra había cambiado de manera radical. En 1943, Benito Mussolini había sido arrestado por el rey Víctor Manuel III luego de que el Gran Consejo del Fascismo votara por destituirlo, desencadenando una guerra civil en Italia que posteriormente llevaría a la liberación del país por las fuerzas aliadas.

Corría el año 1944, y la guerra no podía estar en peores condiciones para los países del Eje. Hitler estaba en su más bajo momento; la invasión a Normandía por los aliados había significado

un punto de inflexión decisivo en la guerra. Las tropas soviéticas avanzaban rápidamente por Europa del Este, liberando territorios ocupados por Alemania y acercándose inexorablemente a las fronteras del Reich. La situación en el Pacífico era igualmente sombría: la zona entre Filipinas y Taiwán, ambas todavía en poder de los japoneses, estaba firmemente resguardada tanto por las fuerzas chinas como por las norteamericanas, que luchaban con una agresividad renovada en todos los frentes donde se hallaban los japoneses. Solo quedaba Japón como la única potencia del Eje y aún resistía.

Miyoshi Masaru, con el peso de su conciencia y la responsabilidad de la misión, acompañó el último cargamento de oro a Taiwán, cumpliendo con la orden de Yamashita en un submarino que se arriesgó a cruzar las setecientas millas hasta las costas de Taiwán, una orden que debía cumplirse bajo pena de muerte de no ser ejecutada. El general lo consideraba un testigo fundamental ante el emperador Hirohito, alguien que podía dar fe de la magnitud del tesoro. Antes de que Masaru partiera, Yamashita se acercó a él. Su rostro era una mezcla de determinación y despedida.

—Cuando todo el cargamento esté seguro en Taiwán, veremos la manera de transportarlo finalmente a Japón. Espéreme allí —dijo Yamashita.

Era su encargo final antes de la batalla.

El «Tigre de Malasia» como era conocido Yamashita, fue a hacer frente al Sexto Ejército de los Estados Unidos que, con el apoyo de bombardeos navales y aéreos masivos, y el general Douglas MacArthur a la cabeza, estaba desembarcando en Leyte, Filipinas, un asalto que sellaría el destino del archipiélago y del oro, porque al mismo tiempo sirvió de distracción para el submarino que silenciosamente iba rumbo a las costas escarpadas de esa parte de Taiwán.

Después de desembarcar los bultos y ocultarlos cavando en la agreste montaña de la costa de Formosa, como también se conocía a Taiwán, los tripulantes regresaron al frente de batalla. Sin embargo, como después se enteró Masaru, el submarino fue

hundido al ser detectado por un barco de la marina de guerra norteamericana, justo frente a las costas de Filipinas.

16 – Hiroshima y Nagasaki

La Segunda Guerra Mundial afectó a todos los rincones del planeta, y la economía argentina no fue la excepción. Aunque el valor de las exportaciones e importaciones se redujo drásticamente, este hecho sirvió de inesperado acicate para impulsar el crecimiento de la industria local, beneficiándose de la necesidad de abastecer a otros países y cubrir la demanda interna. Fue una situación que Sasaichi supo aprovechar con la aguda perspicacia de los Miyoshi. Con la gran fortuna que la familia había reunido a lo largo de más de tres siglos en Timor, sus negocios en Buenos Aires, especialmente el floreciente mercado inmobiliario, le permitieron no solo aumentar su patrimonio, sino también construir una base financiera sólida en un espacio de tiempo asombrosamente corto. No obstante, la guerra y las noticias cada vez más sombrías provenientes de Europa y, sobre todo, de Japón, le ocasionaron a Sasaichi serias preocupaciones. Por fortuna, el país que había elegido para vivir era neutral.

En esos tiempos de guerra, muchos alemanes y japoneses que se habían establecido en Buenos Aires y provincias aledañas seguían con una atención febril las noticias del frente europeo. Sin embargo, nadie, ni siquiera los más informados, había estado preparado para lo que sucedió en Pearl Harbor. A Sasaichi y a la gente con la que comentaba acerca de lo sucedido en la base norteamericana —incluyendo a algunos alemanes que se habían aposentado en Buenos Aires y que, al igual que él, tenían acceso a información privilegiada— les parecía increíble que los Estados Unidos no hubiera tenido noticias del ataque a través de su sofisticada red de informantes, espías y máquinas decodificadoras y que hubieran sido tomados por sorpresa, como ellos argumentaban.

El conflicto tomó rumbos catastróficos para Japón; Alemania ya estaba debilitada, y los ejércitos japoneses, que habían invadido China, Malasia, Singapur, Birmania, Vietnam, Laos, Camboya, Filipinas, Guam, algunas islas del Pacífico Central, las Islas Salomón,

las Indias Orientales Neerlandesas (Indonesia) y Hong Kong, tuvieron que defenderse con ferocidad, pero ahora ante los ejércitos implacables de los Aliados, conformados por Reino Unido, Estados Unidos, China, Australia, India, Canadá y Nueva Zelanda.

El ejército japonés, desproporcionadamente extendido en múltiples frentes de guerra, también mantenía una presencia significativa en Japón para asegurar la seguridad y el orden interno. Sin embargo, desde principios de 1945, el bombardeo estadounidense sobre objetivos militares en Japón se había transformado en un devastador bombardeo con bombas incendiarias, con el objetivo explícito de destruir ciudades enteras y aniquilar la capacidad industrial y la moral del país. A mediados de junio, las seis ciudades más grandes de Japón habían sufrido daños incalculables, y las más pequeñas también se convirtieron en blancos. En total, se contaban sesenta y seis ciudades convertidas en desolación humeante.

Ciudades importantes como Osaka, Nagoya, Kobe, Yokohama y docenas más fueron sometidas a ataques similares, con grandes extensiones de sus áreas urbanas quemadas hasta los cimientos. Tōkyō sufrió el bombardeo más letal de la historia entre el 9 y 10 de marzo de 1945. Alrededor de cuarenta y un kilómetros cuadrados de la ciudad fueron completamente arrasados en una sola noche, causando más de cien mil muertos.

Los bombardeos de los aliados, especialmente los lanzados con bombas de napalm, causaron una destrucción masiva en las ciudades japonesas, que en su mayoría estaban construidas con madera y papel.

Ya desde principios de 1945, se empezó a repartir en Japón, entre los soldados y los civiles, un manual de bolsillo ominoso: el *Senjinkun*, una lectura obligatoria descrita como el «Manual de Campo para la Batalla Decisiva de la Patria». Este código prohibía específicamente la retirada o la rendición bajo cualquier circunstancia. Su lema, grabado a fuego en la psique nacional, era una sentencia:

Nunca vivir para experimentar la vergüenza de ser prisionero.

Aquella idea, arraigada con una firmeza ancestral, era el culmen de una nación acostumbrada desde tiempos inmemoriales al sacrificio máximo en bien de sus gobernantes. Un tipo de actitud, de honor llevado al extremo, que no era en absoluto entendida por Occidente.

—La situación es irreversible Tōjō Hideki-san —dijo el primer ministro Kantarō Suzuki.

—No nos rendiremos. Lucharemos hasta el final.

—Aquí, ¿dentro del búnker? ¡Millones de soldados japoneses se están enfrentando en los innumerables frentes utilizando las escopetas como garrotes!

Mientras los líderes japoneses de la guerra deliberaban en sus búnkeres, la matanza continuaba sin tregua. En Tōkyō se ultimaban los planes para una defensa suicida final, descrita con fría precisión en el manual. Los civiles no serían perdonados; servirían de escudos humanos para dar una muestra irrefutable de su espíritu de lucha indomable, llevando el sacrificio a su última y más trágica expresión.

Japón, aislado y sin aliados desde la caída de Alemania y de Italia, con su industria y la mayoría de las zonas urbanas reducidas a escombros, y con las materias primas inexistentes —agotadas como la moral y la salud de la población civil—, seguía luchando con una obstinación ciega en todos sus frentes. El ejército carecía de alimentos y suministros. La guerra total en ese país se estaba librando a una escala colosal y era probable que continuase hasta la rendición japonesa, una palabra que parecía no existir en su vocabulario. Corría ya el año 1945, y los japoneses no daban la menor muestra de rendición.

En medio de esta brutalidad, un cambio de liderazgo sacudió a los Estados Unidos. Franklin Delano Roosevelt falleció el 12 de abril debido a una hemorragia cerebral masiva. Le sucedió el vicepresidente Harry S. Truman, un hombre de profundas convicciones que, durante la Primera Guerra Mundial, fue oficial de artillería; el único presidente del país que combatió en esa guerra.

Casi de inmediato, el Secretario de Guerra, Henry Stimson, le informó que la Prueba Trinity, la primera bomba atómica del mundo,

había sido un éxito devastador. Ese día, con el peso del futuro en sus manos, Truman escribió en su diario:

Hemos descubierto la bomba más terrible de la historia mundial. Es la destrucción masiva predicha en la era de Mesopotamia después de Noé y su fabulosa Arca.

Recordó entonces el intercambio de palabras que tuvo con la primera dama Eleanor Roosevelt al acudir a su llamada después de fallecer el presidente:

—¿Qué puedo hacer por usted? —había preguntado él, con sinceridad.

—¿Hay algo que podamos hacer por usted? ¡Usted es el único en problemas ahora! —respondió ella, con una lucidez profética que el tiempo no tardaría en confirmar.

El nuevo presidente tenía ante sí una situación delicada, una decisión de una magnitud sin precedentes. Al asumir el cargo, confesó a los reporteros con humildad abrumadora:

Muchachos, si alguna vez rezáis, rezad por mí ahora. No sé si a alguno de vosotros alguna vez os ha caído una carga de heno encima, pero cuando me dijeron lo que había pasado ayer, sentí que la Luna, las estrellas y todos los planetas me habían caído encima.

Los meses se sucedían y Truman esperaba una respuesta ante sus constantes demandas de rendición incondicional al gobierno de Japón, algo que a los militares de la nación asiática les parecía imposible de aceptar. «Rendición incondicional, ¡jamás!», resonaba en los despachos de Tōkyō. La Oficina de Información de Guerra de los Estados Unidos envió desde Saipán aviones que lanzaron panfletos sobre treinta y tres ciudades japonesas, incluyendo Hiroshima y Nagasaki, en los que advertían del peligro e indicaban a los civiles que evacuasen y, en ocasiones, los animaban a presionar a sus líderes para que se rindieran.

Nada de aquello surtió efecto. La voluntad de acero del Japón militarizado permanecía inquebrantable.

El 6 de agosto de 1945, los titulares de los periódicos se ocuparon de una sola y terrorífica noticia en sus primeras planas: la ciudad de

Hiroshima en Japón había desaparecido tras el lanzamiento de una bomba atómica, una explosión de una ferocidad nunca antes vista, lanzada por los estadounidenses. Sin embargo, el gobierno japonés en Tōkyō, aún dominado por los militares, no admitió la derrota de inmediato. A las 11:02 del 9 de agosto, solo tres días después, Estados Unidos lanzó otra bomba, esta vez sobre Nagasaki, sellando el destino de una nación entera.

El 10 de agosto, Truman esperaba con ansiedad la rendición, pero no fue hasta las 16:05 del 14 de agosto cuando le informaron de la decisión de Japón de rendirse definitivamente. No obstante, el ejército y la marina, imbuida de su código de honor, no enviaron órdenes de rendición a sus soldados. El general de línea dura, Anami, se suicidó a las 5:30 de la mañana del 15 de agosto, y un grupo de jóvenes oficiales japoneses intentaron un desesperado golpe de estado para tomar el palacio imperial e impedir la rendición. Sus esfuerzos fueron en vano.

A las 7:21 de esa misma mañana, se anunció por radio que el emperador Hirohito hablaría al pueblo al mediodía. Durante su alocución, con una voz que pocas veces se había escuchado en público, el emperador anunció que aceptaba la rendición incondicional, un acto sin precedentes. Hirohito admitió que la guerra no había procedido necesariamente en beneficio de Japón y, en un pasaje que resonaría por la eternidad, señaló:

…además, el enemigo ha comenzado a emplear una nueva bomba extremadamente cruel. Si continuamos luchando, no solo resultaría en el colapso y la aniquilación de la nación japonesa, sino también en la extinción total de la civilización humana.

Harry Truman respiró hondo. Habían estado preparándose para lanzar una tercera bomba atómica. El mundo, y él con el mundo, habían estado al borde del abismo.

La devastación que sufrieron las ciudades en las que habían sido lanzadas las bombas atómicas era inimaginable, un infierno en la tierra. Semanas después, las calles eran esqueletos de lo que una vez fueron. Se podían ver pandillas de muchachos desharrapados,

hijos sin padres, en cuyos rostros era patente la huella del hambre, el insomnio y el miedo. Se dedicaban a recoger trapos, trozos de papel, botes vacíos, y en definitiva todos aquellos preciosos residuos que la miseria, el hambre y la muerte dejan siempre tras de sí. Y muchos heridos, demasiados, con el cuerpo calcinado y los huesos al aire, que hubiesen preferido morir a soportar dolores agonizantes sin poder emitir un sonido porque sus gargantas habían sido abrasadas por una nube de calor de una naturaleza desconocida.

Y entonces, el silencio. Un gran, pesado silencio. Todo cuanto alcanzaba a verse estaba muerto, sin hálito, inmóvil, como cuando la tierra misma llega a su fin. Solo el sonido del viento, que de un momento a otro parecía haber acaparado el espacio vacío y se había adueñado de todo, sin que los árboles, casas y edificios fuesen ya un obstáculo en su paseo campal por la desolación. Un olor indefinible de suciedad, ropa mojada y carne muerta impregnaba el aire. Ruinas en las que hatajos de miserables ancianos, mujeres y niños vivían apilados, sentados en el suelo o de pie, recostados en cualquier ruina que había sido una pared, o tendidos sobre la tierra. Retratos de una catástrofe que ningún occidental llegó siquiera a imaginar que pudiera existir.

El final de la guerra significó una victoria para Occidente, pero lo sucedido en Hiroshima y Nagasaki produjo una profunda indignación en Sasaichi. Comprendía que la guerra había que acabarla, sí, pero no de aquella manera. Como japonés, con el espíritu combativo en el que predominaban el honor y el sacrificio, no podía entender cómo el mundo entero había celebrado con vítores la destrucción masiva de civiles por las bombas atómicas. Para él, era el mayor crimen cometido contra la humanidad. *¿Acaso no consideraban a los japoneses seres humanos? ¿Quién era Harry S. Truman para disponer de tantas vidas*?, se preguntaba con una rabia impotente. Para Sasaichi, aquello era equiparable a lo que había hecho Hitler, una mancha indeleble en la historia. Eso sin contar las 120.000 personas de ascendencia japonesa recluidas en campos de detención en Estados Unidos, llevadas en barcos cargueros entre 1942 y 1945 sin tener arte ni parte en la guerra, excepto el hecho de ser japoneses o ser descendientes de ellos; un acuerdo cruel que los

americanos habían pactado con los gobiernos de Sudamérica, excepto con Argentina, Paraguay y Chile. Familias enteras fueron obligadas a abandonar todo lo que habían adquirido con esfuerzo y que nunca más les sería devuelto. Solo un boleto de tren y veinte dólares era toda su fortuna a la salida de los campos en 1946.

Esta vez, Sasaichi tomó una resolución que no había contemplado desde la salida de Japón del primer Miyoshi de la línea de los Miyoshi Nagayoshi. Volvería a sus orígenes. Regresaría a un país devastado por la guerra y por las bombas. Buscaría a su sobrino Masaru y ayudaría, con toda su voluntad y fortuna, a la reconstrucción de Japón.

En enero de 1948, junto a su mujer, su hijo de veintitrés años, Daiki, y la esposa de este, se embarcaron a Japón tal como lo hicieron años atrás de Timor a Argentina. Vendieron la mayoría de sus propiedades en Buenos Aires y se establecieron en Tōkyō. Miyoshi Sasaichi llegaba preparado, no solo con un profundo deseo de reconstrucción, sino para convertirse, una vez más, en un prominente hombre de negocios en una patria herida de muerte.

Okura cerró el libro y lo dejó con reverencia en su lugar, en la estantería de la biblioteca. La vida de los japoneses siempre había sido dura, marcada por el honor, el sacrificio y la resiliencia. Pero, al cerrar ese capítulo de la historia de los Miyoshi, se sentía aún más orgulloso de ser japonés y de servir a una familia tan extraordinaria.

17 – Nagayoshi Holdings Limited - 2019

Los primeros días en Nagayoshi Holdings Limited, fueron para Atagi absolutamente absorbentes. La organización estaba conformada por un conglomerado de empresas diversas dentro y fuera de Japón y su principal tarea era que todas funcionasen de manera eficiente. Durante sus estudios en el exterior había aprendido que los empleados eran la base para el crecimiento económico de cualquier negocio, sea grande o pequeño, y a los empleados en Japón no se les otorgaba la debida importancia. El trabajo excesivo traía consecuencias desastrosas, como el *karōshi*: el fallecimiento causado por agotamiento y estrés producidos por exceso de trabajo. Aunque en 2019 el parlamento había promulgado una reforma del sistema laboral para reducir las horas de trabajo y el máximo de horas extras, la mayoría de las empresas hacían caso omiso de ella. No era raro que en algunas empresas los empleados hicieran más de cien horas extras al mes, lo que equivalía a un promedio de tres horas y media extras al día incluyendo sábados y domingos; algunas empresas decidían pagarlas, mientras que otras optaban por considerarlas como horas voluntarias, sin remuneración.

—El horario laboral obligatorio será de ocho horas diarias, incluyendo los recesos para tomar sus alimentos. Los que deseen laborar horas extras podrán hacerlo y recibirán un pago del cincuenta por ciento adicional por ese tiempo —expuso Atagi en la primera reunión con los directores, gerentes, subgerentes y jefes de las empresas del holding en Japón—. Las horas extras no podrán exceder la hora y media diaria. Se ha comprobado que el personal rinde mejor y trabaja más feliz cuando no se siente comprometido a trabajar de más para quedar bien con sus superiores, lo cual redunda en un mejor desenvolvimiento laboral.

—Perdone, Miyoshi-san, pero me parece que nuestra prioridad no es brindar felicidad sino obtener beneficios. ¿No le parece a usted? —dijo uno de los directivos.

—La felicidad va unida al rendimiento. Por naturaleza, el japonés es responsable y honesto, no creo que durante las horas de trabajo o las horas extras se dedique a otra labor que no sea trabajar en bien de una empresa que le da facilidades. Todo lo contrario.

El hombre encogió ligeramente los hombros y guardó silencio.

—Creo que la producción en las fábricas se reducirá drásticamente —objetó otro.

—Eso lo dejo en sus manos. Está libre de implementar turnos de trabajos que cumplan con las horas convenidas.

—Me temo, Miyoshi-san que los costos podrían aumentar de manera exorbitante.

—Es otro de los problemas a los que usted tendrá que buscar una solución. ¿Le parece que las indemnizaciones por *karōshi*, que ascienden a veinte mil dólares americanos son una manera de reducir costos? A partir de este momento cada empresa me enviará un informe mensual detallado de su evolución.

—¿Cada mes? Lo hacíamos semestralmente.

—Es mejor seguir de cerca los cambios y los resultados obtenidos, ¿no le parece?

Los miembros presentes en la reunión se miraron unos a otros tratando de disimular sus gestos contrariados. No estaban acostumbrados a ser subordinados de un hombre joven, un recién graduado sin mayor experiencia, que solo por ser hijo de Miyoshi Ryota ocupaba el cargo más importante de la empresa. Sus ojos se dirigieron al padre, precisamente, sentado en el otro extremo de la larga mesa de conferencias.

—Miyoshi Atagi-san tiene las riendas —dijo con parsimonia—. Aconsejo que sigamos sus lineamientos y esperemos los resultados.

—Estaré abierto a cualquier idea positiva. Para discutir algún asunto en particular pueden comunicarse con mi asistente Kimura Haruto y él lo anotará en mi agenda.

Al retirarse Atagi y su padre de la reunión, los comentarios hacían patente el descontento.

—Esto se volverá contra él. No se puede dar rienda suelta a los empleados.

—No durará mucho en el cargo.

—Es lo que significa ser hijo del presidente.

—Un mes no es suficiente para que se reflejen los resultados.

Y otros argumentos por el estilo que llegaron a oídos de Atagi. Él sabía que la sociedad japonesa se definía como vertical, siempre había que situarse por debajo de la persona con la que se estaba tratando: adultos y jóvenes, jefes y empleados, era una práctica común cambiar el registro del habla dependiendo de con quién se estuviese hablando, realizar reverencias constantemente y cumplir las normas de manera estricta y los japoneses, por su innato carácter, eran incapaces de demostrar su descontento. Eran poco dados a protestar contra lo establecido. «Enfadarse carece de sentido», era la manera filosófica de enfrentar la vida laboral. Eso podía verlo con claridad Atagi y estaba dispuesto a efectuar un cambio, al menos en la empresa que tenía en sus manos.

Cuando Atagi y su asistente Haruto pasaban por la recepción, o por cualquier otra oficina de las diez plantas que ocupaban en el rascacielos, los ojos de los empleados, hombres y mujeres, en especial ellas, se dirigían a la pareja de ejecutivos. Se había vuelto habitual verlos caminar juntos enfrascados en alguna conversación y al atractivo Haruto tomando nota en su libreta digital. La oficina de Atagi estaba situada justo en la planta inferior a la del presidente, su padre Ryota. Y el ascensor que utilizaban era privado. Su secretaria, que se limitaba a atender el teléfono, sacar fotocopias y servir té, café o algún otro tentempié a los visitantes, no era la que Atagi habría elegido. Había sido secretaria de su hermano y era el motivo por el que la conservaba. Esperaba sonsacarle alguna información relevante respecto a las llamadas que él recibía o cualquier pista que lo condujese a averiguar el motivo de su muerte, pero al parecer Yoshiteru había llevado sus asuntos personales alejados de los ámbitos de su despacho. Por otro lado, la secretaria no parecía ser un dechado de discreción, por el contrario, la había pillado varias veces conversando con otras empleadas, y los cuchicheos, estaba seguro, le concernían a él o a su asistente, por el que muchas suspiraban.

—Matushita, la espero en mi oficina —dijo al pasar junto a ella y a las dos oficinistas que mantenían una conversación fuera de su

despacho.

Ella hizo una reverencia y lo siguió, no sin antes dar una mirada pícara a las dos jóvenes.

Una vez sentado a su escritorio la observó un momento.

—¿Recibió usted el informe con la nueva normativa para el personal?

—Sí, Miyoshi-san, y todos le estamos muy agradecidos.

—Sin embargo, no parece mantener una actitud retributiva.

Ella lo miró sorprendida y gesticuló una pregunta inaudible.

—La he visto en varias ocasiones fuera de su escritorio desperdiciando el tiempo laborable de otras empleadas y el suyo.

—Oh…Miyoshi-san, lo siento, no lo hice con esa finalidad…

—Su finalidad es estar atenta al teléfono y a cualquier orden que yo pueda darle. Usted no ha venido a la empresa a buscar marido ni a flirtear con los jefes o empleados. ¿Está entendiendo? Será trasladada a otro departamento.

—Lo siento, lo siento… no piense usted eso de mí, Miyoshi-san, por favor. Prometo en adelante…

—Demuéstrelo con su actitud, pero será a otro de sus superiores, usted ha dejado de trabajar en mi despacho. Por favor, retírese. La oficina de Recursos Humanos la está esperando.

Hacía dos días le había pedido a su asistente que consiguiera una secretaria preferiblemente de edades comprendidas entre los treinta y cincuenta años. Eran mucho más confiables y tranquilas.

La noticia corrió como un reguero de pólvora. Las mujeres dejaron de sonreírle y empezaron a mirarlo con respeto, justamente lo que él deseaba. Trasladaron a la exsecretaria al Departamento de Compras de una de las tiendas por departamentos que poseía el conglomerado. Haruto seleccionó a una mujer que le pareció, cumplía con los requisitos.

—Este es su currículum —dijo Haruto.

Atagi abrió la carpeta y vio que contenía bastante información. Yoshida Hana, treinta y seis años, viuda, sin hijos. Estudió inglés en Kaplan International College London, francés en el Liceo Internacional de Saint-Germain-en-Laye y chino en un instituto de idiomas en Japón. Había trabajado en dos empresas internacionales

ocupando el cargo de secretaria de presidencia en la primera y en la segunda, como gerente de estrategia corporativa.

—Yoshida-san, ¿por qué se retiró de su último trabajo?

—Mi esposo falleció, Miyoshi-san, tuve que encargarme de muchos asuntos relacionados con su negocio.

—¿A qué se dedicaba?

—Tenía una librería. Cuando él murió me vi en la tarea de conseguir un comprador, lo cual fue difícil. Entonces me ocupé de vender los libros antiguos, raros, por los que conseguí una tasación bastante aceptable, pero la librería sigue allí, cerrada. Es un local propio y no he logrado venderlo. No tengo vocación para ser librera, lo siento, Miyoshi-san.

Su excusa divirtió a Atagi. La mujer no aparentaba la edad que tenía, se veía sensiblemente más joven, aunque su presencia imponía. Se presentó vestida con sencillez y aun así rezumaba elegancia.

—No tiene por qué lamentarlo, Yoshida-san. Siento mucho la muerte de su esposo. Según su currículo, ha trabajado en Toshiba. ¿Podría explicarme cuál era su función allí?

—Sí, Miyoshi-san, trabajé en el sector Medicina. Los hospitales y los centros médicos están creciendo y mejorando a un ritmo rápido. Esos centros médicos requieren equipos punteros, costosos y fundamentales. A pesar de la tecnología de vanguardia, siguen siendo vulnerables a las fallas de energía y a los desastres naturales. Toshiba International Corporation garantiza que los servicios de emergencia estén constantemente protegidos y sean operativos en su totalidad —explicó Hana.

—¿En qué oficina trabajaba?

—En la de Texas. Prestamos servicio al Texas Medical Center, el complejo médico más grande del mundo, en Houston.

—Qué interesante.

—Sí, TMC ofrece un conjunto completo de aplicaciones para los sistemas de hospitales y para evitar las fallas de energía.

—¿Y no piensa regresar a Houston?

—La verdad… no. Mi deseo es vivir en Japón.

—Sus credenciales son buenas, ¿por qué no ha encontrado trabajo desde… —Atagi se fijó en el folio que tenía en sus manos—. Aquí dice que se retiró hace más de un año.

—Justamente porque estoy sobrecalificada. Para algunas personas soy un peligro, supongo. También está el hecho de que prefieren a los varones en cargos importantes.

Atagi guardó silencio unos largos segundos pensando que la mujer podría ser de gran utilidad. Su asistente estaba sobrecargado de tareas.

—Y entonces, decidió presentarse como secretaria —dijo Atagi—. ¿No es algo discordante?

—Mucho. Pero creo que puedo hacer un buen trabajo como secretaria ejecutiva. He estudiado su empresa, estoy capacitada para hablar y redactar en varios idiomas, y al ser una transnacional, pienso que podría ser de gran ayuda.

—¿Cuándo está dispuesta a empezar?

—Puedo empezar hoy, Miyoshi-san.

—El puesto es suyo —dijo Atagi satisfecho de su respuesta—. Espero que sea más que una secretaria, señora Yoshida. El cargo requiere de sus conocimientos, en algunos casos tendrá que viajar; ¿alguna objeción a eso?

—Ninguna, Miyoshi-san.

—Hana Yoshida-san empezará a trabajar hoy —anunció Atagi por su teléfono móvil.

Haruto, el asistente, abrió la puerta de la oficina como si hubiese estado esperando la señal. Atagi asintió y con un gesto imperceptible que había aprendido de su padre le señaló a Hana la puerta.

—*Arigatō gozaimasu,* Miyoshi-san —agradeció ella. Hizo una ligera inclinación de cabeza y salió acompañada de Haruto.

Él le indicó su lugar de trabajo y dio las explicaciones concernientes a sus deberes.

Nagayoshi Holdings Limited tenía que ver con la industria pesada, máquinas, producción química en gran escala, los préstamos intercontinentales, la financiación de gobiernos, en especial el de los Estados Unidos, un país endeudado con Japón como nunca en la

historia, ese era el flujo normal de las actividades que abarcaba Atagi. Le irritaba tener que ocuparse de pequeñas cosas, como despedir empleados por mala conducta, como había hecho con la inútil de su secretaria. Pero la adquisición de personal estratégico era la parte imprescindible de sus tareas, y la hacía él mismo.

Al salir de su despacho vio a Hana frente a una pila de carpetas, aparentemente estudiándolas y ordenándolas. Le agradó desde el primer momento. No se anduvo con remilgos ni poses de humildad, era directa y segura de sí misma, había hecho una buena adquisición. Ese día tenía la agenda llena, Haruto lo esperaba en el estacionamiento para visitar tres de las empresas del Holding, solo tendría tiempo para almorzar unos sándwiches, y al final de la tarde tenía una cena con empresarios chinos interesados en vender obleas de silicios para la fabricación de semiconductores.

Al llegar a casa esa noche recibió un MSM de un número desconocido.

Miyoshi Atagi-san, mi nombre es Yumi, me gustaría hablar con usted acerca de un tema que podría interesarle. Si tiene a bien, podríamos encontrarnos esta noche a las 22:00 en la Calle Suehiro 3-2, Higashisuna. Estaré en el estacionamiento abierto en un Subaru blanco.

Atagi no podía creer lo que estaba leyendo. ¿Se arriesgaría a ir sin saber si era el tal Yumi quien lo esperaba? Decidió que iría.

—¿Cómo está haciéndolo Atagi? —preguntó la madre de Atagi a su marido.

—Para mi sorpresa, mejor de lo que esperaba.

—Sigo pensando que la responsabilidad es demasiada para él.

—Siempre lo has sobreprotegido, Aroshi. Él es mucho más fuerte de lo que piensas. Se ha enfrentado a una junta directiva bastante agresiva, si puedo llamarla así, pero no tuve que intervenir, supo hacerse respetar —dijo Ryota con orgullo contenido.

Durante la cena, en la que no hablaron de trabajo, Atagi percibió un ligero cambio en su padre. Le pareció más tolerante, y de vez en cuando alguna sonrisa asomó a sus labios durante la conversación.

Aquello le agradó más de lo que hubiese creído. Se había acostumbrado a verlo como una especie de contrincante, alguien a quien era imposible conformar o satisfacer, pero desde hacía días su padre parecía haber cambiado.

Después de la cena, cuando todos se retiraron, Atagi fue al garaje y subió el coche. Puso la dirección en el GPS y salió. Vestido con una sudadera negra, zapatos deportivos negros y una cazadora del mismo color, guardó en sus bolsillos una linterna Maglite, y su infaltable navaja plegable. Nunca se sabía qué podría suceder, prefería estar preparado para lo que fuera a pasar. No conocía de nada al tal Yumi.

18 - Atagi y Yumi

A esa hora, nueve y quince de la noche, el tráfico era casi inexistente. Dejó que el GPS le indicara hacia dónde dirigirse y poco a poco se fue apartando de su zona de confort. Notó que se acercaba al río Ara. Era un barrio de clase media, con edificios adosados de tres y cinco plantas. Llegó al estacionamiento que indicaba la dirección y efectivamente, era uno abierto, probablemente donde se guardaban los coches de los edificios circundantes. Estacionó en uno de los lugares libres y esperó. El reloj digital marcaba 21:59. Pasado un minuto vio por el retrovisor a una sombra, llegó hasta la ventanilla del conductor y tocó el vidrio. Atagi extrajo la linterna para iluminar su rostro y lo reconoció por las fotos. El sujeto, sorprendido, se cubrió los ojos.

Atagi bajó la ventanilla.

—¿Miyoshi Atagi? —preguntó el hombre.

—Soy yo.

—Soy Yumi, gracias por venir. Puedes acompañarme, el apartamento está aquí mismo —señaló el edificio más cercano.

Yumi llevaba puesta una sudadera con capucha. Ambos caminaron hacia el edificio y el hombre abrió la puerta marcando un código. Subieron por las escaleras hasta el tercer piso y después de abrir con una llave magnética entraron a un apartamento pequeño a los ojos de Atagi, pero decorado con elegante sencillez. Yumi se bajó la capucha y Atagi pudo apreciar sus atractivas facciones, las mismas que había evaluado en las fotos.

—Tú dirás para qué querías verme.

—Supongo que debes saber de mí por Yoshiteru, de lo contrario no habrías aceptado la invitación.

— Tienes razón. Confieso que vi algunas de sus anotaciones y me fijé en tu nombre.

—¿Él te dijo algo más?

—¿Cómo qué?

—Algo acerca de nosotros.

—La verdad es que no. La última vez que hablamos me dijo que me presentaría al amor de su vida.

—Soy yo.

Aunque Atagi lo sospechaba no pudo reprimir un instante de sorpresa. Yumi estaba siendo absolutamente directo.

—¿Fue por eso que lo mataron?

Esta vez fue Yumi el sorprendido.

—¿Lo mataron?

—Simplemente lo supuse por falta de pruebas. Sé que suena incongruente, pero es así. ¿Tuviste algo que ver?

—¿Con su muerte? ¡Claro que no!

—Con el motivo —subrayó Atagi.

Yumi bajó la cabeza y asintió.

—Me temo que sí. Lo nuestro no era del agrado de tu padre.

—¿Mi padre?

—Sí. Yoshiteru se lo dijo. Nosotros sabíamos que aquí no teníamos futuro, nuestro plan era irnos a España, donde las cosas son más laxas para gente como nosotros. ¿Tú… qué piensas de eso?

—No importa lo que yo piense de las preferencias sexuales de los demás, Yumi. Lo que me importa es quién mató a mi hermano.

—Pero para mí también es importante saber qué piensas de nosotros.

—Si se atraían mutuamente, no tengo por qué interponerme en sus sentimientos. Respeto la decisión de los demás.

—Gracias, Atagi. Cuando la gente piensa en los homosexuales solo lo hacen desde un punto de vista físico, sexual, no sé si es por morbo, porque piensan que a nosotros solo nos interesa tener sexo. El sexo es secundario. Claro que forma parte de nuestros sentimientos como en cualquier relación heterosexual, pero también existe una enorme carga emocional que proviene del corazón, de los sentimientos, ¿alguna vez estuviste enamorado?

El rostro de Yumi mostró una sonrisa triste, nadie diría que fuera gay. Sus gestos, reacciones y su voz tenían una masculinidad atractiva. Atagi como hombre, sabía reconocerlo.

—La verdad es que no, Yumi, pero te comprendo, perdona si no presté atención a tus sentimientos por mi hermano.

—Gracias, Atagi. Veo que eres tal como Yoshiteru hablaba de ti.

Atagi no se atrevió a preguntarle al respecto.

—¿Cómo va la relación con tus padres?

—Qué te puedo decir… Mi padre es un yakuza; tu padre no lo sabe, obvio. Yo llevo otro apellido porque papá quiso protegerme. Como sabes, a los yakuza los distingue un sistema de valores que se arrastran desde el Japón feudal, su código de honor exalta la masculinidad tradicional y gira en torno a la idea de «vivir y morir como hombres». ¿Comprendes?

—Entonces ¿tú no perteneces a la organización?

—No podría, aunque quisiera. Se podría decir que soy un hijo clandestino. Si fuese un yakuza me sería imposible vivir como una persona normal, se me imposibilitaría comprar un vehículo, una casa, alquilarla u obtener un empleo y eso no es lo que deseo. Mi madre falleció cuando yo tenía quince años y desde entonces he vivido solo. Mi padre se comunica eventualmente conmigo, no muy seguido por mi propia seguridad. Por todo lo que te acabo de decir, es imposible que la Yakuza esté metida en la muerte de tu hermano. Ellos no saben de mi existencia.

—Cierto.

—Yoshiteru debió tener algún enemigo en particular, o quién sabe…

—Creo que deberías habar de esta situación con tu padre, Yumi. ¿Me harías ese favor?

—Te hice venir porque deseaba conocer al hermano de mi… de Yoshiteru. No tenía a nadie con quien compartir mi impotencia, mis penas, sé que estoy siendo egoísta, pero lo necesitaba. Puedo pedirle a mi padre que investigue la muerte de tu hermano, a mí también me interesa.

—Agradezco que te hayas comunicado conmigo, pero prométeme que hablarás con tu padre acerca de la posibilidad de que la Yakuza haya matado a mi hermano, y que no fue un suicidio.

—Y si fuera así, ¿qué harías?

—Nada sangriento, te lo aseguro. ¿Por qué no sales de Japón? Aquí no tienes futuro, una vez que la organización se haya enterado de que tú…

—El único que lo sabe es mi padre —cortó Yumi.

—¿Y lo acepta?

—No le queda otra. Ante la realidad, ¿qué se puede hacer?

Atagi detuvo el torrente de pensamientos que había empezado a inundarlo.

—¿Crees que mi padre atentaría contra la vida de su propio hijo? —preguntó Atagi.

—Nunca se sabe. Todo depende de su manera de pensar, el mío hasta cierto punto ha sido comprensivo. A pesar de todo, estamos muy unidos, Atagi, creo que no podría decir lo mismo de la relación entre Yoshiteru y tu padre, por lo que él decía.

—Yoshiteru era su preferido. No sé… me siento confundido, necesito pensar en todo esto.

—Entiendo, Atagi. No perdamos el contacto, ¿sí? Prometo hablar con mi padre —afirmó Yumi mientras lo acompañaba a la puerta.

—¿Quién es tu padre?

—Shinoda Kenichi —dijo en voz baja. Te pido guardar discreción.

Atagi se despidió y salió. Bajó las escaleras y al dirigirse al estacionamiento tuvo la sensación de ser vigilado. Oteó los alrededores con disimulo mientras apretaba el control para abrir la puerta del coche.

De regreso a Den-en-chōfu, esa sensación no lo abandonó. Miró varias veces por el retrovisor sin ver nada sospechoso. Pensó que era inútil seguirlo, pues ya sabían dónde vivía. En todo caso, ¿quién estaría interesado en seguirlo o espiarlo? ¿Sería a él o a Yumi?

La revelación de Yumi le causaba incomodidad, no podía creer que su propio padre estuviese involucrado en la muerte de su hermano, aunque su actitud al respecto fuese dudosa, a su modo de ver.

Antes de llegar a casa recibió una llamada. Era Yumi.

—Atagi, hablé con mi padre. Él dice que puede ayudarte a esclarecer la muerte de tu hermano. Desea hablar contigo en persona.

—Estoy dispuesto.

—Tendrías que trasladarte a Kobe, es donde está su sede.

—Que diga cuándo y ahí estaré.

—Te enviaré un mensaje con la dirección, el día y la hora. Espero que seas cumplido. Él odia la impuntualidad.

—Al igual que yo —afirmó Atagi.

—Y algo más: debes ir solo y borrar estos mensajes, incluyendo por supuesto, el de la dirección y las indicaciones que pueda darte.

—Así lo haré.

19 - Atagi

Ese día, la reunión con su asistente Haruto giraba en torno a la implementación de promociones creativas para la venta de productos de la línea de ropa y cosméticos NaGa, tanto de las que se vendían en las tiendas por departamento NaGa como en los enormes almacenes del mismo nombre. Atagi tuvo que hacer un esfuerzo consciente para dejar de lado las preocupaciones que, durante gran parte de la noche, habían ocupado su mente y centrarse por completo en el tema del día.

—Contacta con las agencias de los *idols* y actores más sonados en la industria aquí y en Corea —indicó Atagi, con la mirada fija en el informe de ventas—. Eso elevará las ventas; están estancadas. Necesitamos un golpe de efecto.

—Anotado, Atagi. ¿Cuál es la cantidad que deberíamos fijar en el presupuesto? ¿Hay algún máximo?

—Habría que tantear el mercado. Depende de cuánto se esté pagando para ese tipo de patrocinios en la actualidad.

—Creo que se basará en el valor que represente el actor. Cuanto más famoso, más cobrará —razonó Haruto.

—Me parece que la idea está mal enfocada, Miyoshi-san —dijo Hana, sorprendiéndolos a ambos. Entró en el despacho con una bandeja en la mano, con sendas tazas de café humeante, que alcanzó a cada uno. Atagi la miró, intrigado.

—¿A qué se refiere, Yoshida-san?

—Miyoshi-san, la industria del entretenimiento ha creado una imagen idílica del ser humano que muchas veces es imposible hacer realidad; por más que exhiban trajes perfectos, los clientes solo se limitarán a admirarlos en ellos, los actores. Al mismo tiempo que se crea una sensación de frustración, porque dichas prendas no lucirán igual en la mayoría de los consumidores. Es una belleza inalcanzable.

—¿Qué propone? —preguntó Atagi, con visible interés.

—En lugar de buscar *idols* o actores perfectos, hagamos un desfile de modas con personas reales. Chicas y chicos normales, de estatura media y apariencia agradable, pero alcanzable. Podríamos enseñarles a caminar, a posar, a derrochar simpatía, a mostrar una confianza genuina. Y, lo más importante: lo que se ofrezca a la venta debe estar tan bien diseñado y confeccionado como para que haga lucir cualquier tipo de cuerpo. Que el diseño se adapte a la persona, no al revés.

Haruto frunció el ceño.

—La idea me parece fabulosa en teoría, pero ¿será posible llevarla a la práctica? A la gente joven le gusta seguir a los famosos, ¿quién prestaría atención a chicos normales?

Hana guardó silencio unos segundos y surgió chispa en sus ojos inteligentes.

—Un grupo de idols o actores que sean la antítesis de la belleza convencional —que también los hay y son muy queridos— hará que muchos jóvenes se sientan identificados. No solo la perfección física puede lograr el éxito. Se puede ser «normal» sin recurrir a cirugías y lograrlo como producto de la excelencia personal.

—Tal vez, pero quizá sea apuntar a una meta incierta —objetó Atagi.

Probablemente piensa en sí mismo, caviló Hana. Notó que su jefe era consciente de su propia falta de atractivo físico, pero al mismo tiempo tenía una personalidad y una manera de comportarse que irradiaba una arrolladora confianza en sí mismo. Era lo que lo hacía tan atractivo y él parecía no saberlo.

—La idea que se podría implantar en la mente de los consumidores es que la belleza no debe ser lo primordial. La belleza se cultiva desde dentro: la seguridad en sí mismo, la intelectualidad, la gracia en el movimiento, y en especial la empatía y la discreción. Se puede desarrollar la belleza trabajando el carácter. —Ante la mirada atenta de Atagi y Haruto, Hana prosiguió—: De nada vale un físico perfecto con una personalidad mediocre. La mirada, la forma de caminar, de saludar, de sonreír, influyen mucho en cómo los demás te perciben. La belleza es presencia.

—Me gusta. Me gusta mucho la idea… —dijo Atagi—. ¿Podría encargarse de desarrollar un plan para ponerla en marcha? Pero implementando la idea que acaba de mencionar: la belleza se cultiva. Quiero ver esa filosofía en cada anuncio.

Haruto lo miró, levantando ligeramente las cejas, sorprendido por la rapidez de la decisión de su jefe.

—Creo que sí puedo hacerlo, Miyoshi-san —dijo Hana, con una confianza serena—. Podríamos hacer un comercial en el que los propios actores demuestren que es posible, contando sus historias de superación: «La belleza se cultiva».

—Entonces no demos más vueltas al asunto. Haruto, es necesario que tengamos una nueva secretaria en mi despacho, a partir de ahora, Yoshida Hana-san estará al frente del Departamento de Promoción de Productos.

—No tenemos ese departamento, Atagi —señaló Haruto, con un atisbo de asombro en la voz.

—Desde ahora sí —replicó Atagi, tajante—. Quiero que sea un departamento nuevo, con su propio presupuesto y autonomía. Encuentra un lugar en esta misma planta para ella y también sería buena idea conseguirle un secretario o secretaria para que la asista. Necesitará apoyo.

Hana pareció sorprenderse. No esperaba una reacción tan inmediata y contundente.

—Le agradezco la confianza, Miyoshi-san. Espero no defraudarlo.

—También yo lo espero, Yoshida-san.

Haruto miró la hora en su reloj de pulsera.

—En unos minutos llegará el bróker, Atagi.

Atagi quería asegurarse de que la empresa ya no tenía en su poder bonos del tesoro de los Estados Unidos de la Serie EE, la variedad estándar emitida por primera vez en 1980, que habían sido diseñados para pagar intereses durante treinta años. Todos los bonos con fecha de 1989 dejarían de pagar intereses a finales de 2019, una ruina financiera que su padre había descuidado.

La reunión le tomó un par de horas, después de las cuales salió acompañado de Haruto para otra reunión clave con la empresa de productos químicos del grupo. Su idea era empaparse literalmente

de todo lo que concernía al grupo Nagayoshi, conocer cada rincón del imperio.

Durante el trayecto en el coche, le pidió a Haruto que averiguara todo lo referente a un tal Shinoda Kenichi.

—El nombre me suena.

—Pertenece a la Yakuza —dijo Atagi de manera comedida.

Haruto dio un respingo, su rostro se tensó.

—No me dirá que desea tener vínculos con ellos, Atagi. Es extremadamente peligroso que lo vinculen con la Yakuza.

—Solo deseo saber quién es, qué hace, cuál es su posición en esa organización. Es todo. Solo información, Haruto. Información detallada y discreta.

—Entonces contrataré a un detective privado de confianza. Es la forma más segura.

—¿Estás seguro que es de confianza? Esto es delicado.

—Sí. Fue agente activo de la Agencia de Inteligencia de Seguridad Pública, es el equivalente al FBI de los Estados Unidos. Tiene contactos con la Agencia Nacional de Policía y muchas prefecturas en todo Japón. La empresa para la que trabajé lo tiene en plantilla como consultor externo. Es el mejor.

—Comunícate con él y que averigüe todo lo que pueda, de inmediato. Quiero un informe exhaustivo.

Haruto tomó nota en su libreta digital y, al regresar a la oficina, se encargó de que acondicionasen una nueva oficina para la gerente del Departamento de Promoción de Productos. La oficina quedaba estratégicamente al lado de la de Haruto y a dos puertas del despacho de Atagi, en la misma planta. De entre todas las solicitudes de la selección anterior para secretaria, eligió a dos de ellas y se comunicó para que se presentasen al día siguiente. Yoshida Hana sería la que se encargaría de entrevistarlas, para que eligiera a alguien de su confianza. Mientras tanto, Haruto se comunicó con el investigador privado.

—Buenas tardes, Taro-san, le habla Kimura Haruto. Trabajé para…

—¡Kimura Haruto-san! Claro que lo recuerdo, ¿cómo está usted? —La voz al otro lado de la línea era rasposa, curtida.

—Bien, Taro-san, espero que usted también. Lo llamo para solicitar sus servicios, es un asunto de alta confidencialidad.

—Estoy a sus órdenes. Usted dirá.

—Necesito toda la información posible del señor Shinoda Kenichi. Queremos saber todo.

Un silencio prolongado prosiguió en la línea, cargado de significado.

—Supongo que sabe que es un yakuza.

—Lo sé, Taro-san. Solo requiero información. Y por favor, discreción total, absoluta. Nadie debe saber de esta investigación.

—¿La información es para usted, Kimura-san?

—Es para la empresa donde trabajo. Me tomé la libertad de llamarlo porque confío plenamente en sus servicios y su discreción.

—Y se lo agradezco. Tengo información al respecto, pero la actualizaré y lo llamaré. Será un trabajo rápido.

—Si es posible, necesito sus números telefónicos, dirección, todo lo que pueda conseguir. Cada detalle es importante.

—No se preocupe. Haré el trabajo completo.

—Cuando tenga la información, llámeme a este número. Solo a este.

—De acuerdo.

Después de despedirse, Haruto fue a la oficina de Atagi.

—Está hecho el encargo, Atagi —dijo, satisfecho—. El investigador se comunicará conmigo en cuanto tenga toda la información de Shinoda Kenichi.

—¿Quién es el investigador? ¿Tiene un nombre clave?

—Se lo conoce como Taro. No sé si es un nombre o apellido. Pero es el mejor en lo que hace.

Atagi había dado el primer paso para acercarse al padre de Yumi, un paso peligroso que podía revelar la verdad o sepultarlo más profundamente en el mundo oscuro de su hermano.

Al día siguiente, Hana entrevistó a las candidatas a secretaria y eligió la que sería para su jefe, Atagi, bajo las condiciones que a ella le parecieron idóneas para el cargo: eficiente y discreta. La suya propia, una secretaria que la ayudaría en su nuevo departamento,

era un poco más joven, con experiencia en diseño gráfico y mercadeo, algo que ella tomó en cuenta al contratarla.

Desde su regreso de los Estados Unidos, Hana ocupaba la casa en la que había vivido con su marido en Meguro, en los suburbios de Tōkyō. No era tan lujosa y grande como las de la mayoría de la zona, pero sí agradable y lo suficientemente confortable para ella. Lejos quedó la casa en la que había habitado en América: grande, como todas las que allá se construían, con piscina y jardines perfectamente cuidados.

Los primeros días de su llegada los ocupó reacondicionándola. Le pareció que la casa se daba cuenta de haber sido abandonada: los cuadros estaban ladeados, las cortinas no soportaron una lavada y prácticamente se desintegraron en la lavadora, los muebles, a pesar de estar cubiertos, tenían una capa de polvo que lo cubría todo. La reja de la entrada estaba cubierta de hiedra seca, una imagen melancólica. Tuvo que contratar una empresa especializada para que se encargase de una limpieza profunda, pintura y reparaciones en el tejado. Después empezó a buscar empleo sin mucho éxito; su exceso de cualificaciones y su género eran a menudo un obstáculo, hasta que se presentó la oportunidad en el grupo Nagayoshi, una oportunidad que había resultado ser mucho más de lo que esperaba.

Su marido provenía de una familia de clase media en Japón, y se habían conocido en Francia, cuando ambos estudiaban en el Liceo Internacional de Saint-Germain-en-Laye. Desde entonces, lo suyo había crecido hasta que contrajeron matrimonio. No tenía mayor vínculo con su familia política y a raíz de la muerte de su marido, el trato con ellos era más frío que nunca.

Recordaba a su difunto esposo con cariño; había sido un buen marido, fiel y honesto. Él le había dado una vida tranquila y era feliz rodeado de libros en la hermosa librería que tenía en Houston, un local que había comprado y reformado a su gusto, muy al estilo japonés, en el que la gente se sentía como en un oasis mientras elegían las obras y algunos leían en sus elegantes salones, con una cafetería en los jardines que permitía un esparcimiento alejado del diario ajetreo de la ciudad.

Su marido falleció al ser atracado una mañana cuando atendía la librería. Lo asaltaron, desvalijaron la caja y no conforme con eso, le hicieron tres disparos a quemarropa que acabaron con su vida. A partir de ese momento Hana no quiso vivir más en ese país.

Ella siempre había sido dinámica, con una mente inquieta, y él la había aceptado así, animándola en cada paso. A Hana le gustaba enfrentar retos, y cuando le ofrecieron el cargo de gerente de estrategia corporativa de Toshiba Medical en Houston no lo pensó dos veces y aceptó. Su marido no puso objeciones, y se trasladaron a los Estados Unidos solo con la ropa y los efectos personales. Allí la empresa le proporcionó la casa y un coche, y si hubieran tenido hijos, la colegiatura correría por cuenta de Toshiba. Hana tenía una mente hecha para enfrentar situaciones difíciles y logró ganarse el respeto de la firma al dar soluciones oportunas y crear estrategias que beneficiaron enormemente a la empresa. Esperaba hacer lo mismo en su nuevo empleo en Nagayoshi. Sabía que no sería una tarea fácil; tendría que conocer, en primer lugar, la fábrica de ropa de Nagayoshi y concertar una reunión con sus directivos, en especial con los diseñadores, para lanzar una línea acorde a lo que tenía pensado. En la división de cosméticos, haría otro tanto, con la misma meticulosidad.

Tenía una tarea titánica por delante, pero Hana no era de las que se amedrentan.

20 – Masaru, Taiwán y los pescadores, 1948

A Masaru los años en las selvas de Taiwán le habían pasado una factura implacable tallando surcos de experiencia y resignación en su rostro. Después de enterarse de que la guerra había terminado con la rendición incondicional de Japón, regresar no era una opción concebible. Los hombres que lo habían ayudado en el traslado desde Filipinas a Taiwán, habían terminado muertos a su regreso frente a las costas de Filipinas, cuando el submarino recibió una carga de profundidad, según se había enterado Masaru por noticias que, aunque a destiempo, circulaban por los pequeños pueblos cercanos a esa zona de Taiwán.

Masaru quedó solo, un punto insignificante en la inmensidad de la jungla, a la espera de que Yamashita apareciera. Una espera que nunca culminó. Para lograr sobrevivir, tuvo que abrir uno de los bultos, revelando un tesoro de dólares americanos. Con ellos, se acercaba cada cierto tiempo a alguno de los pueblos, siempre a uno diferente para evitar hacerse habitual, para comprar comestibles y así extender su solitaria existencia.

Tres años después, la esperanza de que Yamashita regresara por el tesoro se había desvanecido por completo. Las cosas en el mundo empezaban a calmarse, según había leído en las noticias de uno de los diarios que consiguió en su última incursión a un poblado costero. Un atardecer, mientras caminaba por los alrededores de la cabaña que se había construido con sus propias manos, avistó a un grupo de tres hombres. Se acercó a ellos con cautela y escuchó que hablaban japonés, un sonido que le pareció casi irreal después de tanto tiempo. Por su aspecto, con las ropas salpicadas de salitre y sus manos encallecidas, parecían pescadores.

Después de saludarlos con la parquedad de un hombre solitario y de invitarlos a pasar a su rudimentaria cabaña, donde les ofreció cerdo asado, arroz, verduras y frutas de la estación —un festín para

aquellos hombres de mar—, Masaru quiso saciar su persistente curiosidad.

—¿Cómo llegaron hasta aquí, a este lugar tan apartado?

Ellos se miraron en una comunicación silenciosa que precedió a la respuesta. El que parecía el más viejo, se animó a hablar.

—Somos pescadores. Tenemos una embarcación.

—¿Dónde? No la veo —dijo Masaru—. Suelo subir a la montaña, y desde ahí puedo divisar gran parte del mar.

—Nuestra embarcación no está a la vista —dijo el hombre, con una leve sonrisa enigmática.

—¿La tienen escondida?

—Podría decir que sí.

Masaru notó que algunos tenían pertrechos de pesca, redes reparadas y anzuelos afilados. La historia, aunque plausible, guardaba secretos.

—Yo puedo ayudarlos si ustedes me ayudan —les dijo, adoptando un tono de negociación.

—¿En qué podría ayudarnos? —preguntó uno de ellos, con escepticismo—. No necesitamos ayuda.

—Debo regresar a Japón. Estoy varado aquí. Puedo pagarles si me ayudan a trasladar unas cosas.

—Ese no es un problema. Podemos llevarlo.

—Solo tenemos que encontrar un lugar idóneo para descargar unos bultos que debo llevar a Tōkyō.

—¿Tōkyō? ¿Bultos? ¡Es un sitio demasiado peligroso! Allí hay muchos americanos, controlan todo. ¿De qué bultos se trata?

—Ese no sería un inconveniente —replicó Masaru, inventando con rapidez una historia plausible—. Son japoneses, ¿no? Ustedes son pescadores y, además, la armada principal está en Okinawa. La guerra ya terminó y los americanos no deberían interferir con la mercancía japonesa.

—Tendríamos que atravesar por esa zona para llegar a Tōkyō —dijo otro, con recelo—. ¿Qué clase de bultos son? ¿Armas?

—¡No! —Masaru se apresuró a negar—. Es mercancía que debo entregar en Tōkyō. Está perfectamente embalada, son pequeñas piezas metálicas, partes para coches, para maquinaria, y esas cosas.

El hombre que dijo que vendría por mí no ha cumplido y estoy varado aquí con esta responsabilidad.

—Por lo que veo, no le va tan mal, para estar varado —señaló uno de ellos, observando el banquete que les había ofrecido, aunque el aspecto desastroso de su indumentaria le hacía pensar lo contrario.

—Pero no puedo quedarme aquí eternamente. Tengo cómo pagarles, si eso les preocupa. El asunto es que el gobierno japonés no desea que los americanos se enteren de que voy a llevar las piezas; de lo contrario, las requisarán. Ellos no permiten que los japoneses empiecen ninguna industria. Quieren tenernos bajo su yugo, en la pobreza e ignorancia. Esta es una oportunidad para el resurgimiento de Japón.

Los hombres se miraron. La semilla del patriotismo, o lo que quedaba de él los hizo asentir lentamente.

—Debemos consultarlo, desconocido. Pero, antes que nada, debo aclararle que necesitamos combustible. Sin él no podemos hacer nada. Y tendríamos que hacerlo de una manera sigilosa, estamos fuera de las aguas de Japón.

—¿Por qué están tan lejos de Japón? —preguntó de improviso.

—En busca de mejor pesca.

—Es arriesgado —dijo Masaru. Se miraron entre ellos y Masaru prefirió no seguir indagando—. ¿Diésel? —preguntó refiriéndose a su necesidad de combustible.

—Sí.

—Con dinero se puede conseguir eso y más.

—¿De qué cantidad está hablando?

—De dólares americanos. Una suma considerable. Pueden utilizarlos en cualquier parte del mundo.

—Siendo así, tal vez podríamos ayudarlo. Ahora nos vamos, mañana le confirmaremos si podemos hacer negocios.

—¿Tienen familia en Japón? —preguntó Masaru, apelando a su fibra más íntima.

—Sí… todos tenemos familia —dijo uno de ellos.

—Piensen en su familia. Podemos hacer un buen negocio, sería un beneficio para todos.

—Debo consultarlo con el capitán y ver qué posibilidades hay —dijo el mismo hombre—. ¿Cuántos bultos son, para calcular el espacio?

—No muchos, ciento veintiocho. Y están perfectamente embalados para que no les afecte la humedad ni el agua. Los grandes miden 20 x 30 centímetros cada uno. El resto está embalado en paquetes pequeños, de 15x30x15.

Una vez que partieron, Masaru subió a la parte alta de la montaña, donde la brisa marina disipaba el calor opresivo de la jungla. Desde allí, divisó a los tres pequeños puntos en el vasto paisaje. Los perdió de vista cuando se internaron en la densa vegetación que colindaba con la costa y, poco después, los volvió a ver, diminutos, antes de que desaparecieran de nuevo. Le habían preguntado específicamente por diésel. Probablemente tenían una embarcación oculta en los cientos de recovecos de las costas de Taiwán, una red de cuevas marinas y calas secretas.

Sentía tanto odio por el emperador después de enterarse de que había sido el artífice de que Japón estuviera en ruinas, que estaba decidido a quedarse con el tesoro. Hirohito ya tenía bastante con estar vivo.

Los hombres discutieron esa noche acerca de la conveniencia de trasladar al extraño individuo a Japón. Ni siquiera sabían su nombre, lo que les generaba desconfianza.

—Tampoco nosotros le dimos los nuestros —razonó uno de ellos.

—Él podría ayudarnos —dijo otro, pragmático—. Se nota que tiene dinero, capitán. Mucho dinero. Podría servir para comprar combustible y no tener que arriesgarnos a venir a Taiwán.

—Dice que quiere descargar esos bultos, ¿cómo lo haremos? —preguntó el capitán—. No podemos acercarnos nosotros a la costa en Japón. Sería demasiado peligroso si nos vieran descargarlos. Las patrullas americanas son implacables. Además, el cargamento de combustible restaría espacio en la bodega.

—Los bultos en realidad son pequeños, se pueden acomodar en cualquier lugar. Y después compraríamos el diésel en Japón, en el mercado negro. Con dinero se puede hacer.

—¿Recuerdas a las buscadoras de perlas? —preguntó uno de ellos, que había permanecido callado.

—¿Las *ama* que encontramos cerca al nuevo faro de Anorisaki?

—Sí. Podríamos recogerlas en el camino y llevarlas a las cercanías de las costas de Tōkyō. Son expertas nadadoras, capaces de transportar pesos bajo el agua. Que el hombre se encargue de pagarles; él tiene los dólares.

Temprano, casi de madrugada, los pescadores fueron a hablar con Masaru. El aire era fresco, y el cielo empezaba a teñirse de un gris pálido.

—Traemos buenas noticias, amigo —dijo uno de ellos.

—Perdonen que no les haya dicho mi nombre, pero es mejor que no lo sepan. No deseo meterlos en problemas

—Está bien. Lo comprendemos. Usted dice que los bultos deben descargarse en las costas de Tōkyō. No queremos correr el riesgo de que alguna autoridad norteamericana nos descubra en ese trajín, porque solo tenemos permiso para pescar. Pero conocemos a unas buscadoras de perlas, las *ama* de Ise-Shima. Son muy buenas nadadoras; pueden ir hasta las costas de Tōkyō acarreando los bultos. Nosotros anclaríamos a unos cien metros de la costa. Hay una zona rocosa y oculta en la que se podrían ocultar las piezas mientras las trasladas a no sé… algún lugar.

—Son ciento veintiocho bultos. ¿Qué capacidad tiene el barco?

—Tiene veintidós metros de eslora. Creo que en la bodega caben esos paquetes, justos. Nos comprometemos a dejar los bultos en la orilla, pero tendrá que pagar a las *ama*. Si está de acuerdo, tenemos un trato.

Masaru se acarició la nuca, en un gesto pensativo. ¿Cómo haría para trasladar la carga desde la orilla hasta el centro de Tōkyō? Asintió, la decisión estaba tomada. No podía desperdiciar la oportunidad. Como iría yendo iría viendo, se dijo a sí mismo, con la pragmática indiferencia de un superviviente.

—De acuerdo. Hagámoslo así.

Acordaron que al día siguiente irían al pueblo a comprar el combustible necesario y trasladarlo a la embarcación. Masaru pasó el resto del día trasladando los bultos ocultos en la montaña hasta la

choza, una tarea dura, que llevó a cabo con ahínco, alimentado por la esperanza de regresar a Japón. Al amanecer ya esperaba frente a la playa.

Los hombres se presentaron y fueron al pueblo con el dinero que proporcionó Masaru y compraron el combustible de un proveedor que parecía conocerlos, acarrearon el diésel en una carreta a fuerza de mulas. Después de que los portadores de mulas se perdieron de vista, Masaru y los pescadores se encargaron de trasladar los bultos al barco. No deseaban testigos.

Lo hicieron con la velocidad y la discreción de una operación militar, en silencio, bajo el sol implacable. A Masaru le decían *bucho-san*, y a él le parecía perfecto, una señal de respeto que no había buscado. Conservaba a su lado dos bolsos de piel abultados con fajos de dólares americanos. Una vez acordado el pago, los pescadores recibieron la primera parte del pago y quedaron satisfechos; aquel negocio les había hecho ganar más que muchos meses de buena pesca. El resto, Masaru se los daría al tener los bultos en la costa de Tōkyō.

Navegaron mar adentro, alejándose de las costas de Okinawa, donde la presencia americana era abrumadora. Al entrar en mar territorial japonés, se dirigieron hacia el faro de Anorisaki, que, según dijeron, había sido levantado hacía un par de años atrás en sustitución del anterior. Lo hicieron en pleno día, con la astucia de quien se sabe invisible con la rutina. Dos de los pescadores lanzaron un pequeño bote y remaron hacia la costa, adentrándose en la península de Shima. Dejaron el bote en la orilla y subieron al monte hasta dar con el santuario Shinmei, un lugar de reunión habitual para las mujeres. Si tenían suerte, encontrarían allí a algunas *ama*.

Como habían esperado, se encontraba allí la anciana Okano, que, a su edad de sesenta y ocho años, todavía salía a bucear, un testimonio de la resistencia de aquellas mujeres.

—Buenos días, Okano-san —saludaron los dos pescadores, haciendo una reverencia.

—¿Qué los trae por aquí? —dijo la mujer, dando muestras de alegría al verlos.

—¿Dónde están las otras *ama*? Necesitamos hablar con ellas con urgencia.

—Hoy deben estar con sus familias; es domingo —respondió Okano, señalando al pueblo.

—Okano-san, nos interesa hablar con ellas porque queremos hacerles una propuesta. Se trata de un buen negocio, muy bien remunerado.

La mujer lanzó una mirada de desconfianza. La palabra «negocio» sonaba demasiado grandilocuente para aquellos parajes.

—¿De qué negocio se trata?

—Uno muy sencillo, Okano-san. Pero tienen que venir ahora mismo. El barco espera.

Le explicaron lo del cargamento que había que trasladar del barco a las costas de Tōkyō y la paga nada desdeñable que Bucho-san, es decir, Masaru, había propuesto. La cifra hizo que los ojos de Okano se abrieran un poco más.

—Iré a llamarlas. Esperen aquí —dijo Okano, con la determinación de una líder, y se fue en busca de las *ama*.

Poco más de una hora después, regresó Okano con un grupo de mujeres, sus edades variando entre los veinte y cincuenta años. Todas fuertes y curtidas por el mar.

—Son diez —afirmó Okano, con voz firme—. Las demás no quieren el trabajo. Dicen que puede ser peligroso o ilegal.

—No más peligroso que sumergirse en el mar a costa de que algún tiburón las visite, ¿no creen? —bromeó uno de los pescadores, buscando aliviar la tensión.

Las diez mujeres traían sus aparejos y se las veía decididas, con los rostros serios y preparados para el esfuerzo, llevando consigo anchas fajas de tela.

—Me las traen tal como se las llevan —dijo Okano, su mirada severa—. Me hice responsable por ellas. Son mi gente.

—Así se hará, Okano-san —El pescador le alargó un paquete con billetes, una suma considerable—. El resto lo traerán ellas mismas cuando hayan concluido el trabajo.

—¿Será algo ilegal? No quiero problemas para las chicas.

—Son piezas de maquinaria para la industria japonesa, Okano-san. Para el resurgimiento del Japón.

Okano hizo un gesto de satisfacción. Cualquier cosa que ayudara a reconstruir Japón era una buena causa, una luz en la oscuridad de la posguerra.

Después de tres viajes en bote hacia el barco, las diez *ama* se hallaban frente a Masaru. Él les explicó de qué se trataba el cargamento y que tendrían que hacer el traslado de noche, bajo el manto de la oscuridad, para evitar cualquier detección. Algunas murmuraron entre sí, y otras pidieron ver los paquetes. Una vez que verificaron el tamaño, notaron que muchos eran bastante pesados.

—Eso puede ser un problema —dijo una de ellas, la más joven y fuerte—. Podemos acarrear estos, pero aquellos son demasiado pesados. Nos hundiríamos con la corriente.

Mientras la embarcación se dirigía lentamente a su destino final, Masaru se enfrentaba a un problema que no había previsto. Y los pescadores tampoco. La noche caía, y la Luna asomaba, apenas una guadaña plateada.

—Está bien —dijo uno de los pescadores, con resignación—. Las *ama* acarrearán los bultos menos pesados, y nosotros dos llevaremos a remo los más pesados. Tenemos dos botes, espero que no haya problemas con el peso.

—Podremos llevar como máximo cuatro paquetes pegados al cuerpo —dijo una de las amas, su voz calmada pero autoritaria—. Los sujetaremos con las fajas.

—Pues lo haremos. Creo que con la carga en los botes, tres viajes bastarán —dijo el capitán de mala gana, la idea de la espera no le agradaba—. Mientras tanto echaremos las redes, para hacer ver que estamos pescando.

—Según tengo entendido, no existe toque de queda ni patrullas marinas en esta zona. Creo que no tendremos problemas, la costa es nuestra —aseguró Masaru, tratando de que le nerviosismo no se le notara en la voz.

Al caer la noche la embarcación permaneció lejos de la costa, apenas una silueta fantasmal en la inmensidad oscura. El grupo de mujeres, con una disciplina asombrosa, se lanzó al agua y, de

manera sistemática, llevaron los bultos con las fajas aseguradas al pecho y a la espalda, hasta la orilla rocosa. Los dejaban y regresaban para volver a hacer lo mismo hasta que terminaron con los bultos menos pesados. Nadaban sin levantar espuma, como si fuesen peces y la mayor parte del tiempo lo hacían sumergidas totalmente bajo el agua. Los hombres, al mismo tiempo, trasladaron los paquetes más pesados en el bote. Dos de ellos, los más fuertes, remaba cada bote con un esfuerzo silencioso. Todo se hizo sin un sonido, únicamente con la luz de millones de estrellas y el pedazo de luna que de vez en cuando iluminaba el firmamento.

Junto con el primer cargamento del bote iba Masaru. Fue recibiendo los bultos y apilándolos meticulosamente entre los huecos rocosos de la cala, un escondite natural. Cuando llegó el bote con los últimos bultos, ya tenía preparado el dinero prometido. Una de las mujeres, que había quedado en la orilla, recibió el restante de lo ofrecido. Cuando iba a embarcar, se volvió hacia Masaru.

—¿Adónde piensa llevar todo esto, *bucho-san*? —preguntó con su amable voz rasposa.

—A Tōkyō —dijo Masaru.

—¿Cómo piensa hacerlo? Es una gran carga.

—Todavía no he pensado en esa parte. Veré cómo lo hago mañana.

—Yo tengo unos familiares que trabajan en el muelle. Podría ir a buscarlos para que lo ayuden con el traslado, *bucho-san*. Están cerca.

—¿Son de confianza? —La pregunta de Masaru era instintiva.

—Son mi familia —dijo la mujer, su tono imbuido de una lealtad inquebrantable.

—Lo siento, no quise ofenderla —se apresuró a decir Masaru—. Es solo que no conozco a nadie por aquí, y…

—Puedo ir por ellos, si usted lo desea.

El hombre del último bote no había previsto aquello. Su ceño se frunció.

—¿Cuánto tiempo tardará en ir y volver? No puedo esperar mucho tiempo, *bucho-san*. En el barco ya deben estar inquietos, tenemos que alejarnos antes del amanecer.

—Anda al barco y diles lo que está sucediendo. Luego regresa para llevarla.

El hombre, con un mohín de desaprobación, se inclinó sobre los remos, hizo un gesto con la boca y se dispuso a esperar. Masaru todavía debía darle el pago restante.

La ama devolvió el paquete con el dinero en un gesto de honorable honestidad, caminó ligera entre los peñascos y desapareció en la bruma de la noche. Masaru se sentó en una roca y contempló el cargamento, una montaña de bultos bajo la escasa luz de la luna. La zona en la que se encontraba estaba resguardada, pero al mismo tiempo que le servía de escondite, le impedía ver más allá de las rocas. Todavía no salía de su asombro al ver cómo aquellas pequeñas mujeres fornidas tenían tanta resistencia. Él sabía nadar, era un hombre fuerte, pero sería incapaz de hacer lo que ellas habían hecho. Pensó en que la mayor parte había quedado enterrada en las montañas de Taiwán.

Media hora después, tenía a toda la familia de la buscadora de perlas delante de él. Habían llevado consigo carretas, carretillas y toda suerte de transportes rudimentarios de tracción humana, y mantas, muchas mantas, madera y cartones para ocultar los bultos.

La ama recibió su dinero y también el pescador que esperaba. Subieron al bote y le dijeron adiós con un gesto de la mano, satisfechos de haber sido útil y de poder ayudar a su familia con aquel inesperado ingreso.

Después, Masaru se enteró de que toda la familia vivía en una choza cerca de ahí. Todos ellos trabajaban en los muelles siempre que hubiera algo que hacer o descargar, y no siempre tenían trabajo. Estaban encantados de haber conseguido uno que, además, sería muy bien pagado, según les había asegurado su parienta. Masaru sonrió en la oscuridad. El oro de Yamashita empezaba su largo viaje hacia Tōkyō, y esta vez, el único beneficiario sería él. Algún día regresaría a Taiwán por el resto del botín.

21 – El Jardín Iluminado por la Luna

Antes del amanecer, la procesión comenzó. Pequeñas carretas empezaron a salir de manera espaciada de la costa rocosa, tomando una única dirección: al *Tsukiakari no Niwa*, o Jardín Iluminado por la Luna, como se llamaba el precioso santuario personal que Masaru había mandado construir antes de la guerra. Un lugar de serena contemplación que se encontraba en esos momentos triste y devastado, como toda Tōkyō. Cruzaron gran parte del parque esta vez sin rejas que ofrecieran resistencia y fueron directamente hacia una pequeña casa cuyo techo caído formaba un triángulo con los cimientos.

Por las rarezas de la vida, debido a esa figura geométrica como resultado de su decrepitud, el espacio debajo del triángulo era bastante seguro. Masaru ingresó a la casa y se dirigió a la segunda salita. Del tatami que cubría la trampilla solo quedaban restos esparcidos, y el suelo de madera de roble seguía allí, mostrando su resistencia al fuego y al mal tiempo. Levantó cuatro tablones y debajo apareció una trampilla de hormigón, con una argolla de hierro de la que Masaru tiró. Era la entrada al búnker. Había sido construido inicialmente con la idea de acoger a sus padres durante los bombardeos implacables, un refugio seguro. Un lugar sorprendentemente amplio, cuyo perímetro bajo tierra era incluso más grande que el que ocupaba la Casa del Té en la superficie, que guardaba en su interior provisiones meticulosamente organizadas: alimentos no perecederos, agua potable, combustible y todo lo necesario para una permanencia más o menos larga, pensada para la supervivencia de su familia. En un rincón, un amplio estante con futones enrollados, edredones cálidos, ropa de cama limpia y artículos de tocador, daba cuenta del cuidado y la previsión que Masaru había puesto al construir aquel refugio subterráneo. No parecía haber sido usado y a él se le encogió el corazón.

A medida que llegaban las carretas iban descargando los bultos y los bajaban al refugio; el traslado duró poco más de un día, sin apuro, para no levantar sospechas. Dos de los hombres de la parienta contratados para la tarea se turnaban resguardándolos en la costa rocosa, que brindaba una cobertura natural excelente, mientras otros los iban trasladando con toda la naturalidad posible al Jardín Iluminado por la Luna. Avanzaban lentamente, como si transportaran desechos, maderos, láminas de zinc o cualquier material que pudiera utilizarse para reparar o reconstruir, y como era una época en la que muchísima gente acarreaba cosas de un lado a otro, en una ciudad que se reconstruía a sí misma a base de sudor y esfuerzo, nadie reparó en ellos.

A los hombres de las carretas, además de dinero, les dio los comestibles almacenados en el búnker, bienes preciosos en aquellos tiempos de escasez. Todos estuvieron de acuerdo en no hablar del cargamento, y mucho menos con los estadounidenses, algo que a ellos les sentó de maravilla porque cualquier acción que significase en detrimento para los invasores, como los catalogaban, era más que bienvenida.

Masaru les había hecho creer que actuaban como patriotas y que los bultos ayudarían a fortalecer la industria japonesa, una noble mentira que alimentaba los deseos de ayudar.

De la antigua gloria del *Tsukiakari no Niwa* no quedaba mucho. Muchos árboles, antaño majestuosos, ahora caídos, adornaban un paisaje quemado, cicatrizado por el fuego de la guerra. Las descomunales piedras que adornaban los jardines, de los que Masaru se había sentido tan orgulloso, no eran sino restos calcinados, despojados de su musgo y su pátina de antigüedad. La Casa del Té se había salvado por algún capricho del destino, pese a ser más frágil que muchas de las construcciones que rodeaban el *Tsukiakari no Niwa* que no tuvieron la misma suerte.

Cuando el último clavo selló el último tablón del suelo de madera, cubrió la entrada con los maderos diseminados aquí y allá, simulando que nada existía debajo, salió y cayó exhausto, con el cuerpo colapsado sobre la tierra con restos de madera calcinada, empapado en sudor frío. Sus fuerzas, que lo habían sostenido con

una determinación férrea, empezaron a fallarle de repente. Hasta ese momento había resistido, quién sabía por qué motivos, quizás por la pura adrenalina de la empresa.

—Vendrán a buscar los bultos hoy —advirtió, con voz ronca, por si se le ocurría algo al hombre que se había quedado con él para el último tramo.

El hombre, al verlo tan débil y con la mirada febril, lo llevó en el carromato vacío hasta la dirección que Masaru, con dificultad, logró indicarle: la de su antigua vivienda. Una vez más, la desolación. El que había sido su hogar se hallaba reducido a escombros, un amasijo de madera carbonizada y tejas rotas. El transportista lo dejó allí, lo mejor que pudo, y para su sorpresa, las ruinas no estaban solas. Una figura encorvada, la anciana Zakura, había permanecido allí durante y después de terminada la guerra, un espíritu leal en medio de la desolación. Había sido el ama de llaves de los Miyoshi durante décadas y, al envejecer, se había quedado a vivir con la familia.

El hombre que lo llevó, en un gesto de humanidad, extrajo del saco donde había guardado los comestibles que el mismo Masaru le había dado, algo de comida enlatada y agua embotellada, porque notó que en el lugar no había nada comestible y el enfermo tenía fiebre alta y transpiraba de manera copiosa. Hizo una reverencia de agradecimiento y se perdió para siempre en el ruinoso paisaje de Tōkyō.

22 - Tōkyō, 1948

Cuando Sasaichi y su hijo Daiki llegaron a Japón en 1948, el país se encontraba en plena efervescencia de la reconstrucción. Para su sorpresa, Tōkyō, a pesar de haber sido devastado por los bombardeos, conservaba incólume el palacio imperial, una extraña y poderosa simbología de permanencia divina en medio del desastre generalizado. Sasaichi y Daiki no se conformaron con recorrer el centro; en las afueras, la destrucción era aún más palpable, un paisaje fantasmal de esqueletos de edificios y ruinas ennegrecidas. Sin embargo, aunque habían transcurrido solo unos pocos años desde el fin de la guerra, el espíritu terco, inflexible y profundamente comunitario del pueblo japonés se negaba a mirar atrás y ocupaba cada esfuerzo en volver a la vida sus ciudades y pueblos, ladrillo a ladrillo, con una determinación admirable.

La casa donde Masaru vivía, o lo que quedaba de ella, estaba en ruinas. Él ocupaba una pequeña parte que se había salvado de las bombas incendiarias. Era una pared en forma de ele con un techo de cartones y otros escombros montado por la anciana. Su salud, bastante precaria, lo mantenía postrado, su cuerpo se hallaba consumido por la fiebre. Así fue como lo encontraron Sasaichi y su hijo Daiki al buscar infructuosamente la dirección guiados por la información que tenían, entre la cantidad abrumadora de viviendas destruidas.

Al entrar en el precario habitáculo, lo vieron tendido en un sucio futón, sin más compañía que la de una anciana. Al verlos entrar, la mujer se apresuró a saludarlos, no sin antes hacer las genuflexiones acostumbradas que, a su avanzada edad, se notaban bastante forzadas y dolorosas.

—*Obāchan* —saludaron ambos con respeto, como correspondía a una persona mayor—. Somos parientes de Miyoshi Masaru-san.

—Miyoshi Sasaichi —se presentó el tío, observando con tristeza el estado de su sobrino.

—Oh… Masaru-san está con las fiebres que trajo de su viaje, Miyoshi-san —explicó la anciana, con voz débil y cansada.

Sasaichi se acercó al futón. Masaru tenía un color macilento, con la piel pegada a los huesos, delgado hasta la extenuación, con ojos vidriosos y la mirada distante que parecía desenfocada.

—Soy Sasaichi, tu tío, Masaru. He venido con mi familia hace unas semanas. Te llevaré al lugar donde estamos viviendo; no puedes quedarte aquí.

Masaru asintió débilmente, sin responder, su mente aún en algún lugar remoto de la fiebre. La anciana los miró, con los ojos llenos de preguntas y una leve esperanza.

—Usted también vendrá con nosotros, *Obāchan*. —Sasaichi le dirigió una mirada con una calidez genuina.

Aunque en Tōkyō se veían los avances en la reconstrucción, con nuevas estructuras elevándose entre los escombros, existían zonas donde la devastación había hecho un daño irreparable. Era justamente allí, en ese epicentro de la destrucción, donde encontraron a Masaru. Lo trasladaron con sumo cuidado al Hotel Imperial de Tōkyō, en Uchisaiwai-cho, justo al sur de los inmaculados jardines imperiales. Durante los bombardeos, el ala sur del hotel había quedado destruido, pero el resto de la impresionante construcción, diseñada por Frank Lloyd Wright, estaba milagrosamente intacto, un oasis de lujo y estabilidad en medio del caos.

El hotel había sido requisado por las fuerzas de ocupación aliadas y era administrado con mano de hierro por el gobierno estadounidense. Sasaichi, como recién llegado del exterior, y gracias a la importancia de la fortuna que poseía, pudo encontrar alojamiento en algunas de sus dependencias. Pero lo más importante: el teniente Malcom Morris, a cargo de la administración del hotel, conocía a Sasaichi porque, en una oportunidad, le había salvado la vida al empujarlo cuando una de las vigas de un edificio en demolición estuvo a punto de caer sobre él. A partir de ese momento, surgió entre ellos una especie de amistad, incrementada por el hecho de que Sasaichi se comunicaba perfectamente en inglés, algo poco común en ese Japón devastado.

De ninguna manera los estadounidenses que pululaban por el hotel, militares y administradores, debían enterarse de que Masaru, el asesor de Relaciones Exteriores del anterior gobierno japonés y enviado especial a Filipinas, estaba alojado en la dependencia que ocupaba Sasaichi y su familia. Sería condenado a muerte, o, como mínimo, acusado de crímenes de lesa humanidad, aunque él no fuera un culpable directo de las atrocidades ocurridas en ese archipiélago.

Sasaichi buscó de inmediato un médico japonés de confianza para que atendiera a su sobrino. La fiebre que había contraído era conocida como malaria, una plaga común en las zonas tropicales. Masaru transpiraba de manera tan abundante que, cada cierto tiempo, debían cambiar sus ropas y el futón, que quedaban empapados. Afortunadamente, pudieron encontrar quinina en polvo en el mercado negro, un bien escaso, y se la administraron mezclada con agua. Masaru fue recuperándose de forma gradual, un proceso lento y doloroso. Aunque de vez en cuando sufría de escalofríos que lo hacían temblar de manera descontrolada, la fiebre le había bajado y empezaba a reaccionar, su mirada empezaba a volver a la realidad.

Una tarde, con la voz aún débil, Masaru rompió el silencio ante una pregunta de Sasaichi.

—Sobrino… dime… ¿cómo cogiste la malaria? ¿Estuviste en China? Dicen que por allá esa enfermedad hace estragos.

—No, tío. Estuve en Filipinas y después en Taiwán, en una zona donde la enfermedad es frecuente. Perdona, tío, ¿puedes servirme agua…? Siento la garganta seca…

—Claro que sí, sobrino. —Sasaichi llenó un vaso con el líquido de una jarra ubicada en la mesa de noche. Masaru lo bebió de una sola vez.

—Gracias, tío. —Hizo el ademán de levantarse de la cama, pero sus fuerzas flaquearon.

—Es mejor que descanses, hijo —dijo Sasaichi, empujándolo suavemente hacia abajo—. Aquí estás resguardado.

—¿Qué haces aquí, tío? —preguntó Masaru como si empezara a caer en la cuenta de que su tío Sasaichi vivía en Argentina.

—Vine a Japón, sobrino. Me quedaré aquí. En ese momento Japón necesita a todos los japoneses que podemos ayudar.

Masaru no dijo nada. No estaba en condiciones de mantener una conversación coherente. Cerró los ojos y volvió a quedarse dormido.

Horas después, cuando Sasaichi entró al cuarto para verificar su estado, Masaru preguntó:

—¿Dónde estoy, tío? No reconozco estas paredes.

—En el Hotel Imperial, sobrino. Tú perteneces a la élite que gobernaba Japón; tenemos que ser precavidos. No es bueno que deambules por el hotel ahora que te sientes mejor. Está tomado por los americanos. Por tu seguridad, nadie debe saber que estás aquí.

—Ah… he estado aquí acompañando a delegaciones extranjeras —dijo Masaru, mientras una punzada de memoria aparecía en sus ojos.

—En tus buenos tiempos, sobrino —reconoció Sasaichi, con un matiz de melancolía—. Nosotros, mi familia y yo, estamos aquí por un buen contacto con el administrador del hotel, un americano. Pero no temas. Yo te cuidaré.

—¿Qué pasó con el jardín *Tsukiakari no Niwa*? —La pregunta salió de Masaru con una urgencia que sorprendió a Sasaichi.

—No conozco mucho de Tōkyō, sobrino. No sé qué jardín es.

—Es de mi propiedad. Al lado sur está la Casa del Té, y debajo hay un búnker que mandé construir para mis padres.

—Lo lamento, sobrino, pero tus padres no sobrevivieron a los bombardeos. Deben estar en paz.

—Lo sé… Zakura me lo dijo —murmuró Masaru, con tristeza—. Zakura… esa anciana trabajó toda su vida para nosotros. Yo acabo de llegar a Japón, ¿qué día es hoy? ¿Cuánto tiempo estuve así?

—Estuviste cuatro días inconsciente, con una fiebre muy alta. Nos preocupaste.

Atribulado, Masaru negó con la cabeza, absorbiendo la magnitud de lo perdido.

—¿Dónde está Zakura?

—La tenemos aquí, en una habitación contigua. La pobre estaba agotada. No había comido en días, sobrino. ¿Quieres que la llame?

—No. Déjala descansar. Es como si fuera mi familia. Qué ironía, sobrevivió la más anciana de todos… Pero ahora sé a dónde debo ir. Debo recuperar *Tsukiakari no Niwa*, tío. Es importante para mí.

—Hoy mismo indagaré qué sucedió con el Jardín Iluminado por la Luna. Qué nombre tan bonito, sobrino —dijo Sasaichi, notando la obsesión en la voz de Masaru.

—Era un jardín hermoso —recordó Masaru, mientras su mirada se perdía en el cielorraso —. Después de este desastre, no está como era. No importa.

Masaru le dio la dirección exacta y Sasaichi se puso a la tarea de encontrar el lugar, con una sensación creciente de que había más en el «jardín» de lo que Masaru estaba dispuesto a decir.

23 – Daiki y la Yakuza

De los países de Asia, Japón siempre fue conocido por su espíritu indomable, a menudo belicoso, y Sasaichi, profundo conocedor de la historia de la nación, estaba tristemente de acuerdo con aquella reputación. Sin embargo, sabía que, así como los japoneses poseían una energía formidable para la guerra, también la tenían para sobreponerse a las calamidades, y esto se notaba en la rapidez y el ahínco que todos ponían para rehacer su país. No obstante, cuando Sasaichi se topaba con la carroña de un carro de combate, retorcido y oxidado, y olía la peste a aceite rancio, a gasolina quemada, a pintura calcinada, a hierro incendiado, no podía evitar formarse la imagen que había leído en las noticias de los diarios de Buenos Aires, la de las bombas incendiarias arrasando con todo, como si se hubiera desatado un infierno. El olor aún persistía en aquellas máquinas muertas, en descomposición, que pronto algún tractor removería del sitio.

Muchas familias quedaron sin la protección paterna, sin la figura del hombre que defiende a los suyos. Esa figura la reemplazaron las mujeres quienes, como siempre, a pesar de su idílica imagen de delicadeza y feminidad, tomaron las riendas de los hogares en sus manos y ayudaban a acarrear escombros, a limpiar calles, a atender comedores populares. En medio de la desesperación, no hubo saqueos ni disturbios; todos, incansables, trabajaban para un mismo fin. Era como si, dentro de cada uno, se hubiera fijado una sola meta: enseñar al mundo la inquebrantable voluntad de Japón para resurgir. Y Sasaichi y su familia, contagiados por ese mismo espíritu, dejaron de lado las diferencias sociales que habían marcado su vida en el extranjero y trabajaron hombro a hombro en la reconstrucción del pueblo de sus ancestros, una experiencia humilde y profunda.

Recorrer los pueblos y aldeas miserables, habitadas por gentes pálidas y flacas, y enfrentarse a los rostros marcados con la impronta del hambre, la angustia, la servidumbre, la desesperación

y, en sus ojos opacos, ver reflejada aquella mirada dura y determinada del pueblo japonés caído en desgracia, pero resuelto a seguir adelante, impulsó a los Miyoshi a integrarse por completo al pueblo que sus antepasados habían querido dejar atrás. Pero la llamada de la sangre no se abandona; se conserva en una estructura hecha de una larga cadena de moléculas de ADN, envueltas alrededor de un andamio de proteínas, en las que se incluyen incluso la conducta de los individuos. No hay sociedad más ejemplarizante de esto que la de los japoneses. Sasaichi era, en esencia, uno de ellos.

El proceso de recuperación, basado en unos parámetros establecidos por los norteamericanos, fue en gran medida externo, una directriz impuesta. La reconstrucción, sin embargo, fue intrínsecamente japonesa, nacida del espíritu de su gente. Empezaron poco a poco, fueron años duros en los cuales los niños apenas sonreían, porque durante mucho tiempo no habían visto a nadie sonreír de verdad. Durante los años de ocupación y hambruna, muchas mujeres, empujadas por la necesidad, tomaron algunos de los elementos característicos de los atuendos de las geishas, una antigua y venerada institución en Japón, y se prostituyeron. Y los norteamericanos, al no tener una institución similar o comparable en su país, confundieron durante mucho tiempo la figura de la geisha con la de la prostituta. Y así, a costa de su dignidad, estas mujeres tenían comida que llevar a sus casas.

Al mismo tiempo, la sociedad japonesa debía integrar a los siete millones de hombres que habían formado los ejércitos de tierra en Asia. Se trataba de ejércitos de ocupación que, en aquel momento, no eran más que personas muriendo de hambre en Japón, como todos los demás, la mayoría sin familia, a los que había que buscarles un lugar, un oficio, un sentido, una dignificación de sus vidas destrozadas. Los miembros de la familia, como núcleo unido, se dedicaban a crear artesanías para mantenerse ocupados y tener un motivo que justificaba levantarse por las mañanas, una forma de resistencia cultural.

La influencia norteamericana llegó con una carga cultural intensa y arrolladora, pero Japón sabía que debía conservar su espíritu

ancestral en aquella situación de ocupación, y los «oficios inútiles» fueron una de las maneras como lo consiguieron. La artesanía, la cerámica y el *origami* ayudaron a que se afianzaran los lazos personales, y a reforzar la identidad nacional, porque eso es lo que les daría la ventaja histórica para la reconstrucción y el florecimiento del país. El producto de estas artesanías, hechas a lo largo del día con meticulosa paciencia, se vendía durante la tarde en los mercados improvisados, ofrecían un pequeño sustento y un gran sentido de propósito.

Cuando los Miyoshi llegaron, Japón estaba ocupado y administrado por los aliados. Tres años después, el 9 de septiembre de 1951, el primer ministro japonés Shigeru Yoshida y cuarenta y ocho naciones más firmaron el Tratado de Paz de San Francisco en los Estados Unidos. El tratado puso término oficial a la posición de Japón como potencia imperial. Ofrecía compensación a los aliados que habían sufrido en el país durante la guerra y ponía fin a la ocupación, que había durado siete largos años. También marcó el fin de las hostilidades entre los firmantes y sentó las bases de la sólida alianza política entre los Estados Unidos y Japón, así como la importante relación militar entre los dos países, una relación que se mantendría inquebrantable a lo largo de los años. A cambio, se desmilitarizaría Japón, prohibiendo el mantenimiento de fuerzas armadas, para evitar que se convirtiera nuevamente en una amenaza. Por medio de ese tratado, Japón renunciaba a sus derechos sobre Corea, Taiwán, Manchuria y otros territorios y cedía a los Estados Unidos la administración de las islas Ryūkyū, incluidas Okinawa y los grupos de islas Amami, Miyako y Yaeyama. El tratado entraría en vigor el 28 de abril del año siguiente.

No obstante, los Estados Unidos no tenían un interés inmediato en reactivar la industria japonesa. Sasaichi había puesto manos a la obra desde que llegó, pero no veía mayores beneficios de su esfuerzo, hasta que justamente dos años después de su llegada, se desató la Guerra de Corea y las cosas empezaron a mejorar para la economía del país en general. El caso era que, después de acabada la guerra, Corea, que había estado bajo el dominio japonés, al ser liberada fue dividida en dos zonas de ocupación: el sur bajo control

estadounidense y el norte bajo influencia soviética. Se establecieron entonces dos gobiernos separados: Corea del Sur sería la República de Corea y Corea del Norte la República Popular Democrática de Corea, con ideologías y sistemas políticos distintos. En junio de 1950, Corea del Norte, apoyada por la Unión Soviética y por China, invadió Corea del Sur y se desencadenó la guerra. Aquello reactivó la economía japonesa al convertirla en un importante centro de suministros para las fuerzas de la ONU, lideradas por los Estados Unidos y conformada por veintiún países más. Sasaichi, un comerciante experimentado y con visión, se convirtió en un proveedor crucial para la gran demanda que exigía el mercado en guerra. Eso, unido al apoyo financiero y tecnológico que Estados Unidos proporcionó, esta vez para suplir a sus tropas, ayudó a reconstruir la economía japonesa. También se implementaron reformas políticas, económicas y sociales que favorecieron a muchos que, como Sasaichi, supieron aprovechar sus habilidades comerciales. Sin embargo, en 1952 ocurrió lo impensable.

Cuando todavía no se había terminado el conflicto en Corea, la puesta en vigor del Tratado de San Francisco el 28 de abril del año anterior, trajo como consecuencia profundas críticas y una feroz resistencia a las condiciones impuestas. La recepción del tratado fue ambivalente. Si bien los japoneses celebraban el fin de la ocupación y la restauración de la soberanía, el acuerdo marcó un nuevo capítulo en la historia de Japón: se convertiría en un país independiente, pero, al mismo tiempo, en los asuntos militares, seguiría siendo dependiente de su antiguo enemigo, y Estados Unidos se quedaría con algunas islas importantes además de Okinawa, manteniéndolas como colonias estadounidenses.

El 1 de mayo, una fecha tradicional de protestas anuales, y tres días después de la entrada en vigor de estos tratados, el Consejo General de Sindicatos de Japón, *Sōhyō*, planeó una jornada nacional de protestas en ciudades y pueblos de todo Japón para expresar la indignación popular ante los tratados unilaterales de paz y seguridad que consagrarían la subordinación de Japón a la hegemonía estadounidense por el fracaso del gobierno japonés en asegurar la

devolución de Okinawa y las otras islas. Más de un millón de personas participaron en concentraciones de protesta en todo el país.

Aunque la mayoría de las reuniones eran pacíficas, la violencia estalló en el centro de Tōkyō cuando los manifestantes intentaron ocupar la plaza frente al palacio imperial. El gobierno japonés, temiendo la indignación popular durante las protestas del 1 de mayo, había declarado que la plaza frente al palacio imperial permanecería cerrada y convocó a los manifestantes al Santuario Meiji. Pero un grupo de activistas estudiantiles de *Zengakuren*, activistas de *Zainichi* y otros instigadores afiliados al Partido Comunista Japonés, lideraron a un gran grupo de manifestantes en una marcha improvisada desde el Santuario Meiji hasta el palacio imperial para retomar la plaza, a la que ellos llamaron «del pueblo».

El Partido Comunista Japonés buscó infiltrarse en el movimiento de protesta pacífica del *Sōhyō* e instigar a las masas a participar en ataques violentos contra la policía y objetivos militares estadounidenses. Daiki, el hijo mayor de Sasaichi, se encontraba en el camino que tomó la marcha, y sin desearlo, se vio envuelto en medio de la marea humana de la manifestación. Cuando menos se dio cuenta, se encontró frente al palacio imperial, donde ya algunos manifestantes habían volcado un vehículo de propiedad estadounidense, mientras los grupos que habían estado ondeando banderas, cantando canciones de protesta y bailando la danza de la serpiente cerca de la plaza huían despavoridos al ver al contingente de policías que, con un altavoz, ordenaba el desalojo.

Los manifestantes del Partido Comunista se negaron a irse. Comenzó entonces una sangrienta lucha en la que, armados con adoquines arrancados del suelo, bates de béisbol improvisados, palos, bolas de *pachinko* lanzadas como proyectiles, lanzas de bambú e incluso algunos cócteles molotov, se enfrentaron a la policía, que estaba armada con pistolas, gases lacrimógenos y porras. Finalmente, la policía disparó lo que posteriormente dijeron que habían sido «disparos de advertencia», pero algunos fueron dirigidos contra la multitud, y, como consecuencia, mataron a dos manifestantes e hirieron a otros veintidós. Uno de los heridos de

bala fue Daiki, quien cayó en medio de los gritos de: «*Yankii go homu!*» y perdió el conocimiento después de recibir en la cabeza un porrazo brutal de la policía que lo sumió en la oscuridad.

Miyoshi Sasaichi recibió una llamada del hospital.

—Miyoshi Sasaichi-san, le estamos llamando para informarle que su hijo Daiki se encuentra en la sala de emergencias a la espera de ser operado. Necesitamos que se haga presente.

Sasaichi salió apenas recibió la llamada. ¿Su hijo en una manifestación comunista? Se resistía a creerlo. Cuando llegó, firmó la autorización para que efectuaran la operación. Daiki tenía una bala incrustada en el hombro izquierdo. Por la tarde, se presentó la policía para interrogar a Daiki, pero él se hallaba inconsciente. El golpe en la cabeza le había ocasionado una conmoción cerebral. Los dos miembros de la policía se fueron después de hacerle prometer a Sasaichi que se comunicaría con ellos en cuanto recuperase la conciencia.

—En este momento su hijo está estable, Miyoshi-san. Usted debería ir a su casa y descansar.

—¿Cree que podrá recuperarse por completo?

—El golpe fue bastante fuerte, pero es posible que para mañana pueda estar consciente —dijo el médico, en tono cauteloso.

Sasaichi dejó el hospital, con el peso de la preocupación en sus hombros. Al abrir la puerta del coche, un hombre se le acercó, moviéndose con una agilidad sorprendente para su corpulencia.

—Sabemos quién es usted, Miyoshi-san. También sabemos que su hijo no pertenece al partido comunista. Pero si tiene algún problema con la policía, no dude en llamarme. —Le entregó una tarjeta pulcra con su nombre y teléfono.

—¿Quién es usted? ¿Conoce a mi hijo? —preguntó Sasaichi, con desconfianza.

—No personalmente, Miyoshi-san, pero sabemos quiénes son ustedes —admitió el hombre de manera misteriosa, con una sonrisa —. Mi nombre está en la tarjeta —dijo y se alejó con la misma discreción con la que había aparecido.

Sasaichi se fijó en la tarjeta que tenía en la mano. En la parte de arriba ponía: Yamaguchi-gumi. En el centro, el nombre Narushi

Tokome y un número telefónico. Lo tomó como una empresa relacionada con abogados, o quizás una firma de seguridad privada, y guardó la tarjeta en su cartera. Le pareció un tanto extraña la manera de hablar del tal Narushi; arrastraba las palabras, alargándolas, en especial las que llevaban la «erre». Sasaichi se enteró más tarde, que los yakuza solían hablar con una entonación fuerte debido, en parte, a la influencia de dialectos como el Hiroshima-ben, lo que reforzaba su imagen intimidante. Sin embargo, Narushi Tokome se había expresado de manera curiosamente elegante y respetuosa para dirigirse a él.

Dos días después, Daiki había recuperado el conocimiento. Cuando llegó su padre, lo encontró en pleno desayuno. Tenía frente a él una bandeja apoyada sobre la cama con una sopa de miso humeante y un tazón de arroz blanco.

—Padre, yo no pertenezco a ningún partido comunista. Iba caminando y… de pronto un enorme grupo de manifestantes me arrastró… Intenté salir, pero era imposible… la marea humana era incontrolable, hasta que fuimos a parar frente al palacio imperial, y fue cuando sentí un golpe en el hombro… el golpe de la cabeza no lo recuerdo, debieron de dármelo cuando estaba inconsciente o… qué sé yo… —se quejó Daiki, con cierta dificultad.

—¿Y qué hacías en la calle, en ese barrio, precisamente ese día? Era un día feriado, sabías de las protestas.

—Había quedado con unos amigos.

—¿Unos amigos? ¿Quiénes son?

—Sí… queríamos aprovechar el día libre para reunirnos, para discutir unas cosas.

—Qué mal día eligieron —replicó Sasaichi, sin ocultar su desaprobación.

—¿Naomi… sabe que estoy aquí? —preguntó Daiki, con un asomo de preocupación por su esposa.

—Claro que lo sabe, estaba muy angustiada, pero no vine con ella y el niño porque no quería que se toparan con la policía. A propósito, debo llamarlos.

—¿A Naomi? —preguntó Daiki, sorprendido

—No. A la policía. Dijeron que querían interrogarte. Supongo que piensan que perteneces al partido comunista.

—Pronto saldrán de su error.

—Claro. Lo importante es que estés a salvo —concluyó Sasaichi—. Iré a llamarlos.

Su padre fue a la recepción y solicitó un teléfono para hacer la llamada. Los dos agentes de la vez anterior se presentaron al cabo de una hora. Sasaichi estuvo presente en el interrogatorio.

—Ya les dije… me encontré envuelto en la confrontación sin querer… iba camino a encontrarme con unos amigos —dijo Daiki agotado, ante la reiteración de la pregunta,

—¿Podría darnos el nombre de sus amigos, Miyoshi Daiki-san? —insistió uno de los agentes, con tono acerado.

—¿Es necesario? No deseo causarles una molestia innecesaria.

Uno de los agentes lo miró suspicaz.

—¿Tiene algo que ocultar, Miyoshi-san?

—Por supuesto que no.

—Miyoshi Sasaichi-san, ¿podría esperar afuera? —sugirió el agente, intentando aislar a Daiki.

—No es necesario, oficial… No tengo nada que ocultar, pero no les daré el nombre de mis amigos. Pueden arrestarme si lo prefieren —dijo Daiki haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban y cerró los ojos recostándose en el respaldar de la cama.

—¡Daiki! ¿Cómo puedes hablar así? —preguntó alarmado Sasaichi.

Su hijo mantuvo los ojos cerrados y no habló más.

—Miyoshi Daiki-san, le informo que queda usted detenido de manera preventiva para averiguaciones en cuanto le den de alta. Si no se presenta voluntariamente en la estación de policía de Tōkyō, iremos a su domicilio. —Los agentes tomaron nota en sus libretas y salieron.

Sasaichi se acercó a la cama.

—Necesito una explicación, Daiki. ¿En qué andas metido?

—No es nada de lo que se imagina, padre… no soy comunista, ¡faltaría eso!, pero no puedo decirle con quién me iba a reunir… es una cuestión de honor —dijo con los ojos todavía cerrados.

—Espero que valga la pena, hijo. Piensa en tu mujer y tu hijo. Piensa en el futuro.

—Lo sé, justamente lo hago por ellos. Padre, ¿podrías… dejarme descansar? Tengo un dolor de cabeza que…

Sasaichi no podía creer lo que estaba sucediendo. Su hijo, siempre tan sensato, envuelto en una situación tan peligrosa.

—Está bien, Daiki. Te dejo descansar, a ver si recuperas la razón.

Salió del hospital pensativo, ya el sol de la tarde caía. ¿Tendría que llamar al hombre de la tarjeta?, se preguntó.

Su hijo era un hombre honesto, trabajador. Se había convertido en su mano derecha, y como hijo mayor, Sasaichi pensaba dejarlo al frente de los negocios cuando se retirase. Comprendía que Daiki era joven y, en comparación con la vida que habían llevado en Buenos Aires, en Japón no encontraba ningún tipo de diversión. Y en esa época, a los hombres de cierta posición no les faltaban mujeres dispuestas a todo con tal de obtener un ingreso. Pero aquello conllevaba un gran peligro. Las enfermedades venéreas que propagaban las *pan-pan girls* eran la comidilla entre la gente, uno más de los estigmas de la ocupación: muchachas que eran empleadas por las RAA (Asociación de Recreación y Entretenimiento); miles de mujeres ejercían de prostitutas para entretenimiento de los soldados, y de esa manera se pensaba proteger a las mujeres de clase media y alta de las violaciones y desmanes de los extranjeros. El problema era que para alguien venido de fuera, como en el caso de Daiki, no era fácil diferenciarlas. Sasaichi temía por su hijo, por su futuro y por su honor. Y también por Masaru. No deseaba tener cerca a la policía bajo ningún concepto.

La tarjeta del Yamaguchi-gumi quemaba en su cartera.

24 - Años de posguerra

Por el Tratado de San Francisco, los japoneses habían renunciado no solo a la guerra, sino también a sus ejércitos. ¿El pueblo de los samuráis, el de las tradiciones guerreras ancestrales, con una herencia milenaria de artes marciales, renunció voluntariamente al derecho de crear ejércitos? Aquello produjo una profunda indignación en el corazón de cada japonés, sometido a la humillación de no solo haber perdido la guerra, sino también de ver reducida su nación, ya de por sí pequeña y sin recursos naturales, a la sumisión. La única salida que avizoraron era el esfuerzo humano e intelectual para salir adelante y lograr hacerse un lugar de importancia en un mundo que en ese momento estaba en contra de ellos. Cambiaron su paradigma guerrero por uno de trabajo incansable, de solidaridad férrea, todo en aras de la construcción de un nuevo Japón.

Pero el mundo en general mantenía un gran resentimiento contra el pueblo japonés. Incluso el Pato Donald se peleaba contra los japoneses en los dibujos animados, en un reflejo de la animosidad popular. Los norteamericanos se limitaron a proveer al pueblo japonés de alimentos como caridad; al tener a la población haciendo grandes colas para obtenerlos, lograban humillarlos, recordándoles constantemente su derrota. Lo que no habían previsto era la Guerra de Corea. Esa guerra se convirtió en la oportunidad inesperada para que Japón se pusiera en marcha hacia la recuperación económica, una resurrección que tendrían que lograr a costa de los sacrificios de una nación entera, en la que cada habitante, desde el más pequeño hasta el más viejo, tendría que aportar su esfuerzo para demostrar al mundo que ellos eran capaces de resucitar y volver a ocupar un lugar importante.

Ese era el Japón en el que la familia de Miyoshi Sasaichi se movía, adaptándose con una mezcla de pragmatismo y orgullo. Su hijo Daiki, a pesar de su juventud, demostraba ser un empresario con una gran destreza verbal para las ventas y un talento innato para las

relaciones comerciales. Tenía una facilidad asombrosa para los idiomas, hablaba español con fluidez y podía expresarse en inglés con la misma soltura que su padre y en casa solían hablar el dialecto que habían aprendido en Argentina, con el mismo tono cantado característico de esa amable tierra sudamericana, para que el pequeño Ryota vaya aprendiendo a hablar español. Mientras habían vivido en Buenos Aires, Sasaichi y su esposa habían hecho amigos italianos y alemanes, y todos se comunicaban en español o, en ocasiones, en inglés, idioma que Sasaichi había aprendido por la necesidad de comunicarse en los negocios que mantenía con empresas norteamericanas, una habilidad que ahora les abría puertas inesperadas.

Por esos días, el primer ministro de Japón, mediante un comunicado nacional, declaró que una de las causas principales de la derrota de Japón había sido la falta de conocimiento en ciencia y tecnología. El líder japonés convocó entonces a la creación de un modelo nuevo de nación: un Japón basado firmemente en esos dos pilares: la ciencia y la tecnología. El país se volcó con fervor hacia el estudio, la copia —que había sido la forma ancestral de aprendizaje de los japoneses— de la tecnología occidental, para luego mejorarla y producirla a gran escala, un proceso que se conoce como *iitoko-tori*. Ese era el entorno en el que la familia Miyoshi se desenvolvía, un tiempo de oportunidades, y fue así como se crearon las industrias más importantes, que fabricaban desde tostadoras eléctricas, neveras y lavadoras hasta automóviles por marcas que empezaban a ser reconocidas en Japón y que, con el tiempo, se exportarían a todo el planeta.

La situación de Daiki preocupaba profundamente a su padre, tanto así que se decidió a llamar al hombre de la tarjeta un día antes de la presentación de su hijo en la estación de policía.

Narushi Tokome se presentó en la estación de policía justo cuando Sasaichi y su hijo esperaban su turno para ser atendidos. Vestido con un elegante traje a rayas diplomáticas y unos zapatos que parecían recién comprados por el brillo que despedían, se acercó al mostrador y saludó con parca cortesía, pero con autoridad, a uno de los agentes.

—Solicito hablar con el comisionado general, Kentaro Miura-san.

—¿Quién lo solicita? —preguntó el agente, con tono aburrido.

—Narushi Tokome.

El agente discó un número en el teléfono de baquelita y se comunicó. Mientras escuchaba la respuesta al otro lado de la línea, su rostro se fue transformando de absoluta indiferencia a una expresión de respeto progresivo, casi de sumisión.

—Acompáñeme, por favor —dijo al colgar el auricular, con un tono que denotaba que la orden venía de muy arriba.

El recién llegado se giró hacia Sasaichi y asintió levemente. Con un gesto de la mano, les dijo que esperasen allí. Sasaichi no dijo nada, pero el instinto le gritaba que algo extraordinario estaba a punto de ocurrir. Narushi Tokome siguió al agente hasta una oficina en la que se encontraba el comisionado, quien, al verlo, salió de detrás del escritorio y lo saludó con una deferencia que rayaba en la reverencia.

—Narushi Tokome-san, muy buenos días. Usted dirá en qué puedo serle útil —dijo el comisionado, con una sonrisa forzada.

—Buenos días, Kentaro Miura-san. Vengo a exponer una queja.

—¿Una queja? ¡Dígame de qué se trata, por favor! —La voz de Miura era de preocupación.

—Mi amigo, Miyoshi Daiki-san, se encuentra detenido, acusado injustamente. Lo están acusando de pertenecer al partido comunista, lo cual no es cierto. Por otro lado, uno de sus agentes le disparó en el hombro, y mi amigo acaba de salir del hospital donde estuvo recluido varios días al perder el conocimiento debido a un golpe de porra de otro de sus agentes. Esto es inaceptable.

La cara del comisionado se endureció.

—En este momento, los agentes involucrados serán sometidos a un interrogatorio exhaustivo, Narushi-san. Y en cuanto a su amigo, Miyoshi Daiki, queda libre de cargos, y cualquier expediente que se le haya abierto será absolutamente eliminado. No quedará rastro.

—Eso espero —dijo Narushi con voz imperiosa.

—Pierda cuidado y perdone la inoperancia de nuestra policía, Narushi Tokome-san. No volverá a ocurrir.

—Le quedamos muy agradecidos, Kentaro Miura-san. No olvidaremos su gesto de buena voluntad.

—Siempre a la orden, Narushi-san —dijo el comisionado, haciendo una profunda reverencia antes de que Narushi se diera la vuelta y saliera de la oficina.

Al salir, Narushi Tokome se acercó a Daiki y su padre, quienes esperaban ansiosos.

—Todo está bien, podemos irnos.

Sin decir una palabra, Daiki y su padre salieron tras él. Al llegar a un coche negro reluciente que aguardaba pegado a la acera de la estación de policía, se detuvo. Un chófer con uniforme abrió la portezuela del coche, y Narushi Tokome los invitó a subir con un gesto de la mano. Ambos obedecieron, la autoridad de Narushi era innegable. Durante el trayecto, ninguno dijo nada. Daiki sentía que algo no era del todo claro, pero si el hombre tenía el poder de sacarlo del apuro con la policía de esa manera, no podía existir nada malo en ir a donde él dijera. A fin de cuentas, le había hecho un favor por el que, lógicamente, debía pagar. Se limitó a mirar a su padre, quien no dijo nada, pero Daiki tuvo la impresión de que él sabía algo más que no le había querido comentar acerca de Narushi Tokome. Había acudido a la estación de policía tal como había convenido con los agentes, cuando vio al hombre ingresar y dirigirse con esa autoridad inexplicable al agente que lo llevó a conversar con quién sabía quién.

Fueron llevados hacia las afueras de Tōkyō. Cuando estuvieron frente a un edificio de cuatro plantas de aspecto discreto, pero bien cuidado, el coche se detuvo y bajaron. Siguiendo las amables indicaciones de Narushi Tokome, subieron a la segunda planta y entraron a una oficina donde un hombre tras un escritorio bastante grande parecía estar esperándolos.

Narushi Tokome hizo las respectivas presentaciones, con su voz grave resonando en la sala.

—Kazuo Taoka-san, *Kumichō* de Yamaguchi-Gumi.

—Miyoshi Sasaichi.

—Miyoshi Daiki.

Se presentaron a su vez padre e hijo, con una mezcla de curiosidad y cautela. Kazuo Taoka caminó hacia ellos y los invitó a tomar asiento. En el pequeño salón, dos sofás encarados frente a una mesa baja acompañaban a un sillón de madera laqueada, tapizado en gobelino de seda, donde Kazuo se sentó, como en un trono. Era un hombre relativamente joven, a los ojos de Sasaichi no llegaría a los cuarenta años, pero poseía un don de mando innegable. Sin embargo, aun vestido de manera impecable, al igual que su subalterno, conservaba algunas maneras sutiles que delataban su origen humilde.

—Narushi Tokome-san me ha hablado de ustedes —dijo Kazuo Taoka, con una voz suave como el acero—. Me alegra haber sido de alguna ayuda, espero que todo esté bien y la policía no vuelva a molestarles.

—Le estamos muy agradecidos, Kazuo Taoka-san. Díganos cuánto le debemos, su abogado nos ha sido de gran ayuda. —Sasaichi intentó ser directo, asumiendo una transacción monetaria.

Kazuo Taoka los miró y sonrió comprensivo.

—Narushi Tokome no es mi abogado, Miyoshi-san. Él es mi *waka-gashira*, mi mano derecha, podría decir. ¿Qué valor tiene la vida de su hijo?

Sasaichi, sorprendido por la crudeza de la pregunta, miró a Taoka, tratando de encontrar alguna muestra de que la pregunta no se trataba de una broma, pero al parecer, iba muy en serio.

—Si usted es padre, sabrá el valor que tienen los hijos, Kazuo-san —respondió Sasaichi, recuperando la compostura.

—No se inquiete —dijo Kazuo—. No le pediré nada que no pueda cumplir. Sé que su empresa tiene tratos directos con los norteamericanos, ustedes les venden los insumos que necesitan sus tropas en Corea. Son muy buenos en lo suyo.

—Es la situación del mercado… —Sasaichi intentó excusarse.

—No estoy en contra de eso. Al contrario, me interesa su relación. Nuestra organización necesita tener contactos de alto rango, y nos sería muy útil si pudiera servirnos de contacto con la gente de nuestro amigo, el general Douglas MacArthur.

—¿Amigo? No tengo tratos directos con él, son sus subordinados los que se hacen cargo de los asuntos comerciales —objetó Sasaichi, presintiendo por dónde iban los tiros.

—Para nosotros será un amigo, aunque les pese a sus compatriotas. Acuérdese que él fue quien impidió que el emperador Hirohito abdicase. Muchos querían su cabeza, entre ellos, un pariente suyo, Miyoshi-san. El editor y poeta Tatsuji Miyoshi.

—No tenía conocimiento de eso —dijo Sasaichi, sorprendido—. Yo vine de Argentina en 1948 y no conozco a Miyoshi Tatsuji.

Kazuo Taoka se arrellanó en el sillón y mostró una ancha sonrisa, disfrutando el momento.

—Sé mucho sobre usted y sus ancestros, Miyoshi-san. No estoy muy seguro de si ese Miyoshi es de su rama familiar, pero sí sé que un antepasado suyo, Miyoshi Nagayoshi, fue el ideador de lo que hoy es la Yakuza. Todos piensan que empezó en el período Edo, pero ya existía desde Sengoku. Él sentó las bases.

—La verdad, no tenía idea —dijo Sasaichi, con una mezcla de incredulidad y desasosiego en su voz—. Y no creo que Nagayoshi haya sido un yakuza.

—No, no… él solo marcó las pautas. Había grupos de samuráis convertidos en forajidos sin rumbo porque sus señores habían muerto en las tantas guerras que asolaban esa época, y al no poder darles cobijo a todos, parece que se reunió con ellos y les dijo que se podrían hacer cargo del cobro de impuestos. El asunto fue más allá, y como muchos comerciantes no podían o no querían pagar un doble tributo, porque ya el shogunato cobraba lo suyo, instauraron un sistema de «pago por protección».

—¿Protección de quiénes? —preguntó Sasaichi, incrédulo.

—¡De ellos mismos! —Kazuo soltó una carcajada resonante.

—Lo que dice es algo absurdo.

—Extraordinario, diría yo. Soy amante de la historia de Japón. Lo que implantaron fue un buen sistema, los miembros de la naciente Yakuza se regían, como hasta hoy, de las mismas normas disciplinarias de los samuráis. Eran y lo seguimos siendo, hombres de honor y jamás incumplimos la palabra dada. Sea para bien o para mal —dijo esto último con un velado tono amenazador.

Sasaichi acababa de enterarse de que la que pensaba era una leyenda urbana, una fuerza oscura en la sombra, pretendía hacer tratos con él. Miró preocupado a Daiki, cuyos ojos reflejaban la misma alarma.

—Estoy enterado de que el general MacArthur se retirará dentro de poco. Regresará a su país —intervino Daiki.

—Es por eso que requiero de su ayuda —dijo Kazuo, volviendo a su tono suave y persuasivo—. Muchos de sus colaboradores se irán con él, y yo tengo interés en conversar con alguno de los que queden, el que sea más factible de aceptar… ¿cómo diría?

—¿Sobornos? —Daiki lo dijo directamente.

—Diciéndolo de una manera agresiva, sí, pero prefiero llamarla «participación» en algunos de nuestros negocios. No, no se preocupe, no tiene que temer por los suyos. Me gustaría ocuparme de los Pachinko, por ejemplo —dijo sonriendo el Kumichõ, revelando un interés inesperado. Sé que no se permiten las casas de juego, pero siempre hay caminos para todo.

—¿Entonces cuál es su interés? No creo que MacArthur esté interesado en los Pachinko.

—Quisiera mantener un contacto confiable con uno de los colaboradores que quedará en Japón. Usted debe saber quiénes son y a quién dirigirme. Es un puente, Miyoshi-san.

—Si lo hiciera, ¿qué obtendría a cambio? —preguntó Daiki, quien, con su agudeza juvenil, había tomado el mando en la conversación mientras su padre permanecía en silencio, digiriendo la magnitud de la situación.

—Ya lo obtuvo, ¿recuerda? Su libertad.

—Y se lo agradezco, aunque creo que sin su ayuda también habría salido indemne —replicó Daiki.

—No esté tan seguro —la voz de Kazuo se volvió peligrosamente baja—. El comisionado es un gran amigo y me debe favores. Pero haré una concesión en su caso. A cambio, le resolveré problemas. Los que sean.

—¿Cómo cuáles? —Daiki preguntó con suspicacia—. No deseo mantener tratos turbios, no nos dedicamos a nada que esté fuera de la ley.

—Mi querido amigo, nunca se sabe cuándo la ley se pondrá en contra de ustedes. Lo que hoy es legal, mañana puede no serlo. Nuestra protección es un seguro.

—No deseamos pertenecer a su organización. Nos hemos forjado un nombre por nosotros mismos, Kazuo-san —objetó Sasaichi, finalmente recuperando la voz.

—Oh, no, por eso no se preocupen. Nadie puede pertenecer a nuestra organización a menos que así lo desee, y debe cumplir con ciertos requisitos y un ritual de iniciación. Solo le pedimos su colaboración con algo que está dentro de su alcance, Miyoshi-san. Una ayuda mutua.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Daiki.

—Lamento decirles que no sería aconsejable.

Daiki miró a los ojos al hombre que decía ser el *Kumichõ* y percibió el peligro inminente. Existía una amenaza implícita. ¿Cómo había caído en ese juego? Probablemente los policías que lo balearon y golpearon fueron enviados por el mismo comisionado de policía, en una macabra orquestación para forzarlos a llegar a ese encuentro.

—Está bien —admitió Daiki, resignado—. Reconozco que no hay otra salida. Me mantendré en contacto con usted, Kazuo-san.

—Aquí tiene mi número directo. Si no le es posible encontrarme, comuníquese con el señor Narushi Tokome. —Kazuo le tendió otra tarjeta.

25 – Miyoshi Daiki

Después de la tensa reunión con el *Kumichõ* de Yamaguchi-gumi, los Miyoshi fueron llevados de vuelta hasta la estación de policía, donde el coche de Sasaichi los esperaba. Subieron en silencio, y en el camino a casa, Sasaichi no pudo más con la rabia contenida que llevaba dentro. Su voz era un gruñido bajo, cargado de indignación.

—Esos desgraciados se confabularon con el comisionado de policía. Nos tendieron una trampa. No tendrías que haber estado en esa marcha, Daiki. ¿De verdad fuiste a ver a unos amigos?

Daiki suspiró, su hombro aún dolía y la cabeza le palpitaba, pero su mente estaba clara.

—Padre, aunque no hubiese ido por mis amigos, ellos habrían encontrado la manera de detenerme. La policía me habría acusado de cualquier nimiedad, ¿no lo entiendes? Todo lo tenían preparado, desde el momento en que me vieron supieron quién soy y los negocios que hacemos con los norteamericanos. No tenía escapatoria.

—Te doy la razón en eso —admitió Sasaichi, su furia fue cediendo un poco ante la lógica de su hijo—. Pero, ¿puedes decirme qué amigos son? ¿Y por qué el secreto?

—Son clientes potenciales, padre. Los conocí cuando viajé a la prefectura de Osaka para ofrecer nuestros productos. Solo estarían aquí un día, de paso. No quería que me vieran involucrado con la policía, porque estaba seguro de que eso iría a suceder. La policía habría tratado de comunicarse con ellos y eso no sería bueno para la empresa ni para nuestra reputación.

—Con decirles la verdad, habría bastado —dijo el padre, no muy convencido. Sospechaba que su hijo ocultaba algo más personal.

Daiki sabía que ellos estaban al tanto de la verdad, de su verdadero motivo para estar en esa zona. El *kumichõ* se había mostrado bastante discreto al no mencionar el verdadero motivo por el que se había encontrado envuelto en la manifestación, lo que le

daba la seguridad de que ellos lo sabían porque la policía les había informado con detalles del resultado del interrogatorio en el hospital. Su «secreto» ya no era tal para el bajo mundo.

—Solo deseo poner algo en claro —dijo su padre, con una solemnidad inusual que hizo que Daiki se tensara—. Si tienes otra mujer, no tengas hijos con ella. Ya lo tienes con tu esposa, Naomi. Una querida no será bienvenida en nuestra familia.

—Padre, yo…

—No hablemos más del asunto —interrumpió Sasaichi en voz baja y firme. Cuando eso ocurría, lo mejor era guardar silencio—. Y si yo lo sospecho, ellos también lo saben, Daiki. Ten mucho cuidado, nuestra familia puede correr peligro por imprudencias. Te sugiero que te hagas ver con un urólogo. Hay demasiadas *pan-pan* circulando por ahí, y no queremos más problemas.

Daiki no había hecho uso de los servicios de las *pan-pan*, pero la alusión y la advertencia de su padre fueron un shock. Aquello bastó para que tomara una decisión: tenía que hablar con Susi esa misma tarde.

Cuando llegó al pequeño apartamento, ella lo esperaba con la preocupación reflejada en su rostro de ojos grandes y oscuros, llenos de preguntas.

—¿Qué ha sucedido, Daiki? No viniste y estaba tan preocupada. —Se acercó para tocarle el hombro herido, pero él retrocedió instintivamente.

—Me vi involucrado en una marcha de manifestantes y fui herido. Estuve en el hospital.

—¡Y yo sin poder ir a verte! Me volví loca de angustia. Bueno, quiero decir… aunque lo hubiese sabido no habría podido ir.

—Susi, sabes que me gustas, has traído alegría a mi vida, un poco de luz en este Tōkyō gris, pero esto no debe continuar. No podemos seguir viéndonos.

Los ojos de Susi se abrieron con sorpresa y un velo de confusión se apropió de ella.

—¿Tu esposa está enterada? —preguntó.

—No. Y espero que nunca lo sepa. Son otros motivos, Susi. Nuestra relación me pone en peligro y tal vez a ti también. Es mejor

que nos dejemos de ver, es por tu bien. Toma, es para que pagues un año de alquiler. —Le alargó un grueso sobre con yenes, su mano temblaba ligeramente—. Mientras, trata de buscar algún trabajo, no es bueno que estés sin hacer nada, ocupa tu mente y tu tiempo.

—Cariño, yo no quiero dejarte —dijo ella, con lágrimas asomando a sus ojos.

—No compliques más las cosas, Susi. ¿No comprendes que es peligroso?

—No, no entiendo por qué puede ser peligroso. ¿Quién podría hacernos daño?

Daiki dudó, luego se inclinó y susurró:

—Tengo miedo de que la Yakuza te haga daño.

Los ojos de Susi mostraron un asombro demasiado evidente, casi exagerado. Daiki pensó, con una punzada de desconfianza, que ella era muy mala actriz. ¿En qué momento se le ocurriría enredarse con esa mujer? De pronto, dejó de verla como una joven hermosa y desvalida; ahora la veía con una sospecha helada. ¿Susi pertenecía o estaba ligada de algún modo a la misma mafia que ahora amenazaba con arruinarle la vida? Tuvo la certeza repentina de que tendría que hacer lo que ellos querían, no había otra salida.

—Debo irme. Te deseo lo mejor, Susi.

Fue la última vez que la vio, y agradeció a los dioses que ella nunca interfiriera con su familia. Nunca supo si ella pertenecía a la Yakuza o si era una de las tantas *pan-pan* que pululaban por la ciudad, buscando cualquier forma de sobrevivir en la miseria. El incidente le enseñó a Daiki a desconfiar de todos.

Su padre puso en contacto a Kazuo Taoka, el *kumichõ* de Yamaguchi-gumi, quien había resultado ser el mismísimo jefe supremo de la Yakuza, con un lugarteniente retirado del ejército norteamericano que se quedaría como encargado de los suministros en Okinawa. Con él, los negocios florecieron. Sasaichi, sin desearlo al principio, aceptó la amistad de Kazuo, forzado por las circunstancias y después porque entre ellos fue creciendo una extraña simpatía paulatina. Eran, al fin y al cabo, hombres de negocios, y los unía una innegable astucia y el orgullo por su raza y su historia, aunque él nunca llegó a pertenecer a la organización.

Según Kazuo Taoka, un hombre amante de la historia con una memoria prodigiosa, su antepasado Miyoshi Nagayoshi había sido un genio militar desde que era un niño, algo muy difícil de creer para Sasaichi, que siempre había valorado la sobriedad en los relatos familiares. Sin embargo, según las copias de las crónicas que, de manera misteriosa, Kazuo Taoka había obtenido, aparecía Nagayoshi como uno de los daimyō más importantes de su época, un estratega formidable.

—Si hasta tienen el mismo kanji, amigo mío —dijo Kazuo, sonriendo con picardía, mientras escribía en una nota: 三好 .

Sasaichi miró pensativo el kanji. Era, sin duda, el de su familia. Tendría que investigar el asunto, ¿sería cierto? ¿Podría haber una conexión tan profunda con ese submundo?

— ¡ Hace tanto tiempo de eso, Taoka! —dijo, no obstante, con un tono escéptico—. Y no creo que él haya sido el promotor de la Yakuza.

—Amigo, hay mucho en la historia que no conocemos. Asuntos ocultos que no convienen que se sepan. Yo estoy orgulloso de ser la cabeza de una organización de prestigio. Somos tan respetables como tú o cualquier otro empresario y, con la anuencia del gobierno, además. Nuestros tratos son los pilares invisibles de este país.

—Lo que no me termina de convencer son los rituales a los que sometes a los iniciados —objetó Sasaichi, aludiendo a los rumores de mutilaciones y juramentos de sangre.

—Solo son normas que garantizan la fidelidad, Sasaichi. Es un asunto psicológico, forja el carácter. No debemos olvidar el pasado; somos los hijos de los guerreros samuráis, no lo olvides. Dentro de cada japonés todavía existe el espíritu de lucha que nos caracteriza, una llama que nunca se apaga.

— ¿ Sabes por qué tenemos los ojos en el frente, Taoka? —replicó Sasaichi, ¡para no mirar atrás! Debemos seguir adelante, amigo, que el mundo se rinda ante nuestros avances en tan corto tiempo. La próxima guerra será la económica, aunque sé que ya no estaré aquí para verla, pero mi hijo y los tuyos sí.

—Mira bien lo que dices. No miras atrás, pero recuerdas la derrota —respondió Kazuo, su sonrisa se desvanecía en una expresión más seria.

—Así es… —admitió Sasaichi.

Con el paso de los años, entre ellos se había gestado una amistad genuina, aunque extraña. Eran hombres de negocios, después de todo, y los unía la raza, la historia y la inquebrantable ambición. Kazuo Taoka había incrementado su poder con el contacto en Okinawa, mucho más de lo que había esperado. Los norteamericanos siempre hacían las cosas en grande. Todo cambió cuando sustituyeron la administración en la base, pero la amistad entre Sasaichi y Kazuo siguió indemne, una alianza tácita forjada en la oscura realidad de la posguerra.

26 – Hirawa y *Tsukiakari no Niwa*, 1952

A partir de la ocupación norteamericana, Japón sufrió una serie de cambios administrativos. La democratización de las tierras conllevó a la reforma agraria, un elemento fundamental de las reformas, que buscaba desmantelar el antiguo sistema feudal de la propiedad de las tierras que aún persistía. La reforma se llevó a cabo comprando los terrenos a los señores feudales o terratenientes y vendiéndolos a los campesinos que las trabajaban, algo que permitió el desarrollo de la agricultura, que resultó más eficiente en manos de los propietarios agricultores. Sin embargo, no toda la reforma se llevó a cabo de manera «limpia» y ordenada. Muchas parcelas que habían pertenecido a militares se remataron y fueron compradas por civiles que no tenían nada que ver con el cultivo de tierras. Uno de estos civiles era un joven comerciante, Hirawa Isamu, un hombre de veinte años, cuyos padres habían muerto durante los bombardeos y prácticamente se encontraba en la ruina porque había perdido todo durante la guerra. Lo único que había logrado levantar era una tienda de comestibles que había convertido en una especie de bazar donde se podía encontrar de todo un poco. Sin embargo, contaba con algunos contactos que habían sido muy amigos de su padre y gracias a uno de ellos pudo obtener un financiamiento gubernamental para adquirir un terreno a un precio irrisorio.

Durante la ocupación estadounidense se había prohibido ejercer a las camarillas financieras, de manera que Hirawa aprovechó la apertura económica al término de la ocupación para dar rienda a su visión futurista y habilidad como comerciante. Ya a finales de 1948, el temor de los norteamericanos ante el avance comunista en Asia, hizo que suavizaran su postura contra los conglomerados conocidos como *zaibatsu* y permitieron que operasen como antes de la guerra. Algunos de ellos eran Mitsubishi, Hirawa, Mitsui, Sumitomo, Itochu, Marubeni, Fuji y otros más; los padres de Miyoshi Masaru también habían formado parte de la élite financiera, pero al haber fallecido, y

estar desaparecido el único heredero, sus bienes fueron rematados por el gobierno al mejor postor. Dentro de los bienes codiciados se hallaba *Tsukiakari no Niwa*. Hirawa lo veía como una inversión a largo plazo, deseaba conservarlo como parque privado mientras maquinaba la manera de obtener el capital suficiente para convertir ese precioso espacio verde en una urbanización cuando la fiebre por las reformas se hubiese calmado. Logró hacerse con el terreno y lo conservó sin saber lo que contenía bajo tierra.

Masaru se enteró por su tío Sasaichi de que el Jardín Iluminado por la Luna había sido adquirido por el más joven de los Hirawa y no podía hacer nada. Todos sus bienes habían sido confiscados, y para no comprometer a su tío, prefería que este no reclamase nada en su nombre. Los que sabían de la fortuna extraída de Filipinas estaban muertos: el príncipe Fumimaru Konoe se había suicidado con una cápsula de cianuro en 1945 ante el temor de ser ahorcado; el general Yamashita fue acusado por crímenes de guerra durante la ocupación de Filipinas al año siguiente y condenado a pena de muerte; y el submarino que había hecho el traslado del valioso cargamento había sido hundido frente a las costas de Filipinas. De manera que el emperador Hirohito no tenía idea de lo que había sucedido con la recaudación que había hecho Yamashita. El único que guardaba el secreto era Miyoshi Masaru recluido en el Hotel Imperial.

A Sasaichi le preocupaba la salud precaria de Masaru. Ya había pasado la malaria y creía que eran otros los motivos para que se sintiera tan desanimado. Perder a sus padres y su fortuna no era poca cosa.

—Sobrino, no te preocupes, yo te ayudaré a levantarte. Tienes una vida por delante, y yo tengo suficiente para que inicies cualquier negocio.

—Gracias, tío, pero soy un hombre arruinado. Mi fortuna desapareció, me busca la justicia por crímenes de guerra que no he cometido y temo arrastrarte a ti y a tu familia con mis problemas.

La casa que había empezado a construir Sasaichi estaba bastante avanzada y ya era habitable. Situada en las cercanías del centro de Tōkyō en las que había adquirido algunas propiedades, pensaba que

sería un barrio residencial en el futuro, lejos de las zonas industriales y del bullicio del gran Tōkyō que empezaba a vislumbrarse. Los Miyoshi junto con la anciana Zakura habían dejado el hotel para trasladarse al ala que estaba lista para habitar de una enorme mansión de nueve dormitorios y varios baños al estilo occidental. Lo único que mantenía el estilo japonés era el espacioso jardín. Masaru se mantuvo encerrado allí y su estado de salud no mejoraba. Su depresión parecía consumirlo.

—Tío, creo que no viviré mucho —le dijo un día, cuando se hallaban ambos en la parte trasera de la casa. Él estaba sentado en un sillón de mimbre cubierto con una manta, frente al jardín que rodeaba la casa.

—No digas eso, sobrino.

—Soy un lastre para ustedes. No me atrevo a salir por temor a que me reconozcan, esta no es vida.

—¿Quién podría reconocerte? Los que ocupaban altos cargos en el gobierno fueron destituidos, a otros los mantienen prisioneros y, como sabes, muchos fueron condenados a muerte. Además, ¿qué has hecho tú?

—Estuve en Filipinas y fui testigo ocular de las barbaridades que allí se hicieron. Ya solo por pertenecer al gobierno de entonces soy culpable también.

—Yo creo que podemos arreglar todo eso. Tengo un amigo que puede darte una nueva identidad.

—Como sabes, aquí existe el *koseki*, no hay forma de que me construyan una nueva familia.

—Sé qué es, sobrino, un registro familiar en el que se certifica la identidad y las relaciones familiares de los ciudadanos japoneses, pero todo es posible.

—Lo peor es que no podré recuperar jamás El Jardín Iluminado por la Luna, es vital para mí, para todos nosotros.

—¿Por qué, sobrino? Puedo comprar un terreno similar y hacer otro jardín tal como tú lo desees.

Masaru suspiró y miró a su tío. Era hora de confiar en él, había demostrado ser una persona leal y bondadosa.

—Fui a Filipinas con una única orden del emperador Hirohito: saquear la fortuna de los acaudalados, que los había, y bastantes, en Manila y en otros lugares, para solventar los gastos de la guerra. Junto con el general Yamashita llevamos a cabo una extracción sistemática de oro en lingotes, así como de plata de las bóvedas de los bancos y de las cajas fuertes de los potentados. Filipinas había estado administrada por los norteamericanos, de manera que podrás imaginar cómo corría el dinero. Ese tesoro lo llevamos al norte de Filipinas y de allí me comisionaron la tarea de llevarlo a Taiwán en un submarino que se arriesgó a hacerlo bajo pena de muerte en plena guerra.

—¿En qué año ocurrió todo eso?

—En 1944. Justo cuando partimos en el submarino, las tropas del general MacArthur estaban por desembarcar en la isla de Leyte para recuperar Filipinas, lo que sirvió de distracción mientras nos dirigíamos a las costas de Taiwán. Yamashita se quedó en Filipinas y fue directamente a combatir a MacArthur. Estuve en Taiwán resguardando los bultos que ya estaban organizados y medidos para que todos fuesen iguales, una idea de Yamashita; era obsesivo con el orden, pero él ni nadie fue al sitio donde me encontraba.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Tres años, tío. Tres largos años en los que viví como un ermitaño para evitar contratiempos.

—Es lamentable todo eso, supongo que ni sabrías qué había sucedido durante ese tiempo.

—Me iba enterando de todo a través de periódico atrasados. Cada vez que necesitaba comestibles iba a algún pueblo alejado y podía leer las noticias. Me enteré lo de las bombas atómicas… no sabes qué impotencia, tío. Maldije mil veces al emperador, sé que él siempre estuvo al tanto de todo, pudo haberse evitado tanta tragedia si hubieran detenido la guerra antes del ataque a Pearl Harbor.

—De nada vale ya hablar de lo que podía haberse hecho.

—Entonces decidí quedarme con toda esa fortuna. Pero debía regresar a Japón y no tenía medios para hacerlo.

Masaru le contó a su tío cómo a través de unos pescadores y buscadoras de perlas había logrado llevar parte del botín y ocultarlo en el Jardín Iluminado por la Luna.

—¿Entiendes ahora por qué es importante ese terreno?

—Cuando te encontramos no había bultos por ninguna parte.

—Ah… perdona, olvidé decirte que el cargamento con la fortuna recaudada, lo dejé en el búnker que existe debajo de la Casa del Té del *Tsukiakari no Niwa*.

—Vaya, sobrino, qué aventura.

—Fue al final, cuando estábamos en alta mar con el cargamento, que empecé a sentirme mal. Pude soportar el viaje y el ajetreo, pero mis fuerzas se acabaron cuando terminé de sellar el búnker. Es importante para mí saber que el comprador Hirawa no ha removido la Casa del Té, porque podría encontrar el tesoro. Son ciento veintiocho bultos. No cabían más en la bodega del barco. Solo dejé conmigo el paquete que ves ahí. —Señaló un rincón de la habitación donde yacía un bulto envuelto en una lona impermeable—. Y lo que tomé para cubrir mis gastos y pagar a los porteadores.

—¿Qué hay allí? No nos atrevimos a abrirlo, porque te pertenece.

—Dinero, dólares americanos de alta denominación. Son tuyos.

—De ninguna manera. A mí no me hacen falta, en cambio tú estás en la ruina. —¿El búnker? —preguntó de pronto Sasaichi, como si apenas empezara a caer en la cuenta de lo que su sobrino había dicho.

—Sí. En la Casa del Té existe bajo el suelo de tablones de madera un refugio antiaéreo. Creo habértelo dicho.

—La verdad, cuando te encontramos no presté mucha atención al detalle del búnker. Últimamente pasé por ahí y vi que estaban restaurando el jardín, no lo conocía de antes, pero estaba quedando bastante bien. No me fijé si había una casa de té.

—No es una casa de té cualquiera. Era una Casa del Té. Allí de la manera más ancestral efectuábamos la ceremonia del té en la familia, cuando teníamos alguna visita importante —dijo Masaru con evidente muestra de melancolía.

—La próxima vez que me acerque, veré qué sucedió con esa Casa del Té.

—Sería bueno, tío. Porque si todavía existe, tal vez no hayan encontrado el tesoro. Aunque en realidad, no sé qué haría con él, visto que ni siquiera puedo salir de esta casa. Ahora lo único que me interesa es recuperar mi libertad.

—Lo que me acabas de decir es asombroso, Masaru, ¿será que Hirawa sabía lo que hay en ese terreno?

—Debe haberlo comprado como inversión. Su familia adquiría terrenos con miras al futuro. Si están reconstruyendo el jardín, debe ser que está esperando a que pase el tiempo y el terreno se vuelva más valioso.

—Me he enterado de que el heredero de los Hirawa está prácticamente en la ruina, sus padres murieron y todo lo que tenían lo perdieron en la guerra. Él compró el terreno que era tuyo a un precio de ganga por los contactos de alto nivel que conservó con los que ahora están en el gobierno.

—Aunque no lo hubiera comprado, yo no habría podido reclamar el terreno. No sé en qué estaba pensando cuando guardé ese tesoro allí.

—No había otro lugar, sobrino. No lo había —lo consoló Sasaichi —. Primero tenemos que cambiar tu identidad. Supongo que también tu apariencia, aunque sea de manera superficial, porque no puedes seguir viviendo oculto.

Masaru sonrió con tristeza. Su tío tenía razón. Él significaba un problema aun después de muerto, porque, ¿cómo justificar su identidad sin perjudicar a la familia? Todo quedaba consignado en el koseki. Si el gobierno se enteraba de que Masaru Miyoshi había sido ocultado por los Miyoshi llegados de Argentina…

—Está bien, tío. Confiaré en ti.

—¿Tienes el lugar exacto donde está enterrado el resto del tesoro en Taiwán?

—Sí. Lo tengo en la mente. El mapa se mojó y tuve que deshacerme de él, además si alguien lo encontrase sería un problema.

—Perfecto. Necesito que ubiques en un mapa el lugar exacto donde se encuentra el tesoro.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Voy a dárselo a una persona que le va a interesar y no te va a meter en problemas. Será el que resolverá el asunto de tu nueva identidad. Sé que puede conseguir documentos legales y todo lo que haga falta.

—Consigue un mapa de Taiwán, o Formosa, como algunos la siguen llamando —dijo Masaru sin poner objeciones. A él no le interesaba el resto que había quedado en Taiwán.

Sasaichi consiguió el mapa y Masaru señaló con lujo de detalles el lugar exacto donde había dejado el resto del saqueo.

Poco después fue a Kobe, a visitar al único hombre que podía ayudarlo, su amigo el *kumichõ* Kazuo Taoka.

27 – Sasaichi, Masaru, Kazuo Taoka, 1952

Para 1952, la reconstrucción de Kobe era una realidad palpable. Gran parte de la ciudad, al igual que Tōkyō, había sufrido bombardeos devastadores en 1945. Kobe, conocida como la ciudad portuaria más grande de Japón, era ahora un hervidero de actividad y oportunidades, y en el corazón de ese puerto, después de ascender de rompedor de huelgas en los muelles, a *kumichō* o padrino de los padrinos de la mafia japonesa, la Yakuza, se encontraba Kazuo Taoka. Era el hombre a quien Sasaichi iba a ver, al que, irónicamente, había ayudado a convertirse en el poderoso hombre que era entonces.

Los trenes expresos para ciudadanos japoneses habían reanudado sus servicios en 1947. Para el momento en que Sasaichi viajaba hacia el sur, a Kobe, en la línea Tōkaidō, el servicio de coche cama ya estaba en funcionamiento. Un viaje de veinte horas requería descanso, y Sasaichi era de los que preferían estar impecables cuando se trataba de negocios, una costumbre que había adquirido y perfeccionado durante su larga estadía en Argentina. Vestido con un sobrio traje de corte impecable color gris oscuro, una corbata de seda color oro viejo, zapatos Oxford lustrados a la perfección y una fedora de piel de nutria, Sasaichi se encaminó con aplomo hacia la salida de la estación.

Al salir lo esperaba un coche negro. El hombre al lado del coche, se acercó a él, hizo una respetuosa reverencia y preguntó su nombre, le abrió la puerta trasera y después de cerrarla, se situó tras el volante. Condujo durante unos veinte minutos hasta llegar a un edificio de tres plantas que estaba en construcción.

Sasaichi, acompañado del chófer, se presentó en la oficina de Kazuo Taoka, quien lo recibió con grandes muestras de entusiasmo, con una sonrisa franca que, sin embargo, no ocultaba la astucia en sus ojos. Taoka era un hombre campechano, con un aura de accesible amabilidad para sus aliados.

—Mi querido Sasaichi, me alegra mucho verte. Tu llamada me tomó por sorpresa —dijo Taoka, extendiendo una mano firme.

—Gracias por la bienvenida, Kazuo-san. Me da gusto ver que se encuentra bien de salud —respondió Sasaichi

—¿Has visto el nuevo edificio? Aquí tendré mi sede.

—Me alegra saber que todo va bien, amigo.

—Gracias a ti, mi querido amigo. Dejemos el protocolo y hablemos como amigos —insistió Taoka, señalando un asiento frente a su escritorio.

—Está bien, Taoka.

—Estoy haciendo muy buenos negocios en Okinawa gracias a tu contacto, Sasaichi. Siempre te estaré agradecido. Ese teniente resultó ser una mina de oro.

—Me alegra mucho saberlo, es un placer haber sido de ayuda.

—Dime qué te trae por aquí. Me dejaste intrigado cuando hablamos por teléfono. Algo en tu voz me dijo que no era una visita de cortesía.

—Vengo a pedirte un favor, Taoka, aunque no sé si está dentro de tu alcance. Es delicado.

—Solo dime de qué se trata y lo sabré. Hay pocas cosas que no pueda mover en este país ahora.

—Tengo un pariente que trabajó en los altos mandos del gobierno, en la cancillería, para ser precisos. Estuvo en Filipinas, ya sabes todo lo que sucedió allí con las tropas y la sociedad civil.

—Sí, sé que muchos fueron condenados a muerte. Otros se suicidaron para evitarlo —dijo Kazuo, con los ojos fijos en Sasaichi y su mente trabajando a toda velocidad.

—Mi sobrino estuvo allí como enviado especial. No pertenecía al ejército, era un civil. Su encargo principal era censar a los ciudadanos, una tarea burocrática. Regresó hace poco a Japón en muy malas condiciones. Lo tuve refugiado en las dependencias que ocupábamos mi familia y yo en el Hotel Imperial, y gracias a un amigo norteamericano al que salvé la vida, fueron bastante complacientes conmigo. Nos mudamos a nuestra casa, que todavía está en construcción, pero ya es habitable. Sin embargo, mi sobrino no puede llevar una vida normal porque figura en el *koseki* con su

nombre real, como hijo de sus padres y miembro de la cancillería del palacio imperial. Es peligroso que lo reconozcan como Masaru Miyoshi, y para mí también, porque lo tengo bajo mi protección y él es buscado por el gobierno y también por los norteamericanos, que, aunque ya dejaron de administrar el país, siguen buscando criminales de guerra.

Kazuo ladeó la cabeza, mirándolo de soslayo. —Y, ¿por qué regresó a Japón tu sobrino, Sasaichi? ¿Dónde estuvo todo ese tiempo desde que terminó la guerra? No me cuadra que un funcionario de cancillería desaparezca sin dejar rastro por tantos años.

—En Taiwán, en una zona poco poblada. Estuvo allí esperando a que fueran por él, pero ya sabes lo que sucedió después. Filipinas fue recuperada por MacArthur y el general Yamashita terminó como prisionero. Él era a quien mi sobrino esperaba.

Kazuo entornó los ojos, pensativo. Le habían llegado ciertos rumores, noticias veladas acerca del inmenso saqueo que organizó Yamashita en Filipinas, cuyo botín, misteriosamente, había desaparecido sin que nadie supiera dónde había terminado.

—¿No será que tu sobrino tuvo que ver con ese saqueo? ¿El del general Yamashita? —preguntó Kazuo, con una sonrisa apenas perceptible asomando a sus labios.

—Justamente —admitió Sasaichi—. Aunque no fue un saqueo tan enorme como la gente se imagina. Solo una pequeña parte. Pero quedó allá en Taiwán. Él no pudo traer nada porque no encontró manera de hacerlo. Se quedó esperando a Yamashita, que nunca llegó.

—¿Y ese saqueo está en Taiwán? ¿Una fortuna sin dueño?

—Claro. No tengo idea de cuánto valor tendrá y él tampoco lo sabe con exactitud, porque de lo único que se ocupó fue de trasladar los bultos ya empacados de Filipinas a Taiwán. Lo que nos preocupa ahora es cambiar la identidad de mi sobrino, porque, aunque él fallezca, tendré problemas. Lo digo porque está delicado de salud desde que salió de Taiwán, tendría que hacerme cargo del papeleo y no puedo aparecer como su pariente, ¿comprendes? Es un riesgo demasiado grande para mi familia y mis negocios.

—Claro, claro que comprendo —asintió vivamente Kazuo. Era el tipo de problema que él resolvía con maestría—. Y puedo ayudarte. Tengo gente en la oficina de registros familiares. Todo se puede hacer, Sasaichi. Una nueva vida es lo que pides, y eso le daré.

—Si lo logras, mi sobrino te dará un mapa con la ubicación del producto del saqueo. Puedes quedarte con él. Es todo tuyo. A nosotros lo que nos interesa es que él pueda vivir tranquilo, que obtenga documentos para vivir aquí o para salir del país. Su pasado es un secreto que queremos enterrar.

—Se hará como digas, Sasaichi, pero no podría quedarme con todo. Debe de ser una fortuna inmensa, no creo que haya sido tan pequeña. Esto es más grande de lo que admites.

—Es lo que sé, Kazuo. Tú verás. Lo que nosotros queremos es una nueva identidad. Una nueva vida para Masaru.

—Le fabricaremos una familia completa, Sasaichi, pierde cuidado. Será como si tu sobrino nunca hubiera existido.

—Me temo que sería bueno que dejaras pasar un tiempo antes de ir por todo aquello a Taiwán. Deja que se apacigüen las cosas. Todo es muy reciente.

—Ya lo había pensado, amigo. La paciencia es una virtud en este negocio.

—Entonces, confío en ti, Taoka.

—Enviaré a un hombre de confianza a Tōkyō, él se comunicará contigo. Será necesario que tu sobrino se tome una foto para el nuevo koseki y documento de identidad. Lo demás déjalo por cuenta nuestra. ¡Ahhh… Sasaichi, siempre tienes buenas noticias para mí! —exclamó Taoka.

De regreso a Tōkyō, Sasaichi puso al corriente a Masaru de todo lo que había conversado con Kazuo Taoka. Masaru asintió con una chispa de esperanza en sus ojos.

—Podré salir del país, tío. No quiero perjudicarte más de lo que ya hice.

—No me has perjudicado, sobrino. Eres mi familia. Podrías ir a Argentina, allá tengo algunas propiedades, en Buenos Aires. Ese dinero que tienes, lo depositaremos en una de mis cuentas aquí y yo lo transferiré a una cuenta de la banca argentina. Lo primero que

debes hacer es abrir una cuenta allá. Tengo amigos que pueden darte una mano para empezar en ese país.

Parecía que Masaru había recuperado los deseos de vivir. Después de la buena nueva, se dedicó a cambiar de apariencia. Se dejó crecer un fino bigote que le daba un aire de sofisticación y empezó a utilizar anteojos que, dicho sea de paso, según él mismo decía, ya le hacían falta para leer. La realidad era que, después de todas las tribulaciones que había pasado, estaba bastante cambiado. Su larga enfermedad había operado cambios drásticos en su fisonomía. Su cabello, antes negro intenso, había pasado a un tono grisáceo, lo que le daba un aire de distinción que acompañaba a su delgadez. Sasaichi fue su consejero de imagen y fue así como se tomó la foto para el nuevo koseki y para el pasaporte. Por suerte, desde la puesta en vigencia del Tratado de San Francisco en 1952, los japoneses eran libres de viajar a cualquier lugar del mundo.

La transformación y el nuevo registro familiar de Masaru Miyoshi tomaron cierto tiempo, durante el cual él fue adquiriendo seguridad con su nueva personalidad. Convertido en Yamamoto Yuto, se despidió de los Miyoshi como uno de los doce pasajeros de primera clase a bordo del viaje inaugural del transatlántico MV Brasil Maru, de la compañía japonesa Osaka Sosen KK, el 30 de julio de 1954.

En Buenos Aires, abrió una inmobiliaria y se hizo cargo de los terrenos y propiedades que Sasaichi conservaba allí. Muchos años después, el negocio seguía en auge y era una de las inversiones más rentables de la familia Miyoshi.

Cuando Sasaichi falleció, el *kumichō* Kazuo Taoka esperó a Daiki fuera del salón funerario. Lo invitó a subir al coche y le dijo con solemnidad:

—Tú y tu familia siempre serán protegidos por nosotros. Recuerda eso, Miyoshi Daiki. Será así, aunque yo ya me haya ido.

Años después, en 1981, Kazuo Taoka falleció a los sesenta y ocho años de un ataque al corazón, justo antes de ser sentenciado por un tribunal del distrito de Kobe, acusado de cinco cargos.

Okura cerró el libro con un suave chasquido. La densa historia había terminado, pero no sus preguntas. Creyó conveniente que

Atagi lo leyera también. ¿Acaso el amo Ryota sabía la existencia de ese tesoro oculto en los terrenos de Hirawa-san? ¿Sería ese el motivo por el que quería casar a Atagi a toda costa, forzando un enlace con los Hirawa? Okura se preguntó, cada vez más intrigado acerca de los verdaderos orígenes de la familia a la que el destino lo había llevado a servir, y de los secretos que se urdían bajo la superficie de sus vidas.

28 – Atagi y Yamaguchi-gumi

Cuando Atagi tuvo en sus manos el informe que le había pedido a su asistente acerca de Shinoda Kenichi, comprendió que no se trataba de un individuo cualquiera. El hombre era todo un personaje. Según parecía, era más conocido como Shinobu Tsukasa.

Su fecha de nacimiento se remontaba al 25 de enero de 1942 en Ōita, Prefectura de Ōita, en la isla de Kyūshū. Inició su carrera en la Yakuza en 1962 al unirse a Hirota-gumi, una filial de Yamaguchi-gumi con sede en Nagoya y había sido elegido como *Kumichō* en 2005 después de un período de ocho años sin que la yakuza Yamaguchi-gumi pudiera tener un jefe definitivo. Su socio más cercano era Kiyoshi Takayama, con quien estableció sucursales en dieciocho prefecturas, incluida la expansión a la región de Kantō, que tradicionalmente no era territorio de Yamaguchi-gumi. Shinoda tomó el control de la organización de cuarenta mil miembros y bajo su mando continuó su expansión hacia Tōkyō y el este de Japón.

Shinoda era el primer *Kumichō* de Yamaguchi-gumi que no provenía de la región de Kansai. Prefería conservar una imagen más bien discreta, pese a que los reporteros y cazadores de noticias lo seguían hacia donde fuera. *Tras ser liberado de prisión en abril de 2011, con un sombrero fedora de cuero marrón, una gabardina negra, bufanda a juego y gafas de sol de aviador oscuras, el señor Shinoda regresó a Kobe en un tren bala. Alquiló toda la sección "verde" de lujo del tren.* Eso ponía el informe, una nota copiada de uno de los diarios donde se había publicado la noticia.

Las fotos que aparecían en los diferentes artículos daban cuenta de un hombre bien parecido, delgado, de estatura mediana, de facciones delicadas, fino bigote y con aire de actor de cine, con un asombroso parecido a Johnny Deep.

La revista Fortune consideraba a Yamaguchi-gumi una organización criminal con ingresos de ochenta mil millones de dólares para 2014. *Yamaguchi-gumi gana miles de millones de*

dólares cada año con drogas, protección, usura, bienes raíces, acciones... En la actualidad la organización Yamaguchi-gumi pasa por un período de guerras sangrientas con otra Yakuza denominada Kobe Yamaguchi-Gumi por el control total de Japón, en especial de Tōkyō —continuaba el informe—, *aunque ya existen claras referencias de que podrían poner fin a los enfrentamientos según una fuente de confianza.*

Shinoda Kenichi debía contar setenta y siete años, calculó Atagi. Su hijo Yumi o el que decía serlo, aparentaba unos treinta. ¿Lo habría tenido a los cuarenta y siete? Sí. Era posible. Su padre también lo había tenido a él a una edad similar. Atagi dudaba de todo y de todos, algo que había aprendido desde pequeño. El informe no detallaba si Shinoda era casado o no.

La banda Yamaguchi-gumi, con sede en Kobe, es la organización criminal más grande del mundo. Su sede principal se encuentra en el distrito de Nada, Kobe. Unos 90 jefes de bandas afiliadas reportan directamente a la sede de la banda en Kobe. Yamaguchi-gumi es una organización de gran alcance compuesta por 85 bandas en todo Japón, con un historial delictivo. Según un comunicado de prensa del Departamento del Tesoro de Estados Unido*s*: *Es tres veces más grande que el sindicato más grande. Cuenta con más de 55.000 miembros divididos en 850 clanes. A pesar de más de una década de represión policial, Yamaguchi-gumi ha seguido creciendo. Desde su sede en Kobe, dirige sus actividades delictivas en Asia y Estados Unidos. Yamaguchi-gumi ha sido llamada "el Wal-Mart de la Yakuza" La mafia Yamaguchi ha alcanzado tal éxito que su nombre se ha convertido en sinónimo del crimen organizado japonés en muchas partes fuera de Japón. Muchos chinos o coreanos que no conocen el nombre "Yakuza" sí conocen el nombre "Yamaguchi-gumi", que aparece frecuentemente en películas de gánsteres, animes y mangas.*

Estados Unidos ha incluido al mayor sindicato delictivo de Japón, Yamaguchi-gumi, y a dos de sus líderes, en una lista de sanciones que congelará sus activos en Estados Unidos, según el Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Tras el terremoto de Kobe de 1995, Yamaguchi-gumi inició una operación de socorro a gran escala, distribuyendo alimentos y suministros a las víctimas. Este apoyo fue especialmente valioso, ya que el apoyo oficial fue inconsistente y tardío en los primeros días tras el desastre.

Después del terremoto y tsunami de Tōhoku de 2011, Yamaguchi-gumi también brindó ayuda a las zonas afectadas. La organización abrió sus oficinas al público y envió suministros, incluyendo alimentos, agua y mantas a las áreas damnificadas.

Se comportaban como unos Robin Hood modernos, calibró Atagi. Además de una serie de datos irrelevantes para él, el informe terminaba situando a la Yakuza Yamaguchi-gumi como la más importante de las organizaciones criminales del mundo. Y a la cabeza de todo aquello estaba Shinoda Kenichi, el padre de Yumi, el que fuera amante de su hermano Yoshiteru.

—Kimura Haruto-san vendrá por usted y Yoshida Hana-san a las once para la reunión con la agencia LBR —le informó su secretaria a la vez que dejaba sobre el escritorio el *cappuccino* de las diez.

—Gracias. Estaré en la oficina del presidente. Avíseme en cuanto haya llegado.

Su nueva secretaria era una mujer de aspecto eficiente. Atagi cerró la carpeta de los informes y la guardó bajo llave. Se deleitó con el cappuccino y después fue a la oficina de su padre para su reunión semanal. —Me gustaría conocer el proyecto de Yoshida Hana —dijo su padre—. Conllevará un presupuesto bastante abultado.

—Sí. Está previsto. Será toda una innovación y estoy seguro de que rendirá buenas ganancias.

—¿Ella se hará cargo de la fabricación y la elección de los modelos? Supongo que tiene experiencia en el mundo de la moda.

—No, padre, ella trabajó en Toshiba, en la sección Medicina. Pero estoy seguro de que tiene instinto para la elegancia. Su presencia es su marca.

Ryota esperaba no tener que arrepentirse por dejar en manos de su hijo el futuro de la empresa.

—Padre, ¿alguna vez tuvo relación con la Yakuza? —preguntó Atagi de improviso.

Ryota bajó los ojos. Pensativo, recordó lo que Daiki, su padre, le había confiado en una ocasión.

—Hace muchos años, allá por los cincuentas, tu abuelo mantuvo cierta amistad con el que para esa época era el *kumichõ* de Yamaguchi-gumi, pero él nunca formó parte de esa organización —respondió—. ¿A qué viene la pregunta?

—Simple curiosidad. No sé mucho de mis abuelos.

—Eran tiempos de posguerra, según tengo entendido tu abuelo Daiki tuvo un problema durante una manifestación comunista y fue herido y arrestado. Un hombre se acercó a mi abuelo, tu bisabuelo Sasaichi, y ofreció ayudarlo, fue así como conoció a… —Ryota arrugó los ojos tratando de recordar—. Kazuo Taoka, sí, ese era el nombre del jefe de los yakuza en 1952 —asintió, dándose la razón.

—¿Y cuál fue el pago?

—Kazuo quería un contacto con fines comerciales y lo obtuvo de nosotros. Le fue extremadamente bien, de ahí que surgiera la amistad entre tu abuelo Daiki y el jefe de la Yakuza. Pero no es algo como para vanagloriarse, ¿eh? Es una información que te doy porque algún día podría servirte de algo.

—¿Cómo para qué?

—Bueno, la Yakuza siempre agradece los favores, digo yo. O, mejor dicho, lo dijo tu abuelo Daiki. Fue una promesa que le hizo Kazuo. Aunque ya pasaron tantos años que… quién sabe.

Ryota evitó decirle lo del búnker. No tenía caso, aquello ya no le pertenecería a Masaru, él había fallecido y El Jardín Iluminado por la Luna seguía en posesión de Hirawa.

Al terminar la reunión, Ryota quedó pensativo. ¿Por qué le preguntaría Atagi por la Yakuza? Quiso creer que había sido por curiosidad, como él había dicho. O tal vez pensaría que su fortuna provenía de algunos manejos ilícitos. Jóvenes… pensó con cierta displicencia. La fortuna de ellos, si bien había sido heredada de generación en generación, cada una había aportado más que la anterior. No se sentía un ser privilegiado por haber nacido en cuna de oro. Siempre había sido una gran responsabilidad; se había

ganado su lugar debido a su esfuerzo y visión para los negocios. La misma que empezaba a notar en Atagi. ¡Quién lo diría!

Camino a la reunión con la agencia, Atagi recibió un mensaje. Yumi le había enviado el día, la hora y el lugar de encuentro con Shinoda Kenichi, su padre.

—Libera mi agenda del día jueves —le dijo a Haruto—. Lo necesito libre.

29 – Atagi y Shinoda Kenichi

El Shinkansen es la forma más rápida y cómoda de viajar de Tōkyō a Kobe, y tarda aproximadamente dos horas y cuarenta minutos. Atagi tomó el *Nozomi* de la línea *Tokaido-Shinkansen.*

Hacía muchos años había hecho el mismo recorrido con unos compañeros de escuela en una excursión, esta vez el viaje era por otros motivos. Iba a reunirse ni más ni menos con el jefe de la mafia más poderosa de Japón, y, quién sabía si del mundo. Al salir de la estación Shin Kobe, se detuvo justo a espaldas de la larga pared vidriada. Un sedán blanco paró frente a él. El copiloto bajó y abrió la puerta trasera invitándolo a subir. Sin dudarlo, Atagi entró al coche y tomaron rumbo al noreste. Iban en dirección a las montañas. Pasaron la zona de las cataratas Nunobiki y continuaron el ascenso. Quince minutos después tomaron un camino de tierra que se perdía en una zona boscosa. Tras una curva pronunciada, veinte metros adelante, una casa al estilo occidental que Atagi supo apreciar, de techos a dos aguas de varias vertientes con tejas grises y paredes de piedra y madera, se alzaba ante ellos. Se apeó del coche y el copiloto lo acompañó al interior del chalet. Tras la pesada puerta tallada, el interior era de un lujo acogedor, aunque minimalista. Si la decoración era reflejo del dueño, este debía ser un hombre de mundo, elegante y muy seguro de sí, se dijo Atagi.

Shinoda Kenichi se acercó mientras Atagi contemplaba el bosque a través de una de las ventanas.

—Buenos días, Miyoshi Atagi-san.

Él se volvió con presteza, lo miró e hizo una inclinación.

—Buenos días, es un honor para mí conocerlo, Shinoda Kenichi-san.

—Podemos tratarnos sin mucho protocolo, estimado Atagi, acompáñeme, por favor.

Ambos se dirigieron hacia una puerta de doble hoja. Shinoda le hizo un gesto al copiloto y este salió de la estancia y los dejó solos.

Entraron a un salón de medianas proporciones. En él solo había cuatro sillones tapizados en seda cruda enfrentados a una mesa baja sobre una gruesa alfombra de color beige que hacía un maravilloso contraste con el piso de madera oscura. La bandeja sobre la mesa contenía una torre de porcelana con diferentes clases de *mochis*: el *Ichigo Daifuki* con *anko* y una fresa entera en medio; el *Kinako Mochi*, tostado con azúcar y *kinako*; el *Sakuramochi* con sabor a la flor de cerezos, relleno de *anko* y envuelto en una hoja de cerezo, y dos tazas de té en una exquisita porcelana china con dragones dorados. Lo invitó a tomar asiento y cada uno lo hizo en un sillón.

Con elegancia, Shinoda sirvió el té.

—¿Puedo tutearte? Creo que mi edad me lo permite.

—Por supuesto, Shinoda-san.

—Soy alérgico al gluten, estos son mis preferidos, espero que te agraden —dijo sonriendo, al tiempo que señalaba los pastelillos—. Sírvete, por favor.

Al sentir el sabor del té *oolong*, tostado y ligeramente ahumado con fondo dulce, que le hacía recordar a tostadas con mermelada de melocotón, supo que era el Da Hong Pao, el té más caro del mercado.

Shinoda advirtió que Atagi apreciaba el té y aquella sencilla, mínima y para cualquier otro insignificante señal, le dio una imagen bastante clara acerca de quién era Miyoshi Atagi, de su procedencia, de su educación y de su carácter. La manera de comportarse y de llevar el dulce a la boca reflejaba su mundo y su cultura.

—Yumi dijo que deseabas hablar conmigo.

—Sí, Shinoda-san. Mi hermano mayor, Yoshiteru, falleció hace dos meses en circunstancias a mi modo de ver muy sospechosas. Al regresar del servicio militar mi padre me dio respuestas evasivas al respecto las que aumentaron mis dudas.

—¿Cómo te enteraste de la relación de tu hermano con mi hijo?

—Revisé el ordenador de Yoshiteru. Habían borrado todo, excepto lo que había dejado en elementos ocultos. Pero fue Yumi quien me contactó. Cuando conversamos, sugirió que podría hablar con usted.

—¿Qué se supone que podría hacer yo?

—Bueno, me va a perdonar, pero antes de hablar con Yumi pensé que tal vez usted tuvo algo que ver con la muerte de mi hermano. Ahora creo que no fue así, usted sabía acerca de la relación entre ellos y la aprobaba.

—Hay cosas que no se pueden impedir… ¿Qué obtendría yo oponiéndome?, es obvio que no estaba feliz con la situación, pero ya desde hace tiempo decidí que Yumi no sería un candidato para sucederme. Él no está hecho para esto. Por otro lado, nadie sabe su existencia, y aun si la supieran, ¿quién se atrevería a asesinar a un amigo de mi hijo?

—Sin embargo, hay alguien que asesinó a mi hermano. Una muerte que hirió profundamente a Yumi.

Shinoda frunció el ceño, pensativo. Atagi tenía razón. Existía una persona que quiso hacer daño a Yumi. Como no se atrevía a actuar directamente contra él, lo hizo contra Yoshiteru. Existían muchos motivos para que la Yakuza no actuase. El principal: que no se airease la existencia de un hijo suyo, que por seguridad había mantenido en secreto y, menos aún, que se conociera la homosexualidad de Yumi.

—Pero, ¿y si no era esa la razón? Si nadie sabía que Yumi era hijo suyo…

—Supongo que sabes que tu familia consta en una lista que guardamos los *kumichõ.*

—Mi padre me lo dijo.

—A los Miyoshi les debemos la expansión y el crecimiento de la organización en la posguerra, especialmente desde 1952. Gracias a un importante contacto en la base militar de Okinawa pudimos proveernos de armas, lo que dio lugar a un lucrativo negocio.

—Fue en la época de mi abuelo Daiki.

—Así es.

—¿No tiene usted otros hijos?

—Si los tuviera, no podría decírtelo.

Atagi sonrió asintiendo.

—¿Podría ayudarme a encontrar al asesino de mi hermano?

—Si lo asesinaron, podría hacerlo. Todavía tengo buenos contactos con la policía, aunque ellos se nieguen a admitirlo.

—Se lo agradezco, señor Shinoda. Sé que cumplirá su palabra. Usted dirá qué puedo hacer por usted.

—Según lo pactado entre tu abuelo Daiki y Kazuo Taoka, el *kumichō* en esa época, no tienes que hacer nada. Kazuo prometió que así sería, que siempre ayudaríamos a los Miyoshi en cualquier problema que tuvieran.

—Se lo agradezco profundamente, Shinoda-san.

—Sé que eres el joven CEO de Nagayoshi Holdings Limited, ¿Cómo te va en el cargo?

—Mi nombramiento todavía es muy reciente, Shinoda-san. Esperaré a que se vean los resultados para darle una respuesta.

—Tu padre espera mucho de ti. Y yo creo que lo harás muy bien. Ryota es afortunado por tener un hijo como tú. Me mantendré en contacto directamente contigo —dijo Shinoda y Atagi supo que era el momento de despedirse.

El mismo coche que lo llevó lo devolvió a la estación Shin Kobe. Después del mediodía Atagi estuvo de vuelta en Tōkyō y fue directo a su oficina. Le dijo a la secretaria que pidiera el almuerzo y comió en su despacho.

Su visita al *kumichō* había sido impresionante, ni en sueños habría pensado conocerlo. El hombre, que a sus setenta y siete años todavía mostraba una firmeza física y de carácter envidiables, se había dado tiempo para mantener una conversación con él a pesar de una agenda elaborada que, sin duda, la debía tener y, sin embargo, se había mostrado tranquilo, paciente y caballeroso con él, un muchacho de veinticuatro años, al que la junta directiva de su empresa calificaba de «imberbe». Porque Atagi sabía lo que pensaban de él. Shinoda había dicho: *Tu padre espera mucho de ti. Y yo creo que lo harás muy bien. Ryota es afortunado por tener un hijo como tú.* ¿Se conocían?

Después de revisar el informe que había sobre su escritorio, dejado por el abnegado Haruto, miró la hora. Ese día el tiempo había corrido más que nunca. Eran las seis de la tarde, temprano para ir a casa y tarde para seguir en la oficina con una agenda en blanco. Salió del despacho y se topó con la señora Yoshida.

—No sabía que estaba en su oficina, Miyoshi-san.

—¿Tiene algo que hablar conmigo?

—Sí, lo iba a hacer mañana, pero es mejor que lo haga hoy, por supuesto, si no tiene algo más importante qué hacer.

—No. Iba de salida. ¿Qué le parece si lo hacemos durante la cena?

—Me parece fantástico.

Se dirigieron al ascensor. Ya en el estacionamiento, Atagi la invitó a subir a su coche.

Le agradaba la desenvoltura de Hana Yoshida. No se andaba con remilgos y todo lo hacía de manera natural, una manera de ser que iba acorde con su presencia.

Se dirigió al restaurante que frecuentaba con su asistente. El ambiente y la comida eran buenos.

—No acostumbro tomar bebidas alcohólicas…

—Yo tampoco —dijo ella antes de que Atagi terminase la frase—. Agua estará bien.

La experiencia le había enseñado a Atagi a calibrar la forma de vida de una persona a través de su comportamiento, y tal como había hecho Shinoda con él; observó a Hana y se sintió satisfecho de haber hecho una buena elección, ella representaba a la empresa.

Durante la reunión que tuvieron con la agencia de *idols* y actores, notó que la mujer tenía muy buenas ideas. Los jóvenes y no tan jóvenes que había seleccionado resultaron ser idóneos como modelos de la cadena de tiendas NAga. Ellos estaban encantados y se habían mostrado colaboradores con la idea, lo cual era lógico, deseaban mostrar que eran capaces de verse mucho mejor de lo que se veían en los doramas. Aquello también impulsaría sus carreras y, aunque Atagi no lo había previsto, los contratos con la agencia resultaron menos costosos de lo que había presupuestado Haruto.

—Tengo algunos modelos que podrían servir, tanto de vestidos, chaquetas como faldas y trajes. Cuando una persona no es demasiado agraciada, hasta el color que viste debe ser bien elegido.

—Eso ayudará mucho, pero, ¿cómo hará para que los clientes a los que va dirigida la campaña lo comprendan?

—También pensé en eso y quería consultarlo con usted. Sería muy recomendable que en cada tienda hubiese una consejera o asesor de moda, y si es hombre, mejor, porque las mujeres hacemos más caso a la opinión masculina.

—¿Y en el caso de los hombres?

—Creo que también ocurre lo mismo. Un asesor añade más glamour. Suele estar asociado con la elegancia y la sofisticación, que es lo que a fin de cuentas deseamos. No se imagina cuánta gente con dinero y mal gusto existe, y es la que nos interesa.

—Tiene razón.

—Es solo cuestión de sentido común, Miyoshi-san. En especial para quienes desean verse mejor.

—¿Cómo piensa conseguir esos asesores de moda? Supongo que serán empleados temporales.

—Preferiría que fuesen fijos, la campaña no debe limitarse a un período de tiempo, será nuestra marca distintiva. Podemos lanzar campañas temporales con los actores contratados con la agencia, pero el servicio en las tiendas creo que debería ser permanente.

—Supongo que usted sabe que las acciones del holding han ido cayendo desde que mi padre decidió que sea yo el CEO. Tanto para la empresa como para mí, es imprescindible que esta campaña funcione. La acepté por la repercusión mediática, pero los resultados serán los que dictaminen mi permanencia en el cargo.

—Gracias por hacerme partícipe de sus preocupaciones, Miyoshi-san. Estoy haciendo todo el esfuerzo posible para que la campaña tenga éxito. Y la tendrá.

La afirmación tan contundente de Hana logró que Atagi se sintiera mejor. Aunque él no quería admitirlo, le preocupaba la indisposición ante él de la junta directiva. El camino era muy cuesta arriba sin su apoyo, y, antes que nada, deseaba quedar bien por su padre.

—Esperemos que los asesores de moda cumplan su cometido, ¿no se les llama también asesores de imagen? Creo que sería el término más atractivo.

—Tiene razón. Y por el coste no se preocupe, contrataré a estudiantes de diseño a quienes les daré clase de estilo y elegancia,

que ya deben tenerlos, pero no estará de más insistir. Trabajé en una consultoría de imagen y estilo.

—Usted me asombra, Yoshida-san.

—No suelo ponerlo en mi currículum porque me parece que no aportaría mucho —dijo ella con una sonrisa.

—¿Podrá con todo? Está abarcando muchos frentes.

—Sí podré. Mi secretaria es al mismo tiempo mi asistente y es muy eficiente, me ahorra tiempo y trabajo. Por otro lado, tenemos a los diseñadores de la fábrica de ropa de la empresa, ellos no se han opuesto a los cambios, creo que era lo que estaban esperando y tienen muy buenas ideas. NaGa lleva mucho tiempo ofreciendo prendas de vestir demasiado estridentes, ya es hora de un cambio.

—¿Sabe, Yoshida-san? Estoy muy contento de que esté trabajando para nosotros. Le agradezco su esfuerzo.

—Yo soy la agradecida, Miyoshi-san. Usted me dio una oportunidad que otros me negaron.

De regreso, Atagi la dejó en el estacionamiento de la empresa y esperó a que ella se fuera en su coche antes de salir él.

30 – Atagi y Ohime

Había transcurrido un mes desde que conociera a Ohime, la mujer que sus padres habían elegido para él, y durante ese tiempo, la comunicación entre ellos había sido inexistente. No porque él lo hubiera hecho a propósito; era por su apretada agenda, que incluía los sábados. Los domingos los aprovechaba para descansar y pasar unas horas en el gimnasio, aunque reconocía que, en realidad, no le apetecía hablar o estar con ella.

Su padre le había sugerido que la llamase, pero nunca encontraba el momento. Una tarde, mientras estaba en la oficina reunido con Haruto y Hana, su secretaria le anunció la presencia de su novia.

Ohime entró en la sala de reuniones sin esperar a que la secretaria la hiciera pasar, caminando sobre unos tacones de diez centímetros con plataforma, que acentuaban su baja estatura. Saludó a Atagi con una confianza que a él le pareció forzada.

—Buenos días, Atagi.

—No esperaba verte, Ohime —respondió él con frialdad.

Ella lo tomó del brazo y miró sonriente a Haruto y a Hana.

—Ya que él no me presenta, lo haré yo. Soy Hirawa Ohime, la novia del señor Miyoshi Atagi.

—Es un placer conocerla, Hirawa-san. Yoshida Hana, para servirle.

Ohime hizo un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza y miró a Haruto.

—Kimura Haruto es mi asistente —dijo Atagi.

—Un honor conocerla, Hirawa-san.

—¿Nos permiten un momento? —preguntó Atagi.

Cuando Hana y Haruto salieron de la sala de reuniones, Atagi se dirigió a Ohime.

—¿Qué haces aquí? —preguntó visiblemente irritado.

—Soy tu novia, ¿no? En vista de que no me llamas ni tengo tu teléfono, algo que por cierto me parece inaceptable, vine para saludarte.

—Estoy trabajando; este no es un lugar para citas.

—Lo sé, cariño, no te enfades. Vine solo por un momento; me encontraba cerca y no pude resistir la tentación de pasar.

—En adelante, espera a que sea yo quien te llame. Y te agradeceré que no vuelvas a interferir en mi trabajo.

Como si aquel desplante no la hubiera afectado en lo más mínimo, Ohime lo tomó del brazo y sonrió con coquetería.

—Me encanta esa faceta tuya de hombre duro. Estaré esperando tu llamada. No te prometo nada; pasaré por aquí si veo que tardas demasiado en llamarme. —Se dio vuelta y salió. Atagi sentía que le ardía el rostro de rabia y vergüenza. Odió a Ohime.

La reunión con Hana y Haruto prosiguió como si nada de aquello hubiese sucedido, pero Atagi sabía que ellos se habrían formado una idea de la situación. Aquello le causó una molestia incomprensible; no le habría importado, no era de los hombres que tomasen en cuenta la opinión de los demás acerca de él, pero en ese momento se sentía bastante incómodo.

Esa noche, al llegar a casa, tuvo una conversación con su padre.

—Ohime nos contó que fue a visitarte.

—Espero que no haya sido usted el de la idea, padre.

—En realidad, sí. No la llamaste desde el día de la presentación y, cuando ella dijo que quería ir a verte, pensé que sería buena idea.

—No me gusta mezclar el trabajo con mi vida personal.

—Recuerda que su familia es dueña de los terrenos que nos interesan. No quiero perder la oportunidad de construir un hotel con campo de golf…

—Podrías hacer ese hotel en cualquier otro lugar, ¿por qué sacrificarme a mí por unos terrenos? Esa dote que ofreció Hirawa como premio para lograr que su hija contrajera matrimonio me parece un absurdo. Y lo del apellido compuesto, también.

—No sabía que era un sacrificio para ti.

—Lo es. Tal vez mi hermano se haya matado para no tener que casarse con ella.

—¿Cómo te atreves a decir esa barbaridad?

—Si no fue así, ¿cómo se explica usted que haya fallecido en un extraño accidente que no tiene lógica y que, además, ustedes hayan

eliminado cualquier prueba que pudiera descubrir si fue un asesinato?

—¿Eliminado? ¿Qué quieres decir?

—Usted no permitió una averiguación en toda regla. En esos casos, la ley declara «muerte inusual» y se debe efectuar una autopsia, pero se opuso. Tampoco pudieron investigar el coche porque lo mandó a desguazar. ¿Qué puedo pensar de eso? —se atrevió a cuestionar Atagi. Ya no soportaba más la ambigüedad paterna.

—Tú no sabes todo lo que tuvimos que pasar… no sabes… Cuando ocurrió el accidente, yo sufrí un infarto. Me recuperé después de quince días; tu hermano ya había sido incinerado, y tu madre, que en esos días estuvo muy mal de salud, también estuvo unos días hospitalizada. Hirawa estuvo acompañándome y es probable que no quisiera mortificarnos; estuve muchos días inconsciente. La muerte de tu hermano me afectó demasiado. La persona que enfrentó la situación fue el padre de Ohime.

—¿El padre de Ohime fue el que evitó que le hicieran la autopsia, que desguazaran el coche y que incinerasen a mi hermano?

—Con la anuencia de tu madre, por supuesto. Ella tampoco estaría en sus cabales, tú sabes cómo es. Dejó que Hirawa se ocupara de todo, pero él es un anciano, supongo que su hija o su esposa lo ayudaron. Les debo mucho a los Hirawa.

—¿Tanto le interesan esos terrenos, padre?

—¿Por qué mezclas las cosas?

—Me parece muy sospechoso que mi hermano haya fallecido en circunstancias misteriosas y nadie haya hecho nada por aclarar su muerte.

—Yoshiteru y Ohime se entendían bien. Estaban a punto de contraer nupcias, ¿qué motivo tendría alguien para evitar ese matrimonio con una muerte? Si eso es lo que estás insinuando.

—Padre, ¿usted está seguro de que Yoshiteru y Ohime se entendían bien?

Ryota observó el rostro de Atagi. ¿Sabría que Yoshiteru era gay? Pero Ohime le había asegurado que a ella no le importaba, que de todos modos deseaba casarse con él.

—Claro que sí —afirmó sin mucha convicción.

—Y todo por unos terrenos. *Tada-yori takai mono-wa-nai*. Es lo que usted decía siempre, padre; parece que lo ha olvidado.

—Y sigo creyendo que *más caro es lo dado que lo comprado*, Atagi —dijo haciendo alusión al viejo refrán—, pero nuestro caso es diferente, es una unión entre familias. Y deja de pensar que tu hermano se suicidó o que alguien lo asesinó; ninguna de las dos cosas tiene sentido.

Atagi supo que su padre jamás aceptaría el hecho de que su hermano había sido gay. ¿Y si lo sabía Hirawa? Lo que estaba empezando a sospechar era algo inaudito. No podía creerlo. No se casaría con Ohime. Jamás. Pero todavía no se lo haría saber a su padre. Necesitaba tiempo para que todo lo que estaba planeando para la empresa diera frutos; entonces sí pondría las condiciones que él quisiera. Por otro lado, esperaba que llegase la ayuda que Shinoda Kenichi le había prometido al respecto. Mientras, tendría que soportar a Ohime. Le desagradaba tanto la mujer que su sola presencia se le hacía insoportable. No quería imaginarse cómo sería vivir con ella.

Al dirigirse a su habitación, lo esperaba Okura en la puerta. Tenía un libro en las manos.

—Amo Atagi, creo que debería leer esto. —Abrió el libro, señalado con un pósit.

—¿De qué se trata?

—Es la historia de la familia. Creo que sé por qué su padre necesita que se case con su novia Ohime.

Atagi prestó atención y cogió el libro entre sus manos. Okura se retiró sutilmente, como siempre hacía. Y Atagi se recostó en la cama y empezó a leer:

A partir de la ocupación norteamericana, Japón sufrió una serie de cambios administrativos. Basados en la democratización de las tierras…

Cuando llegó al final, se preguntó: ¿debajo de la Casa del Té existía un búnker con un enorme tesoro? Atagi no sabía si debía

creer en lo que estaba escrito en ese viejo libro. En todo caso, le parecía infame que su padre quisiera intercambiarlo por un tesoro quimérico. Era peor que hacerlo por el valor de esos terrenos. No sabía qué hacer con la información; decidió no mencionar el asunto por el momento.

31 – Atagi y Hana

Según los planes, el lanzamiento de la nueva línea de ropa y cosméticos sería en diciembre, para *Kurisumasu purezento*, que coincide con las costumbres occidentales de Navidad y Año Nuevo. Era la mejor época de ventas, y muchos japoneses habían adquirido la costumbre de celebrar la Navidad, lo que garantizaba que el comercio tuviera altos picos de demanda. Confiaba en Hana, estaba demostrando ser una mujer capaz de efectuar varias tareas de manera simultánea. Su presencia le causaba una sensación de sosiego y cuando tenían ocasión de conversar de asuntos que no estaban relacionados con el trabajo, fue descubriendo capas de su personalidad que no habría sospechado que existieran. Como el que practicaba artes marciales. Según ella le explicó, como defensa personal, porque nunca se sabía lo que pudiese ocurrir en un país tan violento como los Estados Unidos. Era una mujer de armas tomar, literalmente. En los Estados Unidos tenía licencia para portar armas. En Japón era extremadamente difícil obtener una licencia para porte de armas. Él la tenía después de un engorroso proceso. Sin embargo, confirmó su afición por las artes marciales cuando se encontró con ella en el lugar donde él solía ir para practicar judo. La reconoció porque no llevaba el *dobok* blanco de taekwondo; sobresalía por estar totalmente de negro con una lycra que le delineaba el cuerpo. Atagi pensó que sería para facilitar los movimientos, el taekwondo utiliza saltos acrobáticos y patadas al vuelo. Prefirió no acercarse a saludarla, al parecer ella no lo había visto y no consideró necesario que lo supiera.

Siguió con su rutina y se retiró a las diez, cuando la ciudad ya se había calmado y el frío y la oscuridad reinaban en Tōkyō. Era sábado y ese día también había pasado varias horas en la oficina con Haruto y Hana. Encontrarla ahí había sido una verdadera sorpresa.

Al ir por su coche vio el de Hana y le pareció que tenía un problema. Se acercó.

—No enciende —explicó ella al asomarse él a la ventanilla.

—Venga conmigo, la llevaré y mañana puede llamar a la aseguradora.

—Gracias, Miyoshi-san, puedo tomar un taxi.

—No se preocupe, yo la llevaré —insistió él.

Cuando ponía la dirección en el GPS, Atagi recibió una llamada de Yumi.

—Atagi, por favor, es necesario que vengas.

—¿A esta hora? ¿No puede ser mañana?

—Debe ser ahora. —La voz de Yumi sugería urgencia.

Hana se dio cuenta de que algo no andaba bien.

—Puedo tomar un taxi, Miyoshi-san, vaya a donde tenga que ir, no se preocupe por mí.

—No. Vayamos juntos a ver a mi amigo, después la dejaré en su casa.

Hana no quiso insistir y guardó silencio. Pensó que tal vez la llamada requeriría de ayuda y dos personas ayudaban mejor que una.

Atagi tomó camino a los predios de Yumi a toda velocidad, a esa hora había muy pocos coches, le tomó quince minutos llegar al lugar que había visitado con anterioridad. Estacionó y salió del coche.

—Aguarde unos minutos.

—¿No será mejor que lo acompañe? —Hana miró el entorno.

Atagi lo pensó un momento.

—Está bien, vamos. Pero por favor, cuando subamos me espera en el pasillo.

Salieron y al dirigirse a la entrada del edificio dos sombras se reflejaron en la pared. Atagi reaccionó instintivamente, al igual que lo hizo Hana. Atagi desvió el golpe con un movimiento preciso de su codo y lo remató con un contundente derechazo que lo derribó. Al mismo tiempo, el otro agresor se lanzó sobre Hana, pero ella ya estaba en movimiento. Una patada circular alta, precisa y fulminante, impactó de lleno en la cara del atacante, derribándolo al instante. En unos cuantos segundos, ambos hombres yacían en el suelo. El que había atacado a Hana estaba inconsciente, con la

mandíbula visiblemente desencajada. El de Atagi apenas comenzaba a recuperarse del golpe cuando este lo tomó del cuello de la camisa y le quitó el pasamontaña.

—¿Quién te ordenó que me atacaras?

—Nadie. Vi que tienes un reloj de oro y… —balbuceó el hombre mientras la sangre corría por un lado de su oreja.

—Dime la verdad y te dejaré ir.

—No puedo…

Hana vio que Atagi hincó el dedo en un costado del sujeto, cerca del tórax, y ese sencillo movimiento hizo que el hombre se desplomara sin sentido.

—¿Lo mataste? —preguntó alarmada.

—No. Dormirá por un largo rato. Tengo que ver a mi amigo —le urgió mientras le descubría la cara al otro. Seguía desmayado y al parecer tenía la mandíbula desencajada.

Rápidamente fueron hacia la entrada del edificio. Marcó la clave de ingreso que guardaba en el billetero y subieron a zancadas los tres pisos. La puerta del apartamento de Yumi estaba entreabierta. Al entrar vio el desorden, como si hubiese habido una lucha. Yumi no estaba.

Hana había entrado con él, en el fragor de las circunstancias había dejado de lado aquello de *me espera en el pasillo* y observaba atenta todo lo que ocurría, alerta a lo que pudiera suceder.

—¿No está tu amigo? ¿Qué sucede?

Atagi se fijó en la sangre que había en la alfombra.

—No sé... Parece que me esperaban, tal vez creen que yo sé… —De pronto se dio cuenta de que estaba hablando demasiado—. Lo mejor que podemos hacer es salir de aquí. Debo informar de esto ahora mismo.

Al bajar se fijaron en las gotas de sangre en las escaleras. Cuando volvieron al estacionamiento externo los hombres todavía se encontraban noqueados.

Atagi le tomó una foto a cada uno, también a los tatuajes de sus brazos y subió al coche. Hana hizo lo propio.

—¿A quién vas a llamar? ¿A la policía?

—No.

Sin dar más explicaciones Atagi pulsó el móvil y al otro lado de la línea Shinoda Kenichi contestó.

—Dime, Atagi. ¿Qué sucede?

—Su hijo ha sido secuestrado y creo que está herido. Acabo de llegar a su apartamento y es un caos, él me llamó para que viniera y no está aquí. Abajo, dos hombres me atacaron, pero ya está solucionado. Les he tomado fotos y se las enviaré de inmediato. ¿Quién cree usted que esté detrás de esto?

—No te preocupes, Atagi, me haré cargo. No hagas nada más —dijo Shinoda—. Gracias por avisarme. —Atagi puso el coche en marcha y salió del lugar.

—¿Estás en problemas?

—No, Hana yo no, pero mi amigo sí.

La miró brevemente mientras conducía y sonrió.

—Creo que me pasé de la raya, Miyoshi-san, discúlpeme por tutearlo.

—Y yo creo que después de esta batalla somos camaradas, ¿no le parece? Puede seguir llamándome Atagi y yo la llamaré Hana, ¿está bien?

—Creo que sí.

—Ha sido de gran ayuda, Hana, muchas gracias. Creo que yo solo no habría podido salir de esto. —Atagi no se atrevía a tutearla por tratarse de una persona mayor que él.

—Bueno, yo creo que sí, pero ya sabes, cuando necesites ayuda estoy a la orden. Suerte que estuve vestida para la ocasión —dijo en son de broma, mirando la lycra negra que llevaba puesta. Fui a practicar taekwondo después del gimnasio.

Atagi sonrió y al hacerlo lanzó un suspiro de alivio. Hasta ese momento se había sentido tenso, pero la serenidad de Hana era contagiosa. La llevó hasta su casa y la dejó frente a la puerta.

—Gracias, otra vez, Hana.

Ella hizo un gesto con la mano restándole importancia y se dirigió a la reja que separaba el jardín de la puerta principal. Camino a casa Atagi se sintió afortunado por tener a una persona como ella a su lado. Pese a haber sido de enorme ayuda, no había insistido en

saber qué sucedía. Le agradó su discreción. En ese momento vibró el móvil. Se fijó y era Yumi.

—Atagi, ¿estás bien?

—Sí, ¿qué sucedió? ¿dónde estás?

—Estoy cerca al apartamento, pude deshacerme del hombre que me coaccionó para que te llamara. ¿Qué sucedió con los otros? Dijo que había más.

—Supongo que deben estar todavía inconscientes. Llama a tu padre y diles que estás a salvo, yo me comuniqué con él para decirle que te habían secuestrado, porque cuando subí no te vi. Mándame tus coordenadas, salgo para allá.

—No es necesario, ya hiciste bastante.

—Voy hacia allá, tal vez haya otros, Yumi.

—Está bien. Gracias, amigo.

32 - Yumi y el atacante

Yumi tenía todo lo que necesitaba para vivir sin trabajar gracias a su padre, sin embargo, no era un individuo al que le gustase estar ocioso. Vivía solo, porque su padre, el gran *Kumichõ,* lo había mantenido alejado del ojo público y de sus enemigos. Incluso no usaba su apellido, para todos era Hakiwara Yumi, para ello habían tenido que meter mano al *koseki*. Para su padre, Shinoda Kenichi, nada era imposible.

Yumi poseía una cadena de zapaterías de marcas de lujo. Había empezado con la ayuda de su padre, no obstante, después se las había podido arreglar por su cuenta, aunque sabía que siempre podía contar con él. Desde pequeño habían tenido una relación cercana, más como el hijo de un pariente que como padre e hijo, y así había crecido, sabiendo que la realidad era otra, muy peligrosa, tanto para él como para su padre.

La muerte de Yoshiteru había sido un duro golpe para él. No quería imaginar que el atentado hubiera salido de la Yakuza de su padre. Nadie se atrevería a tanto. Pero nadie sabía quién era él, ese era el quid de la cuestión. El motivo era otro asunto. ¿A quién le importaría el amorío entre ellos dos, tanto como para matar a uno de ellos? ¿Y por qué no a los dos? ¿Quién saldría beneficiado con la muerte de Yoshiteru? Aquello no tenía sentido para Yumi.

Esa noche había salido relativamente temprano de su oficina y al dirigirse a su casa tuvo la sensación de que lo iban siguiendo. No había mucho tráfico, era fácil notar si un coche se situaba detrás del suyo durante un tiempo. Decidió cambiar de rumbo y dirigirse al apartamento que eventualmente había compartido con Yoshiteru. Era un lugar al que le tenía cariño y todavía conservaba los recuerdos comprados por ellos en sus viajes. El coche seguía detrás. Momentos después lo sobrepasó y siguió de largo por la misma ruta que él tomaba. Restó importancia a sus temores y prestó atención a la música suave de la radio. Al llegar estacionó en el garaje

descubierto. Era lo único que le desagradaba del sitio, no tenía estacionamiento techado.

Bajó, introdujo la clave para entrar al edificio y no notó que un hombre entró detrás de él antes de que la puerta cerrara por completo. Tampoco lo sintió detrás cuando subió las escaleras, su mente divagaba con Yoshiteru, como cada vez que iba allí. Al ingresar al apartamento una mano sujetó la puerta y el hombre con pasamontañas fue quien la cerró. Yumi reaccionó y lo empujó con fuerza. El individuo se dio contra la puerta, pero arremetió de inmediato lanzándole un golpe en la barbilla. Yumi trastabilló y quiso defenderse, pero el hombre sacó una navaja y lo redujo. Lo obligó a sentarse en una silla y le dio un golpe en la cabeza con tal fuerza con la empuñadura de metal que su cabeza cayó hacia delante. Durante un rato se sintió mareado. El hombre se comunicó con otros dos que esperaban en el estacionamiento.

—Creo que lo golpeé demasiado fuerte, está grogui —dijo.

—Habrá que esperar a que despierte, esperaremos.

El sujeto del pasamontañas movió la cabeza de Yumi para hacerlo volver en sí y pasó la mano por el lugar del golpe. Notó algo de sangre en su mano, no mucha, pero sangre al fin. Minutos después, Yumi empezó a hablar con cierta dificultad.

—¿Qué quieres? —preguntó tratando de enfocar la mirada hacia el rostro borroso que tenía frente a él.

—Despertaste. Llama a tu amigo Atagi —dijo el del pasamontañas entregándole el móvil que había sacado del bolsillo de la cazadora de Yumi.

—¿Por qué? ¿Qué quieres con él?

—Solo llámalo, dile que necesitas verlo con urgencia.

—No lo haré.

El sujeto acercó la navaja al cuello de Yumi y éste sintió el filo apretándole la piel.

—Esto no es un juego. Llámalo. No le haremos daño.

Ese «haremos» le indicó que había otros. ¿Qué hacer? Él era un hombre fuerte, pero de ahí a enfrentar a varios sujetos… la navaja penetró levemente en su cuello y sintió que un líquido caliente

rodaba por su piel. Cogió el móvil que el hombre le mostraba. Llamó a Atagi.

—Atagi, por favor, es necesario que vengas —dijo con voz ronca.

—¿A esta hora? ¿No puede ser mañana?

—Debe ser ahora. —La voz de Yumi sugería urgencia.

El hombre le arrebató el móvil, y al hacerlo descuidó la navaja que resbaló y cayó al suelo. Yumi reaccionó con rapidez y la agarró, le hizo un corte profundo en alguna parte del abdomen y el hombre se dobló tocándose el costado. Con asombro vio sangre en su camisa.

Yumi cogió su móvil y salió, bajó las escaleras de tres en tres y se dirigió a la puerta de servicio del edificio, se recogía basura. Pasó al lado de los contenedores seleccionadores y corrió hacia el portón por donde entraba el camión que los recogía, que generalmente estaba cerrado sin llave, y salió. Fue en dirección hacia el río Ara, subió las escaleras que dividían el paseo de peatones y se agazapó en la oscuridad. Llamó a Atagi, pero no obtuvo respuesta. En esos momentos Atagi y Hana se enfrentaban a los atacantes en el estacionamiento.

El hombre del pasamontañas bajó del apartamento de Yumi sujetándose la herida, pudo ver de soslayo que dos individuos luchaban con sus cómplices y al no poder hacer nada, se alejó hacia el coche que había dejado a media manzana del lugar. Se sentó y se examinó la herida. Era profunda y dolía. Tenía que ir a algún lugar a atenderse. La sangre empapaba su camisa. Se sentía mareado, esperó un buen rato, encendió el motor y pasó por la calle donde estaba ubicado el apartamento de Yumi. Los hombres yacían en el suelo. No había nadie más. Con dificultad bajó del coche y se acercó a ellos, movió al que sangraba por la boca y se dio cuenta de que respiraba, el hombre abrió los ojos y murmuró algo ininteligible.

Le dio un par de palmadas en las mejillas al otro y ocurrió algo parecido. Pestañeó varias veces y se incorporó.

—¿Qué sucedió?

—Nos tomaron por sorpresa —dijo avergonzado.

—¿Quiénes? ¿Cuántos eran?

—Eran varios. No les dije nada. El hombre que me golpeó me tocó aquí. —Se señaló un lugar en el tórax—. Y no recuerdo nada más. ¿Dónde está Yumi?

—Lo lamento, cometí un error y me apuñaló. Salió corriendo y no pude alcanzarlo.

—¿Qué le vamos a decir al jefe?

—Nada. Buscaremos otra oportunidad. Vamos, tengo una amiga que trabaja en una farmacia, espero que esté de turno.

Uno de ellos se situó frente al volante. Salieron de ahí a toda velocidad.

—¿Qué le diremos al jefe? —insistió el que iba al volante.

—Te dije que será mejor escabullirnos hasta que todo pase.

—Espero que tengamos otra oportunidad.

Estaban demasiado alterados para fijarse en un vehículo que los seguía con las luces apagadas. Cuando se apearon del coche fueron rodeados por tres hombres que sin mayores aspavientos los instaron a subir a la camioneta. Aterrorizados, los tres obedecieron y después la camioneta desapareció de la vista.

33 – Atagi y Yumi

Después de dar una vuelta por el edificio donde estaba el apartamento de Yumi y comprobar que no había nadie más, Atagi estacionó en la avenida que daba acceso al camino peatonal del río Ara. Subió el primer tramo de escaleras, recorrió el perímetro con la mirada y vio a Yumi encaminarse hacia él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Atagi.

—Sí, amigo, por favor, disculpa que te haya llamado. No podía hacer nada, tenía una navaja en el cuello —respondió Yumi, apesadumbrado.

Atagi notó la leve marca de sangre en el cuello de Yumi, un recordatorio silencioso de lo cerca que había estado.

—El tipo me golpeó aquí —Yumi se señaló la nuca—. Y perdí el conocimiento. Al despertar... bueno, ya sabes lo que sucedió.

—Lo importante es que lograste librarte de él. Al llegar, trataron de atacarnos dos individuos. —Atagi le mostró las fotos que había tomado en el aparcamiento—. ¿Los conoces?

—El que me atacó llevaba pasamontañas, y a estos jamás los he visto —dijo Yumi, esforzándose por recordar.

—Los de abajo también, pero cuando los redujimos, se los quité.

—¿Estabas con alguien más? —preguntó Yumi, sorprendido.

—Con una amiga.

—¡Dios! Tuviste que defenderla…

—Ella me defendió a mí —bromeó Atagi, permitiéndose una leve sonrisa—. Es experta en artes marciales. En todo caso, es de confianza, trabaja para mí. Le envié las fotos de los hombres a tu padre.

—Ya hablé con él. Dijo que enviaría a alguien por ellos.

—Supongo que ya se ocupó del asunto, no los vi ahora al pasar.

—Estoy avergonzado, Atagi, perdona mi cobardía, no debí mezclarte…

—Aquí lo que quedó claro es que a quien querían era a mí, Yumi. En buena cuenta, estuviste envuelto en esta situación por mi culpa —rectificó Atagi.

—¿Quién querría hacerte daño? ¿Los que mataron a tu hermano?

—Creo que está relacionado con él. Quizá querían extorsionarme… la verdad, no lo sé.

—Creo que deberíamos dejar todo en manos de mi padre —sugirió Yumi.

—Es lo que estaba haciendo, pero ya ves… Había sangre en tu apartamento y también en las escaleras. No parece que tus heridas sean tan profundas.

—Herí al hombre, creo que en un costado del abdomen. Fue como pude escapar. No me quedé porque sabía que había otros afuera; salí por la parte de atrás del edificio.

—Hiciste bien.

—Me comporté como un cobarde —dijo Yumi apenado, con la mirada fija en el suelo.

—Ya olvídalo. Pasemos por el apartamento para que cojas tu coche. ¿Tienes dónde quedarte?

—Sí. Ese lugar era solo para nuestros encuentros. Acostumbrábamos pasear por aquí —dijo Yumi, dando una triste mirada alrededor, sumido en sus recuerdos.

Una vez que Atagi se despidió de Yumi, se dirigió a su casa. Había sido un sábado largo y lleno de incidentes; tenía mucho en qué pensar.

La camioneta que llevaba a los tres hombres recogidos en Tōkyō iba rumbo a Kobe, un largo recorrido que les tomó cerca de siete horas. No podían darse el lujo de llevarlos en tren, lo que les habría ahorrado unas cuantas horas. No tuvieron contemplaciones con el hombre herido, que se había desangrado en el camino. Al llegar, estaba muerto.

Al entrar al galpón a las afueras de Kobe, los dos hombres que quedaban reconocieron horrorizados que quien los esperaba era el Kumichō Shinoda Kenichi. Sus rodillas flaquearon.

Ambos fueron obligados a sentarse en sendas sillas. Makkun balbuceó algo de manera ininteligible, tocándose la mandíbula

dolorida.

—Él es Makkun y yo Sushi —se apresuró a decir uno de ellos, con voz temblorosa.

Era evidente que eran sus apodos. Fornidos y de manos grandes, daban la impresión de ser hombres rudos, pero en ese momento sus caras pálidas delataban el pánico.

—¿Por qué querían secuestrar a Hakiwara Yumi? —preguntó el Kumichõ, con voz calmada, pero con una frialdad que helaba la sangre.

—¡Nosotros no queríamos secuestrarlo, Shinoda Kenichi-sama! —exclamó Sushi y, arrodillándose, puso la frente en el suelo—. ¡Piedad!

—Ya veo que me conocen. Volveré a preguntar: ¿por qué querían secuestrar a Miyoshi Atagi?

Los hombres se miraron, el sudor frío perlaba sus sienes. Comprendieron que el Kumichõ sabía mucho más de lo que habían supuesto.

—Nosotros no tenemos nada que ver con un secuestro, mi señor. Solo fue un encargo, no debíamos dañar a nadie.

—¿Para quién era el encargo? ¿Pertenecen a alguna organización?

—Todo fue por teléfono, Kenichi-sama. Un señor nos llamó y nos dijo que nos pagaría un millón de yenes si seguíamos a Miyoshi Atagi hasta el apartamento de su amigo Yumi y los drogábamos. El que nos contrató nos dio la dirección.

—¿Les dijo que los drogaran y los dejaran allí?

—No nos dijeron la razón, mi señor. Solo hemos cobrado una pequeña parte, Shinoda-san, y uno de mis amigos ha muerto a manos de Hakiwara-san. No sabíamos que usted estaba involucrado, le suplico nos perdone —gimió Sushi, quien llevaba la palabra. El otro tenía problemas para hablar, su mandíbula se lo impedía.

—No estoy entendiendo —dijo Shinoda, frunciendo el ceño—. ¿Dices que no los secuestraron, pero debían drogarlos y dejarlos allí?

—Bueno, los teníamos que llevar al cuarto que tenemos rentado, Shinoda-sama.

—Eso es un secuestro.

—Viéndolo de esa manera… —concedió Sushi, con voz apenas audible.

—¿Cómo se comunicarían con el que los contrató? —preguntó Shinoda, impaciente.

—Él nos llamaría. Tenemos alquilado un cuarto en Kabuki-chō, en la calle Maneki. Nos llamaría por el teléfono fijo que tenemos allí.

Shinoda se retiró un momento y llamó por el móvil a Atagi.

—Atagi, es necesario que no salgas de tu casa hasta que yo te avise. Tengo a los hombres que intentaron secuestrarte, y se comunicarán con quien los contrató para decirles que te tienen en el lugar indicado. No sería bueno que te vieran caminando por algún lugar. Aprovechemos que es domingo y no tienes que ir al trabajo.

—Entiendo, Shinoda-san, así lo haré —respondió Atagi.

—Estaré en contacto.

Shinoda regresó a donde estaban los dos sujetos. Se dirigió al que llevaba la voz cantante.

—Escucha bien lo que vas a hacer: cuando lleguen a Tōkyō, esperarás la llamada del que los contrató y le dirás que tienes a ambos. Si les pregunta por qué no contestaron antes o por qué tardaron tanto, dirás que ocurrieron imprevistos.

—¿Es todo? —preguntó Sushi.

—Es todo.

—¿Y qué pasará cuando vean que no los tenemos? —preguntó Sushi, visiblemente nervioso.

—No te preocupes, estaremos vigilando —dijo Shinoda—. ¿Quieren trabajar para mí?

—¡Sí, Shinoda Kenichi-sama! —contestaron ambos al unísono, aferrándose a la esperanza.

—Entonces, hagan lo que les digo.

Shinoda les alargó un fajo de billetes a cada uno.

—Tomen el shinkansen; deben estar lo antes posible en Tōkyō. Mis hombres irán en otro de los vagones, no es conveniente que viajen juntos.

La camioneta dejó al grupo en la estación, y compraron los boletos por separado, como si no se conocieran. Una vez que llegó el tren, subieron y cada grupo se acomodó en un vagón diferente,

excepto uno de los hombres de Shinoda, que se quedó en el mismo vagón de los dos secuestradores para no perderlos de vista.

Shinoda se preguntó por qué querían trasladar a Atagi y a Yumi a otro lugar. ¿Sería para despistarlos? Una vez drogados, no sabrían dónde o qué les hicieron. Pero moverlos de un lado a otro le parecía un sinsentido.

Casi tres horas después, Makkun y Sushi iban camino a Kabuki-chō en un taxi que los dejó cerca de la calle Maneki, un callejón estrecho que apenas frecuentaban coches. Innumerables negocios situados a uno y otro lado de la callejuela lucían sus carteles anunciando bares, bodegas, pequeños restaurantes y hasta un motel. En una de esas estrechas entradas se detuvieron Makkun y Sushi. Subieron por las apretadas escaleras hasta toparse con una puerta.

Una vez dentro, respiraron hondo y se sentaron a una mesa frente a frente.

—¿Qué piensas? —preguntó Makkun con los labios semicerrados. El dolor de mandíbula era punzante.

—Que estamos en un verdadero embrollo. Si salimos de esta será gracias al *kumichō* Shinoda Kenichi. ¿Quién será el tal Atagi? Debe ser un pez gordo.

—No debimos aceptar el encargo, algo me olía mal —balbuceó Makkun.

—Necesitábamos el dinero, ¿ya lo olvidaste? Teníamos que pagar la renta.

El timbre del teléfono los hizo saltar. Sushi descolgó el auricular con renuencia.

—Diga.

—¿Dónde diablos estuvieron? Los estuve llamando desde hace horas.

—Hubo un pequeño contratiempo, jefe, pero todo está solucionado.

—Los tienen, supongo.

—Los tenemos.

—Déjenme hablar con uno de ellos.

—Me temo que no podrá. Están dormidos. El golpe que tuvimos que darles para que se quedaran quietos fue un poco fuerte, señor. Además, les hicimos tragar el somnífero que nos dio.

—Espero que no los hayan matado.

—¡No, señor! Solo están inconscientes.

—Iremos dentro de quince minutos.

—¿Y nuestra paga, jefe?

—Se las daremos cuando los vea.

—Está bien, jefe.

El hombre al otro lado de la línea colgó y Sushi y Makkun se miraron.

—¿Qué hacemos ahora? Creo que mejor nos largamos —apuró Makkun con palabras apenas inteligibles.

—No. Los hombres de Shinoda deben estar abajo. Les avisaré.

Los cuatro hombres de Shinoda esperaban en el cafetín de la entrada. Cuando el que llevaba el mando recibió la llamada de Sushi, hizo otra a su vez.

—Dentro de dieciocho minutos, entra por la calle Maneki. Es de un solo sentido, la que desemboca en la carretera metropolitana 430.

—Sé cuál es.

—Dentro de quince minutos vendrán. Estemos atentos —le dijo a Sushi el hombre de Shinoda.

Si de algo puede vanagloriarse Japón es de su puntualidad. Son más puntuales que los ingleses y los suizos. Todo salió tal como estaba planeado. Los secuestradores de Atagi llegaron quince minutos después. Los de Kenichi subieron tras ellos y los redujeron en dos minutos cincuenta y siete segundos. Dos minutos y tres segundos después, subían todos a una larga y angosta camioneta que acababa de detenerse en la puerta. Y Sushi y Makkun subieron con ellos. Fueron rumbo a Kobe. Atagi recibió la llamada de Shinoda en la que le informaba que todo estaba en orden y que podía salir de su casa cuando quisiera. Lo mantendría informado. Hizo otro tanto con Yumi.

Mientras Atagi paseaba por los jardines de su casa, se acercó su madre.

—Tenemos una invitada para cenar —dijo como si la idea fuera a complacerle—. Es tu novia Ohime.

Atagi no pudo evitar el gesto de fastidio.

—Me temo que no estaré presente. Debo salir.

—¿Qué dices? ¿A esta hora?

—Debiste preguntarme, madre. Tengo un compromiso que no puedo eludir.

—Ella fue quien lo propuso, hijo, no podía negarme.

—Comprendo, mamá —dijo él en tono de cariño, aunque su decisión era firme—. Pero debo salir ya.

—No creo que esa actitud le guste a tu padre. Será un desaire.

Atagi dio vuelta y regresó a su habitación. Cogió las llaves del coche y salió. ¿A dónde ir? Decidió ir a la oficina.

Cuando Ohime se presentó en casa de los Miyoshi, no pareció disgustada al no ver a Atagi. Era como si supiera que no estaría allí.

—¿Atagi está de viaje? —preguntó.

—¿De viaje? No, hija, salió hace unos diez minutos. Dijo que tenía un compromiso ineludible.

—¿Estuvo aquí hace diez minutos? —preguntó Ohime con un asombro que no pasó inadvertido a sus futuros suegros.

—¿Te dijo que se iría de viaje? —preguntó la madre de Atagi, extrañada.

—No… es decir, bueno, el día que fui a visitarlo me dijo algo como que se iría de viaje —balbuceó Ohime, con nerviosismo.

—Y yo creí que venías a verlo —dijo la madre, con una ceja levantada.

Los esposos se miraron sin decir nada, y el resto de la cena transcurrió en medio de un intervalo de conversaciones obligadas. La joven parecía tener prisa por despedirse y, apenas terminó el café que tomaron en el saloncito de estar del jardín, dijo que debía marcharse.

—¿No te pareció que estaba rara? —preguntó Ryota.

—Sí. Bastante. Tal vez le chocaría el que Atagi no se hubiera quedado a cenar.

—No. Ella vino creyendo que él estaba de viaje. Qué mujer tan extraña.

Camino a su casa, Ohime trató de comunicarse con el hombre con el que había estado hablando una hora antes. Le extrañó que su móvil estuviera apagado.

34 – Osaka y los secuestradores

De vuelta en el galpón de Kobe, Sushi y Makkun, los dos secuestradores restantes, parecían haber tomado conciencia de la gravedad de su situación. Sus pies les pesaban como si tuviesen plomo en los zapatos, y se sentían desfallecer. No eran hombres acostumbrados a soportar presiones extremas.

—Sushi y Makkun… ¿qué voy a hacer con ustedes? —preguntó Shinoda, una pregunta retórica que no esperaba respuesta. Su voz era tranquila, pero cortante—. Llévenlos adentro y que les den algo de comer —ordenó a uno de sus hombres.

En ese momento, los que habían ido por Atagi a la calle Maneki, entraron empujados por la guardia de Shinoda. Apenas vieron al k*umichô*, se arrodillaron, sin atreverse a levantar la cara.

—¡Piedad, Shinoda Kenichi-san! —exclamó uno.

—¡Clemencia! —gimió otro.

—Pónganse de pie —ordenó Shinoda.

Temblorosos, obedecieron, pero sus ojos permanecieron fijos en el suelo. Shinoda se dirigió al que parecía ser el líder.

—¿Quién eres?

—Suzuki Makoto, Shinoda Kenichi-san.

—Veo que sabes quién soy.

—Sí, Shinoda Kenichi-san. Le pedimos perdón, no sabíamos que…

—Ahora que lo saben, ¿cooperarán conmigo?

—Sí, Shinoda-san —respondió Makoto.

—¿Quién los contrató para que secuestraran a Miyoshi Atagi?

—Tenemos una agencia de detectives, Shinoda-san. Una mujer se puso en contacto con nosotros para que secuestráramos a Miyoshi Atagi y a Hakiwara Yumi. Dijo que quería una prueba de que eran gais.

Un escalofrío recorrió la espalda de Shinoda. La sola mención de las preferencias de su hijo era una línea roja que nadie debía cruzar.

—¿Y cómo lo comprobarían?

—Nos dijo que los desnudáramos y los pusiéramos en una posición comprometedora, Shinoda-san. Usted perdone, pero a veces recibimos encargos muy extraños.

—Y los aceptan sin pensar en el daño personal que pueden sufrir esas personas.

—La paga era demasiado buena para rechazarla, Shinoda-san.

—¿Por qué debían trasladarlos desde el apartamento de Hakiwara Yumi a otro lugar? ¿No podían haber tomado las fotos en ese sitio?

—Esas fueron las instrucciones de Sato Ema. Para nosotros fue un incordio, tuvimos que contratar a tres hombres fornidos para que hicieran el traslado. Después de tomarles las fotos, los regresaríamos a su apartamento y asunto acabado.

—¿Quién es esa mujer?

—Dijo llamarse Sato Ema. Supongo que no es su nombre real. No tenemos su contacto, llamó desde un móvil prepagado.

—¿Cómo se haría el pago?

—En efectivo. Generalmente no aceptamos transferencias para no dejar rastros. Nos envió la mitad de lo acordado por medio de un mensajero.

—De manera que no saben qué aspecto tenía.

—No, Kenichi-san. Nuestro negocio es…

—Sé cómo es tu negocio —le interrumpió Shinoda, en tono gélido. Su organización hacía ese tipo de trabajos, y otros similares, pero con una brutalidad calculada.

—¿Trabajas para alguna organización?

—No, trabajamos por nuestra cuenta.

—Entonces no pagas *mikajime-ryō*

—¡Somos muy pequeños, Shinoda-san! Con las justas atendemos uno o dos casos al mes. ¿Qué podríamos pagar? Ni siquiera estamos registrados.

—En Japón no se requiere registro para las agencias de detectives —replicó Shinoda.

—Tiene razón, Shinoda-san, pero cumplimos con todas las normas, inclusive con las de confidencialidad.

—Que espero no la cumplas conmigo. —La amenaza era velada, pero clara. Shinoda se irguió—. ¿Sabes qué hacemos con nuestros

miembros leales cuando fallan en alguna operación? Están obligados a cortarse el dedo meñique. ¿Te imaginas qué pasaría con ustedes, que no pertenecen a Yamaguchi-gumi, por no cooperar con nosotros?

—Mi señor, Shinoda Kenichi-san, tengo una familia que mantener, y con las justas me alcanza para comprar comida. Apiádese de mí, por favor —imploró Suzuki, restregándose las manos.

—¿Eres buen detective?

—Bastante bueno, señor.

—Te encomendaré una tarea. Averigua quién fue la mujer que te contrató. Necesito fotos, dirección, a qué se dedica, todo lo que se te ocurra que debas informarme. Las dos personas que has agredido son muy cercanas a mí. ¿Comprendes lo que significa?

—Sí, Kenichi-san, haré lo que usted diga.

—Si tu información es correcta, no pagarás *mikajimeryo*. Es más, serás recompensado por tu trabajo con dinero. Desde este momento estás contratado como investigador —Shinoda se dirigió a una mesa en la esquina del galpón y sacó un sobre abultado—. Te doy un adelanto. Empieza hoy mismo. Mis hombres te dejarán en la estación para que regreses a Tōkyō. Déjales todos tus datos y contacto telefónico, incluyendo, por supuesto, la dirección de tu casa. Evítame ese trabajo. Llámame a este número en cuanto tengas noticias que darme. —Le alargó una tarjeta.

—Lo que usted diga, Shinoda-san —dijo Suzuki, recibiendo el sobre y la tarjeta con manos temblorosas.

—¿Qué hacemos con Sushi y Makkun, Shinoda-san? —preguntó uno de los hombres de Shinoda.

—Traed a ese par de payasos.

Sushi y Makkun fueron llevados una vez más ante el Kumichõ, sus rostros deslucían demacrados.

—¡Piedad, Shinoda Kenichi-sama! ¡Por favor!, ¡merecemos la muerte, pero somos muy jóvenes! —aullaron al unísono.

—Silencio. Dejen de gritar —ordenó Shinoda.

Callaron de inmediato.

—Sushi y Makkun, vosotros dijisteis que no pertenecéis a ninguna organización, pero los tatuajes en sus brazos me indican lo contrario.

—¡No son tatuajes, Kenichi-san! —Sushi humedeció su camisa con la lengua, frotó con fuerza sobre la piel de su brazo y el dibujo empezó a perder color—. Avergonzado, le mostró la obra maestra: tinta temporal que se disolvía con la fricción.

Shinoda hizo un gesto de desdén y de fastidio.

—Así que pretendíais haceros pasar por yakuza… par de *bakayarrrō*…

—Mi señor… Shinoda Kenichi-san, ¿dónde está nuestro amigo? —se atrevió a preguntar Sushi, con cautela.

—Está donde debe estar. Él se lo buscó, no debió atentar contra uno de mis hombres —respondió Shinoda, sin una pizca de remordimiento.

—¿Uno de sus hombres? ¡No lo sabíamos, señor! —Y comenzaron otra vez con los gritos pidiendo perdón.

—¿Podéis callaros? —Su voz, aunque baja, impuso el silencio.

Una vez obtenido, Shinoda los miró uno a uno.

—¿A qué os dedicáis?

—Somos *daiku* señor, pero no encontramos trabajo desde la última construcción, y por eso aceptamos ese encargo. Nos dijeron que sería muy sencillo, no estamos acostumbrados a hacer nada ilegal, pero la renta del cuarto se nos venció hace meses y teníamos que conseguir dinero.

Shinoda comprendió el motivo de que fuesen tan inútiles. ¡Trabajadores de la construcción! Aquello era una cadena de sinsentidos. Sin embargo, sintió una extraña lástima por ellos. Habían perdido a un amigo a manos de su hijo, Yumi.

—Para mí sería muy fácil dar la orden de hacerlos desaparecer. —Antes de que empezaran con sus aullidos pidiendo clemencia, hizo un gesto para acallarlos—. Pero voy a ser benévolo. Les perdonaré la vida y, además, les conseguiré trabajo en lo que ustedes saben hacer. Será un buen trabajo, así que espero que me hagan quedar bien.

—¡Sí, Shinoda Kenichi-san! ¡Muchas gracias! ¡No se arrepentirá, somos muy buenos en lo nuestro! —Callaron de pronto al ver el gesto severo en la cara del *kumichō*.

—¿Qué pasará con nuestro amigo?

—Por desgracia, está muerto.

Ambos intercambiaron una mirada de terror.

—Era un buen hombre… —musitó Sushi.

—Pero iba por mal camino. Si no tienen problema en cambiar de casa, pueden vivir y trabajar aquí, en Kobe. Un amigo está construyendo un centro comercial y necesita mano de obra calificada.

Y antes de que empezaran con sus aullidos de agradecimiento, llamó a otro de sus hombres y le dio indicaciones para que llevaran a Makkun al médico de la organización, a que le viera la mandíbula.

—Después los llevará a las obras. Y recuerden —advirtió, con la mirada fija en ellos—: Que nada de lo sucedido se sepa.

Los hombres se inclinaron en silencio y salieron del galpón con sus vidas salvadas de manera inesperada por un capricho del *kumichõ*.

35 – Ohime y el investigador privado

A bordo del Tokaido Shinkansen, el investigador privado Suzuki finalmente pudo atender la llamada de Sato Ema.

—Suzuki-san, estuve tratando de comunicarme con usted desde hace horas —reclamó la voz femenina, impaciente.

—Perdone usted, Sato-san, pero todo ha sido un poco complicado. Lo que usted me pidió no era nada sencillo.

—¿Tiene las fotos?

—Las tengo.

—Pues envíemelas ya.

—Primero debo recibir el pago, Sato-san.

—Está bien. Enviaré a alguien con el pago y usted me pasará las fotos.

—De acuerdo. Pero será dentro de un par de horas; ahora mismo estoy fuera de Tōkyō.

—¿Fuera de Tōkyō?

—Sato-san, usted no es mi única cliente. Tuve que salir de urgencia.

Suzuki terminó la llamada y miró al hombre sentado a su lado.

—¿Cómo vamos a hacer para seguirle la pista? —preguntó su compañero, un hombre con una cicatriz sobre la ceja.

—Habrá que interrogar al mensajero. Y si es el mismo de la vez anterior, mucho mejor. Querrá decir que es alguien conocido de ella. Podríamos sacarle información.

—No tienes las fotos, ¿qué piensas hacer?

—Le diré que necesitamos más dinero.

Suzuki tenía más miedo de Shinoda que de Ema Sato. Fallarle al *Kumichō* significaría la muerte. O algo peor. ¿Cómo se involucraría Ema Sato en algo tan peligroso?

Cuando todavía iban camino a la oficina, Suzuki recibió otra llamada de la mujer.

—¿Ya llegaron? —Ella sonaba más impaciente que antes, con un matiz de nerviosismo.

—Estamos a punto de llegar, Sato-san. Pero me temo que usted no nos explicó quiénes eran las personas que teníamos que fotografiar. Ahora que lo sabemos, las cosas han cambiado. Es un riesgo demasiado grande para un pago tan pequeño.

—A ustedes no les interesa quiénes son los de las fotos. Cumplan con su trabajo y pásenme las fotos.

—Lo siento. Me comunicaré directamente con… ¿cómo es su nombre? Ah… Miyoshi Atagi. Es un conocido hombre de negocios. Y el otro no es menos importante. Usted lo debe saber.

Hubo un silencio tenso al otro lado de la línea. Ohime, bajo el pseudónimo de Sato Ema, lanzó un suspiro. La rabia y la impotencia empezaban a hacer estragos en ella.

—Suzuki-san, dígame cuánto pide.

—Dos cosas: el doble de la cantidad acordada y que me entregue el dinero usted en persona. Así sabré que todo estará seguro.

—¿A qué se refiere?

—A que ese dinero no puede estar en manos de cualquiera, ¿no le parece?

—No estoy de acuerdo.

—Entonces olvídese de las fotos. Se las ofreceré a Miyoshi Atagi, creo que le interesarán más que a usted.

—Está bien —dijo Ohime, apretando el móvil—. Lo espero en Chuo City, en el Tsukiji Tomei Building. Afuera hay mesas, estaré en una de ellas. Es una cafetería que queda justo en una esquina.

—La conozco.

—Estaré allí a las 4:30 de esta tarde.

Suzuki miró la hora.

—No me dará tiempo de llegar. Que sea a las 6:00.

Mientras conducía, el hombre iba planeando cómo enfrentar el problema. Iría allí, y en cuanto tuviera el dinero en mano, la invitaría cortésmente a subir a la camioneta que estaría esperando a unos cuantos pasos, pegada al arcén del parque que estaba justo frente a la cafetería. Supuestamente para darle las fotos. Conocía muy bien

la zona. Eligió la hora porque empezaría a oscurecer, y el lugar que ella misma había elegido era ideal: solitario y sin tráfico.

Ohime llegó puntual. Se sentó a una mesa en la terraza y pidió un café y, de una vez, la cuenta. Un minuto después apareció Suzuki. Se había aseado y vestido de manera formal. Era la imagen de la decencia y la caballerosidad.

—Buenas tardes, Sato Ema-san. Es un placer conocerla.

—Buenas tardes. ¿Me pasa las fotos? —preguntó Ohime, extendiendo la mano.

—Primero es lo primero.

Ohime le alargó un grueso paquete con cierres de madera. Él desenrolló la cuerda y miró el contenido. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—¿Le gustaría acompañarme?

—¿Adónde? Solo limítese a pasarme las fotos, Suzuki.

—Es solo por un momento, Sato-san, las tengo en la camioneta.

Un hombre se acercó a ellos y, con delicadeza, la ayudó a ponerse de pie. Entre los dos la llevaron con disimulo hasta la camioneta que esperaba. Descorrieron la puerta y la hicieron subir. Una vez dentro, le quitaron el bolso y rebuscaron en él hasta encontrar la billetera con sus documentos.

—Hirawa Ohime —dijo Suzuki, leyendo su identidad—. Déjeme tomarle una foto.

Con un rápido movimiento, enfocó el documento de identidad con su móvil y luego su rostro, que ella cubrió con ambas manos.

—¿Qué hace? ¿De qué se trata esto? ¡Es un secuestro! —empezó a gritar ella, aterrorizada.

El acompañante le sujetó las manos, y Suzuki le tomó una foto tras otra, capturando su pánico.

—Llamaré a la policía, ¡socorro! —siguió gritando.

—Estaré encantado de que la policía se entere de todo, Hirawa-san —dijo Suzuki, con una sonrisa burlona.

—¿Quiénes son ustedes?

—Eso no es importante. Lo importante es que usted es Hirawa Ohime. Tenemos su dirección y su teléfono. Adiós, Hirawa-san.

Le devolvieron el bolso y todo el contenido. Ya tenían lo que necesitaban.

Ohime se apeó de la camioneta con dificultad. Sus altos tacones no ayudaban y los nervios tampoco. Como pudo, cruzó la calle y regresó al lugar donde había aparcado el coche. Una vez dentro, esperó un buen rato antes de dejar de temblar, entonces rompió a llorar. ¿Qué iba a hacer? ¿Acaso Atagi sabía todo?

Sus planes se habían arruinado. Lo único que quería era obligar a Atagi a casarse con ella, amenazándolo con mostrar las fotos comprometedoras a sus padres y a los de ella. Maldijo su mala suerte. Primero Yoshiteru y después Atagi. Podía comprender lo de Yoshiteru. Era gay, ¿pero por qué la rechazaba Atagi? ¿Acaso había algo mal en ella?

Recordó la última conversación que tuvo con el hermano de Atagi:

—No puedo casarme contigo, Ohime. No es por ti, es por mí.

—No comprendo. Ya todo está arreglado, solo tengo que enviar las invitaciones, ¿por qué me haces esto?

—Voy a ser sincero contigo, Ohime. Soy gay.

Aquello le había caído como una jarra de agua fría. Aun así, insistió:

—Yoshiteru, ¿no te parece que yo sería una buena tapadera? Así nadie se enteraría de tu homosexualidad.

—Ohime, no quiero comprometerme contigo, ¿acaso no lo entiendes? Eres una buena chica, pero estoy enamorado y mi pareja y yo pensamos irnos de Japón.

—¿Quién es él?

La mirada de Yoshiteru jamás la olvidaría. Una mezcla de desafío y tristeza que la hizo hervir de ira. A partir de ese momento lo hizo seguir. Quiso darle una lección, y el asunto se le había ido de las manos. Por suerte, ella se había encargado de los funerales porque su anciano padre estaba atribulado por su gran amigo Ryota. Su futuro suegro sufrió un infarto como consecuencia de la muerte de su hijo y también estuvo a punto de morir. Aquello favoreció sus planes sin saberlo. Al menos, eso creía. El hombre que ella contrató

para que vaciara el líquido de frenos del coche de Yoshiteru no había vuelto a comunicarse con ella; tal vez el resultado de su acción le causó temor y no quiso verse envuelto en investigaciones. Pero lo que el maldito Suzuki le había hecho ahora, no sabía cómo enfrentarlo.

Lo llamó. Tenía que impedirlo a cualquier precio.

—Suzuki-san, por favor, no enseñe las fotos a Miyoshi-san. Le daré lo que usted me pida.

—Señora Hirawa, lo siento mucho, pero no puedo aceptar su oferta. Créame. Será mejor que no vuelva a llamarme.

Ohime, pensativa, guardó el móvil. Empezaba a sospechar que Atagi estaba detrás de todo aquello. Sus planes no estaban resultando como había planeado. Se encogió de hombros. Al fin y al cabo, ¿qué podría hacer él con las fotos, excepto ocultarlas? En ese momento, cayó en la cuenta de que el día que fue a casa de sus suegros, ellos dijeron que Atagi acababa de salir.

Suzuki era un estafador.

No existían tales fotos. ¿Estaría enterado Atagi de todo aquello? La mente de Ohime elucubraba mil y una posibilidades mientras se dirigía a su casa. Decidió que permanecería tranquila hasta que las cosas se aclarasen.

36 – Shinoda Kenichi, Suzuki, Hana.

Suzuki no perdió el tiempo. Mientras uno de los hombres de Shinoda conducía el vehículo de regreso a Tōkyō, hizo la llamada clave.

—Shinoda Kenichi-san, aquí Suzuki Makoto.

—Dime, Suzuki, ¿qué tienes para mí? —La voz del *kumichō* sonaba tranquila, pero atenta.

—Tengo las fotos, el nombre, el teléfono y la dirección de la mujer, las fotos de ella, la dirección y sus demás datos se los estoy enviando en este momento. Su nombre es Hirawa Ohime.

—Excelente, Suzuki. ¿Hay algo más que yo deba saber?

—No por el momento, Kenichi-san. Pero espero servirle si usted me necesita.

—Hiciste un buen trabajo. Ya te llamaré —dijo Shinoda, dando por terminada la conversación.

Shinoda tenía ahora las señas de Hirawa Ohime, incluyendo su foto. Sonrió al saber que era la niña de los ojos de Hirawa Isamu, un nombre conocido. Se comunicó de inmediato con Yumi para tranquilizarlo y le dijo lo que había averiguado.

—No lo puedo creer —murmuró Yumi—. Jamás habría sospechado de ella.

—Y tal vez haya más sorpresas. Esperemos el resultado de la investigación. Hoy mismo exigiré que reabran el caso.

—Muchas gracias… sabía que podía contar contigo.

—Siempre, hijo. Siempre, mientras yo viva.

Shinoda llamó a Atagi.

—Parece que tu novia no es tan santa, Atagi. Fue ella la que contrató a los hombres que fueron por ti y por Yumi. Su misión era drogarlos y tomarles fotos en posiciones comprometedoras, por lo que deduzco que estaba enterada de que Yoshiteru mantenía una relación con Yumi.

Después de unos segundos de estupefacción, Atagi reaccionó. La noticia lo golpeó con fuerza.

—Entonces… ¿es posible que ella esté implicada en la muerte de mi hermano?

—Eso todavía no lo sé. Tal vez.

—Ahora mismo iré a su casa y…

—No, Atagi —la voz de Shinoda sonó imperativa—. No hagas nada en el estado en que te encuentras. Déjalo todo por mi cuenta, ten la seguridad de que llegaré hasta el fondo del asunto.

—Está bien, Shinoda-san. Le agradezco que me mantenga informado.

—No te preocupes.

—Así lo haré.

A Atagi nunca le había agradado Ohime, la había considerado un estorbo en su vida, pero creerla capaz de contratar a unos delincuentes para hacerlo pasar por gay, sobrepasaba los límites de su comprensión. Su estupidez había llegado al extremo de no investigar a fondo quién era Yumi. La ingenuidad de Ohime era tan grande como su malicia.

Shinoda llamó a un hombre de confianza que trabajaba en la oficina de Tōkyō y le dio unas indicaciones precisas. Luego, se comunicó con Suzuki.

—Necesito que secuestres a Hirawa Ohime. Con discreción absoluta, nadie tiene que verte ni enterarse, hazlo de la manera más cuidadosa posible. Una vez que la tengas, entrégala al hombre que te esperará en la dirección que te voy a enviar.

Cuando Atagi llegó al día siguiente a su despacho, se encontró a la entrada del ascensor con Hana, a quien saludó de manera superficial, tan centrado como se encontraba en el asunto de Ohime.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, percibiendo su distracción.

Atagi la miró. Apenas había reparado en su presencia.

—Hana… sí.

—Pareces distraído.

Él lo pensó antes de responder. Había una verdad abrumadora que necesitaba compartir.

—Sí, tengo la mente con algunas cosas, pero no tienen nada que ver con el trabajo —aclaró.

—Si puedo ayudarte en algo… —ofreció Hana.

—Vayamos a mi oficina.

No cruzaron palabra en el ascensor. Una vez dentro del despacho, Atagi la invitó a sentarse en uno de los sillones. Él deseaba poder discutir sus pensamientos con alguien. Hana ya estaba enterada de una parte del asunto que lo mortificaba. Había demostrado ser una persona leal, valiente y, a la vez, tener una mente despierta. ¿Quién mejor que ella, una mujer con experiencia, para exponer sus pensamientos?

—Tú dirás —dijo Hana, con una tranquilidad que invitaba a la confianza.

—El amigo al que no encontramos el sábado cuando intentaron atacarnos se llama Yumi. Luchó con el secuestrador y lo hirió con su propia arma, luego escapó de allí y recibí una llamada suya después de dejarte a ti.

—Es una buena noticia. ¿Por qué estás preocupado, entonces?

—¿Sabes cuál era el plan de ese trío?

—¿Secuestrarlos a ustedes dos?

—Sí, pero solo para drogarnos, desnudarnos y tomarnos unas fotos comprometedoras. Todo fue planeado por Ohime.

—¿Me estás diciendo que Ohime quiso hacerte pasar por gay? —preguntó ella estupefacta.

—Bueno, mi hermano lo era. Supongo que ella sabía que mi amigo era su pareja —dijo Atagi, esperando su reacción con cautela.

—Y tu hermano Yoshiteru se lo habría dicho para poner fin a la relación —razonó Hana, sin dar signos de extrañeza. Su mente analítica ya estaba procesando la información—. ¿Crees que Hirawa, el padre de ella, también estaba enterado?

—Mi hermano tuvo que haberle dicho a Ohime que era gay, de otra manera ella no se habría enterado de la existencia de Yumi. Lo que no sé es si Hirawa lo sabía.

—Tal vez no lo sepa. Todo se ve tan tortuoso…

—Sí, todo es muy raro, pero los accidentes pueden ocurrir, y tampoco puedo descartar que él se haya suicidado, aunque si hubiese sido así, creo que habría dejado una nota, una carta, algo…

—La verdad es que Ohime es una mujer de la que hay que cuidarse, Atagi. ¿Cómo te enteraste de todo?

Atagi quedó unos segundos callado. La miró y sintió que podía confiar en ella. Era la segunda vez que le sucedía. Hana le transmitía una confianza que no había percibido con ninguna otra persona, excepto con Okura.

—Lo que voy a decirte es muy delicado, Hana. Antes que nada, quiero que sepas que no tengo nada que ver con la Yakuza, pero el *Kumichõ* Shinoda Kenichi se está haciendo cargo de todo este asunto. —Al ver que ella no mostró signo alguno de alarma o de estúpido espanto que cualquiera otra en su lugar hubiera manifestado, prosiguió—: Yumi es hijo de él. Ohime no sabía con quién se estaba metiendo.

—Comprendo —dijo Hana, asintiendo con la cabeza un par de veces, con el rostro imperturbable.

—Y lo que te estoy confiando es absolutamente confidencial. Nadie sabe ni debe saber que Yumi es hijo de Shinoda. Ellos desean mantenerlo en secreto, incluso su apellido es diferente.

—Supongo que piensas contarle a tu padre lo que planeó Ohime, ¿verdad?

—Sí. Solo estoy esperando a que Shinoda me informe del resultado de sus investigaciones. Está tratando de saber si Ohime fue la causante de la muerte de mi hermano. Yo todavía lo dudo.

—Supongo que Shinoda aceptaba la relación entre tu hermano y su hijo.

—Cuando conversé con él me dio a entender que ante ese hecho no había nada que él pudiera hacer. Es un hombre inteligente, Hana.

Después de hablar con Hana, Atagi se sintió aliviado. Sintió su mano sobre la de él, un gesto suave y reconfortante.

—Gracias por confiar en mí, Atagi.

—Ahora debemos ocuparnos de la temporada de diciembre que se nos viene encima —comentó Atagi, como para quitar hierro al asunto, aunque sentir la mano de Hana sobre la suya lo puso ligeramente nervioso.

—Tengo todo organizado. El último desfile se realizará el miércoles 8 de enero de 2020. Como habíamos convenido, los

asesores de imagen se quedarán fijos en las tiendas por departamento. He contratado a los mejores alumnos de las academias de diseño de moda y trabajarán a medio tiempo para seguir con sus estudios. Pero siempre habrá uno cubriendo el horario.

—Quiero ver a los modelos que has elegido.

—¿Te refieres a las chicas?

—No, me refiero a la ropa.

—Ah… he organizado un desfile privado para que puedas ver toda la línea que lanzaremos desde mediados de noviembre. Los desfiles se harán en todos los centros comerciales donde están ubicadas nuestras tiendas.

—Haruto y usted me están haciendo todo más fácil, Hana.

—Reconozco que tu asistente Haruto es genial. Le alcanza el tiempo para todo.

Hana se puso de pie para retirarse y antes de salir se volvió hacia él.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

—Claro.

—¿Por qué tiene tanto interés tu padre en que te cases con Ohime? No es algo muy común que el hermano del novio fallecido ocupe su lugar.

—Son intereses comerciales. Mi padre desea un enorme terreno que posee Hirawa. Él lo ofreció como dote. Es un anciano, tiene noventa y dos años, ¿te imaginas?, y Ohime es su única hija, la única que le puede dar descendientes. Inclusive habló con mi padre de usar los dos apellidos en el caso de que tuviéramos hijos: Miyoshi-Hirawa.

—Qué costumbre obsoleta. Aunque entendible, claro. La descendencia es importante, el ser humano siente la necesidad de perpetuar sus genes.

—¿Qué me dice de usted? ¿Por qué nunca tuvo hijos?

—Al comienzo porque ambos teníamos nuestros propios intereses, después lo fuimos postergando. Realmente no sé por qué. Tal vez no sentíamos la necesidad de perpetuarnos —dijo Hana, con una punzada de melancolía.

—¿No ha vuelto a pensar en casarse? Es una mujer joven.

—Lo he pensado, mentiría si dijera que no. Encontrar a la pareja perfecta es lo difícil. Me acostumbré a vivir sola, supongo —dijo pensativa—. Ahora debo irme, hoy tengo muchas actividades.

—Perdone por tomar su tiempo. Soy muy egoísta.

—Descuida, Atagi. Siempre es un placer hablar contigo. Pero, por favor, ¿podrías tratarme de tú? Me incomoda ser yo quien lo haga. Sé que soy mayor, pero tú eres mi superior.

—No, no piense que lo hago porque usted sea mayor, pensé que podría ofenderse si…

—De ninguna manera —hizo un gesto con la mano, se despidió y salió.

Él se sentó tras su escritorio, pensativo. Cuando llegó Haruto, lo encontró leyendo unos informes con una sonrisa en los labios.

37 – El secuestro de Ohime

Suzuki y sus hombres se apostaron en las cercanías de la casa de los Hirawa, un enorme caserón antiguo, en Shoto, uno de los barrios más codiciados de Tōkyō. Observaron el ir y venir. Vieron salir a una mujer en un pequeño Toyota; probablemente, el ama de llaves. Poco después, un Mercedes Clase S, conducido por un chófer, salió del garaje. Pasó frente a Suzuki, y este pudo ver a un anciano sentado en la parte de atrás del vehículo. Ese día se turnaron la guardia. Ohime no salió ni ese día, ni el otro, ni el siguiente.

Ohime esperó alguna noticia de Atagi sin atreverse a salir de su casa. Pasaron los días, y supuso que lo de Suzuki había sido una bravuconería. Con eso en mente, se atrevió a salir. Ya vería cómo se las cobraría al estafador.

Al quinto día un coche blanco, conducido por Ohime, salió del garaje y se dirigió hacia la zona comercial. Uno de los hombres de Suzuki se comunicó con él, que esperaba metros adelante en un Lexus plateado que no llamaría la atención en esa zona, y empezó a seguirla. A su lado estaba su compañero.

Ohime se detuvo frente a una cafetería. Bajó del coche e ingresó, como siempre, a los ojos de Suzuki, dándose aires de superioridad.

—Ahí va. Esa mujer debe dormir con los tacones puestos —bromeó el copiloto, con una mueca.

—Esperemos a que salga. Baja y sitúate en la entrada. Cuando salga, síguela, y antes de que intente entrar a su coche, la interceptas y la llevas hacia atrás. Yo voy a estacionar detrás del suyo.

El copiloto se apeó del Lexus, vestido con un aire elegante deportivo. Cualquiera diría que era uno de los habituales del lugar. Al salir Ohime y pasar por su lado, lo hizo sin dirigirle la mirada. Bajó los tres escalones y se dirigió a una de las mesas cubierta por un toldo. Poco después, una mesera le llevaba un *capuccino* y un croissant en una bandeja. Dejó el pedido y se retiró. Al acabar la

colación, Ohime pidió la cuenta y pagó. Permaneció sentada un rato. No había tenido noticias de Atagi. Volvió a pensar que tal vez Suzuki se había conformado con el pago; la cantidad había sido bastante elevada. Dio un suspiro de alivio y miró a ambos lados sin fijarse en nada, un simple gesto de costumbre; ella no era de las que se fijaban en los demás.

Cogió el bolso y se encaminó a su coche. Un hombre la sujetó del brazo, el mismo que ella había creído notar de pasada, cuando miró sin ver. Un frío helado le recorrió el cuerpo; la pesadilla volvía a suceder. Cerró los ojos y musitó:

—Dime cuánto quieres. Te daré lo que pidas.

—Solo quiero que vengas conmigo, muñeca.

Ohime no hizo ningún esfuerzo por soltarse. Caminó con él mansamente, creyó que el dinero lo podía todo y esperó su momento. Se sentó en la parte de atrás, junto al hombre que la mantenía aferrada. Otro subió y se sentó en el lugar del copiloto. Era Suzuki. Ella sintió que todavía se encontraba como días antes, que el tiempo no había transcurrido, que estaba reviviendo el mismo tormento. No fue hasta que se vio en las afueras de Tōkyō cuando se atrevió a hablar.

—¿Adónde me llevan?

—A un lugar que te va a encantar —recibió por respuesta.

Poco después, llegaron a un galpón donde los esperaba un hombre vestido con elegancia. Habló con Suzuki.

—El trabajo está hecho. Cumplimos con lo que se nos ordenó —dijo Suzuki al hombre elegante y entregó a Ohime.

—Bien hecho. Si hay algo más, él se comunicará contigo —respondió el hombre, asintiendo con la cabeza.

A ella la trasladaron a una camioneta negra con vidrios tintados.

Suzuki se retiró, llevándose las llaves del coche de Ohime. Regresó hasta la cafetería y guardó el coche en un estacionamiento vertical. No era bueno dejar el coche a la vista demasiado tiempo.

Varias horas después, la camioneta negra pasó por el camino que llevaba a las cataratas Nunobiki y luego enfiló hacia la casa de Shinoda Kenichi en Kobe. Un hombre bajó a Ohime de la camioneta, y el hombre elegante la condujo hasta el salón donde antes estuvo

Atagi. Allí esperaba Shinoda, quien no se dio la molestia de ponerse de pie.

Delante de él, Ohime creyó reconocerlo. Lo había visto en algún lado, en alguna noticia, tal vez. Cuando el hombre elegante se retiró, cerrando la puerta de doble hoja tras él, Shinoda ordenó:

—Siéntate.

Ella lo hizo en el borde de uno de los sillones diagonales a él.

—Dime por qué contrataste a Suzuki. Cuéntamelo todo.

—¿Quién es usted? —preguntó Ohime, intentando recuperar algo de control, aunque su voz temblaba.

—Eso no te interesa.

—Claro que me interesa, estoy secuestrada, quiero saber por qué.

Shinoda la miró y suspiró con impaciencia.

—Quiero saber por qué deseabas tomas fotos indecentes de Atagi con Yumi.

Ohime supo que estaba perdida. ¿Quién era ese hombre?, se preguntó.

—Solo quería asustar a mi novio —dijo, evasiva.

—¿Con qué intención?

—Para que decidiera casarse conmigo. Yo iba a mostrárselas a Atagi.

—¿Y crees que así él aceptaría el matrimonio? —preguntó Shinoda con un tono de incredulidad.

—Tengo que casarme sí o sí. Es una orden de mi padre, quiere tener descendientes, ¡yo tampoco deseo hacerlo! Pero me ha amenazado con desheredarme si no logro ese matrimonio.

—Lo único que hubieses logrado sería que él te odie.

—No me importa. No me importa que me odiase si hubiese accedido a casarse conmigo.

—Él ya vio las fotos —dijo Shinoda—. Sabe que son obra tuya.

Ohime rompió en llanto y su fachada de frialdad se desmoronó.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver usted en todo esto? ¡Ha arruinado mi vida!

—Tu vida y la de tu padre están arruinadas desde que ordenaste vaciar la liga de frenos del coche de Yoshiteru. Tu padre se encargó de no dejar rastros. Ustedes dos serán acusados de asesinato.

—¡No tienen pruebas! ¡Eso no sucederá! —gritó Ohime, con desesperación.

—La muerte es reciente y se puede reabrir el caso que se cerró de manera equivocada. Las pruebas se pueden fabricar si fuesen necesarias, pero no lo son.

—¿Por qué nos hace esto? —preguntó Ohime; su rostro con el maquillaje corrido, asemejaba a la máscara de un zombi.

El Kumichõ odiaba a esa mujer. No había negado su participación en la muerte de Yoshiteru. ¿Y cómo se había atrevido a atentar contra su hijo? Si por él fuera, acabaría con su vida allí mismo, pero tenía un plan peor para ella.

—Hoy regresarás a tu casa y le dirás a tu padre que yo me encargaré de hacer cumplir la ley. La muerte de Yoshiteru no quedará impune. Ahora, quiero hacerte una pregunta: ¿Por qué debían sacar a Atagi y a Yumi de su apartamento para tomarles la foto en otro lugar?

—Porque sería un sitio desconocido para ellos, un lugar que nunca relacionarían conmigo —respondió Ohime, todavía tratando de parecer astuta.

—Tienes una mente artera; sin embargo, careces de inteligencia —dijo Shinoda, mirándola con desprecio. ¡Era tan estúpida…!

Ella, a su vez, lo miró sin comprender nada.

—No entiendo por qué me hace esto, ¿qué tiene que ver usted con Yoshiteru?

—Te metiste con una familia a la que no debiste tocar jamás.

Fue todo lo que dijo Shinoda. La puerta de doble hoja se abrió y entró el hombre elegante. Sacó a Ohime y la llevó de regreso a Tōkyō.

Ohime jamás le diría a su padre que el jefe de la Yakuza estaba en medio de aquello. Ya tenía bastante con lo que estaba sucediendo. Maldijo a Yoshiteru, a Atagi y al hombre que acababa de ver. Su cerebro trabajaba sin descanso tratando de encontrar una salida. Huiría. Es lo único que podía hacer. Tenía suficiente dinero en el banco y, si necesitaba, su madre podría ayudarla.

Shinoda llamó a Atagi.

—Todo está arreglado, joven amigo. Ohime fue la artífice de la muerte de tu hermano y, posiblemente, su padre un cómplice que encubrió el asesinato. Ambos serán castigados por la justicia. Te libraste del matrimonio.

—No sé cómo agradecerle, Shinoda-san.

—Solo deja que todo salga a la luz. El caso de tu hermano se ha reabierto; un fiscal se encargará de crear pruebas contundentes, si las que hay no son suficientes, aunque creo que no serán necesarias. Probablemente, Hirawa tratará de comunicarse con tu padre para llegar a un acuerdo. Eso lo dejo en sus manos. No me debes nada, Atagi. Todo esto ha sido una fuente de entretenimiento como hace tiempo no tenía —agregó Shinoda, y Atagi supo que lo decía con una sonrisa.

El hombre elegante se comunicó con Suzuki para informarle que dejarían a Ohime en la cafetería.

Ya en la tarde, Suzuki esperaba junto al coche de Ohime. Le entregó las llaves y se marchó, su misión estaba cumplida.

Al día siguiente, un oficial de la policía de Tōkyō se presentó en casa de los Hirawa.

38 – Hirawa – Ohime y la policía

Cuando el mayordomo de los Hirawa vio al oficial de policía mostrándole su placa, lo dejó pasar. Tras él, entraron dos más.

—Por favor, esperen un momento, llamaré a los señores —dijo, y se dirigió a la habitación de los señores Hirawa.

La esposa de Hirawa Isamu, envuelta en una bata de felpa, acababa de salir del baño cuando escuchó el toque en la puerta de la habitación.

—Adelante —dijo.

—Hirawa-san, unos oficiales de policía solicitan hablar con usted, su esposo y con la señorita Ohime.

—¿La policía? —preguntó Emi, mientras dos arrugas de preocupación invadían su frente.

—Sí, Hirawa-san. ¿Puedo despertar a su esposo?

—No. Iré yo a ver qué desean.

Emi se apersonó en el salón recibidor, donde esperaban de pie tres agentes de policía.

—Buenos días, soy la señora Hirawa, ¿podrían decirme de qué se trata? Mi esposo todavía está descansando.

—Buenos días, Hirawa-san. Traemos una orden para interrogar a su esposo y a su hija Hirawa Ohime en relación con la muerte de Miyoshi Yoshiteru, aquí o en la comandancia de policía.

—Pero, ¿qué es esto? Nosotros no tenemos nada que ver con su muerte, que creo fue un suicidio.

—El fallecido Miyoshi Yoshiteru era novio de su hija.

—Sí y para nosotros fue un terrible golpe del que todavía no nos hemos repuesto.

El agente trató de retener un gesto de ironía. Sabía que su hija era la actual novia del hermano del difunto.

—Hirawa-san, le solicitamos que llame a su esposo para que se haga presente. Según consta en el informe, él y usted fueron los

que se encargaron de todo lo relacionado con los funerales del difunto y hay muchos huecos en el informe.

—¿Huecos? ¿A qué se refiere?

—A falta de información. Tenemos una orden de la Oficina de Investigación Criminal para interrogar a su hija, a su esposo y a usted, Hirawa-san.

—Mi esposo es un anciano. Voy a despertarlo, eso va a tardar, ¿podrían regresar dentro de unas horas?

—Podemos esperar, no se preocupe.

Emi no tuvo más opción que mostrarse amable.

—Pueden tomar asiento. ¿Se les ofrece algo en especial? Té, café…

—Café estará bien, Hirawa-san.

—Bien, estaré con ustedes lo más pronto que pueda.

Emi se retiró tratando de aparentar calma. Intuía que algo no andaba bien. Apenas llegó a la habitación de Ohime, entró sin anunciarse. Ella estaba en el baño. Le extrañó ver una maleta junto a la puerta. Luego fue a la habitación de su esposo quien, despierto, reposaba como acostumbraba, leyendo el Yomiuri Shimbun, su diario preferido.

—Isamu, unos agentes de policía han venido para interrogarnos acerca de la muerte de Yoshiteru.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso? —preguntó el anciano, mientras se quitaba los anteojos.

—No lo sé. Dicen que es porque te hiciste cargo de los funerales, y todo eso.

—¿No fuiste tú quien se encargó?

—Bueno, sí, pero ellos desean hablar contigo y con Ohime. Afirman que aparentemente no fue un suicidio.

—Bueno, bueno, no te preocupes. No tenemos nada que ocultar, solo decimos la verdad y ya. Por favor, prepárame el baño.

Hirawa salió de la cama vestido en pijama y se encaminó hacia el cuarto de baño. Se cepilló los dientes mientras su mujer preparaba los implementos en la bañera.

—No, mujer, hoy me daré una ducha —dijo entre dientes, con la pasta dental goteándole por las comisuras—. No podemos hacer

esperar tanto a los agentes.

Emi fue a su vestidor. Poco después, salió con un conjunto de dos piezas de falda y chaqueta corta y un ligero maquillaje, y volvió a la habitación de Ohime.

La joven tenía un aspecto demacrado. Su madre la notó muy nerviosa.

—Ya sabes que hay agentes de la policía esperando para interrogarnos, supongo. ¿Y esa maleta?

—Sí, me lo dijo la asistenta —dijo Ohime sin responder a la pregunta—. ¿Qué haremos, mamá?

—Primero veamos qué es lo que desean saber.

Poco después, Hirawa las encontró en el hall de distribución de los dormitorios, y juntos bajaron por el ascensor a la planta baja. Bajar escaleras era una acción que Hirawa no podía permitirse sin correr el riesgo de sufrir algún accidente.

—Buenos días, señores, dice mi señora que tienen preguntas para nosotros. Pasemos al salón para estar más cómodos —dijo el anciano. A pesar de su edad, su manera de caminar era firme y su postura erguida. Era más alto que su mujer y su hija, y conservaba el don de mando que lo había caracterizado toda la vida.

Todos fueron hacia el salón principal. Hirawa se sentó en su sillón preferido al tiempo que los invitó a hacer lo propio.

—Hirawa Isamu-san, tenemos una orden para interrogarlos respecto a los arreglos que hicieron para los funerales de Miyoshi Yoshiteru.

—¿Quién pidió reabrir ese caso? Pensé que estaba cerrado. Por lo que sé, se trató de un suicidio —afirmó Hirawa.

—La orden vino directamente del Comisionado General de la Agencia Nacional de Policía, Hirawa-san. No hubo pruebas concluyentes en ningún sentido, el caso nunca se cerró. —El agente le extendió la orden.

Hirawa se tocó la barbilla mientras la leía. ¿Quién tendría tanto interés en investigar un caso de suicidio?

—Comprendo. ¿A qué pruebas se refiere?

—Me disculpa, Hirawa-san, pero las preguntas las haremos nosotros.

Hirawa hizo un gesto con la mano, dándole la razón.

—Nosotros lo único que hicimos fue un favor a los Miyoshi —dijo Emi, intentando suavizar la situación.

—Según los informes, el coche del accidente no fue revisado y se envió al desguace. Al cuerpo del occiso no se le realizó autopsia y fue incinerado. La primera pregunta es: ¿por qué ustedes se hicieron cargo de todo?

—A mi amigo, Miyoshi Ryota-san, la muerte de su hijo le ocasionó un infarto agudo de miocardio severo. Yo me encontraba con él cuando nos dieron la noticia. Como usted debe saber, es un tipo de infarto que si no se trata de inmediato puede ser fatal. Esos primeros momentos estuve con él en la ambulancia y en la clínica, donde lo operaron para restablecer el paso de sangre al corazón, según me informó el cirujano. Estuvo inconsciente varios días después de la operación y su esposa también fue hospitalizada; no estaban en condiciones de hacerse cargo de los funerales de Yoshiteru.

—¿Quiere decir que usted estuvo acompañando a Miyoshi Ryota-san todo ese tiempo?

—Bueno, no todo ese tiempo; yo eventualmente tenía que descansar aquí en casa, pero sí, en efecto, estuve pendiente la mayor parte del tiempo de la salud de mi amigo en el hospital.

—Mientras tanto, ¿quién se hizo cargo del fallecido?

—Delegué en mi esposa y en mi hija los preparativos, ellas son más entendidas en ese tipo de asuntos.

—Hirawa Ohime-san, ¿por qué tomó la decisión de mandar a deshacerse del coche accidentado?

—No vi razones para que, cuando se recuperase Miyoshi-san, recordase a su hijo en tan terrible situación. El coche quedó destrozado.

—En Japón, una muerte por accidente se declara como «muerte inusual» o «muerte no natural». Se lleva a cabo una investigación y, de ser necesario, se realiza una autopsia forense para demostrar la relación causal entre el accidente y la muerte. ¿No lo sabía?

—No. La verdad es que no. No soy abogada, solo quise hacer un favor.

—Es importante identificar el vehículo responsable e investigar el origen del suceso.

—Era tan claro que se trataba de un suicidio…

—¿Qué le hizo a usted suponer eso?

—Es un asunto confidencial, pero tengo mis razones para pensarlo.

—En todo caso, incurrió en otro delito: la autopsia forense de un accidente de tráfico mortal debe determinar tanto la causa de la muerte como el mecanismo de la lesión, una tarea analítica que requiere la observación de tres factores principales del accidente: el cuerpo, los vehículos implicados y el lugar del accidente. Cuando no se puede determinar si la causa de la muerte fue por alguna enfermedad, es necesaria una investigación para comprobar si la muerte podría haber sido ocasionada por accidente, suicidio u homicidio.

—¿Homicidio? ¿Quién querría matar a Yoshiteru? —preguntó el anciano con evidentes muestras de extrañeza.

—Es lo que estamos investigando. Y por eso eran necesarios tanto la autopsia como el estudio del vehículo accidentado, Hirawa-san.

—Lo siento, siento tanto que todo haya sucedido de esa manera, no sé qué decir… —dijo apesadumbrado Hirawa.

—Hirawa-san —dijo el agente que llevaba el interrogatorio, dirigiéndose a Emi—. ¿A qué taller envió el coche para que lo desmantelaran?

Ella miró a su hija.

—Es un taller especializado en reutilizar las piezas que se puedan salvar —dijo Ohime, con una calma forzada.

—¿Podría darme el nombre y la dirección?

—Tendré que buscarlo, no recuerdo bien, lo encontré en un aviso…

—Tómese su tiempo, podemos esperar. Preferiría que nos trajera el comprobante de la transacción.

—No sé si lo guardé… tal vez tenga anotada la dirección.

Ohime se puso de pie de mala gana y fue a su habitación. Ella tenía el comprobante, pero quería tiempo para pensar. No se le

ocurría nada. Pensó que con un poco de suerte el coche ya habría sido totalmente desguazado. Cogió una libreta de notas y copió el nombre y la dirección del taller. Al volver al salón, le entregó la nota al agente.

—Hirawa-san, ¿de quién fue la decisión de incinerar el cadáver?

El anciano miró a su esposa. Esta, a su vez, fijó la mirada en Ohime.

—Pensé que era lo mejor. El rostro de Yoshiteru quedó totalmente desfigurado —dijo Emi, y unas lágrimas corrieron por sus mejillas—. Si yo no pude soportarlo, ¿cómo podía dejar que su madre lo viera?

—Para la cremación se necesita la autorización de un pariente directo, ¿obtuvo usted la autorización de la madre?

—Ni le pregunté. Yo firmé la autorización. Ella no estaba en condiciones…

—Cometió un delito, y también la persona que recibió la autorización con su firma. ¿Podría decirme quién la atendió en los servicios funerarios?

—La verdad es que no recuerdo. Fueron tantas cosas al mismo tiempo…

—Bueno, no será un problema averiguarlo. Tenemos el nombre de la empresa funeraria. Señores, es todo por ahora. Les pedimos encarecidamente que no salgan de la ciudad hasta nuevo aviso, por si requiriéramos más información. La investigación todavía está en curso.

—Yo creo que a quienes deberían investigar es a los policías que levantaron el accidente —reaccionó Hirawa—. ¿No tendrían que haber sido ellos los que llevaran adelante la investigación de los sucesos? Considero innecesario someternos a un interrogatorio. Si ustedes hubieran cumplido con las normas, como es su deber, mi señora y mi hija no tendrían que haber tomado esas difíciles decisiones —expresó con evidente indignación.

—Sentimos causarle esta terrible molestia, Hirawa-san. Esa investigación se está llevando a cabo. Este interrogatorio es para contrastar las respuestas.

Los agentes policiales se despidieron, y el anciano Hirawa miró a su mujer y a su hija.

—Parece que tenemos un problema. ¿Me puedes decir qué hiciste, Ohime?

Hirawa conocía a su hija. Ya desde la secundaria se había metido en problemas, y después en la universidad y, al parecer, su actitud no había cambiado mucho a la edad que tenía.

—Usted ha escuchado el interrogatorio, padre, todo lo que hice fue firmar por otra persona.

—¿Falsificar la firma te parece una tontería?

—Isamu, no seas tan duro con Ohime, ella quiso ayudar y ser lo más expedita posible. No quiso molestar a la esposa de Ryota, ya tenía suficiente con su hijo fallecido y su esposo hospitalizado.

—¿Por qué no avisaron a su hermano? ¿Cómo pudieron dejarlo fuera? —preguntó esta vez furioso.

—La verdad, padre, ni siquiera recordé que Yoshiteru tenía un hermano, no lo conocía, él estuvo muchos años fuera del país —respondió Ohime, encogiéndose de hombros, intentando sonar despreocupada.

Hirawa movió negativamente la cabeza. Presintió que algo no estaba claro. Cuando se disponía a llamar al chófer para que lo llevase a la oficina, recibió una llamada.

—Buenos días, Hirawa-san, tengo que hablar con usted. ¿Puedo acercarme a su oficina hoy temprano?

Hirawa miró la hora.

—Te recibiré a las once. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Es mejor que hablemos en persona, Hirawa-san.

Hirawa no estaba tranquilo. Su instinto le decía que existía un peligro latente que no podía dilucidar. ¿Para qué querría hablar Ryota? No creía en las casualidades. Esperaba que no tuviera relación con la visita de la policía.

Hirawa era venerado en el ambiente corporativo, no solo por su edad, que imponía respeto, sino por su impecable trayectoria. Muchos le debían favores; no era de los empresarios más prominentes desde el punto de vista monetario, pero era conocido por su sobriedad. Sus opiniones y consejos siempre se tomaban en cuenta. Caminó por el enorme vestíbulo del edificio donde estaba

ubicado su despacho y subió por el ascensor en compañía de su secretario, que acostumbraba esperarlo en la entrada.

—Dentro de quince minutos vendrá Miyoshi Ryota-san. Por favor, hazlo pasar. Tendremos una reunión a puerta cerrada, sin interrupciones.

—Como usted diga, Hirawa-san.

El secretario se retiró a su escritorio fuera del despacho. Su jefe se hacía presente todas las mañanas en la sede, se quedaba un par de horas y después se retiraba a su casa, a menos que hubiera alguna reunión de miembros de la junta directiva de la empresa o de otras de las que formaba parte. Su presencia era meramente simbólica. Un CEO más joven, aunque también de edad madura, llevaba adelante los lineamientos del consorcio, y Hirawa era un símbolo patriarcal. Él deseaba que Atagi tomara las riendas de la empresa una vez que se consumara el matrimonio con su hija, porque había recibido noticias de su desempeño en Nagayoshi Holding. Si las dos empresas se fundían en una sola, sería el conglomerado más importante de Japón. Era su último deseo, era consciente de que no le quedaba mucho tiempo; ya había sobrepasado de lejos la esperanza de vida. Esos años para él eran un regalo, pero pronto se convertirían en un martirio. Eso estaba claro. Procuraba mostrar una apariencia saludable ante los demás, pero los años significaban cansancio, decrepitud y no deseaba llegar al extremo de necesitar ayuda para realizar sus necesidades más básicas.

La puerta del despacho se abrió y su secretario hizo pasar a Ryota.

—Amigo mío, me da mucho gusto verte. Ven, sentémonos aquí. ¿Deseas tomar algo?

—No, Hirawa-san, así estoy bien. Muchas gracias —dijo Ryota. Él conservaba desde siempre una actitud de respeto por Hirawa por su edad y no podía permitirse tratarlo de otra manera.

—Tú dirás qué te trae por aquí.

—Mi estimado Hirawa-san, mi visita de hoy no es muy agradable para mí y me temo que para usted tampoco lo será —dijo Ryota,

apesadumbrado.

—Lo que sea que tengas que decirme lo comprenderé, Ryota.

—Tengo información confiable de que la muerte de mi hijo Yoshiteru fue planeada y llevada a cabo por su hija Ohime. La policía dice que usted estuvo involucrado en los hechos, pero he pedido que me den la oportunidad de conversar con usted antes de que emitan la orden de arresto.

Hirawa lo escuchó sin interrumpir. Los pensamientos empezaron a tomar forma en su cerebro, intentaban realizar las conexiones neuronales necesarias para dilucidar lo que podría haber sucedido.

—¿Qué motivo tendría Ohime para hacerlo, si es que lo hizo?

—Mi estimado Hirawa-san, no le llegué a comentar que mi hijo Yoshiteru era gay. Él personalmente me lo dijo. Fue un día antes del fatal accidente. Supongo que ya se lo habría dicho a Ohime y creo que fue el motivo por el que ella tomó tan terrible decisión.

—No tenía la menor idea de las tendencias sexuales de Yoshiteru —comentó pensativo Hirawa—. Supongo que para ti fue un golpe tremendo, pero no es un buen motivo para matar a nadie.

—El día que estuvimos reunidos pensaba decírselo, pero en ese momento nos informaron que él había muerto en un accidente, ¿recuerda?

—Cómo olvidarlo. Tú caíste de golpe y yo no pude sujetarte.

—Pero estuvo conmigo todo el tiempo, nunca podré agradecerle lo suficiente. Le debo la vida.

—Ryota, quiero que sepas que yo no tuve nada que ver con la muerte de tu hijo. Hoy en la mañana se presentaron en casa unos agentes enviados por el Comisionado General de la Agencia Nacional de Policía. Aunque Ohime no admitió nada, pienso que miente, y su madre, sin saberlo, ayudó a que se llevara a cabo su plan. Lo lamento tanto, amigo, no sabes qué mal me siento.

—Lo cierto es que cuando esos agentes fueron a visitarlo, ya habían hecho las investigaciones pertinentes. Las partes del coche desmantelado todavía estaban en el taller al que Ohime llevó el coche. En el registro que llevan está su nombre y la fecha. El encargado de anotar los desperfectos que tienen los coches que ingresan figura que la manguera que conecta el líquido del sistema

de frenos fue cortada. Ellos tuvieron el cuidado de guardar la pieza por si habría alguna investigación posterior. La policía de investigaciones no solo vio la manguera cortada ex profeso, también ubicó a la persona que lo hizo por las huellas dactilares que dejó, y fue ubicado por su *Personal Number Card*. Es un sujeto que tiene antecedentes de estafa y robos —explicó Ryota—. Recuerde que aquí no se pueden desguazar los coches sin autorización del Centro Autorizado de Tratamiento (CAT) y ellos exigen muchos requisitos legales.

—Supongo que el hombre en cuestión dio el nombre de Ohime.

—Así es, mi estimado Hirawa-san, no sabe cuánto lo siento.

El anciano había dejado de prestar atención a lo que decía Ryota. Parecía haberse encogido en el sillón. Su piel pálida mostraba la vena frontal sobresaliente, como si tratara de contener todo lo que llevaba por dentro.

—No puede ser… Mi Ohime, un asesinato. Oh, *Dainichi,* ¿qué he hecho para merecer esto? —gimió Hirawa mirando el cielo raso—. *Nanimo dekinai*. Con estas palabras dio a entender que ya no había nada qué hacer—. Siempre quise tener descendientes. De las mujeres que tuve, fue Emi la que me dio la dicha de ser padre, pero de una niña. Quise darle lo mejor y ya lo ves… soy el único culpable. Quiero ir a prisión en su lugar.

Ryota, apesadumbrado, no sabía qué hacer para que la situación fuera menos difícil para Hirawa.

—¡No, Hirawa-san!, usted no es culpable de nada. Eso no podrá ser.

—Es mi sangre. Ha deshonrado a la familia, soy responsable —gimió el anciano.

Ryota, seriamente preocupado, trató de calmarlo, pero no sabía cómo. Y lo peor era que no se había enterado de todo lo demás. Si supiera lo que había hecho con Atagi y Yumi…

—No sé qué puedo hacer para evitarle la vergüenza, Hirawa-san. Tal vez haya una manera…

—¿Cómo puedes decir eso, tú que perdiste un hijo por mi culpa?

—Usted no sabía nada, no es culpable. Todo tiene arreglo en esta vida, excepto la muerte.

—Yo ya estoy a un paso de ella. ¿Qué puede importarme?

—Su nombre, su honor y prestigio.

—¡Ya no tengo honor ni prestigio, Ryota!

—Tal vez haya alguna manera de que su hija no vaya a la cárcel y nadie sepa lo que ha sucedido. Tengo amigos influyentes en la policía.

—Tal vez puedas hacerlo, pero la realidad es otra, Ryota. Ohime debe pagar por su crimen.

Ante el argumento del anciano, Ryota se rindió. Como dijo Hirawa, *Nanimo dekinai*. No había más qué hacer.

El anciano se puso de pie y apoyado en el bastón empezó a arrodillarse ante Ryota. Antes de que llegara al suelo Ryota lo levantó.

—¡No, amigo mío! ¡no tiene por qué hacerlo, por favor!, ahórreme esa vergüenza, usted no es culpable de nada. En todo caso soy yo quien instigó a casarse a Yoshiteru.

Hirawa tenía la cabeza baja, se sentía derrotado, humillado y avergonzado.

—Debo ir a casa.

—Yo lo llevaré.

—Te lo agradezco, Ryota. Y perdóname por todo el mal que te hice.

—*Nanimo dekinai*, Hirawa-san, *Nanimo dekinai*. No debemos añadir más aceite al fuego. Usted sigue siendo un hombre honesto y respetado.

Ryota lo llevó a su casa y lo acompañó hasta la puerta. Una vez que el anciano entró, subió al coche y se alejó. La tristeza de ver al viejo amigo derrumbado ante la situación que había creado su hija lo acompañó en el camino a la empresa. Atagi lo esperaba para saber el resultado de lo acontecido.

—Me temo que Hirawa cometerá alguna barbaridad. El pobre hombre está deshecho.

—Lo siento por él, padre. Pero está fuera de nuestra responsabilidad.

—Y yo que pensé que Ohime podría ser una buena esposa… perdóname, Atagi. No sé qué me sucedió.

En medio de toda esa desgracia Ryota se sintió infame al pensar en sus esperanzas de hacerse con los terrenos de Hirawa.

Pensó que era una pena que Masaru nunca los pudiera recuperar. Según Daiki, su padre, su sueño era que algún día su tío abuelo Masaru volviera a Japón y tuviese en su poder el Jardín Iluminado por la Luna, pero él había fallecido ya hacía años.

39 – Atagi y Hana

Atagi se encontró con Hana al final del día. Tenía mucho que contarle, Hana se había convertido para él en una persona indispensable. Le gustaba su compañía, admiraba su don de gentes y su presencia lo hacía feliz. No podía explicar lo que sentía y no deseaba hacerlo. Solo necesitaba tenerla cerca.

—Vayamos a cenar a un lugar tranquilo —invitó Atagi.

—Conozco uno muy tranquilo.

—Guíame.

—Yo iré en mi coche y tú en el tuyo —sugirió ella.

—Bien —asintió Atagi. Supuso que ella querría ir después directamente a su casa.

A mitad del trayecto Atagi reconoció la ruta. Llevaba a la casa de Hana. La idea lo entusiasmó, ¿qué mejor que cenar en un ambiente íntimo? Tendrían oportunidad de hablar sin cuidarse de ser escuchados.

No se había equivocado. Hana abrió la puerta del garaje con el control y Atagi estacionó afuera. Tras cruzar la puerta principal y el jardín entraron a un pequeño recibidor en el que cambiaron sus respectivos calzados por unas cómodas y suaves *surippa*.

Las luces indirectas iluminaban el salón con un acogedor color ámbar, separado por un pequeño muro de ladrillos del jardín vecino, se reflejaban las luces de las farolas de hierro a través del ventanal.

—Siéntete como en tu casa —dijo Hana al tiempo que lo ayudaba a despojarse del blazer y lo colgaba en uno de los ganchos del clóset de la entrada—. Voy a cambiarme por algo más cómodo —dijo y se perdió escaleras arriba

Mientras esperaba, Atagi advirtió que no existían fotos familiares ni objetos como recuerdos o elementos fútiles que adornaran la decoración. Todo tenía una finalidad: en las estanterías los sujetalibros tenían doble función, también servían para colocar los marcapáginas, bolígrafos y lápices. Hana tenía una colección

impresionante de libros antiguos bien conservados, que de alguna manera daba un aspecto de permanencia al lugar. El único cuadro que adornaba una pared, una enorme acuarela en colores pastel que mostraba un paisaje, suavizaba los tonos oscuros de la estantería que ocupaba la pared lateral. Unos muebles modulares en forma de ele tapizados en lino color caramelo con cojines bordados que daban la nota de color se ubicaban frente al cuadro y a la estantería. En el suelo, una alfombra mullida completaba el conjunto.

Más allá una puerta parecía llevar a un despacho. Atagi se sentó en el modular y la mesa de madera tallada frente a él le mostró quizá el único indicio de la personalidad de Hana: un arreglo ikebana. De un tronco de forma indescriptible emergía una orquídea fucsia. Él sabía que esa flor representaba la sensualidad y también la pasión.

—¿Qué deseas cenar? —preguntó Hana al reaparecer con sigilo.

—Mientras no sea pizza, estaré más que satisfecho —opinó Atagi.

—¿No te gusta la cocina italiana?

—No soy muy aficionado a ella.

—Puedes escoger —dijo ella alargándole un menú. El restaurante está bastante cerca, y la comida es buena, pero siempre está lleno. Yo acostumbro pedir cuando no tengo ganas de cocinar.

Atagi examinó el menú y eligió un filete de solomillo al punto con papas al vapor y ensalada. Ella pidió lo mismo. Fue a un mueble que había pasado inadvertido para Atagi, de donde extrajo una botella de vino tinto. Dejó la botella sobre la mesa de centro y se sentó en el mueble modular diagonal a él.

—Ohime fue detenida esta tarde, acusada de ser la autora intelectual del asesinato de mi hermano —dijo Atagi.

Hana se quedó en silencio tratando de asimilar la noticia.

—¿Su padre tuvo algo que ver con el crimen? —preguntó por fin.

—No. El pobre anciano no está involucrado, pero la madre tal vez sospechaba algo, aunque esa es una cuestión difícil de comprobar.

—¿Todo lo demás está comprobado?

—Sí. Ella pagó a un sujeto para que saboteara el coche de Yoshiteru cortando la manguera del líquido del freno. Falsificó la firma de mi madre para que incineraran a mi hermano y mandó a

desmantelar su coche. Ohime aprovechó para hacerlo todo mientras mi padre estaba hospitalizado; y mamá también, por un par de días.

—Nunca imaginé que fuera capaz de tantas barbaridades.

—Desde un comienzo sentí repulsión hacia ella. Ahora mi padre ha comprendido que tenía mis razones.

—Supongo que Hirawa debe estar destrozado.

—Pobre viejo. Mi padre dijo que él se ofreció a ser el culpable en lugar de su hija, ¿se imagina, Hana?, aunque se quisiera, no lo podría hacer, porque nunca tuvo acceso a los servicios funerarios, él estuvo al lado de mi padre en la clínica. Y todas las pruebas apuntaban a Ohime.

—Tal vez ella ni siquiera sea hija de él.

Atagi la miró sorprendido.

—¿Usted cree que eso sea posible? Ahora que lo pienso, Ohime y su padre no se parecen en nada. Él es un hombre alto, a pesar de ser anciano. Ella es pequeña.

—Si es por la estatura, no siempre los hijos tienen la de sus padres. De la única manera que podría saberse es con una prueba de paternidad. Si lograsen obtener el ADN de Ohime y el de Hirawa, se podría hacer.

—Le haré la sugerencia a mi padre. Tal vez sea la única manera de calmar a Hirawa, él piensa que deshonró a la familia porque Ohime lleva su sangre.

Repicó el timbre y llegó la cena.

Hana había puesto la mesa con suma exquisitez. El mantel blanco sobre la mesa redonda hacía resaltar la vajilla de bordes dorados que, a su vez, hacía juego con los dos candelabros de una sola vela cada uno.

—Dijiste que no acostumbras beber —recordó Hana—. Yo tampoco acostumbro, pero hagamos un brindis por ser la primera vez que estás aquí, en mi casa.

—Encantado, Hana. *Cheers* —dijo tocando ligeramente su copa con la de ella.

—*Cheers* —repitió ella—. Ya que estamos…

Se refería a la cena de estilo americano.

A esa copa siguieron dos más y para cuando terminaron ambos se sentían un poco mareados. Cada vez que Atagi miraba a Hana la imaginaba desnuda. Era la primera vez que le sucedía y había conocido a unas cuantas mujeres. Reprimió sus impulsos de besarla porque ella le infundía respeto, en ningún momento se le había insinuado, y el hecho de que estuvieran en su casa no significaba que quisiera algo más con él que charlar en un lugar tranquilo. Miró la hora y se dio cuenta de que era casi medianoche. El tiempo con ella pasaba volando, habían conversado de todo, hasta de religión, una conversación que hizo que la admirarse aún más, si fuera posible.

—Debo irme, ya es muy tarde —dijo Atagi—. Llamaré a un *daiko* para que me lleve a casa.

—Es lo mejor —dijo Hana. Atagi pulsó el número y se dirigió a la puerta. —Te acompaño, dijo ella.

Ambos salieron al porche a esperar al conductor. Después de haber pasado varias horas conversando, un extraño silencio los envolvió en ese momento. Atagi se sentía un poco tenso sin saber por qué y Hana no parecía notarlo. Cuando vio al hombre acercarse a la reja supuso que era el conductor designado y se volvió hacia Hana para despedirse, se inclinó ligeramente y casi sin pensar puso sus labios sobre los de ella. Hana no se retiró, entreabrió los suyos y correspondió al beso. Atagi no podía creer lo que estaba sucediendo. Se separó de ella.

—Lo siento, no debí hacerlo —dijo y bajó los escalones que conducían a la reja. La abrió y entregó la llave del coche al conductor.

Hana esperó hasta que se perdieron de vista.

Sin la cultura alcohólica que otros tenían, Atagi sentía la mente obnubilada, le parecía que aquel beso era alguna jugarreta de su imaginación, tal como las imágenes que se había formado durante parte de la noche desnudando a Hana. Abrió los ojos al escuchar la voz del chófer urgiéndole para que despertase. Recibió las llaves del coche y entró a la casa como si estuviera todavía en un sueño. Vestido, se estiró cuan largo era en la cama. Okura, que jamás dormía mientras él no estuviese en casa, entró en la habitación y lo

desvistió. Y como si fuese una operación ensayada durante años, Atagi con mansedumbre inconsciente ayudó en la labor. Okura notó el ligerísimo tono rosado de sus labios y sonrió con satisfacción.

Hana entró y cerró la puerta. Se tocó los labios y una sonrisa triste asomó en su rostro. Todo fue producto del vino, pensó. Lo más probable sería que Atagi no recordase en absoluto el beso de despedida. Estaba bastante ebrio cuando se fue, tanto así, que trastabillaba cuando bajó los escalones al salir. Por otro lado, ¿qué futuro tenía ella con un hombre tan joven como él? Le llevaba catorce años, unos más y podría haber sido su madre. Otro asunto sería si la situación fuese a la inversa. Pero ¿qué se estaba imaginando ella? Atagi no estaba acostumbrado a beber, todo había sido producto del vino. Suspiró y fue a acostarse.

Temprano, al día siguiente en la oficina ella y Atagi se encontraron en la puerta del ascensor. Él la saludó como siempre y ella también. Al llegar a la planta donde se encontraban sus oficinas él la invitó a su despacho.

—Hana, le suplico me perdone, si en algún momento hice algo indebido anoche.

—Indebido, ¿cómo qué?

—No sé… —Atagi sintió que empezaban a arderle las mejillas.

—Por supuesto que no, Atagi. No sé por qué lo preguntas.

—No acostumbro a beber. Pensé que pude cometer algún desatino.

—Fuiste tan caballero como siempre, aunque debo reconocer que sí, estabas bastante ebrio —sonrió Hana con naturalidad al decirlo. — La próxima vez tomaremos refrescos o agua.

—Claro que sí. Gracias, Hana.

—Voy a ver cómo va el asunto del desfile de prueba que será esta tarde. Solo faltan días para la presentación en los centros comerciales —dijo ella y salió del despacho.

Como había sospechado, él no recordaba nada. ¿O tal vez sí y se hacía el distraído? ¡Si ni siquiera se atrevía a tutearla, por el amor de Dios!, pensó mientras abría la puerta del despacho y su secretaria le alcanzaba unos documentos para su firma.

Atagi se sentía feliz. No había hecho nada indebido y Hana había insinuado que podría haber otra cena en el futuro. Al llegar Haruto lo encontró tarareando mientras leía los informes de las diferentes empresas que Haruto había dejado sobre su escritorio la noche anterior.

—Todas adolecen de lo mismo. No hay un crecimiento sostenible.

—Y todas cumplen con la normativa acerca de los horarios de trabajo —le recordó Haruto.

—Sí. Pero habrá que hacer cambios en el organigrama de cada una, algo no está funcionando bien y quiero que analices dónde puede estar la falla. Si es necesario, tendrán que cambiar a los responsables, pero para tener la autoridad de decirlo en la próxima junta necesito mostrar nuestros progresos.

—Ya estamos a finales de noviembre, pronto sabremos si los cambios dieron resultado. Nuestras averiguaciones acerca de la subida del IVA al 10% y las previsiones que tomamos al respecto nos darán una ventaja respecto a la competencia, al menos en las líneas de ropa y de cosméticos, que es en lo que más se invierte en estos meses, esperemos que el público las acepte. Los compradores con poder adquisitivo no tendrán mayores cambios en su rutina decembrina, pero alertar de la subida del IVA al resto de las empresas del holding que hacen vida en el país fue una buena medida para que tomasen las previsiones necesarias —adujo Haruto.

—La economía de Japón está afectada desde un tiempo a esta parte. La deuda interna nos mantiene en una especie de recesión.

—Ingresé en una conversación vía correo electrónico con la empresa que proporciona los reactivos químicos ayer temprano. El director de investigaciones del equipo de virología dijo algo que no sé si tomarlo en cuenta, pero de ser cierto, podría afectar no solo a nosotros, sino a todo el país.

—¿De qué se trata?

—En la última reunión de investigadores multinacionales en el Instituto de Virología de Wuhan —un instituto que desarrolla vacunas que sirven de base para posibles tratamientos en China— alertaron del peligro de crear amenazas víricas. Dijeron que cabría la

posibilidad de que se diera lugar a una nueva versión de dos virus quimera; el resultado podría ser una versión más peligrosa del virus CoV. Lo preocupante es que se ha corrido la voz de que tres investigadores del Instituto de Virología de Wuhan habían enfermado este mes de un virus que podría ser el resultado de esas investigaciones —expuso Haruto.

—Esperemos que no sea cierto, en ese medio siempre existen conjeturas, pero necesito que utilices tu malware Angels en esa dirección. Debemos estar preparados para reaccionar ante cualquier eventualidad.

Era lo que le agradaba de Haruto. Tenía la mente puesta en varios objetivos a la vez, sin perder de vista ninguno. Se parecía mucho a él y por eso se entendían tan bien. Un virus creado en un laboratorio de investigación… no sería peligroso siempre y cuando no se esparciera entre la población. Los chinos habían hecho grandes adelantos en tecnología y tenían mano de obra de sobra para servir de maquila a los fabricantes de todo el mundo, incluyendo Japón. Pero siempre habían sido un poco descuidados, no podían compararse con la exactitud y la pulcritud japonesas.

40 – Atagi, Ryota y Hirawa

Ryota franqueó el despacho de su hijo y Haruto dio por terminada la reunión con Atagi.

—Siento mucha tristeza por Hirawa. Ese anciano merecía una hija mejor. Perdona que haya insistido en lo del matrimonio.

—Nunca iba a realizarse, padre.

—Sé que por causa de esa desgraciada mujer perdimos a Yoshiteru… merece cadena perpetua. Hirawa no sabe lo que tramó contra ti con lo de las fotos, creo que, si llegase a enterarse, podría morir de un infarto… aunque como veo las cosas, me parece que no tiene deseos de vivir.

—Lo entiendo, pobre anciano. Padre, ¿y si Ohime no fuese hija suya?

—¿Qué tratas de decir? ¿Acaso eso aliviaría en algo su pena?

—Si Ohime no fuese su hija él no se sentiría tan mal. Su sangre no correría por las venas de Ohime. Al menos sería una forma de alivio, ¿no le parece?

—No sé cómo plantearle el tema.

—Yo podría hacerlo. La policía puede ocuparse de tomar una muestra de ADN a Ohime.

—Creo que nos estaríamos extralimitando, Atagi.

—Todo lo contrario —afirmó Atagi con resolución.

—Bueno, ve a ver qué haces. Siento que perdí toda esperanza en esos terrenos.

—¿Por qué pone tanto interés en ellos, padre?

—Esos terrenos pertenecían a Yamamoto Yuto, que en realidad era tu tío Miyoshi Masaru, el que llevaba mis negocios en Argentina.

Y Ryota le contó la historia de su sobrino durante la Segunda Guerra Mundial, Filipinas, Taiwán, el tesoro de Yamashita, el Jardín Iluminado por la Luna y el búnker debajo de la Casa del Té sin que su hijo lo interrumpiera. Atagi supo que lo que había leído en el viejo libro que le dio Okura era cierto, pero no dijo nada al respecto.

—¿Crees que eso que tantos buscadores de tesoros han tratado de encontrar esté bajo la Casa del Té?

—Sí —afirmó el padre con contundencia, como solía hacerlo cuando estaba seguro.

—¿Y crees que Kazuo Taoka logró recuperar lo que quedó en Taiwán?

—Creo que sí. ¡Ese hombre tenía todos los medios para hacerlo, según mi padre! Claro que nunca se lo dijo.

—Vaya, vaya, me entero de que tenemos conexiones con la Yakuza y con un tesoro que todos creen perdido… pero, padre, no debemos olvidar lo que dije de la prueba de paternidad. Estoy seguro de que a Hirawa le hará mucho bien saberlo. Voy a ir ahora mismo a visitarlo.

De inmediato marcó el número de Hirawa. Este respondió.

—Buenos días Hirawa-san, soy Miyoshi Atagi, me gustaría visitarlo, ¿podría ir ahora?

—Me complacería hablar contigo, Atagi. Podemos almorzar aquí, en casa.

—Estaré encantado. Salgo ahora para allá.

—Te espero.

—Listo, padre, espero que la idea no le parezca grotesca.

Ryota juntó las cejas y no dijo nada. ¿Qué más podría suceder? Lo vio salir con la misma energía que él había tenido a su edad. Al pensar en Yoshiteru la tristeza invadió su alma. Maldijo a Ohime. Ojalá se pudriera en la cárcel, la muerte sería poco para ella.

Hirawa estaba sentado en uno de los sillones de su despacho cuando llegó Atagi. Después de los correspondientes saludos, el anciano lo invitó a sentarse a una mesa para dos dispuesta para el almuerzo al lado de una ventana. Una asistenta dejó a lado un carrito con todo lo necesario.

—Por favor, no nos interrumpan —pidió Hirawa.

Atagi admiró el estado de ánimo que conservaba Hirawa. Era probable que fuese una impostura, pero la hacía bien.

—¿Puedes servir tú? —preguntó el anciano.

—Por supuesto.

Atagi destapó la bandeja en la que había pequeños rollitos de sushi envueltos en algas, y verduras de todo tipo como acompañantes. Dos cuencos de sopa *sumashi* y algunas frutas como postre.

—Mis comidas son muy ligeras, Atagi, como estás viendo, si te apetece algo más solo tienes que pedirlo.

—Por mí está perfecto, Hirawa-san.

—Mi estimado Atagi, antes que nada, te ofrezco mis disculpas por lo sucedido con tu hermano. Jamás imaginé que mi hija llegase tan lejos, pero está pagando por sus culpas. Eso tenlo por seguro, sea cual sea la condena, la aceptaré.

Ante la intención del anciano de ponerse de pie para arrodillarse, Atagi lo hizo primero y lo sujetó para que no lo hiciera.

—Por favor, no es necesario. Lo que sucedió no es culpa suya, usted no estaba enterado de nada. Hoy vine para proponerle algo que espero acepte.

—Tú dirás —pidió Hirawa, con humildad.

—Necesito que me dé una muestra de su ADN.

—¿Mi ADN? —preguntó extrañado Hirawa.

—Existe la posibilidad de que Ohime no sea hija suya. ¿No lo había pensado?

Hirawa guardó silencio por unos instantes. Claro que lo había pensado, pero no en el sentido literal. Ahora ya no era una pregunta retórica, ¿cómo era posible que una hija suya fuese capaz de ser una asesina?

—Me duele decirlo, por momentos se me cruzó la idea, aunque lo dudo. Cuando Emi la concibió ya llevábamos dos años de matrimonio.

—Esa no es una prueba contundente, Hirawa-san.

—¿Cómo puedo comprobarlo?

—Tengo un kit para pruebas de paternidad. Antes de que empecemos a comer tomaré muestras de saliva de su boca. Eso será suficiente.

Atagi sacó del maletín el estuche que contenía el kit. Después de frotar los hisopos por el interior de cada mejilla indistintamente, los

metió en los correspondientes sobres. Hirawa firmó la autorización y Atagi rellenó los datos necesarios.

—¿Eso es todo?

—Sí, Hirawa-san. Dentro de unos seis días tendremos el resultado, a su hija le deben estar practicando la prueba en estos momentos, si no se la han hecho ya. Ambas tomas se enviarán al mismo laboratorio.

—Hijo, la verdad, me tomaste por sorpresa. Pero sí, en realidad me gustaría asegurarme de que ella es hija mía, dado el caso de que no sea así, querrá decir que no formé parte de la concepción… —Hirawa bajó los ojos e hizo un gesto con la boca—. Será lo que deba ser —dijo—. Comamos. Que esto no nos quite el apetito.

Y aunque ninguno de los dos sentía deseos de hacerlo, probaron un poco de cada cosa.

41 – La presentación, Atagi, Hana y Haruto

La muestra de la presentación del desfile encantó a Atagi, tanto los modelos masculinos como femeninos hicieron que la ropa luciera elegante, aunque no tuvieran el cuerpo perfecto ni la estatura que se acostumbraba en los desfiles de moda. Los colores elegidos les daba la apariencia de un lujo silencioso, como llamaban los diseñadores a ese estilo y, antes que nada, la sobriedad del color camello, el negro, el blanco, el rojo borgoña, el beige… la sutileza de los diseños, todo se compaginaba con la nueva imagen de las tiendas NaGa.

Satisfecha con la acogida que los Miyoshi habían dado a la presentación, Hana se sintió más segura. Esperaba con ansias el día del lanzamiento en los centros comerciales.

Atagi invitó a Haruto y Hana a cenar en un selecto restaurante en las inmediaciones de Ginza; evitaron pedir licor y la cena transcurrió entre risas y brindis con agua mineral. A ellos no les hacía falta el alcohol para entrar en ambiente y la conversación surgía de un tema y otro con facilidad. Era lo que más le gustaba a Atagi de Hana. Haruto observaba el rostro arrebolado de ella y presentía que algo sucedía entre ambos. A él le agradaba Hana, eran casi de la misma edad, y tenían mucho en común, pero ella parecía interesada en Atagi y esa noche lo confirmó.

Al terminar la cena cada cual tomó su coche. El 15 de diciembre era el día del lanzamiento de la campaña y estaban a cuatro días. Si todo salía como esperaban, las acciones del holding Nagayoshi empezarían a cotizarse a mejor precio y se habría ganado la confianza de la junta directiva. Recordó que las pruebas de paternidad de Hirawa estarían al día siguiente y llegarían a su oficina. Ardía de curiosidad por saber el resultado. Su padre estuvo en contacto con Hirawa durante esos días y, al parecer, el anciano esperaba paciente los resultados. Había dicho que dependiendo de ellos tendría que hacer modificaciones en su testamento. Dentro de

dos días Atagi cumpliría veinticinco años, y su deseo era celebrarlo en intimidad con Hana. Solo pensarlo lo hacía feliz. ¿Por qué? Él mismo no lo sabía. Eran muchos acontecimientos, pero a él no lo apabullaban, todo lo contrario, le gustaba verse inmerso en ellos.

Okura lo vio llegar tarde, su aspecto denotaba felicidad. Supuso que Atagi había encontrado el amor. ¿Quién sería?

—Ahhh… Okura, me siento como nunca antes —dijo en cuanto lo vio de pie en el pasillo que conducía a su alcoba. Se detuvo y como si recordase algo agregó—: ¿Sabes? el libro que me mostraste dice la verdad. Mi padre ya sabía lo del búnker.

—En ese libro se narra la historia de su familia, amo Atagi. Perdone que me haya atrevido a leerlo.

—Por favor, Okura, eres libre de leer lo que desees. Esta es tu casa. ¿Sabías que la mujer con quien supuestamente me casaría es la asesina de Yoshiteru? —dijo de súbito.

—Algo he escuchado, amo Atagi. ¿Cómo íbamos a suponer que ella era quien lo había asesinado? —Okura había utilizado el plural en el que se había incluido. Aquello enterneció a Atagi.

—Y puede ser que haya más sorpresas, Okura. Mañana lo sabremos. Voy a tomar un baño, despiértame mañana a las seis. Tengo mucho que hacer.

Darse un baño por las noches era el ritual acostumbrado de Atagi, sus largos baños en la bañera los hizo también todos los años que estuvo en los Estados Unidos. Fiel a la costumbre japonesa, antes de entrar en la bañera se duchaba de manera meticulosa. Okura también solía hacerlo, permanecer en la bañera de agua tibia le permitía relajarse y meditar.

Esa misma noche Haruto y Hana llegaron a la casa de ella cada uno en su coche. Hana guardó el suyo en la cochera y él dejó el suyo fuera. Entre ellos había surgido una amistad que se había ido incrementando durante los meses que llevaban trabajando juntos. Haruto cubría muchas de las necesidades y requerimientos de Hana y viceversa, y ambos eran unos trabajadores cuya eficiencia rayaba en la perfección, para Atagi, acostumbrado a delegar, se habían convertido en su mano derecha.

Hana preparó café, lo llevó al salón, y dejó la bandeja sobre la mesa ratona.

—¿Te gusta Atagi? —pregunto Haruto de improviso.

—¿Atagi? Podría decir que es un joven interesante —dijo Hana después de pensarlo.

—Creo que él te admira.

—Ya lo creo que sí, aunque yo no merezca esa admiración, la verdad.

—¿Por qué dices eso? Eres una mujer increíble.

—Sé que piensas que entre nosotros existe una corriente de simpatía bastante fuerte y no te equivocas. Pero de ahí a…

—¿A qué?

—A algo más…

—Yo no insinué nada por el estilo, Hana.

—Bien. ¿De qué querías hablar conmigo?

—Ahora no estoy muy seguro. Cuando te lo dije esta tarde la situación era diferente.

—Dime, no importa.

—Me gustas —soltó de golpe Haruto—. Pero creo que lo estoy diciendo demasiado tarde.

Hana lanzó un suspiro y lo miró a los ojos.

—¿Crees que entre Atagi y yo hay algo?

—Es evidente.

—No hay nada. Él es joven y probablemente me admira por la forma en que soluciono las cosas, por mi buen desempeño y porque con mi ayuda podrá probar que es capaz de llevar adelante un trabajo que otros consideran de demasiada responsabilidad para él. Eso es lo que soy para Atagi.

—¿Quieres decir que eres libre?

—Siempre lo he sido, Haruto.

Él se acercó a ella y la tomó de la mano. Hana no opuso resistencia y no se apartó cuando él acercó su rostro. Haruto la besó largamente en los labios y fue correspondido con la misma intensidad. Las caricias se hicieron más atrevidas y Hana ofreció su cuerpo con docilidad. Desde la muerte de su marido no había sentido la presencia de un hombre, los brazos de Haruto le

proporcionaron un sentido de indefensión y de cobijo. Fueron a la habitación y se desnudaron con calma, como si ya lo hubieran hecho muchas veces y Haruto cubrió su cuerpo con el suyo.

A Hana se le había soltado el cabello y rodeaba su cara como una aureola negra que contrastaba con la exquisita blancura de su piel. Así la vio Haruto por la mañana, muy temprano, cuando despertó para ir a su casa antes de ir al trabajo. Le dejó una nota en la mesa de noche, no quiso despertarla. En el camino recordó los labios suaves de Hana, su cuerpo delgado pero fibroso, como el de una mujer más joven, de piel suave, y agradeció la experiencia. Sin embargo, así y todo, con su cuerpo desnudo junto al suyo, no pudo percibir ese algo que deseaba sentir. Fue como si ella hubiese estado en celo y necesitada de sexo. No hubo amor ni palabras. Aquello no era suficiente para Haruto. A su edad tenía experiencia como para diferenciar el sexo entregado por amor y el recibido por placer. Inspiró suficiente aire para llenar sus pulmones y exhaló con fuerza. Había sido una noche más, como tantas otras.

42 – Atagi y el resultado de la paternidad

La secretaria dejó en el escritorio de Atagi un sobre blanco de tamaño oficio. Atagi lo encontró media hora después cuando llegó a la oficina. Se fijó en el remitente y llamó a Haruto.

—Antes de ir a la reunión con la inmobiliaria, pasaremos por casa de Hirawa-san, Haruto.

En el camino lo llamó para informarle que iba con el resultado. Haruto condujo hasta la mansión de los Hirawa y aparcó el coche en la rotonda.

—Espérame aquí —dijo Atagi. Se apeó y de dirigió a la puerta principal. El mayordomo lo esperaba.

—Acompáñeme por favor —invitó y Atagi fue tras él.

Hirawa esperaba sentado a su escritorio. Atagi le alargó el sobre y el anciano lo abrió con parsimonia, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si quisiera retrasar el momento de la verdad. Su rostro surcado de finas arrugas denotaba fatiga, un cansancio que provenía de muy hondo.

Sacó las hojas dentro del sobre y leyó:

«La prueba de paternidad negativa indica que no existe ningún vínculo biológico entre el supuesto padre y la niña, se observa exclusión en 14 de 22 marcadores genéticos, por lo que en términos legales prevalece la hipótesis que consigna que Hirawa Isamu no es el padre biológico de Ohime sino cualquier otro individuo de la población».

Dejó la hoja con una serie de columnas en las que indicaban el tamaño de los alelos tanto del padre como los de la supuesta hija.

Hirawa cogió el teléfono con parsimonia y marcó un número.

—Llama a mi abogado —le dijo a su secretario. Y dirigiéndose a Atagi—: Voy a invalidar mi testamento. Haré uno nuevo.

Fue una reacción serena. El anciano se comportó como si de antemano hubiese sabido el resultado de la prueba.

—Hirawa-san, me retiro y dejo que continúe con sus ocupaciones.

—Muchas gracias, mi querido Atagi. Fuiste de gran ayuda.

Tras una inclinación, Atagi salió del despacho y fue al encuentro de Haruto quien esperaba en el coche.

Una vez a solas Hirawa pudo explayar sus sentimientos. El sollozo que llevaba reprimido desde hace días se escuchó como una cascada silenciosa, y lloró como un niño.

Ya en camino, Atagi llamó a su padre para informarle.

—No es su hija.

—Siento pena y alivio a la vez —murmuró Ryota.

De todos los percances que habían sucedido en su vida, Ryota jamás imaginó que algo así podría sucederle a una persona como Hirawa. Se preguntó cuántos padres habrían reconocido hijos sin saber si eran suyos. ¿Tal vez sería ese el motivo por el que un padre tenía predilección por unos de sus hijos y no por otros?, se preguntó. Si ese fuese el caso… Sacudió la cabeza y prefirió pensar en otra cosa. Sintió deseos de llamar a Hirawa, pero no sabía si sería un buen momento. Cuando iba a marcar su número recibió la llamada de su amigo.

—Ryota, necesito que vengas, ¿podrás hacerlo esta tarde a las cuatro?

—Ahí estaré, amigo.

Ryota escuchó la voz de Hirawa enronquecida, como si le costase hablar. ¿Qué querría decirle? Sentía pena por su anciano amigo, que no tuviese un heredero a quien dejarle el fruto de tantos años de trabajo era una verdadera tragedia.

Emi, desconsolada por lo sucedido a Ohime se hallaba encerrada en su habitación. ¡Había hecho todo lo posible para que su marido tuviese al menos un descendiente!, resultó ser una niña, pero él la acogió con entusiasmo. Y ahora estaba en la cárcel, acusada de asesinato. Si Isamu supiera… no quiso seguir pensando y cuando se disponía a borrar de su rostro los signos de haber llorado, la mucama tocó ligeramente la puerta.

—Hirawa-san, su esposo la solicita en el despacho.

—Iré enseguida.

Se miró al espejo y trató de recomponerse. Se pasó el cepillo por la melena corta y fue al encuentro de su marido. Entró al despacho y

se acercó al enorme escritorio de caoba. Vio la mano de su marido sobre unos folios. Él los deslizó hacia ella

—¿Qué dices a esto? —preguntó Hirawa.

Emi cogió las hojas y leyó.

—¿Cómo te atreves? No es verdad. Hay un error en esa prueba, Isamu, ¿cómo puedes siquiera pensar que Ohime no sea hija tuya?

—No se trata de lo que piense yo. El resultado de la prueba está ahí. —Señaló las hojas que ella tenía en la mano—. ¿Cómo fue que ocurrió? ¿Me has sido infiel todos estos años?

—¡No! No fue así. Isamu, tienes que comprender… —Emi supo que estaba derrotada—. Nosotros no podíamos tener hijos, y es probable que tú seas infértil, pero nunca quisiste hacerte las pruebas. Solo quería que fueras feliz… perdóname, pero lo hice por ti.

Hirawa no lo había visto desde ese punto de vista. Calló y preguntó, pensativo:

—¿Quién es el padre?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Fui a una clínica para que me hicieran una fertilización in vitro. Ellos nunca dicen quién es el donante, Isamu, yo jamás te fui infiel, ¡me atreví a hacerlo porque tú deseabas un hijo!

—Está bien, Emi, comprendo lo que hiciste, pero ya viste el resultado. La sangre que uno lleva es importante para la descendencia. ¡Quién sabe qué clase de sujeto habrá sido el padre de Ohime!

—Pero ella sigue siendo mi hija, Isamu, sé que lo que hizo es horrible, pero no puedo odiarla.

—¿Sientes algo por mí? ¿Alguna vez sentiste algo?

—¿Cómo puedes dudarlo?

—Ya no sé qué pensar. El dinero obnubila a la gente.

—¿Acaso tus otras esposas no se casaron contigo por tu dinero? —reaccionó Emi con resentimiento.

—Mi primera esposa, que en paz descanse, me conoció cuando yo era muy joven, apenas empezaba y había perdido a mis padres en la guerra y toda la fortuna que había heredado. Me encontré, por el

contrario, con muchas deudas impagas de mi padre. Empecé con una tienda en donde vendíamos de todo y debíamos más de la mitad a los proveedores. Ella tuvo que salir a trabajar a una fábrica de ropa para ayudar con los gastos y murió poco tiempo después. Creo que el esfuerzo fue demasiado para ella —recordó Hirawa con tristeza—. Mi segundo matrimonio ocurrió cinco años después. Yo todavía no era un comerciante próspero, pero era ambicioso. A ti te conocí cuando ya era millonario.

Hirawa no esperaba mucho más de Emi que de Ohime. Estaba visto que entre ellas la sangre era la misma. Emi no había tenido a Ohime para hacerlo feliz sino para asegurar su matrimonio por medio de una hija.

—Puedes retirarte, Emi. Es todo lo que quería saber.

Había hecho bien en hacerle firmar un acuerdo prenupcial. No la dejaría desamparada, pero no merecía seguir llevando una vida para la que no había trabajado. En buena cuenta, ella y Ohime habían sido unos parásitos.

Al apersonarse esa tarde en la casa de Hirawa, el mayordomo condujo a Ryota directamente al despacho.

—Siéntate Ryota. Eres, entre los amigos que tengo, la persona más allegada a mí. Quería que te enterases de qué irá mi testamento.

Ryota asintió incómodo. ¿Qué tenía él que opinar al respecto?, pensó.

—Como diga, Hirawa-san.

—He decidido dejarte los terrenos que te interesan.

—No sé qué decir —logró articular Ryota.

—Pues no digas nada, amigo. Es lo menos que puedo hacer en vista de lo que hizo Ohime.

—Gracias, Hirawa-san, la verdad…

—Me hubiese gustado que Atagi estuviera aquí —le interrumpió el anciano—. Preferí que tú lo supieras primero. Sabes que no tengo herederos, Emi, mi esposa, obtendrá un pequeño apartamento en alguna zona de Tōkyō y una pensión que le permita vivir desahogada. Por supuesto, Ohime no está considerada en mi testamento. Deseaba saber si tu estarías de acuerdo en fusionar mi

empresa con la tuya. Sé que será una tarea titánica llevar adelante todo, pero con una buena gestión podría ser factible.

—Lo que me ofrece es algo inesperado, Hirawa-san, y te lo agradezco, pero ya ve, yo tampoco soy tan joven, y no sé si Atagi será capaz de llevar a cabo una tarea semejante.

—Estoy seguro de que sí. Él sabe delegar, he visto cómo se desenvuelve, ¡Ah… amigo, que suerte tienes de ser su padre!

Una nube de tristeza cruzó por los ojos de Ryota. ¡Si Yoshiteru siguiera con vida, Atagi habría podido ser su guía! ¿De qué servía tanto dinero si no podía compartirlo con sus seres queridos?

Como si supiera lo que estaba pensando Ryota, Hirawa se puso de pie con dificultad y puso la mano en el hombro de su amigo. Ryota vio las lágrimas en sus mejillas y no pudo impedir que las suyas vieran la luz. ¡Qué ancianidad tan triste! Esperaba que la suya fuese diferente. Ya no quedaba nada del Hirawa duro y prepotente de antes. Se preguntó si valía la pena haber acumulado tanto dinero durante toda una vida de esfuerzo. Al final a la tumba solo se llevan los huesos que quedan de uno, caviló.

Comprendió la necesidad que había tenido Hirawa de concertar una boda entre Ohime y Atagi. Siempre tuvo la idea de fusionar las empresas y por qué no decirlo, él mismo también paseó por su mente tal pensamiento.

—Querido amigo, quiero que hagamos un pacto —dijo Hirawa.

43 – El apartamento

Dentro de todas las ocupaciones que tenía para ese día Atagi, una de ellas era visitar un apartamento que la inmobiliaria de la empresa había seleccionado para él. Aunque le encantaba vivir con sus padres, pensaba que ya era tiempo de vivir solo. Todavía no les había manifestado a sus padres los deseos de irse de casa, pero tendrían que aceptarlo. Okura se iría con él, era indispensable en su vida.

Uno de los motivos era que Hana y él podrían tener intimidad en el caso de que… ¿ella sentiría lo mismo que él?, se preguntó sobresaltado. ¿Acaso estaba adelantándose a los hechos? Pero ya estaban en camino y no iba a dejar plantado al agente. Quiso ir con su asistente Haruto, su opinión podía ser interesante, además, se sentía tan feliz que deseaba compartir ese sentimiento extraño que lo embargaba con alguien, aunque no le dijera el motivo. No era necesario que lo supiera. El apartamento elegido se situaba en Akasaka, muy conveniente por la cercanía al trabajo y la zona comercial de Ginza y, sin embargo, era un lugar tranquilo. Aunque el entorno no le convenció porque Atagi estaba acostumbrado a vivir sin construcciones altas a su alrededor, decidió visitarlo, al menos tendría una idea de lo que podía esperar.

El hombre que los atendió los llevó por las instalaciones del edificio, señalando aquí y allá cuando había algún motivo, como las paredes cubiertas por grandes losas de mármol de Carrara, al igual que los suelos, las paredes de vidrio de seguridad del hall de entrada, el gimnasio con equipamiento de última generación y las zonas verdes de la planta baja. La vista desde la cuarta planta no era muy apetecible. Se veían los techos de algunas construcciones y más edificios altos un poco más allá. El apartamento constaba de dos dormitorios y dos baños, un amplio salón, una terraza cubierta y demás servicios repartidos en ciento setenta y seis metros

cuadrados. Le hizo recordar al apartamento que ocupaba en Cambridge.

—La vista es lamentable —objetó Atagi de primera impresión—. Y dos dormitorios… —Pensé que había dejado claro que debía tener al menos trescientos metros.

—Miyoshi-san, en esta zona es poco probable encontrar un apartamento de esas dimensiones. Tal vez requiera un *townhouse*, pero no estará cerca de Ginza. De todos modos, tengo otros apartamentos que mostrarle, hay uno en la planta veintiséis en Roppongi, al menos le dará una vista espectacular de la ciudad, pero solo es de noventa y nueve metros cuadrados, dos habitaciones y un baño.

—Avíseme cuando se presente alguno con los requerimientos que solicito —dijo Atagi—. Puedo esperar.

—Muy bien, Miyoshi-san. Me pondré en contacto con usted.

—Yo vivo en un apartamento de dos habitaciones y un baño y no lo encuentro muy complicado —dijo Haruto cuando se retiraban.

—No viviré solo, Okura vendrá conmigo, y aunque viviese solo no creo que pueda acostumbrarme a vivir en una caja de fósforos. ¿Un baño? Si tengo visitas… qué asco.

A Haruto le divirtió la faceta de Atagi que no conocía. ¿Qué pensaría Hana de eso?

De regreso a la empresa Haruto pasó por la oficina de Hana. Ella lo saludó como todos los días, sin dar muestras de que entre ellos hubiese ocurrido algo más. Aunque había previsto aquella reacción, su actitud lo decepcionó. Él por su parte tampoco reveló nada que ella pudiera tomar como una actitud diferente a la que habían tenido siempre. Pensó que era probable que Hana estuviese acostumbrada a relaciones libres, sin compromiso, al fin y al cabo, era una mujer independiente. Al final del día ella se le acercó y lo invitó a tomar un café. Caminaron hasta la cafetería más cercana y eligieron una mesa lejos de los demás.

—Haruto, no quiero que mi actitud sea motivo para que pienses que soy una mujer, ¿cómo diría?

—¿Depredadora? —dijo él.

—Exacto. Creo que es la palabra adecuada. No lo soy. Eres el primer hombre con el que he hecho el amor desde que falleció mi marido.

—Aquello no fue hacer el amor —puntualizó él—. ¿Fue una necesidad? Hana bajó la mirada.

—Me avergüenza decirlo, pero creo que fue así. Lo que quiero decir es que no…

—Comprendo, Hana. No tienes por qué justificarte, te agradezco que hayas aclarado la situación para no hacerme ilusiones.

—¿Tú…?

—Sí. Pensé que podría haber algo más serio entre nosotros, pero está bien.

—Perdóname por no haber tomado en cuenta tus sentimientos, Haruto. La verdad, no creí que sintieras algo por mí. ¡Lo siento!

Haruto tenía la mente en otra parte en esos momentos. Pensaba que unos nacieron para ser protagonistas y otros para tener los papeles secundarios. Tal vez debería conformarse. Los japoneses estaban aleccionados para resignarse cuando las cosas no tenían solución. No ganaba nada con luchar contra la corriente y fue lo que hizo. Hana no había sido consciente hasta ese momento de que tal vez Haruto tenía razón al creer que Atagi y ella se gustaban. Aquello le aceleró el corazón. No había sombra de decepción en el rostro de Haruto, sino más bien un extravío, o tal vez una soledad que a Hana le pareció conmovedora. Alargó el brazo con intención de tocarlo, pero él lo impidió con un movimiento elegante.

—Hana, no hagamos de esto una tragedia. Las cosas son como son y las acepto.

Poco después salieron a atardecer cubierto por un cielo con nubes de algodón sucio, manchado, que hacía juego con el viento frío, áspero como la lengua de un gato. Cuando Atagi llegó a la oficina al día siguiente notó el ambiente enrarecido. Una tensión invisible entre Haruto y Hana. Ambos sentados a la larga mesa en la que la secretaria había colocado con cuidado los informes del día. Miradas sesgadas, sonrisas forzadas y la falta de camaradería habitual que acompañaba las reuniones parecían haberse esfumado. Aquello le

hizo sospechar a Atagi que tal vez entre ellos se había roto algo, pero ¿qué? ¿Acaso tendrían algo que podía romperse?

44 – El testamento de Hirawa

Un día antes de la presentación de los modelos al público, justo el día de su cumpleaños, Atagi y su padre fueron a casa de Hirawa. El anciano los esperaba para darles a conocer su testamento. A las nueve de la mañana se encontraban en la puerta en la que ya esperaba el mayordomo. En el despacho se encontraban dos testigos y el abogado, un hombre entrado en años de traje negro a rayas diplomáticas y pajarita. Sus gafas magnificaban sus ojos.

—Mi querido amigo, llegaste. Por favor, siéntense —invitó Hirawa y dirigiéndose a todos los presentes anunció—: mi abogado leerá el testamento.

Después de los respectivos saludos, ambos se sentaron en el largo sofá frente al abogado, en el que ya estaba Emi. Detrás de ellos, en una fila de sillas se hallaban sentadas las personas que laboraban en la casa.

Hirawa permaneció en el sillón que acostumbraba ocupar. La lectura del documento incluía una larga lista de bienes, los cuales seguirían siendo administrados por el testador, Hirawa Isamu, hasta el día de su muerte. Las empresas encabezadas por el presidente Hirawa Isamu pasarían a formar parte del holding Nagayoshi y se nominaría a Miyoshi Atagi presidente de la junta directiva al término del mandato del actual al finalizar el año en curso. La moción sería respaldada por Hirawa Isamu. La totalidad de sus acciones pasarían a ser propiedad de Miyoshi Atagi, que correspondían al 65% de las acciones de la empresa y este debería someterse a la votación de la junta de accionistas para determinar su elección.

También leyó lo concerniente a su esposa Hirawa Emi, quien recibiría una casa, un coche y una pensión vitalicia. En el testamento se incluía a los servidores de la casa y en eso el anciano Hirawa había sido bastante generoso al no tener más familiares. La herencia les sería entregada cuando él falleciera, mientras tanto, seguirían ocupando sus puestos de trabajo. En el caso de Emi, ella podría

seguir viviendo allí hasta el día de la muerte de Hirawa. La mansión sería vendida y la ganancia obtenida sería donada a un orfanato. Su abogado fungiría como albacea. Al no existir otros herederos, el albacea rendiría cuentas a Miyoshi Ryota y en caso de que éste falleciese, sería sustituido por Miyoshi Atagi.

—Pueden retirarse —dijo Hirawa al terminar la lectura del testamento, dirigiéndose al personal de la casa—. Por favor, Emi, déjanos solos —agregó.

Emi se puso de pie. Había perdido su habitual arrogancia y su incomodidad era evidente. Salió del recinto sin emitir una palabra. Detrás de ella salieron los demás después de dar las gracias en conjunto con una profunda reverencia. Al final, el mayordomo hizo lo propio, salió y cerró la puerta de doble hoja.

Atagi se dirigió a Hirawa.

—Hirawa-san, me siento muy agradecido por concederme la totalidad de sus acciones. No sé si soy la persona más adecuada para recibirlas.

—Sí lo eres, Atagi. Es tu cumpleaños y ese es mi regalo, si hubiera tenido un hijo se las habría dado a él. Te las cedo con gusto y en uso de todas mis facultades mentales. Y te agradezco por ser depositario de tantas responsabilidades.

—Haré lo mejor para todos, Hirawa-san —dijo Atagi y se inclinó. Al enderezarse, exclamó: *Gambatte kudasai!*

Una frase que engloba el espíritu japonés, un impulso a dar lo mejor de uno, a no rendirse, a enfrentar los desafíos con dignidad y coraje, que Hirawa recibió con complacencia.

—Firmemos el acuerdo de transferencia de las acciones. Está especificado el número de ellas, el precio por acción y la fecha de hoy. Una vez firmado irá al libro de registro de accionistas.

Una vez hecho eso, el abogado le entregó a Atagi el certificado de acciones a su nombre. Los dos testigos firmaron el documento donde figuraba el acuerdo y la entrega, se despidieron y salieron del despacho, junto con el abogado.

—A ti, querido amigo, te obsequio como regalo personal el Jardín Iluminado por la Luna —dijo dirigiéndose a Ryota—. Aquí tienes los documentos que te acreditan como dueño y señor de esos terrenos.

Ryota se quedó sin palabras. Esperaba que se los vendiera, un regalo de esa magnitud era algo inesperado.

—Gracias, Hirawa-san, no sé si merezco ese valioso regalo… Tal vez deberíamos convenir un precio.

—¿Qué ganaría yo con eso? La fortuna es lo que menos me interesa ahora que estoy con un pie en la tumba. Quiero vivir en paz y tranquilo el tiempo que me queda. Mereces eso y mucho más. Un hijo es lo más valioso que tenemos, y tú perdiste el tuyo por mi culpa.

—No diga eso. Yo jamás lo culpé por la muerte de Yoshiteru.

—Mi ineptitud de concebir hizo que Emi recurriera a una inseminación artificial y Ohime es el resultado, así que soy responsable. Toma, estas son las llaves. Daré la orden para que te dejen entrar al parque como el nuevo propietario.

—Gracias, Hirawa-san —fue todo lo que dijo Ryota. No sabía qué más agregar.

—Ohime fue declarada culpable como autora intelectual de la muerte de Yoshiteru y también el hombre que contrató para que cortase la manguera del líquido de frenos. Hubo otra acusación que descubrió la policía, y fue el conato de extorsión por parte de Ohime a Atagi —Hirawa giró el rostro hacia él—. A quien agradezco en su intento de no mortificarme al no decirme nada al respecto. No sé quién interpuso la denuncia, pero estoy seguro de que no fuiste tú, Atagi.

—Bueno, Hirawa-san, como tuve que lidiar con los hombres que envió Ohime por mí y por un amigo, quien resultó herido, tal vez él lo haya hecho.

—En todo caso, se presentaron pruebas contundentes —dijo Hirawa.

Atagi supo que Shinoda Kenichi estaba metido en el asunto, pero se abstuvo de decirlo, lo último que deseaba era que lo relacionaran con la Yakuza.

—Siento tanto todo lo que ha sucedido, Isamu —dijo Ryota.

—La sentencia será dictada el lunes próximo y será de cadena perpetua en ambos casos. Hablé con el fiscal para que conmutase la pena de muerte. —Hirawa no mostraba sus sentimientos al referirse

a su hija Ohime, pero en sus últimas palabras se le quebró la voz—. La crie desde que nació. Jamás creí que… —No pudo seguir hablando. Sacó un pañuelo de un bolsillo y se enjugó las lágrimas—. Yo no estaré presente en el juzgado, pero no por eso me libraré de los medios. Temo que aquello por lo que he trabajado toda mi vida se arruine.

—Campearemos el temporal juntos, Hirawa-san. Yo también daré declaraciones para eximirlo de toda culpa, no es justo que todo esto le esté sucediendo.

Ryota se acercó a Isamu y lo abrazó. Al anciano se le humedecieron los ojos. ¡Hacía tanto tiempo que no recibía una muestra de aprecio! Ryota sintió sus frágiles huesos a través de la tela y lo invadió una profunda impotencia por no poder hacer nada por aplacar su desdicha.

Atagi consideró apropiado retirarse y salió del despacho en silencio dejando a los dos amigos compartir sus penas.

45 – Atagi y Hana

Como habían deseado, el lanzamiento de la nueva línea de NaGa tuvo el éxito esperado. El desfile se llevó a cabo en cada centro comercial donde existía una tienda NaGa, en Tōkyō y en el resto del país. Los *influencers* de las plataformas YouTube, Instagram y TikTok multiplicaron la publicidad, tal como había esperado Hana, y las tiendas no daban abasto para suplir la demanda. La idea de Atagi de complementar con las ventas en línea tuvo un éxito rotundo, especialmente entre la gente joven, y una semana después, Hana y Atagi se encontraban exhaustos en el salón de descanso del despacho, frente a dos reconfortantes capuchinos.

—Ha sido una semana de locos —dijo Atagi mientras se llevaba la taza a la boca.

—A medida que los días transcurran, todo irá sistematizándose y habrá menos errores. Creo que los chicos lo están haciendo bien, la gente está encantada con los asesores de imagen.

—Fue buena tu idea de poner a algunos de mediana edad.

—Sí, no toda la línea está pensada para gente joven. Y eso incluye a los cosméticos. El porcentaje de compradores es más alto entre los mayores de treinta.

—Estoy agotado, y para que yo lo diga, en realidad debo estarlo —comentó Atagi dando un bostezo.

Su reloj marcaba las nueve de la noche.

—Igual yo. Esta semana no tuve tiempo ni de ir al gimnasio, espero que la semana que viene sea más calmada, al menos para nosotros.

Dejaron las tazas vacías sobre la mesilla y salieron de la oficina. Haruto ya se había retirado y para Atagi, era comprensible; el hombre no había parado en todos esos días, haciéndose cargo y solucionando las fallas que se iban presentando, las que nunca faltan cuando se hace algo novedoso. Los días sábados y domingos incrementaba el público en los centros comerciales; estaban a

viernes y, gracias a Haruto y su equipo, todo empezaba a marchar como un engranaje bien aceitado. Atagi decidió otorgarles un bono especial a Haruto y a Hana.

Durante el trayecto a casa, pensó en Hirawa. En esos días no había tenido tiempo para hacerlo, ni siquiera para meditar acerca de la responsabilidad que suponía hacerse cargo de un holding que incluyera a las empresas Hirawa. Jamás imaginó recibir acciones tan valiosas como regalo de cumpleaños, ni su padre le había hecho un regalo tan espléndido, claro que se presuponía que algún día todo sería suyo, pero las acciones que tenía en Nagayoshi las había adquirido él de su propio bolsillo. En esos momentos ya era un hombre rico sin tener que depender de la empresa de su padre, y si él quisiera, podría retirarse sin trabajar y dedicarse a holgazanear el resto de su vida. Se había hecho justicia por la muerte de su hermano, aunque mil veces hubiese preferido que estuviera vivo. La maldita Ohime pasaría el resto de sus días en prisión, y le extrañó no sentir satisfacción. No se alegraba, solo una pregunta acudía a su mente: ¿por qué lo hizo? ¿Qué ganaba ella con eso? Le pareció absurdo que el motivo fuera porque Yoshiteru era gay y no deseaba casarse con ella. Un día de esos la visitaría y le haría la pregunta en persona.

Al recordar lo acontecido en casa de Hirawa el día de su cumpleaños, le pareció que todo había sido un sueño de tantas cosas como habían sucedido desde ese momento. Recordaría el 2019 como uno de los años más intensos de su vida. Al día siguiente daría un paseo por los centros comerciales para ver cómo iban las cosas, sabía que no era necesario, pero de todos modos lo haría. Esa noche dormiría como un tronco.

—Okura, mañana despiértame a las diez —dijo en tono cansado al llegar a casa y, por primera vez, fue a su cama y se lanzó al lecho vestido como estaba. Okura entró momentos más tarde, lo arropó y salió.

Doce horas después, fue despertado por Okura.

—Buenos días, amo Atagi, le prepararé el baño. ¿Qué desea desayunar?

—Buenos días, Okura —saludó desperezándose—. Prepárame el baño para cuando regrese dentro de media hora. Iré a trotar. ¿Podemos tomar un desayuno americano? Tengo ganas de comer huevos, beicon, tostadas y panquecas con miel.

—Por supuesto, joven Atagi.

—¿Ya desayunaste?

—No.

—Me gustaría que lo hicieras conmigo.

—Con mucho gusto, amo Atagi. Será un placer.

Mientras Atagi trotaba por los alrededores de Den-en-chōfu, pensó que Okura era como un padre para él. Debía contar con la misma edad del suyo, pero la relación con él había sido mucho más cercana que con la de su progenitor. Okura era imprescindible en su vida. Lo llevaría con él adonde fuese.

Aquello llevó sus pensamientos a la compra de un apartamento y a Hana. ¿Qué le atraía de esa mujer? ¿Acaso la seguridad que emitía en cada palabra o acción que tomaba, o su perfil delineado, sus ojos almendrados que parecían que al mirarlo se le estuviera insinuando…? Había visto esa mirada en algunas de las chicas, cuando las llevaba a la cama, en sus tiempos de Harvard. Era el tipo de mirada que invita, que espera para ser poseída. ¿Cómo era posible que Hana lo mirase así? Tal vez eran ideas suyas, lo más probable era que ella ni siquiera se sintiera atraída sexualmente por él. Pero ¿y el beso? Estaba seguro de que ella había correspondido a su beso de despedida aquella noche. No podía haberlo imaginado, y de ser cierto, ¡en qué forma! Pero parecía que todo aquello había sido producto de su imaginación, de su deseo, de las ganas de él como hombre y con las hormonas propias de su edad. Era consciente de que le faltaba el atractivo de Haruto, quien siempre se llevaba todas las miradas de admiración a su paso.

Fue un agradable desayuno con Okura, hablaron del libro familiar, del daimyō Miyoshi Nagayoshi, a quien su asistente parecía admirar tanto, un guerrero samurái que por un tiempo ocupó el cargo de shōgun de facto en un período ancestral, y de sus múltiples batallas en las que salía victorioso. Sintió que había retrocedido en el tiempo, cuando Okura le narraba cuentos infantiles para hacerlo dormir. En

ese caso era diferente, la historia familiar formaba parte de la historia de Japón y Nagayoshi había sido un hombre brillante. Un tensai, como lo denominaba Okura con orgullo. Era probable que su padre supiera la historia familiar, de ahí el nombre de la empresa. Y así era. A cada cabeza de familia le tocaba completar la parte que le correspondía. Algo que Atagi todavía no sabía y tampoco Okura.

Fue agradable escuchar los comentarios de la gente en los centros comerciales, todo indicaba que la campaña marchaba de acuerdo a lo estipulado, y cuando vio a Hana caminar entre el gentío supo que no había sido el único en tener la idea de darse una vuelta por las tiendas. Ya era tarde para almorzar y muy temprano para cenar. A Atagi se le ocurrió algo. Llamaría a su padre.

—Padre, ¿podría dar un paseo por *Tsukiakari no Niwa*?

—¿Quieres verificar lo que hay en el búnker?

—No, eso lo dejo para usted, el parque es suyo. Solo me gustaría pasear con una amiga por un lugar tranquilo, en donde no haya turistas con cámaras por todos lados.

—¿Una amiga? Comprendo. Pasa por casa, le daré las llaves de la Casa del Té a Okura para que te las entregue. Y ordenaré a los guardianes que te dejen entrar. Estoy saliendo con tu madre a hacer una visita.

—Gracias, papá.

A Ryota se le enterneció el corazón. El único que lo llamaba así había sido Yoshiteru. ¿Quién sería la amiga de Atagi? Esperaba que al menos cumpliese con ciertos requisitos.

Poco después, Atagi pasó por su casa y le dijo a Hana que esperase en el coche. Ella lo vio perderse detrás de la impresionante puerta tallada y contempló la fachada de piedra de la mansión. En ese lugar se respiraba lujo. El coche estaba situado en un estacionamiento al aire libre para invitados, y justo frente a la entrada, un porche techado sostenido por sendas columnas cuadradas de piedra daba majestuosidad al enorme caserón. Para Atagi, pensó Hana, vivir en un ambiente como ese era lo natural, no algo excepcional ni que había que admirar. Sin embargo, pese al lugar privilegiado que ocupaba en la sociedad, su comportamiento era sencillo y cortés, a su manera. Una cortesía condescendiente,

propia de la gente de poder. Y eso se le notaba en cada movimiento, porque toda su vida él había estado rodeado de personas a su servicio. Hana lo había visto en encuentros con presidentes de empresa, miembros de la asamblea, políticos y gente de alto nivel en general, y tratarlos como sus pares, sin el gesto humilde indicativo del estrato social bajo con el que los demás saludaban con genuflexiones para rendir pleitesía. Y eso la había fascinado.

Hana abrió el bolso y contempló el regalo que le tenía reservado desde el día de su cumpleaños. No tuvo tiempo de entregárselo porque él desapareció por varias horas y ella se encontraba enfrascada en asuntos relacionados con el lanzamiento de la campaña.

Era un fino brazalete de oro de 24 quilates con un pequeño diamante incrustado en el centro. Lo había diseñado ella y mandado a hacer en una conocida joyería. ¿Qué se le podía regalar a un hombre que lo tenía todo? Y por un momento pensó que el regalo era excesivo. Un obsequio no acorde con la posición e ingresos del donante era ridículo. Y aunque su situación no era la de cualquier asalariada, tampoco estaba a la altura de la de Atagi. Lo pensó mejor y guardó el estuche en el fondo de su bolso. No mencionaría el cumpleaños. Era lo mejor. Él habría recibido regalos extraordinarios. Tal vez más adelante le obsequiase un libro.

Atagi salió con unas llaves en la mano que depositó en la consola. Se dirigieron a las afueras de Tōkyō y, al llegar ante las rejas, un vigilante las abrió para que penetrara el coche. Hana se volvió hacia Atagi. Y él sonrió.

—Este lugar es *Tsukiakari no Niwa*; aquí no encontraremos la horda de turistas nacionales y extranjeros que acostumbran pulular por las calles y parques de Tōkyō. Es un parque privado.

Hana no salía de su asombro. ¿Quiénes eran esos millonarios que podían darse el lujo de tener un enorme terreno como ese en una ciudad atestada, donde el metro cuadrado estaba valorado en un millón de yenes? Y *Tsukiakari no Niwa* estaba a pocos minutos del centro de Tōkyō.

—¿El parque es de ustedes?

—Sí, pertenece a la familia —dijo Atagi como si le hubiera preguntado por la dirección del cruce de Shibuya.

Dejaron el coche en el estacionamiento y caminaron por los senderos del parque, un lugar de ensueño, al más puro estilo japonés, con espesos árboles que guardaban la privacidad y serpenteaba por todo el perímetro de aquel Jardín Iluminado por la Luna, que por un capricho de Miyoshi Masaru en los años treinta había sido diseñado por los mejores paisajistas de la época. Hirawa lo había reconstruido y el resultado era exquisito.

—Esto es sencillamente increíble —dijo Hana contemplando uno de los tantos estanques donde se mostraban los crisantemos y las peonías *moutan*, que florecían en otoño e invierno. Más allá, un largo camino enmarcado por cerezos en floración tardía llamó su atención—. ¿Cómo era posible?

—El parque está diseñado con plantas que florecen tanto en primavera como en invierno, para que siempre se vea colorido —explicó Atagi—. Esos cerezos son de la variedad llamada *shikizakura*; hemos venido en la mejor época porque estamos a finales de noviembre. Volveremos en primavera para que puedas disfrutar del esplendoroso colorido de la naturaleza.

—¿Qué es aquello de allá, a lo lejos?

—Es la Casa del Té.

Se encaminaron hacia allí por el *roji*, el sendero de piedra que conecta el mundo exterior con el silencio interior del *Chashitsu*. La maceta con un viejo bonsái que marca el paso del tiempo custodiaba la entrada. Atagi saludó con una inclinación. Su tronco retorcido contaba historias invisibles, y sus hojas parecían murmurar secretos del clan Miyoshi.

Abrió la puerta con la llave que le había entregado Okura. Accionó el conmutador y una suave luz inundó el ambiente. El *chashitsu*, como se conocían en Japón a las casas de té, tenía una puerta en la que había que agacharse para pasar, para que las personas entrasen en actitud humilde. La ceremonia del té no es una simple manera de tomar el té. Consiste en una infinidad de detalles, desde la elección del té, que debía ser el *matcha* (té verde en polvo), pasando por el tipo de vestimenta que se debe usar, los utensilios, la decoración

que varía según las estaciones y, antes que nada, de la actitud del anfitrión.

Hana se acercó al llamado rincón del pergamino, en donde lucía uno colgado con los caracteres propios de la estación, otoño, y un poema escrito en él.

¡Como cala la tristeza
al leer el Sankushū
con la llovizna de otoño!
Sodō

Se trataba de un poema fúnebre que Sodō había dedicado a su amigo Bashō, ambos poetas.

Existe una extraña combinación en la filosofía japonesa. Ellos dan prioridad a la belleza en todo el sentido, tanto en lo físico como en lo intelectual, y aquella percepción les acompaña hasta en la muerte. La belleza incluye cualquier manifestación, ya sea el arte, la caligrafía, los poemas, la decoración, el comportamiento, muchos detalles que para un occidental no son percibidos de la misma manera. Pero bajo esa capa de magnanimidad y preferencia por lo bello convive el alma guerrera que se manifiesta en forma de obstinación, determinación, respeto y una tendencia a la obediencia que llega hasta el punto del fanatismo, un fanatismo por sus creencias ancestrales que dio pie al *seppuko*, una forma de suicidio que se llevaba a cabo en medio de un ritual en el que la belleza también formaba parte. No es raro que para un japonés el suicidio sea una forma de empoderamiento en lugar de rendición. Lo lleva en la sangre.

En la misma sangre que corría por las venas de Hirawa y que no pudo transmitir a sus descendientes. La belleza de los últimos años de su vida consistía entonces en decir adiós con un legado que, aunque no tuviera su sangre, sería recordado en los libros familiares de los Miyoshi. Fue el pacto que sellaron aquel día en la casa de Hirawa: *Prométeme que figuraré en los libros de los Miyoshi, descendientes de Miyoshi Nagayoshi.*

La belleza, el amor a la tradición, el culto a la palabra dada, el respeto y la honestidad forman parte indestructible del carácter japonés. Y Ryota seguiría las tradiciones milenarias que de alguna manera tenía incrustadas en su ADN. Y su hijo Atagi, aunque se rebelase ante aquellas formas y hábitos que le parecían obsoletos, algún día también las honraría.

El recinto en el que se hallaban en la Casa del Té era pequeño. Un pasillo conducía a un salón de dimensiones similares, en donde el anfitrión preparaba los dulces y utensilios para la ceremonia del té, una superficie aproximada de siete metros cuadrados. Era una de las configuraciones más pequeñas y tradicionales del *chashitsu*, diseñada para crear un ambiente íntimo, silencioso y profundamente simbólico. En el *chashitsu*, el fuego no solo calienta el agua, también ilumina el alma.

Por alguna razón, el ambiente en aquella pequeña casa era de recogimiento. Atagi se preguntó si bajo el suelo que pisaban estaría escondido el tesoro de Yamashita. No era el momento de averiguarlo y tampoco se habría atrevido a hacerlo. Tanto el Jardín Iluminado por la Luna como la Casa del Té eran de su padre y tendría que esperar hasta que él decidiese qué hacer para saciar su curiosidad. El tesoro no le interesaba, era el legado histórico que contenía el secreto lo que hacía que albergara el deseo de que todo aquello fuese cierto.

Era la primera vez que estaba en ese lugar y lo miró todo con atención, como queriendo captar hasta el mínimo detalle. Al volverse de improviso, se topó con Hana que estaba detrás de él. Ambos trastabillaron y él la sujetó para que mantuviera el equilibrio; al hacerlo, sus cuerpos se juntaron y Atagi tuvo el rostro de Hana pegado a su cuello, y de no ser por la solapa del abrigo que tenía levantada, habría podido sentir sus labios en la piel. Pudo percibir el aroma de su cabello. La soltó de los brazos y los pasó por su espalda, atrayéndola hacia él por completo. Hana no opuso resistencia. Levantó la cara y lo miró a los ojos. Esa mirada que a Atagi le parecía que era una insinuación. Sin saber por qué, tuvo miedo y se separó de ella.

—Lo siento —dijo—. Temí que fuera a dar al suelo.

—Gracias —dijo ella. Y él no supo si le agradeció por el abrazo o por haberla sujetado para que no cayera. No tenía mucha experiencia con las mujeres japonesas. ¡Eran tan diferentes de las occidentales! —Me gustaría asistir alguna vez a la ceremonia del té aquí.

—Sé que Hirawa hacía de anfitrión, según me contó Okura.

—¿Okura?

—Es mi asistente personal, era mi preceptor cuando yo era niño, está conmigo desde que nací. Salgamos de aquí, tenemos mucho que ver aún —dijo Atagi.

Es un niño rico que lo tuvo todo desde que nació, caviló Hana mientras caminaba a su lado. Nunca se había sentido tan en desventaja en su vida, y en esos momentos sentía que nada podía hacer. Se limitó a admirar el paisaje y no pudo evitar que la tristeza se reflejase en su actitud.

—Mi madre está programando una serie de *omiai*. Yo no estoy de acuerdo con esa costumbre —dijo Atagi—. Okura me lo dijo esta mañana.

—Pienso que es una práctica obsoleta. Parece que tus padres no aprendieron nada de lo sucedido con Ohime.

—Para ellos es importante que mi esposa pertenezca al mismo círculo social y económico que el nuestro. Qué tontería. Ya tenemos demasiado dinero, ¿para qué quieren agrandar la fortuna? Porque básicamente se trata de eso.

—¿Qué harás si te obligan?

—No pueden obligarme. Soy mayor de edad. Haré lo que yo quiera.

—Pero sin el respaldo de tu familia no eres nada.

—¿Sabía que Hirawa me hizo un regalo de cumpleaños?

—No lo sabía.

—Ahora soy dueño del 63% de las acciones del consorcio Hirawa. Puedo hacer lo que quiera con ellas, aunque él me nominará como candidato a la presidencia de la junta directiva una vez que se unan Nagayoshi y Hirawa.

—Me has dejado sin palabras. ¿No te parece demasiada responsabilidad? Es un regalo peligroso.

—Sé que puedo hacerlo y mi padre confía en que lo haré. Si siguen con la idea de buscarme esposa, dejaré la empresa, venderé las acciones y empezaré por mi cuenta.

Hana pensó en la pulsera oculta en el fondo de su bolso. ¡Qué tontería, comparada con los millones recibidos por Atagi! Se alegró de no tener que dársela.

Una ligera llovizna humedeció el ambiente y no llevaban paraguas. La tarde había oscurecido y las farolas de piedra que bordeaban los senderos empezaron a iluminarse.

—Este lugar es precioso —comentó Hana.

—Sí. Es una lástima que mi padre quiera convertirlo en un hotel de cinco estrellas. Sueña con un campo de golf y no sé cuántas cosas más.

—Sería una lástima, es cierto. Apresurémonos, creo que se viene un fuerte aguacero.

Hana corrió con agilidad por el camino de regreso y Atagi fue detrás de ella.

—¡Llegamos! —dijo Atagi triunfante al llegar al coche, como si fuera un niño.

Hana sonrió al mirarlo; en realidad era un niño. Para algunas cosas era un adulto, y para otras un niño, pensó con tristeza.

—¿Se siente bien? Tiene una cara como si se hubiera torcido un pie.

—No, Atagi, solo estoy un poco cansada.

—Vayamos a cenar —invitó él. No quería que el día junto a Hana terminase tan pronto.

La presencia de Hana le producía una inexplicable felicidad en él. Cenaron una comida sencilla en un restaurante cercano y después fueron al centro comercial en el que Hana había aparcado el coche y se despidieron. Atagi sabía que la vería el lunes, el martes y toda la siguiente semana y la siguiente también, y eso para él era suficiente. Hana, en cambio, sentía que cada día que pasara en el trabajo en contacto con él, sería una tortura. Se sentía enfadada consigo misma, reconoció que estaba locamente enamorada de Atagi.

El beso de la noche en su casa había despertado en ella deseos que hace tiempo no sentía. Culpaba a Atagi por haberse entregado a Haruto. Lo hizo porque sabía que nunca tendría a Atagi para ella. Lo de Haruto fue una especie de venganza, pero cuando pensaba en ello le daba rabia. ¿Cómo pudo hacerlo? La actitud racional que la caracterizaba desaparecía cuando se trataba de Atagi. Un joven que ni siquiera se atrevía a tratarla de tú.

46 – Atagi y Wakaba

Aroshi, la madre de Atagi, tenía anotados tres nombres en su libreta de apuntes. Pertenecían a hijas de buenas familias. Deseaba que su hijo eligiera a una de ellas para contraer matrimonio; Ryota no era un hombre tan joven y para él, tanto como para ella, la necesidad de que Atagi los hiciera abuelos era acuciante. Era el objetivo de las familias con fortuna: tener descendientes. Aroshi sentía lástima por Emi, la madre de Ohime; según lo que Ryota le había contado, ella concibió a Ohime para complacer a Hirawa, no porque le hubiese sido infiel. La compadecía por su hija, aunque al mismo tiempo odiaba a Ohime por haber asesinado a Yoshiteru. Si no fuese por ella, Emi seguiría siendo una buena amiga, pero no podía permitirse tener su amistad después de todo lo que había sucedido.

La empresa de Hirawa sufrió un descalabro cuando cundió la noticia en los medios acerca de lo ocurrido y, aunque él se distanció del problema, el mal ya estaba hecho. Las acciones cayeron y la junta de accionistas reclamaba una solución. El anciano Hirawa tuvo que dar una conferencia de prensa para aclarar los hechos y demostrar que su familia seguía siendo honorable y digna de la confianza que tanto los accionistas como los clientes y empresas vinculadas habían depositado en ella, y que lo ocurrido con su hija había sido producto de un cuadro depresivo que ella padecía. Y como los rumores no cesaban y los pedidos empezaban a cancelarse en una época del año que se suponía era la mejor, Atagi tuvo que hacerse cargo y decidió hacer un anuncio.

Citó a los accionistas a una reunión extraordinaria inmediatamente después de la conferencia de prensa de Hirawa, enviándoles una carta en la que les notificaba que poseía la mayoría de las acciones del consorcio y que tenía un anuncio que hacerles.

Acompañado de Hirawa, quien solo hizo acto de presencia, caminó hacia el estrado con su acostumbrado paso flexible y

elegante. Su juventud llamó la atención de los que se encontraban en el recinto y cundió el silencio.

—Buenas tardes, soy Miyoshi Atagi, CEO de Miyoshi Nagayoshi y actualmente accionista mayoritario del Consorcio Hirawa. El presidente Hirawa Isamu-san, aquí presente, debido a su edad y estado de salud, ha dejado en mis manos la presidencia temporal y me postula como presidente del consorcio hasta la elección de la próxima junta directiva y de accionistas que será a mediados del próximo año. —Un rumor recorrió la sala. Atagi guardó silencio y los miró uno a uno antes de proseguir—. Si alguno de ustedes está dispuesto a aceptar la responsabilidad de llevar adelante el consorcio, me gustaría que lo dijera en este momento y aceptaré su nombramiento.

Hirawa giró el rostro hacia él en un gesto de desconcierto. Atagi seguía de pie, impávido, esperando alguna respuesta.

—¿Cómo sabremos si lo que usted dice evitará la ruina del consorcio? En este momento las acciones están en su valor nominal —objetó un hombre de cabellos grises.

—Ese valor es simplemente un valor contable y no necesariamente refleja el valor real de mercado —objetó Atagi—. En todo caso, quien tiene más que perder soy yo, pero no pienso hacerlo; soy el principal beneficiario de las ganancias de la empresa, pero también asumo los riesgos financieros de la misma, incluyendo posibles pérdidas. Me gustaría que propusiera una solución y no que haga énfasis en lo que ya sabemos.

—¿Y qué propone usted, Miyoshi Atagi-san?

—Me propongo yo. Sé que por ahora todo es producto de rumores especulativos, pero las acciones de Miyoshi Nagayoshi han elevado su precio hasta casi duplicarlo desde que estoy a cargo del conglomerado. Si esa no es razón suficiente, me gustaría saber cuál es la opinión de ustedes al respecto.

No hubo nadie que respondiera. El tono convincente y firme de Atagi era elocuente y su presencia magnética. Atagi tenía luz propia, no estaba allí por ser «el hijo de». Su presencia escénica acaparaba la atención. Hirawa se dio cuenta de que había hecho una magnífica

elección. ¿Cómo podría él haber compaginado con Ohime?, caviló con amargura. Comprendió su reticencia a aceptarla.

Haruto, que se hallaba en una esquina del recinto, dijo por el micrófono:

—En vista de que no hay una oposición firme y de que ningún otro socio accionista se ha postulado para el nombramiento, damos por terminada la sesión y Miyoshi Atagi-san, quedará en el cargo de presidente del consorcio Hirawa.

—Muchas gracias por la confianza que han depositado en mí, espero cumplir con sus expectativas. —Hizo una ligera inclinación y salió. Tras de él, Hirawa, en una silla de ruedas conducida por su asistente, le dio el alcance en la oficina vecina a la sala.

—Estoy orgulloso de ti, Atagi, agradezco que hayas aceptado. Sé que lo harás bien.

Dicho esto, él y su asistente salieron.

La noticia se publicó esa misma tarde por todos los medios conocidos y digitales y fue la comidilla del público. Y como por arte de magia, las acciones del consorcio se estabilizaron y días después empezaron a subir.

—Veo que eres un Midas —le dijo su padre.

—No estoy dispuesto a que mis acciones vayan a la baja —replicó sonriendo Atagi.

—Tu madre quiere hablar contigo esta noche, por favor, llega temprano a casa.

Atagi se imaginó que sería acerca de lo que le había adelantado Okura. Después de lo ocurrido con la familia Hirawa, comprendió lo importante que era para sus padres que él contrajera nupcias y asegurase la descendencia. Yoshiteru estaba muerto y él era el único hijo en quien habían puesto sus esperanzas.

Camino a casa, sintió que se ahogaba. Las responsabilidades sobre él empezaban a atosigarlo. Entendía la necesidad de sus padres, pero ¿era ese el momento? Pensó en Hana. ¿Y si les decía que tenía ya elegida a una persona? Sonrió para sí meneando la cabeza. Tenía que hablarlo primero con ella.

Después de ponerse cómodo, fue al encuentro de su madre.

—Atagi, lo que tengo que decirte es muy importante. No respondas todavía, solo quiero que examines esto. —Le alargó tres folios. Cada uno exhibía la foto de una mujer y sus datos personales.

Atagi sintió como si estuviese en la oficina buscando personal. Examinó los tres folios y se los devolvió a su madre.

—¿A qué viene esto justo ahora, madre? Estoy sobrecargado de trabajo, ¿se enteró lo de Hirawa-san? Tengo sobre mis espaldas el peso de llevar adelante una empresa que no conozco y sacarla adelante. Creo que este asunto puede esperar.

—Tu padre y yo estamos angustiados, Atagi. Justamente por lo ocurrido con Hirawa. Si no tienes hijos, ¿a quién irá a parar todo por lo que estás trabajando?

—Soy muy joven, madre.

—Ya cumpliste veinticinco. Al menos conoce a alguna de ellas, esta vez no te estoy imponiendo a nadie en particular, será tu elección.

Atagi dio un suspiro de resignación. En ese momento, la idea era contentar a su madre. Volvió a examinar los folios y eligió al azar uno de ellos. Ni siquiera reparó en la foto.

—Gracias, hijo, no sabes cuánto me alegro. Sé toda la responsabilidad que tienes, pero estamos pensando en tu futuro. El nuestro ya está decidido, hemos hecho nuestra parte, ahora sigues tú, eres el heredero.

Atagi bajó los ojos, pensativo; su madre tenía razón. ¿Qué hacer? Casarse sin amor no era lo que él hubiera deseado. Volvió a pensar en Hana. ¿Y si ella lo rechazaba?

—Está bien, madre. Haré lo que digas.

Su madre concertó la cita para el día siguiente en un restaurante discreto en el que pudieran conocerse y hablar con tranquilidad. Okura se acercó a Atagi cuando él paseaba por el jardín. La luz de las farolas de piedra iluminaba su rostro y vio la tristeza en él.

—Amo Atagi, usted viene de una estirpe que debe continuar, no siempre podrá hacer lo que desee, pero comprendo por lo que está pasando.

—¡Qué puedes saber tú, Okura!

—Yo también he renunciado a algunas cosas en mi humilde existencia.

Atagi lo miró.

—¿Y por quién lo hiciste?

—Por usted.

—No debiste hacerlo —dijo Atagi, cortante. La culpa y la frustración marcaban sus palabras.

Okura sabía que él lo decía porque se sentía mal y no lo ofendió su actitud.

—Pero lo hice.

—Perdóname, Okura, no debí decir eso. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero me siento como un muñeco obligado a ir a donde otros quieren que vaya. La libertad que siempre he ansiado y que creí tener mientras vivía Yoshiteru ha desaparecido de mi horizonte. ¡Soy tan desgraciado!

—Amo Atagi, hace unos días lo vi feliz, llegué a pensar que estaba enamorado.

—Y creo que lo estoy, Okura, pero no sé si ella me corresponde. Y en todo caso, si así fuera, no pertenece a nuestro mundo. ¿Puedes creerlo? En pleno siglo veintiuno tengo que regirme por normas obsoletas…

—¿Y quién lo dice? ¿Por qué primero no declara su amor a la mujer de la que está enamorado? Así, una vez fuera de dudas, podrá tomar una decisión.

—Para todo necesito tiempo y es lo que no tengo. Debo encontrar el momento ideal.

—Amo Atagi, el momento ideal no existe.

Atagi lo miró sorprendido.

—¡Tienes razón, Okura!

Atagi cumplió lo que había prometido a su madre y se presentó en el restaurante tal como ella había concertado la cita. No recordaba el rostro de la elegida, solo sabía que su nombre era Wakaba y su apellido Minamoto, de manera que cuando vio entrar a una joven alta para la media japonesa, con el cabello suelto y brillante y una elegancia que hizo que las miradas girasen a verla, no supo que era ella hasta que se presentó frente a él.

Atagi se puso de pie.

—¿Minamoto Wakaba-san? —preguntó.

—Y tú eres el famoso Miyoshi Atagi-san —dijo ella con una sonrisa displicente. Dejó que el maître le acomodara la silla y se sentó.

Wakaba transmitía una sensación de comodidad, riqueza y prosperidad. Como si de su presencia emanara la tranquilidad y abundancia que otorga una vida de privilegios. Los mismos de Atagi. Y no parecía muy satisfecha con la situación.

—¿También te obligaron a estar aquí? —preguntó ella.

—Más o menos.

—¿Por qué no tratamos de pasar un buen rato, disfrutamos del almuerzo y nos vamos cada uno a casita? Después de todo, de eso se trata, ¿no?

—Sí. Vine solo a conocerte —acordó él, con la misma ironía en su voz.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo con alivio Wakaba

—¿Deseas beber algo en especial?

—No acostumbro beber. Agua mineral Fillico Jewelry estará bien.

El mesero se presentó con la botella y sirvió el agua en dos vasos de cristal tallado. Atagi observó la botella de Fillico adornada con cristales Swaroski y detalles dorados.

—Me encanta el agua del manantial Nunobiki —dijo ella.

Y tal como Shinoda Kenichi había hecho con él, y él con Hana, Atagi supo por sus modales y sus gustos que aquella no era cualquier mujer. Creyó recordar que contaba veintiséis años y había estudiado arquitectura. Una vez liberados de la obligación, la conversación fue fluida y compartieron risas y anécdotas estudiantiles. Para cuando llegó el postre, Atagi notó que no deseaba despedirse tan rápido y alargó la conversación una hora más. Wakaba resultó toda una sorpresa; la idea preconcebida que había tenido fue desechada y se alegró de la buena compañía. Al despedirse, ella sugirió:

—No sé si desees que volvamos a vernos, por si acaso te dejo mi número.

Él le alargó el móvil y ella lo anotó.

—He pasado un momento agradable y te lo agradezco, Wakaba —dijo Atagi al acompañarla hasta el coche donde esperaba su chófer.

—¡Hasta pronto! —exclamó ella a través de la ventanilla y le hizo un simpático gesto con la mano.

El encuentro con Wakaba resultó para Atagi un suceso inesperado. Al inicio se había mostrado indiferente y le había aclarado que estaba allí en contra de su voluntad, como él, y al estar los dos de acuerdo, las tensiones se aliviaron, *tal vez haya sido ese el motivo por el que estuvimos tan a gusto*, pensó.

Wakaba también se había sentido cómoda con Atagi; era un hombre interesante a pesar de su juventud y, a su manera, tenía cierto atractivo. Ya era raro que un solo hombre reuniera esas cualidades. ¿Cuál sería su defecto? Tal vez el no desear comprometerse. Sería de aquellos que preferían la libertad, lo cual para ella no sería nada agradable. No estaba dispuesta a compartir un marido con otras mujeres, aunque Atagi no parecía de los que fuesen mujeriegos. De pronto estuvo ansiosa por verlo de nuevo, pero tendría que esperar a que él la llamara, de lo contrario estaría en desventaja. Dejó sus pensamientos de lado cuando recibió una llamada de su madre.

—¿Cómo te fue?

—Bien, mamá. Atagi parece ser un hombre agradable, pero no te hagas ilusiones, él no estuvo muy interesado.

—¿Acaso no te mostraste amable? Hija, ¿hasta cuándo tendremos que esperar para que te decidas por alguien?

—En este caso no depende de mí, mamá. Tiene mi teléfono y tal vez me llame.

—¿Tal vez? —Su madre soltó un sonido ininteligible—. Es el mejor partido en la actualidad, ¿sabes cuántas mujeres quisieran estar con él?

Wakaba hizo un mohín de fastidio.

—Veremos qué sucede, mamá. Voy ahora a encontrarme con unas amigas, nos vemos más tarde en casa.

47 – Atagi, Wakaba y Hana

La campaña navideña estaba resultando exitosa. En el mes de diciembre se desató una fiebre de compras y el centro de Tōkyō parecía una enorme feria por la cantidad de gente venida de todos los países del mundo que pululaba por la ciudad. Para Atagi era una buena señal, pero él, íntimamente, preferiría que hubiera menos turistas. No soportaba a la gente tomando fotos, posando, ni a los que iban con un móvil y sus palos de selfie grabando cuanto veían para después canalizarlo por Youtube o cualquier otro medio. Se sentía como en una pecera.

Había acordado con la junta directiva de Hirawa que a partir del mes de enero él tomaría las riendas de la empresa, debido a la cantidad de compromisos en diciembre, y estuvieron de acuerdo, más cuando las acciones empezaron a recuperarse. Sin embargo, no todo era color de rosa. Haruto se había enterado de que algo grave estaba sucediendo en China y que por su cercanía con Japón indudablemente los afectaría. Logró infiltrarse en la Oficina de la Organización Mundial de la Salud en China y se enteró que la Comisión Municipal de Salud de Wuhan lanzaría un comunicado el 31 de diciembre sobre casos de neumonía viral en Wuhan.

—Y es justo en vísperas de Año Nuevo —dijo Haruto—. El mercado de pescado de Wuhan fue el foco probable de propagación del virus y ha sido desinfectado y clausurado. Pero parece que es un virus creado en laboratorios de investigación.

—Espero que no nos afecte —murmuró Atagi.

—Si es un virus tan contagioso como parece ser, será una pandemia. No estamos fuera de peligro.

Apenas era mediados de diciembre y tanto él como Haruto tomaron el asunto sin toda la seriedad del caso. La campaña los había dejado exhaustos y necesitaban un descanso; esto incluía a Hana. Atagi no había tenido tiempo de llamar a Wakaba y, al paso de los días, el interés que le había suscitado fue quedando atrás. En

uno de los pocos momentos de reflexión, mientras trotaba muy temprano, recordó lo que Okura había dicho: «el momento ideal no existe», y ¡cuánta razón tenía! Ese sería el día. No dejaría pasar un día más.

Wakaba no estaba acostumbrada a la indiferencia de los demás hacia ella, en especial si se trataba de los varones. Sabía que era hermosa y había esperado la llamada de Atagi, sin embargo, no había indicios de que él lo hiciera. Diez días después de la cita en el restaurante, tomó la decisión de buscarlo personalmente. No había hecho algo similar antes, pero siempre había una primera vez y, reconoció, él le interesaba.

Atagi y Hana organizaban la delegación de deberes de sus subordinados para tomar una semana de descanso que abarcara el fin de año y unos días más. Llevaban un par de horas en ello y al final, Haruto fue el que se ofreció a suplir los deberes faltantes. Una vez establecidas las prioridades, Atagi le sugirió a Hana que fueran a almorzar al restaurante de la empresa. Era el momento adecuado para lo que estaba planeando.

—Hana, ¿tiene tiempo esta noche? Me gustaría invitarla a cenar.

—Estoy libre, Atagi, ya sabes lo endemoniadamente previsible que soy: del trabajo a la casa y viceversa —dijo ella, mostrándole la mirada que decía tanto, o que al menos él captaba de esa manera.

—Perfecto. Pasaré por su casa a las ocho, ¿le parece bien la hora?

—Sí, hoy voy a salir más temprano después de mucho tiempo, a esa hora estaré descansada y lista para volver a salir.

—¿Ha ido últimamente a practicar taekwondo?

—¿Cuándo? Debería ir, pero ya sabes, esta temporada está siendo muy demandante.

Atagi se sintió culpable. Fue mala idea hacerle la pregunta.

—Tendremos mucho de qué hablar, Hana, pero no serán temas que tengan que ver con el trabajo.

—Por mí, encantada.

Después del almuerzo, regresó cada uno a su oficina y Atagi ordenó a su secretaria que hiciera una reserva para dos personas en el restaurante Ginza Kojyu. Salió y fue directamente a la joyería donde su madre acostumbraba a adquirir sus joyas. Eligió unos

pequeños pendientes de diamantes engastados en platino. Se parecían a ella, eran sencillos y muy elegantes. Esa sería su noche.

Cuando se disponía a entrar al ascensor para bajar al estacionamiento, se topó con Wakaba.

—Qué bueno que te encontré. Justo venía a visitarte.

—Hola, Wakaba, ¿cómo estás? Voy de salida ahora.

—Perfecto.

Wakaba lo tomó del brazo con una familiaridad que a él le pareció exagerada y ambos entraron al ascensor.

Hana vio la escena y redujo la velocidad de sus pasos. Esperó a que el ascensor cerrara y esperó su turno.

—¿Cómo pudiste subir por este ascensor? Es privado —preguntó con curiosidad Atagi.

—Convencí al vigilante de la entrada de que era tu novia.

—Ah.

—¿Me perdonas el atrevimiento?

—No hay problema.

Atagi hizo el gesto de marcar la planta baja.

—Bajo contigo, supongo que vas al sótano.

—Es donde tengo el coche.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Atagi no sabía qué actitud tomar, Wakaba lo había tomado desprevenido.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo ella al llegar al estacionamiento mientras lo acompañaba a su coche.

—¿Una sorpresa? Sin duda ha sido una sorpresa verte hoy aquí.

Ella soltó una risa suave. Le tocó el brazo una vez dentro del coche.

—La sorpresa está en el lugar adonde iremos.

Hana los vio salir en el coche cuando ella llegaba al estacionamiento.

—¿Y qué lugar es ese?

—Mi apartamento. Tengo uno por los alrededores de Ginza. Está cerca.

Le dio las instrucciones en el camino y Atagi se dio cuenta de que estaba actuando como un idiota, pero Wakaba tenía una manera de ser que era imposible mostrarse cortante con ella. Su sonrisa suave,

su tono de voz, todo en ella era tan amable que no daba pie a ser agresivo o a contradecir sus órdenes. Finalmente se dejó vencer y le siguió el juego.

Entraron al estacionamiento de un edificio de al menos treinta plantas. El ascensor los dejó en la veinticuatro.

En el pasillo existían solo dos puertas. Ella pulsó la clave y abrió una de ellas.

Frente a ellos, la luz que entraba por los enormes ventanales de suelo a techo iluminaba un ambiente exquisitamente decorado al más puro estilo occidental. Las cortinas descorridas cada cierto tramo daban el aspecto de ser columnas, los suelos de madera cubiertos por alfombras que hacían de separadores de ambiente proporcionaban un aspecto acogedor. Se descalzaron en la entrada y ella se quedó con los pies desnudos. Él calzó unas pantuflas.

—Ponte cómodo —invitó Wakaba, señalando con un amplio gesto el salón.

Cualquier lugar era bueno para hacerlo. Él eligió un modular cerca de las ventanas, mientras ella se quitaba el abrigo y dejaba al descubierto un sencillo vestido de cachemira sin mangas de color vino tinto que le daba un maravilloso tono a su piel y delineaba su cuerpo.

Wakaba se dirigió al bar que quedaba justo en un rincón al lado de la entrada y sirvió dos copas de vino blanco de una botella que extrajo de un enfriador de vinos. Se acercó con ellas y le dio una a Atagi.

—Sabes que no acostumbro beber.

—Lo sé. Y yo tampoco, pero aquí estamos a salvo. Además, un poquito de vino no nos hará mal, ¿no crees? Es solo para aliviar el ambiente, porque estoy un poco nerviosa.

Atagi la miró, incrédulo. ¿Nerviosa? Si lo estaba, lo sabía disimular muy bien. La observó y, para su asombro, comprendió que sí, parecía estarlo.

—Me raptaste, estoy a tu merced, yo debería sentirme así —dijo sonriendo.

—¿Por qué no me llamaste?

—No te imaginas la cantidad de trabajo que hemos tenido en estos días. No habría sido buena compañía, llegaba a casa directamente a dormir.

—Tal vez te habría servido de ayuda.

—¿En qué?

—En lo que sea. Sé que la campaña de la nueva línea está siendo un total éxito, y yo entiendo bastante de lo que se está llevando. Podría ser una de las asesoras de imagen que tienen tus tiendas.

Wakaba se había informado de los cambios realizados, de la campaña y de todo lo concerniente al lanzamiento que había organizado Atagi. Aquello lo sorprendió y empezó a mirarla con otros ojos.

—Nuestro personal está completo, Minamoto-san, pero puedo recomendarla para nuestra sucursal en Shanghái —bromeó Atagi.

—¡Qué malo eres! ¿Por qué deseas tenerme tan lejos?

—Por razones de seguridad.

Wakaba fue hacia un aparador que resultó ser una pequeña nevera y sacó una fuente de dos niveles con una serie de pasteles, dulces y bocadillos y la puso en una mesa baja frente a ellos.

—Los mandé hacer para ti.

Atagi vio la serie de pastelillos que más le gustaban.

—¿Eres adivina?

—Me gusta estar bien informada.

Ella tomó uno de los pequeños bocadillos y lo llevó a los labios de Atagi. Luego cogió otro para ella.

—Delicioso —dijo él.

—¿Brindamos? —acercó su copa a la de él y ambos bebieron un pequeño sorbo. Era un vino dulce, muy apetecible, que llamaba a beber más.

Y así, sin él proponérselo, pasaron la tarde y la luz otoñal empezó a vislumbrarse a través de los ventanales cada vez más tenue, mientras en el paisaje citadino aparecían como estrellas las luces de la ciudad hasta iluminarse por completo con los avisos, luces de neón vibrantes y la luminiscencia de edificios emblemáticos como la torre de Tōkyō. Atagi contemplaba el espectáculo medio hipnotizado mientras Wakaba lo acompañaba sentada a su lado en silencio.

—¿Cómo encontraste este lugar?, es espacioso —preguntó recordando el pequeño apartamento que el agente inmobiliario le había mostrado.

—Es un regalo de papá. Son dos apartamentos en uno, él los mandó unir y remodelar.

—Claro. Una buena idea. —Consideró Atagi.

Cada vez más juntos, sin que ello lo molestase, sino todo lo contrario, porque él también deseaba su cercanía, ella le plantó un beso en los labios, y él correspondió con deseo. Un largo beso que despertó la pasión que Atagi mantenía reprimida y que guardaba para Hana. Wakaba se quitó el vestido como si fuese un suéter y quedó con una minúscula braga de encaje blanco que apenas cubría lo necesario. Se recostó cuan larga era en el sofá y Atagi, al verla esperando por él, se desvistió y le hizo el amor.

Eran las ocho y Hana esperaba por Atagi, pero él no apareció ni a las ocho, ni a las nueve, ni a las diez. Tampoco la llamó. Y ella supo que estaba con la hermosa joven del ascensor. Se cambió, se preparó un *ramen* y se fue a dormir pensando que siempre habría un mañana.

Atagi despertó en la cama de Wakaba. Su sueño había sido como siempre, intercalado. No era de los que duermen de un tirón y desde la muerte de su hermano el sueño interrumpido había sido una constante.

Ella todavía dormía y él pudo contemplarla sin disimulos. Era una mujer extraordinariamente bella. Su espesa cabellera rodeaba un rostro tallado por los dioses, sin rastros de cirugía ni defectos en la piel. Y su cuerpo era un monumento. ¿Podía existir algo tan refinadamente perfecto? Pensó en Hana. La había dejado esperando y eso lo hizo sentirse mal.

Wakaba abrió los ojos y al verlo le sonrió. Abrió los brazos y lo atrajo hacia él. Y él, una vez más, cedió ante su embrujo. ¿Por qué lo hacía?, se preguntó sin tener una respuesta, y una vez más hicieron el amor. Atagi se quedó en la cama y cerró los ojos. Poco después, Wakaba se levantó, fue a ducharse y luego a la cocina a preparar el almuerzo envuelta en una bata de seda. Mientras la comida estaba en el fuego, aprovechó para secarse el cabello.

Quería verse bien para Atagi. Él abrió los ojos y miró alrededor. Por un momento pensó que todo había sido un sueño. La hora digital en la mesa de noche marcaba las 10:40. Se acercó a la cocina y ella le dio un beso en los labios.

—Dormí un rato más.

—Estabas cansado. Supongo que también tuve que ver con eso —dijo ella con picardía. Báñate, el almuerzo estará listo en unos minutos.

Él así lo hizo. Se fijó en un cepillo de dientes en su envoltura original y supuso que debía usarlo. Al regresar a la alcoba, se vistió y fue a buscar a Wakaba. Ella estaba poniendo la mesa y el aroma que despedía lo que sea que hubiera preparado, era irresistible.

Es perfecta, pensó. Y se sintió culpable.

—Debo ir a casa y al trabajo. No acostumbro pasar la noche fuera y en casa deben estar preocupados.

—Te entiendo. Mis padres todavía no se acostumbran a pensar en mí como una mujer adulta.

—Pero tu padre te regaló este apartamento.

—Lo hizo como regalo de bodas, para cuando ocurriese. Pero ellos saben que de vez en cuando me quedo a dormir aquí. ¿Nos vemos esta noche?

—Te llamaré.

—Hasta pronto, Atagi —dijo ella y le dio un beso en los labios antes de cerrar la puerta.

El primer pensamiento que le vino a Atagi fue Hana. ¿Cómo podría explicarle? Salió hacia la casa de Hana sin llamarla previamente porque no sabía qué decirle. Al llegar, pulsó el timbre y no obtuvo respuesta. Lo hizo varias veces con el mismo resultado. Optó por llamarla, pero su móvil indicaba que estaba desconectado. Era indudable que debía estar enfadada. O como mínimo, decepcionada. Y pensar que había organizado todo para pasar con ella esa semana libre. Sin saber qué hacer, se dirigió a casa.

En aquella época del año era muy difícil encontrar plazas vacantes en los hoteles y Hana tuvo la suerte de contar con una amiga que trabajaba en una agencia de viajes. Le pudo reservar una habitación en el hotel Yuki No Le en Hokkaido, un lugar al que siempre había

ido con su esposo; era un sitio espléndido para esquiar, deporte al que Hana era aficionada.

Sin pensarlo dos veces, empacó lo necesario y antes de partir para el aeropuerto llamó a Haruto.

—Voy a pasar la semana en Hokkaido, si surge alguna eventualidad, por favor, comunícate conmigo.

—Hasta el momento no hay novedad en el frente, Hana, pero así lo haré. ¡Pasa una buena semana, te la mereces! —dijo él. Al regreso de Hana, él también tendría su semana libre, como habían planeado. Se preguntó si ella habría ido con Atagi.

El vuelo a Hokkaido tardaba una hora y media, pero la espera en el aeropuerto era un asunto diferente, aunque por experiencia Hana sabía que en Japón los chequeos y las esperas en los aeropuertos eran mucho más rápidos que en otras partes del mundo. Aun así, pocas horas después ya se hallaba instalada en la habitación.

Yuki No Le era un pequeño hotel escondido entre las montañas, poco conocido por los turistas. Ella iba todos los años con su marido mientras vivieron en Japón. Le encantaba el ambiente acogedor de su fachada rústica y las hermosas vistas desde las habitaciones. Era la primera vez que iría sola y no pudo evitar que la nostalgia oscureciera su ánimo. Vio en el móvil que Atagi había llamado. ¿Qué le diría él? ¿Que se olvidó? ¿Que tuvo que pasar la noche con la mujer hermosa del ascensor? Sonrió con tristeza. En realidad, ella no era nada para él. Solo una empleada que trabajaba en su empresa a la que él había invitado a cenar esa noche. La molestia que sentía era por no llamarla para cancelar la cita. Hasta creyó que algo malo le había ocurrido, pero al hablar con Haruto, el hombre que todo lo sabía, no dio muestras de que le hubiese ocurrido algo al jefe supremo.

Y de pronto, otra llamada de Atagi.

¿Debía responder? Eligió ignorarla. Dio un paseo por los alrededores del hotel y después se dirigió al spa. Era uno de los mejores. Le hicieron una exfoliación de cuerpo completo y le dieron un vigoroso masaje. Luego de un baño caliente se sintió renovada. Al día siguiente iría a esquiar.

Después de la apasionada noche con Wakaba, Atagi se sintió como si hubiese cometido una grave falta. Como un escolar pillado en una travesura o algo peor, que mereciera una expulsión. El poder de Wakaba lo había envuelto como una magia irresistible. Se había saciado de ella, pero se sentía vacío. Era como si en su presencia se sintiera subyugado; de lejos ella no tenía poder sobre él. En cierta forma, Wakaba le hacía recordar a las chicas norteamericanas con las que había hecho el amor. Eran bonitas, atractivas y hasta inteligentes, pero después de una noche de placer no quedaba nada más que un buen recuerdo. Y muchas veces, ni eso.

Okura fue a la primera persona que vio al llegar a su dormitorio. Era como si nunca durmiera, como un búho que durante la noche no cerrara los ojos.

—Bendito sea. Amo Atagi, ya empezaba a preocuparme.

—Todo está bien, Okura. Ya soy grande, no tienes que pasar la noche en vela por mí —dijo Atagi con cariño.

—¿Le preparo el baño? ¿Ya almorzó? ¿Le traigo un té?

—Un té me vendría bien. Saldré dentro de una hora, Okura.

Okura fue a cumplir su deseo, y a Atagi no se le ocurrió otra cosa que llamar a Haruto. Era cuestión de costumbre.

—Buenos días, Haruto, ¿cómo va todo?, ¿alguna novedad?

—Pensé que estabas de vacaciones. Por aquí todo normal, no te preocupes.

—Excelente. ¿Has sabido algo de Hana?

—Llamó diciendo que se iba a Hokkaido.

—Pensé que le había sucedido algo. No contesta el teléfono —adujo Atagi.

—Qué raro. La llamaré para probar.

—Dile que conteste cuando la llame yo. —Y por el tono, Haruto notó algo raro.

—¿Hana? Aquí, Haruto. Dice el jefe que contestes sus llamadas.

—Dile que me llame. Debe ser que no cayó la llamada durante el vuelo.

—Se lo diré. —Y colgó—. Probablemente no pudo comunicarse porque estaba en el avión, Atagi. Dice que la llames. ¿Se te ofrece algo?

—No. Solo me pareció extraño que no respondiera a mi llamada. Me preocupé. Gracias, Haruto.

—Diviértete y no vuelvas a llamarme, a menos que te estén persiguiendo los zombis.

Atagi rio y colgó.

Llamó a Hana. Ella se encontraba en la cama, leyendo una novela de Jeffry Archer. Al ver que era Atagi, resolvió no hacer caso y dejó sonar el aparato varias veces hasta que calló. Después de una hora, volvió a llamar. Hana pensó que era inevitable, en algún momento tendría que hablar con él.

—Hola Atagi.

—Hana… no contestaba, me preocupé.

—¿Por qué?

—Suele responder de inmediato.

—Tenía el móvil fuera de mi alcance.

Las respuestas frías le indicaron a Atagi que ella sí estaba resentida. Y con razón.

—Tengo tanto que explicarle, necesito hablar con usted.

—Si se trata de trabajo habíamos acordado que tenía la semana libre. Estoy en Hokkaido, ¿no te lo dijo Haruto?

—No es nada con relación al trabajo. Dígame dónde se encuentra, iré de inmediato. Antes que nada, disculpe por no acudir a nuestra cita ayer, se presentó un inconveniente.

—¿Una cita? Solo quedamos en ir a cenar, como siempre, no te preocupes por eso, Atagi.

—Por favor, dígame en dónde está alojada.

—No creo que encuentres reservaciones, el lugar es muy pequeño.

—No importa. —Hana creyó percibir una especie de desesperación en la voz de Atagi y cedió.

—Estoy alojada en un pequeño hotel de montaña llamado Yuki No Le. En la línea de taxis del aeropuerto habrá quien sepa cómo ubicarlo. Tal vez quieras traer tu equipo de esquí, así aprovechas el viaje.

—Saldré mañana temprano.

Atagi salió al jardín y caminó pensativo entre los alrededores del jardín Zen. Sus pensamientos se perdían entre las onduladas líneas de arena que semejaban ondas marinas.

¿Se había comprometido a ir a Hokkaido en un arranque de locura? ¿Hana le importaba tanto? Era la primera vez que sentía algo así por una mujer.

Okura observaba a su amo desde la biblioteca, hasta hace unos días feliz, y en esos momentos sufriendo como un penitente. Porque cuando estaba solo mostraba su verdadero yo y Okura sabía reconocerlo.

—Pensé que saldría, amo Atagi —dijo cuando él entró a la casa.

—Hoy no. Mañana saldré para Hokkaido, prepara una maleta con mudas para unos cuatro días, Okura. También mi equipo de esquí.

—¿Hay algo que lo incomoda?

—Cometí una estupidez y voy a enmendarla.

—Hace bien.

Okura guardó silencio. Decirle algo como que era todavía joven y tenía una vida por delante para aprender, habría sido fútil, él tenía que enmendar sus errores a tiempo, lo peor era arrastrarlos hasta que se convirtieran en muros insalvables.

Durante la cena les dijo a sus padres que recibiría el año en Hokkaido.

—¿Irás con un grupo de amigos? —preguntó el padre.

—No iremos en grupo, pero creo que la pasaré bien.

Su madre no quiso preguntarle nada, sospechó que iría con Wakaba. La joven la había llamado para decirle que ellos habían pasado la noche juntos y se alegró por ello, aunque hubiese preferido que Wakaba fuese menos moderna, no quería oponerse a una relación que a todas luces era excelente. Tampoco mencionó el asunto a Ryota. Eran cosas de mujeres.

Atagi no pudo conseguir billete para Hokkaido, era una mala época para viajar. Llamó a Black Jet para reservar un vuelo privado y tuvo suerte. Un grupo de cinco viajaría a Hokkaido en un Learjet. Con su equipo de esquí y una maleta, Okura lo llevó al aeropuerto Narita y lo acompañó hasta que embarcó. Solo se fue cuando el pequeño avión se perdió en el aire.

¿Por qué cuando hay amor el dolor se agranda?, pensó Hana mientras caminaba por los jardines cubiertos de nieve del hotel. ¿Vendría? No le diría nada, No le reprocharía. ¿Para qué? Cuando las palabras se dicen llegan a la otra persona y se guardan en el corazón. Permanecen allí por mucho tiempo, caviló Hana. ¿Cómo decirle que lo amaba, pero que no podía ser?, eran tan diferentes… él vivía en un mundo al que ella no tenía acceso. Un mundo inalcanzable. Subió a su habitación.

Dos horas y media después, Atagi estaba en la recepción del hotel Yuki No Le en medio de un entorno paradisíaco. En plena montaña, rodeada de pinos, se alzaba una enorme casa de madera y piedra con techos de pizarra, que a menos que no tuviese el aviso discreto en la parte de arriba de la entrada con el nombre Yuki No Le, nadie hubiese supuesto que era un hotel. Al llegar, volvió a nevar y el paisaje se fue cubriendo de blanco, dándole el aspecto de una imagen postal.

No había habitaciones disponibles.

Atagi admiraba el panorama mientras esperaba por Hana en la recepción.

—Hola Atagi —escuchó a sus espaldas.

—Hana… Llegué, como le dije.

—Veo que vienes preparado —dijo ella mientras miraba el equipo.

—Me dijo que lo trajera. Me encanta esquiar.

—Llevemos todo esto a mi cuarto y vayamos a comer algo al restaurante.

—Se quedará conmigo —le dijo Hana a la recepcionista—. Y ambos cargaron los bártulos y subieron a la tercera planta por la ancha escalera de madera tallada. —Aquí no hay ascensores, lo siento.

—Por mí está bien. Es un lugar precioso.

La acogedora habitación con las cortinas descorridas, dejaban ver parte de la montaña y la pista de esquí. Todo era de madera, excepto el baño.

—Es una suite, ¿todas las habitaciones son así de grandes?

—Sí y esta es de las pequeñas. Como puedes ver, hay dos camas.

Atagi no supo qué responder. Y antes de que se le ocurriera algo qué decir, ella lo invitó a salir.

El restaurante tenía el ambiente íntimo que se esperaba de un lugar como ese. Aparte de ellos solo había una pareja que se encontraba al extremo del lugar que ellos eligieron, y aunque el lugar hubiese estado repleto de gente, ambos sentían como si estuviese desierto y solo existieran ellos. Dos chimeneas de leña proporcionaban calor a la estancia.

Hana lucía maravillosa a los ojos de Atagi, y no veía en ella ningún rastro de orgullo humillado, de triste renuncia, ni rastro de falsa modestia, de ese pudor vanidoso o ese resentimiento inopinado que la gente común toma por signos de dignidad venida a menos; sólo sencillez. Esa paciencia delicada e inconsciente, lo oprimió.

—Hana, quiero pedirle disculpas por mi comportamiento.

—¿Podrías tutearme? Me haces sentir como una anciana, Atagi —dijo ella con esa mirada que conocía tan bien pero que él no sabía definir.

—Oh… claro, por supuesto. Hana, me comporté como un idiota, lo reconozco.

—No tienes que disculparte.

—Sí tengo que hacerlo. No fui contigo esa noche porque estuve con Wakaba. Mi madre nos concertó una cita hace casi un mes y no la había vuelto a ver desde entonces.

—¿Es la joven que te dio el encuentro en el ascensor?

—No me dio el encuentro porque no habíamos quedado en nada. Se presentó de improviso.

—Y te fuiste con ella.

—Pensé que podría desembarazarme de Wakaba, pero fue… imposible.

—Comprendo. Lo que no entiendo es por qué debes darme explicaciones.

—Porque te las mereces. Porque no eres una amiga más para mí. Y porque tengo algo que decirte.

—Creo que voy a pedir algo para beber —dijo ella de improviso—. ¿Se te antoja algo?

Él hizo un gesto y se acercó una camarera. Pidió dos Merlot Odfjell Vineyards.

—No sabía que eras un experto en vinos.

—Y no lo soy. Pero conozco este vino de cuando estaba en la universidad por un amigo chileno.

—¿Qué te parece si dejamos esta conversación para otro momento? Ya que estás aquí, pasémoslo bien. No necesito que aclares nada.

—Solo quiero decirte que estoy feliz de estar aquí, contigo, Hana. No sabes cuánto te extrañé.

Hana lo escuchó y no dijo nada. ¿Por qué los hombres tenían la capacidad de amar y al mismo tiempo desear a otra mujer? Obvio. Atagi era muy joven. A esa edad los hombres solo piensan en una cosa: sexo. Pero ¿y ella? ¿Acaso no había estado con Haruto?

Disfrutaron la sencilla cena que consistió en *sakamushi*, vegetales y arroz, dos copas de vino y té verde.

—¿Quieres dar una vuelta? Aquí hay lugares maravillosos y ha dejado de nevar —dijo Hana.

Sentían el frío en la cara. Caminaban con gruesos abrigos forrados en piel de oveja. Hana lo tomó de la mano con naturalidad y sintió a través del guante el calor de su piel.

—En Hokkaido se encuentran una de las nieves más suaves —dijo Atagi, mientras su aliento se transformaba en vapor—. Vayamos a esquiar mañana.

—Tenlo por seguro.

Después de dar un largo paseo y de respirar el aire frío de montaña, decidieron ir a la habitación. Era el momento que los dos parecían haber estado evitando, pero que a la larga o a la corta, llegaría. Atagi sentía una timidez paralizante. No se había sentido así con nadie. Ni con Wakaba.

Hana se quitó el abrigo y las botas y Atagi hizo lo propio, y como no sabía qué más hacer, se sentó en el sofá del salón. Consideró que era muy temprano para ir a dormir, la hora en su reloj marcaba las nueve.

—¿Deseas beber algo? —preguntó ella.

—No sé. Si tú lo haces, lo haré yo.

Hana fue al bar empotrado y sacó una botella de brandy. Sirvió dos copas y le dio una a Atagi, mientras él, nervioso, acomodaba la leña en la chimenea. Se preguntaba cómo irían a dormir. Había dos camas, pero tal vez sería mejor que él durmiese en el sofá…

—¿Qué era lo que me tenías que decir? —preguntó Hana acercándose a él cuando ambos volvieron a ocupar el sofá.

—Me gustas, Hana. Estoy enamorado de ti —dijo Atagi de golpe.

Aunque ella lo presentía, no se esperaba que lo dijera tan directamente, sin embargo, no puso objeciones por la edad, como él hubiera esperado.

—Te amo, Atagi.

Ella sonrió y sus ojos reflejaron una picardía mezclada con esa mirada que a él lo perturbaba. Él tomó su rostro entre sus manos y la besó en la boca. Y reconoció el beso. ¡Sí se habían besado antes! Fue un beso largo, dulce y apasionado a la vez, un beso diferente, que conmovió lo más profundo de su ser. Y ella se abandonó en sus brazos, se separó de él, lo miró a los ojos, tomó su mano y lo condujo a la habitación. Se dejó desvestir por él, y aguardó en la cama a que hiciera lo propio. Hicieron el amor con calma, como si se conocieran de toda la vida, sin apuro, gozando cada momento. Hana le enseñó que hacer el amor era más que tener sexo, y después de que no les quedara ningún recoveco por descubrir, y esa noche, por primera vez después de mucho tiempo, el sueño de Atagi fue sereno y profundo. Ella lo contempló al despertar, sus facciones varoniles, sus labios delineados, sus ojos cerrados, semejaban a un ángel dormido. Se arriesgaría a amarlo. Ya no le importaba que podría suceder después.

Cuando Atagi le entregó los pendientes que había elegido para ella, Hana se emocionó hasta las lágrimas. Ella amaba a Atagi más de lo que hubiera imaginado. Admiraba su porte varonil, sus ojos afilados que a veces parecían ser solo una línea, su contextura atlética que, sin mostrar los músculos exagerados, lucía poderosa y decididamente atractiva. Le parecía un sueño estar con un hombre como él. Fue en busca de la pulsera que le había comprado.

—Feliz cumpleaños, mi amor —dijo entregándole el estuche.

Fueron días felices, hablaron, rieron, esquiaron e hicieron el amor. Recibieron el año mirando la luna en fase creciente de Hokkaido y admirando a lo lejos los fuegos artificiales. Una semana que quedaría grabada para siempre en sus mentes. De regreso a Tōkyō, Atagi ya sabía lo que tenía que hacer.

48 – La muerte de Hirawa.

Atagi y Hana regresaron de Hokkaido el domingo 5 de enero y el día 6 se presentaron en la oficina, puntuales, como siempre. Haruto saldría de vacaciones al día siguiente y Atagi tendría que asumir algunas tareas.

Hana empezó a trabajar en la siguiente campaña y Atagi tendría unos días más tranquilos, debido a que en la mayoría de las empresas los ejecutivos todavía estaban de vacaciones. Tuvo una pequeña discusión con su madre porque ella se había enterado de que él no había ido con Wakaba a Hokkaido, pero al saber que el motivo había sido otra mujer, se quedó más tranquila.

—Me gustaría conocerla —dijo su madre.

—La conocerás y te encantará.

Al verlo tan feliz, Okura pensó que había solventado el problema que lo aquejaba días atrás y se alegró por él.

—Estoy enamorado, Okura. Pronto conocerás a la mujer que será mi esposa.

—Me hace feliz saberlo, amo Atagi.

Hana y Atagi se veían todos los días tanto en el trabajo como fuera de él, y no había espacio para nadie más en sus vidas, incluyendo a Wakaba. Ella lo llamó en varias ocasiones y él eludió volver a verla hasta que no tuvo más remedio que hablar con ella en persona debido a su insistencia.

—Lo que sucedió ese día entre nosotros fue un error de mi parte. No debí ceder a la tentación, Wakaba, la verdad es que estoy enamorado de una mujer con la que deseo casarme.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Estuviste con ella en Hokkaido?

Atagi pensó en su madre. No le extrañó que ella lo supiera.

—Sí. Perdóname por no haber sido sincero contigo.

—Tengo algo importante que decirte —dijo Wakaba con seriedad —. Estoy embarazada.

—¿De mí?

—Por supuesto, Atagi, ¿de quién más?

Atagi se quedó mudo. Se había cuidado siempre de no cometer ese tipo de errores, ¿por qué no tomó precauciones con ella?

—¿No te estabas cuidando?

—¿Y ahora me lo preguntas?

—Supuse que tú…

—Supusiste mal. No soy mujer que ande con uno y con otro, Atagi.

—No eras virgen.

—Eso no tiene nada que ver. ¿Lo eras tú?

Él guardó silencio. Wakaba tenía razón, se sintió estúpido por decirlo.

—¿Qué has decidido hacer?

—Que tendremos que casarnos, no puedo traer un hijo al mundo fuera del matrimonio.

—Lo siento. Yo… no estoy preparado para eso.

—¿Para qué estás preparado? ¿Le dirías a la mujer de la que estás enamorado que no estás preparado si ella saliese embarazada?

Atagi sintió que un ligero vértigo empezaba a invadirlo. Con Hana tampoco había tomado precauciones.

Wakaba lo tomó del brazo.

—Atagi, reacciona.

Él sacudió la cabeza y se fijó en ella.

—Haré lo que deba hacer.

—Eso espero —dijo ella.

Wakaba se puso de pie y salió de la cafetería dejándolo sumido en un mar de confusión. ¿Qué le diría a Hana? *Sabes, Hana, cometí una estupidez el día que te dejé esperando. Fui a hacer el amor con una mujer que ahora está embarazada*. Atagi no se atrevía a levantarse de la silla por temor a caer, sentía que sus piernas temblaban. ¿Qué había hecho? Sin embargo, en algún momento tuvo que hacerlo y cuando regresó a la oficina se encontró con su padre que iba de salida.

—Recibí una llamada de Emi, la esposa de Hirawa. Él se sintió muy mal, lo han trasladado al Hospital Internacional San Lucas. Voy allí.

—Mantenme informado —dijo Atagi.

Ryota estuvo todo el día en el hospital acompañando a Emi. Hirawa permanecía en cuidados intensivos asistido en una cámara hiperbárica. Le habían diagnosticado neumonía y su médico estaba preocupado porque sabía de la nueva cepa de coronavirus que estaba propagándose en China y, al parecer también en Japón. Por orden del médico llevaban puestas unas mascarillas sanitarias.

—¿Cuándo empezó a sentirse mal Hirawa-san? —le preguntó Ryota a Emi.

—Él no mostraba signos de estar enfermo, Miyoshi-san. Isamu siempre ha sido un hombre saludable, a pesar de su edad, como usted habrá visto. Pero hace unos días vino un amigo de él a visitarlo, creo que era miembro de uno de los negocios que tiene en Shanghái, y estuvieron juntos casi todo el día. El amigo se fue y a los pocos días Isamu empezó a toser sin poder contenerse. Por momentos le faltaba aire, y cuando cayó al suelo porque se sentía mareado llamé a su médico, quien mandó enseguida a una ambulancia.

En esos momentos el médico de Hirawa se acercó a ellos. Traía puesta una mascarilla sanitaria.

—¿Cómo se encuentra Hirawa-san, *Tanaka-sensei*? —preguntó Ryota.

—Estable por ahora, pero me temo que la neumonía que tiene es de origen viral desconocido. Nos han reportado de un nuevo coronavirus llamado 2019-nCoV, pero está limitado a Wuhan, Hubei, en China.

—*Tanaka-sensei*, un chino estuvo de visita hace unos días en casa de Hirawa-san.

—¿De dónde provenía, Hirawa-san? —preguntó el médico a Emi.

—Tal vez de Shanghái directamente, no lo sé. No hablo chino, la conversación entre ellos fue larga, eran asuntos de negocios —señaló Emi.

—No podemos descartar que sea el nuevo coronavirus —dijo el médico—. Esperemos que no. Debo poner en cuarentena a Hirawa-san —indicó el médico—. Usted también debe ser sometida a algunos estudios, acompáñenme.

A la esposa de Hirawa le pidieron el nombre del visitante de China y la aerolínea en la que había llegado.

—Tendrían que preguntarle a su secretario, *Tanaka-sensei*, yo no me ocupo de sus negocios.

El secretario acudió de inmediato y, después de proporcionar la información necesaria, también fue retenido en el hospital al igual que todas las personas con las que había tenido contacto desde la llegada del visitante chino. Los llevaron a una sala vacía en la que solo había algunas camillas y varias sillas. Pronto se presentaron en la sala un grupo de enfermeros, todos con mascarillas, acondicionaron el lugar con cortinas corredizas y los implementos necesarios. A través de las ventanas vidriadas se podía ver un movimiento inusitado fuera del recinto y Ryota se preguntó si también él se habría contagiado de la enfermedad. Escuchó que dentro de las órdenes que daba el médico de Hirawa solicitaba con urgencia al personal médico que estuvo en contacto con Hirawa Isamu y su esposa. Pronto se presentaron a la sala tres enfermeras y dos camilleros, el paramédico de la ambulancia que llevó a Hirawa y también el conductor.

Esto es grave, pensó Ryota. Llamó a su hijo.

—Atagi, estoy en el hospital, creo que estaré aquí varios días porque me pusieron en cuarentena. Parece que un chino que estuvo de visita le contagió a Hirawa un coronavirus nuevo que han detectado en Wuhan. La esposa de Hirawa también está aquí. No te preocupes, nos tomarán muestras de sangre y ese tipo de cosas, y creo que en pocos días estaré de regreso.

—Padre, sí me preocupa, yo sabía lo del virus, pero no pensé que sería tan agresivo. Jamás se me ocurrió que usted pudiera estar en contacto con el virus.

—No puedo seguir hablando, hijo, me están atendiendo. Te llamaré más tarde.

A Ryota le ordenaron desvestirse totalmente y lo sometieron a un baño desinfectante de cuerpo entero. Él supuso que lo harían con todos los agraviados que se encontraban en esa sala. El médico de Hirawa le procuró un cuarto en el área VIP al igual que a la esposa de Hirawa.

—¿Siente algún malestar, dolor de cabeza, o algo fuera de lo normal, Miyoshi-san?

—No, *Tanaka-sensei*. Me siento perfectamente.

—El virus presenta síntomas después del cuarto o quinto día. Veremos la analítica y por precaución se quedará una semana en cuarentena. Esperemos que todo salga bien. Ya hemos pedido información al hospital de Wuhan para que nos envíen los datos y los estudios al respecto.

—De no detectar el virus, ¿puedo irme a casa?

—No. Repetiremos las pruebas para confirmar los resultados, así nos aseguraremos de que usted esté fuera de peligro, pero desde ahora le recomiendo no quitarse la mascarilla al estar en público. Y aquí, dentro del hospital, menos. El problema es que no sabemos quiénes pueden ser portadores sin manifestar síntomas.

—De acuerdo, *Tanaka-sensei*. Gracias por la información.

Ryota volvió a llamar a Atagi y le explicó lo que el médico había dicho.

Estaban por finalizar enero, y la noticia del nuevo coronavirus empezó a divulgarse por los medios. Atagi empezó a usar una mascarilla y dio la orden de que lo hiciera todo el personal de todas las empresas.

La salud de Hirawa empeoró hasta el punto de que ya no podía respirar. Había perdido el conocimiento y lo empezaron a alimentar por vía parenteral, pero la edad le jugaba en contra. Ryota no tuvo oportunidad de verlo otra vez. Pensó que su organismo debilitado y los últimos acontecimientos no habían ayudado a que su salud fuese óptima. Comprendió que el pobre hombre ya no tenía razones para vivir. Sin descendientes, sin mujer en quien confiar, ¿qué le quedaba? Tenía razón al haber repartido su fortuna de la forma en que lo hizo. Sintió pena por su amigo.

Llamó a su esposa a casa y estuvieron conversando largo rato, como hacía mucho tiempo no lo hacían.

Dos días después, el doctor Tanaka le anunció que Hirawa había fallecido. Por desgracia, nadie podía acercarse al cuerpo, sería tratado por el personal del hospital e incinerado, por precaución.

Un final demasiado triste para un hombre como él. Pero al final ¿qué somos? Polvo, cenizas… pensó Ryota con el corazón encogido.

Diez días después dieron de alta a Ryota y a Emi. Por aquellas singularidades de la vida, ellos no habían contraído el virus ni eran portadores, según los resultados de las pruebas.

La vida en Japón había cambiado. A finales de enero ya se habían detectado a varias personas con el virus y a partir de ese momento el gobierno tomó las medidas preventivas necesarias. Era algo con lo que no había contado Atagi ni ninguna empresa. Los colegios cerraron y la mayoría de los negocios también lo hicieron. Los centros comerciales estaban vacíos, la gente se hallaba recluida en sus casas y Atagi tuvo que implementar las ventas en línea a gran escala y las entregas las hacían personas contratadas específicamente para tal fin. Y así como sus productos eran recibidos, en su casa también recibían los comestibles para no tener que aventurarse puertas afuera. El mundo había cambiado.

Y había cambiado de manera radical para Atagi. Durante esos días no pudo centrarse en el trabajo y cuando veía a Hana evitaba conversar con ella de asuntos personales. Por suerte, la mascarilla lo ayudaba a esconder sus emociones. Su madre lo miraba de manera rara o al menos eso le pareció a él, pero no se atrevió a preguntarle nada. Pasaron los días y Wakaba no había vuelto a aparecer ni a llamar, pero Atagi sabía que en algún momento el asunto reventaría y se vería envuelto en unas circunstancias que no deseaba para nadie. Okura lo observaba, sabía que algo muy grave estaba ocurriéndole.

—Amo Atagi, ¿qué le sucede? Lo veo tan decaído… ¿ocurrió algo con su novia?

—Sí, Okura. Lo peor que pudo ocurrir. Pero no con la mujer que yo amo, a la que considero mi novia, sino con la que mamá concertó una cita. Está embarazada.

Atagi por primera vez vio cómo Okura podía abrir los ojos de ese tamaño. El pobre hombre estaba conmocionado.

—Amo, no comprendo… ¿cómo ocurrió?

—Okura, no puedo decírtelo con lujo de detalles, esas cosas suceden. Solo puedo decir que soy un estúpido.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Me temo que tendré que casarme con ella. Eso es lo que quiere.

—Creo que tendrían que hablarlo, un matrimonio dura toda la vida, ¿está dispuesto a pasar el resto de su vida con ella?

—No, Okura. ¿Comprendes por qué me siento así?

Okura asintió en silencio.

49 – Año 2020

Atagi sabía que se estaba comportando como un cobarde. Llegaría el momento de hablar con Wakaba, pero se sentía incapaz de llamarla. Esperaba que ella fuese la primera en establecer contacto y no parecía tener prisa por hacerlo. Había transcurrido un mes desde la última vez que hablaron. Wakaba estaría tranquila, pensó él. Sabe que no puedo eludir la responsabilidad, ya obtuvo lo que deseaba, comprometerlo con un hijo y, aunque le extrañaba su falta de comunicación sabía que, aunque la hubiera, nada cambiaría, y justo cuando esos oscuros presagios rondaban su mente vio en el móvil que llamaba Wakaba. La llamada que tanto temía.

—¿Miyoshi Atagi-san? —preguntó una voz desconocida.

—Con él habla.

—Soy la madre de Wakaba.

—Es un placer hablar con usted, Minamoto-san. Dígame en qué puedo servirla.

—Estoy llamándolo desde el móvil de mi hija porque no tenía su número. ¿Podría venir a casa? Le enviaré la dirección.

Atagi procuró que no se le notara el nerviosismo en la voz.

—Por supuesto, Minamoto-san, estaré allí. ¿A qué hora le parece bien?

—Después de que se desocupe, sé que es un hombre con muchos compromisos.

—Estaré en su casa a las siete. ¿Le parece?

Y así quedaron. Ese día fue para él uno de los peores de su vida. No se atrevía a mirar a Hana a la cara y la evitó más que nunca. Ella no le hizo reclamo alguno por su cambio de actitud y él lo agradeció en silencio. Hana y Haruto se mostraban con él como si todo estuviese normal, y para ellos era así, no para Atagi, sin embargo, él sentía que todos estaban pendientes del más pequeño de sus gestos, palabras y miradas. A las seis salió rumbo a casa de Wakaba. ¿Por qué elegiría esa hora?; era la hora pico en Tōkyō. Esperaba que

le bastase una hora para llegar. No sintió el trayecto, su mente estaba ocupada por mil pensamientos diferentes, seguía las instrucciones del GPS de manera automática, y cuando menos lo esperaba se encontró frente a la casa de Wakaba. El reloj digital marcaba las seis y cincuenta y nueve. Respiró y espiró varias veces para calmarse, y un minuto después se hallaba ante la puerta que se abriría para dejarlo entrar al camino de lo irremediable. Se puso la mascarilla y esperó.

Una mujer elegante, con una mascarilla, fue quien abrió la puerta.

—¿Miyoshi Atagi?

—Sí, Minamoto-san. Buenas tardes.

—Adelante, por favor —dijo ella situándose a su lado—. Vayamos al salón, mi esposo y Wakaba nos esperan.

Con el alma en los pies caminó junto a ella. El padre de Wakaba se puso de pie al verlo entrar, se acercó a él y se inclinó más de lo normal. Aquello extrañó a Atagi.

—Me han hablado mucho de usted, Miyoshi-san, bienvenido, por favor, póngase cómodo.

Señaló uno de los sillones. Antes, Atagi se dirigió a Wakaba, e hizo una ligera inclinación.

—¿Cómo estás, Wakaba?

—No tan bien como tú, Atagi —dijo ella con una sonrisa forzada.

Una vez todos en sus respectivos lugares, el padre de Wakaba miró a su hija y después se dirigió a Atagi. Era difícil mantener una conversación con las mascarillas; al mismo tiempo, para Atagi, una solución para ocultar su incomodidad.

—Miyoshi-san, debo disculparme por el comportamiento de mi hija. Sé que lo coaccionó a usted diciéndole que estaba embarazada, lo cual no es cierto. Espero que sepa perdonar la inmadurez de Wakaba.

—¿Cómo dijo usted? —preguntó Atagi desconcertado—. Y dirigiéndose a Wakaba—: ¿No era verdad?

—No —dijo ella haciendo un gesto aniñado que Atagi no pudo ver.

—Verá, Miyoshi-san, Wakaba está muy mal acostumbrada, y me siento responsable por ello —señaló la madre. Espero que sepa

comprender que ella no quiso causarle ningún problema. Nosotros no deseamos influir en la relación entre ustedes, si usted desea continuar con Wakaba, por supuesto, es libre de hacerlo y estaremos encantados, pero queremos que sea sin que se sienta obligado.

—Comprendo… la verdad, no me esperaba esto. Yo aprecio a su hija, es una persona encantadora, pero todavía no he pensado en contraer matrimonio. Me temo que mi madre es la que está un poco ansiosa para que lo haga, pero un matrimonio es algo muy serio para mí, Minamoto-san —dijo Atagi dirigiéndose a ambos esposos.

—Nos sentiríamos honrados si usted formase parte de nuestra familia, Miyoshi-san.

—Y yo también, Minamoto-san. Pero espero que comprendan que por ahora no está dentro de mis planes. Quizá en un futuro pueda cumplir sus deseos —dijo Atagi de manera diplomática.

—Quiero que sepa que en cuanto me enteré del asunto, quise ponerle fin al malentendido. Esas cosas a la larga se llegan a saber, mil disculpas, Miyoshi-san.

—No se sienta mal, Minamoto-san —le dijo Atagi a la madre de Wakaba—. Que todo el malentendido quede olvidado. Me dio mucho gusto conocerlos, ahora debo retirarme.

Los Minamoto lo acompañaron hasta la puerta, no así Wakaba, quien se quedó en el salón con aspecto de estar resentida. Al despedirse, su mirada le indicó a Atagi que ella no formaba parte de la manera de pensar de sus padres. Pero aquello ya no importaba. Se sentía libre y tenía ganas de gritarlo en plena calle a todo el mundo. Libre para casarse con Hana, para tener hijos con ella, la mujer que amaba. *¿Acaso podía ser más feliz?*

Atagi no fue a su casa esa noche. Se dirigió a casa de Hana y recuperó el tiempo perdido. Ella no le reclamó ni le preguntó absolutamente nada por su cambio de actitud, todo lo contrario. Lo recibió más apasionada que nunca y él supo que era la mujer con la que pasaría el resto de su vida.

Durante la pandemia del Covid-19, que fue como se llegó a conocer al virus, la idiosincrasia japonesa prevaleció y fue lo que ayudó a que la enfermedad no se propagase como en otros países. Sus hábitos de higiene y el respeto a las normas implementadas por

las autoridades hicieron que la pandemia fuese menos agresiva, y en lugares como Tōkyō y otras ciudades superpobladas, se dejó el control de la enfermedad a los propios ciudadanos, a su sentido común y a su obediencia legendaria. No se veía a ciudadanos caminar por las calles a menos que tuvieran necesidad expresa. El Seguro Nacional de Salud con el que cuenta Japón contribuyó a que el virus fuese controlado desde los primeros síntomas, gracias a su atención médica de alta calidad.

La implementación del teletrabajo facilitó la labor de algunas empresas, pero el rendimiento de ninguna manera fue el mismo, y Atagi tuvo que convivir con el nuevo enfoque comercial durante la pandemia. En medio de todo el desbarajuste, la relación entre él y Hana se fortaleció. Y si hubo algo que al comienzo temió, con el paso de los días fue sustituyendo ese temor por una entrega hacia ella que no había previsto. Hana reconocía su valor como hombre sin pretender ser su maestra. Lo escuchaba sin juzgarlo y lo hacía sentir útil en su vida y aquello era real, no era algo simulado para darle la razón o hacerlo sentirse bien. Ella creía en él y respetaba sus sentimientos. Con ella, él podía llorar y no perder su hombría. Ese poder mostrarse tal como era hizo que Atagi la adorase. Se sentía amado.

Cuando la llevó a casa para presentarla a sus padres, lo hizo con orgullo. Hana era una mujer de treinta y siete años, elegante, bien educada, culta y refinada. Se notaba en sus modales, en su manera de vestir y de tratar a los demás.

Su madre, en un comienzo, se mostró sorprendida porque había imaginado que sería más joven, pero evitó tocar el tema y la recibió con amabilidad. Su padre quedó encantado con ella. La reconoció por haberla visto en las oficinas y por estar al tanto de su desempeño. Hana aparentaba menos edad de la que tenía, su físico delgado y cultivado, su piel cuidada, y más que nada su personalidad, le daban un encanto especial.

Atagi seguía viviendo en casa de sus padres a pesar de que frecuentaba la casa de Hana, en la que se quedaba algunos días después del trabajo. La fecha de la boda había quedado aplazada hasta que pasara la pandemia, porque su madre pensaba hacer una

ceremonia por todo lo alto. Y por el momento lo único que le preocupaba era que ella fuera lo suficientemente joven como para darle nietos.

Llegaron los juegos olímpicos en julio de 2021; unos juegos atípicos sin espectadores en las gradas, y después la festividad de fin de año. No fue como otros años, mucha gente todavía se resguardaba en sus casas y evitaba las aglomeraciones. El virus se expandía en América del norte y del sur, en Europa y en casi todo el planeta y no se sabía cuándo acabaría. Pero Atagi era feliz. Y lo fue más cuando Hana le anunció que estaba embarazada.

Lo primero que hizo Atagi fue darle la noticia a sus padres, quienes la recibieron con alborozo. Okura le dio un largo abrazo a Atagi, y no pudo evitar que le saltaran las lágrimas. Habría un sucesor de Miyoshi Nagayoshi, pensó con calidez. A las veinte semanas supieron que sería un varón y la felicidad no cabía en sus corazones. *¿Se puede ser más feliz de lo que soy?*, volvió a preguntarse Atagi.

En esos días, Ryota pensó que sería bueno verificar si debajo de la Casa del Té existía algún tesoro. Él se había hecho la promesa de ir al búnker cuando Hirawa falleciera, pero a raíz de la pandemia, todo quedó de lado.

Si Masaru aún viviera, podría visitar con ellos su Casa del Té, pero él ya no estaba. Ryota sabía que donde sea que estuviera se sentiría feliz al ver que finalmente el búnker sería abierto. Su hijo Federico, un hombre de cincuenta y dos años, quien estaba al frente de los negocios en Buenos Aires, no parecía tener intenciones de ir a Japón, y supuso que en esos momentos aún menos, debido a la pandemia.

Ryota decidió llamarlo una vez más para ver si lo convencía.

—Desde la última vez que hablamos sucedieron algunos eventos, pero no relacionados con la familia. Hirawa Isamu falleció de COVID-19 a comienzos de este año. Un ciudadano chino que tenía relaciones comerciales con él vino a visitarlo y al parecer, tenía el virus.

—¿En serio? Cuánto lo siento. Sé que eras muy amigo de él, tío.

—Sí, sobrino. Fue un hombre lúcido hasta los noventa y dos años. Recuerda que te dije que había hecho su testamento en vida y me dejó los terrenos que le pertenecían a tu padre. Voy a ponerlos a tu nombre, sobrino, porque son tuyos. No lo hice antes porque sucedieron muchas cosas, y en medio de la pandemia las oficinas del gobierno trabajaban con horarios restringidos.

—Sí tío, lo recuerdo. Pero él te los legó a ti. ¿Qué haría yo con esos terrenos?

—¿Qué pregunta es esa, sobrino?, ¿sabes en cuánto están valorados? Ha pasado mucho tiempo, puedes venir sin ningún peligro y lo sabes.

—Tío Ryota, he hecho mi vida aquí y no deseo ir a Japón, a menos que sea de visita.

—Federico, voy a poner El Jardín Iluminado por la Luna a tu nombre en una operación de compraventa para que sea absolutamente legal. Necesito que estés aquí para que firmes. Es mi última palabra. Tú verás qué haces con la propiedad. Y ven cuanto antes, tengo curiosidad por saber qué hay en ese búnker.

Federico rio ante la ocurrencia de su tío. ¿Existiría todavía lo que su padre había dejado allí?, se preguntó.

—Está bien, tío. Iré. Pero cuando se levanten las restricciones de la pandemia, recuerda que Japón ha cerrado sus puertas al mundo exterior.

—Sí, sobrino, espero que todo esto pase pronto, ven antes de que me muera, ya no soy tan joven.

Una vez a solas, Ryota suspiró. Soñó tanto con tener esos terrenos, pero en buena cuenta no los había comprado, como siempre quiso hacerlo, el buen Isamu se los había donado y los terrenos tenían un verdadero dueño: su sobrino Masaru. Y él tenía el deber de entregarlos a su descendiente.

—Atagi, llamé a tu tío Federico, vendrá para ir a *Tsukiakari no Niwa*, tengo mucha curiosidad por saber qué hay en ese búnker. Le dije que Hirawa me los había legado.

—¿Esos terrenos no eran de Masaru?

—Sí, hijo. Y voy a devolverlos al dueño original.

—Haces bien, padre. Yo también quiero saber qué hay en el búnker.

—Pero tenemos que esperar a que Japón reabra sus puertas. Espero que sea pronto.

—Me he enterado que tardará, padre, al menos un año más.

Ryota siempre se preguntaba cómo rayos su hijo estaba enterado de todo.

Hana llevaba bien el embarazo, sin las molestias, mareos y náuseas que suelen acompañar a su estado. El médico había recomendado que se mantuviera aislada para evitar el contagio que, en aquellos momentos, finales de 2021, había recrudecido.

Después de discutirlo y ver los pros y los contras, decidieron que se trasladase a casa de Atagi. Allí estaría acompañada y bien cuidada. Ella siguió con sus labores en la empresa desde el despacho en casa de Atagi, porque las tiendas seguían trabajando, los centros comerciales habían reabierto y todo en apariencia parecía normal, pero sin las aglomeraciones de antes. Tōkyō se había convertido en una ciudad vivible. Cuando le apetecía paseaba por los jardines de la mansión y admiraba cada rincón de ellos, puestos allí por algún motivo. Nada era casual. Como en su vida tampoco nada había sido casual. ¿Cómo podría imaginar que conocería al hombre de su vida en un ser como Atagi? Y ahora se encontraba rodeada de un lujo que ella jamás habría conseguido por sí misma. Empezó a entender la manera de pensar de la gente de la clase de los Miyoshi o los Hirawa.

Legalmente estaba casada con Atagi, su matrimonio había sido registrado apenas se enteraron de que estaba embarazada y él no quiso elaborar ningún contrato prenupcial, de manera que todo lo que él tenía le pertenecía y aquello por momentos la apabullaba. Se acostumbraría, se dijo. Los humanos nos acostumbramos a todo. A la pobreza y a la riqueza.

Mientras Atagi hacía malabares entre las empresas de Hirawa y Miyoshi Nagayoshi para poder atenderlas a ambas, veía que los días al lado de Hana se reducían a horas. Salía muy temprano y llegaba muy tarde. A veces no se veían. Una situación que no había previsto

y a la que tendría que ponerle fin de alguna manera. Hablaría con su padre.

Fue a la oficina de Ryota y le dijo que quería planearle un asunto importante. Como siempre, su padre le prestó atención.

—Tú dirás.

—Sabes que me he estado ocupando de la empresa Hirawa implementando tecnología para automatizar tareas repetitivas y reducir la intervención humana; he simplificado los procesos para reducir la ineficacia, he estandarizado los métodos de producción que en algunas fábricas estaban obsoletos y me he encargado de la gestión de gastos, inventario y la cadena de suministros, en donde he encontrado algunas irregularidades, pero todo esto ha sido una tarea titánica que me roba el tiempo que necesito para dedicarlo a nuestra empresa. Y hace falta mucho más para poner a valer Hirawa, de lo contrario me veré en la obligación de venderla o fusionarla, y tengo para ambos casos interesados importantes.

—Tienes razón —dijo Ryota— Es demasiado para ti.

—El buen Hirawa delegó funciones clave en personas poco fiables, y esa parte está solucionada, pero creo que hace falta alguien que esté al frente de manera permanente y creo que tengo a esa persona.

—¿Y quién podría ser?

—Haruto, mi asistente. Está perdiendo oportunidades al estar como mi asistente. Sería el CEO ideal para las empresas Hirawa. Conoce al dedillo todo lo que ocurre allí. Yo seguiría como presidente, y él se ocuparía de todo lo que estoy haciendo ahora.

—Lo debes plantear en una junta extraordinaria.

—Quería consultarlo contigo primero.

—Estoy de acuerdo, pero ¿quién será tu asistente? Vas a necesitar a otro Haruto. No podrás solo con todo.

—Mi secretaria. Para ser sincero había pensado en Hana, ella es una mujer que sabe de negocios y estoy seguro de que sería una asistente extraordinaria, pero no puedo exponerla ahora que está embarazada. Mi secretaria actual es muy buena, y en muchas

ocasiones ha sustituido a Haruto. Creo que hará un buen trabajo, en todo caso, si no puede con el cargo, buscaré otro asistente.

—¿Hana seguirá trabajando después de que haya tenido al bebé?

—Todo dependerá de ella. No pienso imponerle nada, padre.

—Yo creo que debería dedicarse a la crianza del niño.

—Los tiempos han cambiado, las mujeres ya no se conforman con estar en las casas, padre, preferiría que sea ella quien tome la decisión.

Ryota suspiró. En parte su hijo tenía razón. No pensaba discutir acerca de cómo llevar su vida.

—Entonces tendrás que buscar una secretaria.

—De eso puede encargarse la actual.

—Por lo visto, ya lo tienes todo cubierto —comentó su padre.

Ryota miró a su hijo con orgullo, ¿quién hubiera pensado que el menor de sus hijos sería el que llevaría las riendas de su imperio? Recordó con tristeza a Yoshiteru. Llevaba el nombre de un shōgun del período Sengoku, pero al igual que aquel, no había sido el hijo que había esperado. ¿Acaso los nombres tenían que ver con los destinos de las personas? Yoshiteru nunca le habría dado un nieto, aun así, lo quiso.

Atagi convocó a una junta directiva extraordinaria para plantear el asunto de la integración de un CEO a las empresas Hirawa y en vista de los logros alcanzados por él la aprobación fue unánime, más al conocer el nombre del hombre propuesto para el cargo: Kimura Haruto.

50 – El Jardín Iluminado por la Luna

Hana dio a luz en mayo de 2022 en el Hospital General San Lucas con todos los cuidados de rigor. El nacimiento del niño causó revuelo tanto en la familia como en la empresa; Atagi se había ganado el respeto de los empleados y ejecutivos y los saludos no tardaron en llegar en forma de arreglos florales que Hana y Atagi no sabían dónde colocarl. Las visitas estuvieron limitadas a muy pocos, solo los muy allegados lo hicieron cuando ya estaban instalados de vuelta en la casa de los Miyoshi.

Aroshi, la madre de Atagi, no cabía en sí de felicidad, contemplaba al niño con adoración y aseguraba que era uno de los niños más hermosos.

—Se parece mucho a Yoshiteru, ¿verdad Ryota?

—Sí, es un bebé muy apuesto.

—¿Ya pensaron cuál será su nombre?

—Akira —dijo Atagi.

—Me parece perfecto, su significado es: brillante.

Los días transcurrieron sin novedad, Akira era un niño saludable y Hana una madre cuidadosa. La abuela Aroshi trataba a su nieto como no lo había hecho con sus hijos, y cuando Atagi la observaba se preguntaba si sería verdad que los abuelos aman más a sus nietos que a sus propios hijos.

—Me gustaría reintegrarme al trabajo cuando Akira cumpla un año —le planteó Hana a Atagi.

—Creo que lo más prudente sería que lo hicieras cuando pase la pandemia. Estaré más tranquilo sabiendo que estarás fuera de peligro.

—Bueno, esperemos a ver qué sucede, tal vez para entonces ya hayamos superado esta pesadilla.

—Tendremos restricciones por un tiempo, mi amor. La pandemia apenas empieza a dispersarse por el resto del mundo. Después de las Olimpíadas el asunto empeoró, ¿recuerdas?

Hana suspiró y agradeció en silencio que ellos no tuvieran que lidiar con la enfermedad.

—Había pensado que podría trabajar medio tiempo, no quiero dejar a Akira tantas horas.

—Excelente idea.

—¿Cómo le va a Haruto en Hirawa?

—Dentro de lo que cabe, muy bien. La pandemia ha retrasado algunos proyectos, pero él es un hombre inteligente, está enfrentando los problemas mejor de lo que pensé.

—¿Y tu asistente?

—Resultó ser una mujer con iniciativa. Me sirve de ayuda, espero que siga así cuando acabe el confinamiento, por ahora todos estamos limitados y como nosotros, los demás países también.

El 11 de octubre de ese año, el primer ministro informó al país que daba por terminado el confinamiento de Japón y que los turistas y viajeros por negocios o cualquier otra índole, podían ingresar al país siempre y cuando siguieran las normas. Los protocolos de COVID-19 en Japón siguieron siendo más estrictos que en otros países. Se recomendó a los turistas que usaran mascarillas en todo momento y que se abstuvieran de hablar en voz alta.

Una semana después, Ryota y Atagi esperaban a Federico a la salida de los pasajeros en el aeropuerto Haneda. Llegaba en un vuelo directo por la aerolínea Emirates. El tablero de vuelos indicaba que el suyo estaba desembarcando.

Poco después vieron a un japonés delgado y elegante cruzar la puerta de salida. Ryota lo reconoció al instante. El japonés elegante se adelantó y lo saludó con una profunda reverencia.

—¡Sobrino! —exclamó—. Después de cuánto tiempo… Te ves muy bien, ¿vienes solo?

—Sí, tío. Usted también se ve muy saludable. —Se fijó en Atagi.

—Es mi hijo, Atagi.

—Un placer conocerlo, tío —dijo Atagi.

—Vaya, vaya, el placer es todo mío, Atagi. —Dio un abrazo a cada uno—. ¡Son costumbres argentinas!, lo siento —dijo y rio.

—¿Y cómo se siente siendo abuelo? —preguntó Federico ya en el coche.

—Me siento magnífico. Y espero tener más nietos —dijo Ryota mirando de reojo a Atagi.

Federico se mantuvo en silencio mientras contemplaba el entorno. Tōkyō era una ciudad futurista. Sus ojos brillaban de emoción, pisar la tierra de su padre por primera vez era una sensación extraña, mientras vivió en Argentina no había sentido curiosidad por visitar Japón. Se alegraba de haber tomado la decisión de hacerlo.

—Quise venir con mis hijos, pero mi mujer pensó que no era una época conveniente. Dijo que más adelante vendríamos todos a hacer una visita.

—Estaremos encantados de tenerlos, sobrino.

Al llegar a la casona de los Miyoshi finalmente se quitaron las mascarillas y pudieron contemplarse unos a otros. Federico tenía el aire aristocrático que había caracterizado a Masaru y su parecido con Atagi era asombroso. Okura lo saludó con efusivas reverencias.

—Tú debes ser Okura.

—Sí, Miyoshi-san.

Federico se sintió conmovido al ser llamado por el apellido original de la familia.

—Me han hablado de ti.

Le presentaron a Hana y al pequeño Akira y pasaron el día charlando.

—Tengo muchas ganas de ir al búnker —dijo Federico—. ¿Todavía existirá lo que dejó mi padre?

—No he tocado nada. Todo debe estar como lo dejó —dijo Ryota con una mano en el pecho.

—No, si no desconfío de usted, tío, es que han pasado tantos años… y el parque no estaba en su poder, tal vez Hirawa haya descubierto el búnker.

—Si lo hizo, nunca me lo dijo. Mañana saldremos de dudas, he preparado la excursión con todo lo necesario.

—Solo se necesitará una pata de cabra para abrir los tablones del suelo, según decía mi padre.

—Sobrino, en caso de que encontremos algo dentro, tengo un carrito de golf de diez puestos, creo que podría servir.

Federico rio ante la ocurrencia.

—¡Pues claro, tío! Usted es un hombre precavido.

Todos esperaban con ansiedad el nuevo día. Atagi tenía verdadera curiosidad por conocer el búnker. Okura deseaba ver el tesoro, se sentía ilusionado como un niño y pidió que lo llevasen. Ryota se sentía feliz por devolver a Federico lo que era de él y Hana los acompañaba y compartía su entusiasmo.

Ya dentro del parque, Ryota iba conduciendo el carrito de golf.

—¿De verdad allí abajo existe un búnker? —preguntó Hana en el camino.

—Eso dice mi padre. Veamos si es cierto. Y también un tesoro.

—Vaya… tu familia está llena de misterios.

—¿Has oído hablar del Tesoro de Yamashita?

—Algo de eso he leído.

—Pues ahora veremos si es real.

Entraron a la Casa del Té y retiraron los tatamis que había a la vista en la salita de preparación contigua a la sala del té propiamente. Tablones clavados que diferían de otros que estaban simplemente engarzados aparecieron en una parte del suelo. Con una barra de palanca Federico arrancó las maderas y dejó al descubierto una trampilla de cemento. Tiró de la argolla de hierro y la tapa de cemento se alzó con facilidad para dejar al descubierto unas escaleras que conducían hacia abajo. Uno a uno fueron bajando y Ryota iluminó con la linterna la oscuridad reinante. Federico presionó un conmutador y se hizo la luz. De inmediato se accionó un extractor de aire.

El lugar era bastante grande, olía ha cerrado y a humedad. En un rincón había una serie de paquetes embalados con un material impermeable de color gris oscuro, las contaron, veintidós. Una nota pegada sobre uno de ellos ponía:

Estimado Sasaichi,

Pude recuperar lo que dejó Masaru en Taiwán. Te lo agradezco. Pero necesitaba efectivo porque me encuentro en un apuro de

liquidez económica y tomé parte de lo que guardó aquí. Espero que esto no sea un problema para ti. Te dejo un libro con tu historia familiar, sabes que siempre fui un apasionado del tema. Creo que será de gran interés para ti.

Tu amigo,
Kazuo Taoka

Ryota lanzó una carcajada y meneó la cabeza.

—Ahhh, Kazuo… —dijo todavía con la sonrisa en los labios. Mi padre Daiki me contó algo de eso. Federico, tú debes saber más que yo del asunto, supongo que mi tío Masaru te habló de su aventura.

—Así es, tío. Así es. Fue un fascinante pasaje de su vida. Pero pienso que si lees la historia en ese libro familiar te enterarás de todo mejor de lo que yo podría contarte.

Okura, emocionado, miró los bultos y se sintió parte de la historia. Atagi ojeó el libro y lo dejó al cuidado de Okura, quien lo mantuvo pegado a su pecho. Fueron abriendo uno a uno los paquetes y descubrieron lingotes de oro, plata, joyas y dólares americanos antiguos en menor cantidad y bonos del tesoro de los Estados Unidos. Ryota supuso que la mayor parte se la había llevado Kazuo.

—Algunos billetes antiguos pueden tener algún valor, pero los bonos ya son basura —comentó Atagi.

—No me atrevería a usar o a comerciar las joyas. Pueden ser reconocidas —dijo Hana.

—El oro y la plata en lingotes siempre son valiosos activos —dijo Federico—. Pero no puedo sacarlos de Japón.

—Puede abrir una cuenta y guardarlo en una caja de seguridad del banco —le sugirió Atagi.

—Sí… Podría hacer muchas cosas. ¡Ah, mi padre era un hombre aventurero! Tío, sabe que vivo bien en Argentina, conoce mi casa y mis hijos, las empresas allá van bien a pesar de la recesión. Dice que desea otorgarme los terrenos de este maravilloso parque y se lo agradezco, pero no sabría qué hacer con él. No tengo intenciones de vivir en Japón. ¿Qué le parece si se queda con todo esto?

—De ninguna manera, sobrino. En todo caso, podemos hacer algo: te compro el terreno como pensaba hacerlo a Hirawa.

—Para eso tendría que ser mío primero.

—Exactamente.

Federico, pensativo, miró el suelo. Luego miró a su tío.

—Hecho. No hablemos más del asunto. Ponga usted el precio del terreno.

—¿Y lo que quedó en el búnker? ¿Qué hacemos con ello?

—Guárdeme usted los lingotes. Tal vez algún día hagan falta. Lo demás no me interesa.

—Está bien, sobrino. Así lo haremos.

Cargaron todo al carrito de golf. Después trasladaron los bultos a las camionetas y dejaron el *Tsukiakari no Niwa*.

—¿Qué piensa hacer en ese terreno, tío? —preguntó Federico de regreso a casa.

—Pensaba construir un hotel de cinco estrellas, con campo de golf. Pero ahora no estoy muy seguro.

—Se podría hacer una urbanización, a Tōkyō le hacen falta viviendas.

—Y también zonas verdes, sobrino.

—¿Lo dejará como parque?

—Me gustaría, sí. Tal vez lo transforme en un parque público. Es un proceso complejo, pero puedo hacerlo.

—Me gusta más esa idea, padre. La gente debe disfrutar de la belleza del Jardín Iluminado por la Luna. Se puede cobrar una cantidad mínima por el ingreso y poner a las personas adecuadas para que el Salón del Té funcione como un lugar público. Con los ingresos de las entradas y del Salón del Té se puede autofinanciar el mantenimiento del parque. Estoy seguro de que no faltarían visitantes.

—El comercio corre por nuestras venas, como puedes ver, sobrino —rio Ryota.

Al llegar a casa Hana tomó a Atagi de la mano y lo llevó a la alcoba.

—Quiero darte una noticia.

—Dime.

—Estoy embarazada.

Atagi la miró con devoción. Su descendencia estaba asegurada.

—Me haces un hombre feliz, Hana. Muy feliz. Te amo.

Okura tenía los ojos brillantes. Sentado en la biblioteca, no podía despegar los ojos del capítulo faltante del libro familiar de los Miyoshi que Kazuo Taoka había legado al patriarca Sasaichi.

10 – Apogeo y caída del clan Miyoshi

Nagayoshi había permitido que el shōgun Yoshiteru regresara al castillo, pero en vista de sus constantes intrigas y maquinaciones lo desterró una vez más, así como a la clase dominante que aún permanecía en su entorno y llegó a convertirse en una figura tan poderosa que pudo controlar el shōgunato como quiso. Pero tal como predijera el general Matsunaga Hisahide y como le informaron sus espías, al año siguiente el shōgun convocó una vez más a Harumoto Hosokawa para aliarse contra el clan Miyoshi.

Mientras, Nagayoshi atacó al clan Hatano, después asedió el castillo Akutagawa; lo convirtió en su lugar de residencia y obtuvo el control sobre los señores de Settsu, así, la región de Kinai quedó bajo su mando.

En el año *Kōji*(弘治),1555 invadió Harima oriental y al año siguiente conquistó gran parte de Tamba. Sin embargo, a pesar de todo el poder adquirido su gobierno no era estable, como no lo era el de ninguno de los demás daimyō en esos tiempos turbulentos. El shōgun errante Yoshiteru que no se había resignado a dejar el poder en manos de Nagayoshi, terminó de reunir un nutrido ejército con el apoyo de su antiguo aliado Rokkaku y los restos de las fuerzas de Harumoto Hosokawa para enfrentar a su eterno enemigo.

Nagayoshi hizo un alto y se dio tiempo para pasar por la casa de Hatsu; debía preparar a la familia de su amante para un eventual traslado a otras tierras. Toda su vida había trascurrido entre guerras, levantamientos, intrigas palaciegas y asedios, y no deseaba que la mujer que él amaba se viera envuelta en ellos. Temía por su vida y su bien más preciado: su hijo Mokuhei, quien cumpliría cinco años y era su vivo retrato. Anhelaba una vida mejor para él y la única manera de lograrlo era alejándolos de aquella tierra sumida en el caos.

—Mi amado señor, no deseo alejarme de usted. Permítame quedarme hasta el final —suplicó Hatsu de rodillas.

—No, Hatsu, necesito que mi estirpe se prolongue en el tiempo a través de nuestro hijo. Aquí no tendrá futuro, ya he dispuesto los documentos necesarios que lo reconocen como heredero de mi apellido y dueño de todos los bienes que los espera en la tierra que he elegido para ustedes. —Su voz, aunque firme, tembló ligeramente al pronunciar la sentencia que los separaría.

Hatsu se aferró a sus rodillas, no como una suplicante, sino como una esposa que se niega a soltar el último aliento de su amor. Su rostro, surcado por las lágrimas que ahora corrían sin freno, imploraba más que sus palabras.

Su hijo se le acercó y mirándolo fijamente a los ojos le dijo:

—Haré lo que usted ordene, padre —hizo una reverencia y se dirigió a su madre—: Madre, no debes oponerte a los deseos de nuestro señor.

Nagayoshi lo tomó en sus brazos, sintiendo el pequeño cuerpo de su Mokuhei como una parte de sí mismo que esperaba ver la paz que a él le había sido negada, una existencia que no estuviese marcada por el estruendo de espadas y traiciones. Su tierra natal ya no era hogar. Estaba orgulloso de su actitud siendo tan joven. Estaba seguro de que había heredado su determinación y coraje.

—Cuida a tu madre —musitó en su oído, con voz ronca por la emoción contenida—. Serás el responsable de la familia cuando crezcas. La palabra responsable resonó entre ellos, una herencia más pesada que cualquier tierra. *Serás el responsable de la familia cuando crezcas*—. Hatsu derramaba lágrimas en silencio y sus padres y hermanas no se atrevían a decir una palabra—. Anjiro los llevará a Malaca, y de allí irán a Timor, una isla de Indonesia, en donde los espera una casa, tierras y un almacén con mercancías variadas. Tengo la esperanza de que sabrán aprovechar el lugar para establecerse y crecer. Anjiro, mi hombre de confianza, será nuestro contacto y mientras esté en Timor se quedará con ustedes, allí hay gran cantidad de portugueses con los que pueden establecer un comercio nada despreciable.

—Tengo temor de que seamos atacados por los habitantes de esas tierras, señor —se atrevió a decir su suegro, acostumbrado como estaba a las constantes guerras en Japón.

—No os preocupéis por eso. Allí y en cualquier parte, el que tiene dinero tiene el poder, y ustedes lo tendrán. De hecho, ya lo tienen. En Timor reina la paz, no tienen que temer. Deben procurar adaptarse al uso y costumbres de esas tierras y aprender su lenguaje para no ser engañados en el comercio.

—Así lo haremos, mi señor Miyoshi Nagayoshi. Agradecemos profundamente todo lo que usted ha hecho por nosotros, seguiremos sus órdenes fielmente —dijo el padre.

—Tal vez yo les dé el alcance —dijo Nagayoshi con un dejo de tristeza, una mentira piadosa que intentaba convencerse a sí mismo tanto como a ellos. Todo depende de lo que ocurra aquí.

Como si supieran que debían dejarlos solos, hicieron una profunda reverencia y salieron. Nagayoshi retuvo de la mano a su hijo y lo rodeó otra vez con sus brazos antes de que fuera con los abuelos. Confío en ti, Mokuhei.

Luego abrazó a Hatsu, la apretó contra sí como si pudiera absorber su esencia, su calor, la promesa de una vida diferente. Le dijo al oído:

—Jamás he amado como te amo a ti. Eres mi flor de primavera, espérame amor mío… Su voz se quebró al final, como una grieta en su armadura de hierro. Y se despidió, soportando a duras penas el nudo en la garganta, la punzada en el pecho que anunciaba la pérdida inevitable.

De regreso al castillo, las lágrimas afloraron a sus ojos, torrentes incontenibles que lavaban la imagen de su familia, la última visión de una vida que nunca podría ser suya. Sabía que no los volvería a ver. No podía abandonar Japón, tenía sobre su espalda todo el peso del clan Miyoshi, una esposa, un hijo y miles de hombres y mujeres de los que era responsable. Anheló con toda su alma ser un pastor, un humilde agricultor, o un Anjiro, libre y sin nadie que lo atase a un destino implacable. Deseó la paz con una intensidad que eclipsaba cualquier victoria pasada.

El ímpetu y la fuerza emocional que lo habían acompañado siempre empezaron a abandonarlo, pues pese a sus esfuerzos, no lograba unificar a los daimyō para hacer crecer el imperio que veía diluirse en luchas inútiles, en el afán de conseguir victorias

escuálidas para satisfacer sus egos. Él deseaba un imperio poderoso, no uno dividido y, por lo tanto, inestable. Era como si el alma de Japón se desangrara, y él, el gran unificador, se sentía impotente. Y al no obtener el respaldo de un emperador cuya figura era solo decorativa y que evitaba inmiscuirse en los problemas de su pueblo, su ánimo fue decayendo, consumido por la futilidad de una guerra interminable.

Nagayoshi tuvo que enfrentar una vez más al shōgun Yoshiteru, en una historia de nunca acabar, a él y a su eterno enemigo Harumoto Hosokawa, que seguían con sus deseos de recuperar Kyōto, con la única finalidad de obtener el poder *per se*. Una locución latina que había aprendido de Anjiro y que en esos momentos se aplicaba perfectamente a la situación que vivían sus eternos rivales.

Intentó interceptarlos, pero las cosas no salieron como esperaba y tuvo que darle la bienvenida a Yoshiteru a Kyōto. Cansado de tanta lucha estéril, Nagayoshi aceptó reestablecer el shogunato Ashikaga, dejó en él a Yoshiteru y se alejó de Kyōto.

Corría el año *Kōji* 3 (弘治三年), el quinto día del noveno mes (5 de septiembre de 1557), cuando el emperador Go-Nara falleció a la edad de sesenta y dos años. Debido a la precaria situación económica del palacio imperial y de su corte, el ascenso al trono de su sucesor, su hijo Ōgimachi, fue financiado por el daimyō Mōri Motonari, quien ya se perfilaba como uno de los más importantes señores feudales que darían paso a una nueva camada de daimyō, entre ellos, Oda Nobunaga.

No obstante, para Nagayoshi el clan Miyoshi era su responsabilidad y se debía a ellos, a sus hermanos y a su hijo Yoshioki. Debía seguir luchando para no perder más poder. Dirigió sus fuerzas a Kawachi y capturó el castillo de Takaya y luego el castillo de Imori. Esta vez los conflictos empezaron a surgir entre los miembros de su propio clan, cada facción familiar reclamaba un territorio. Tras muchas batallas y revueltas, en la era *Eiroku*(永禄), 1561, las fuerzas anti-Miyoshi se unieron y lanzaron un ataque

coordinado contra Nagayoshi y ambos bandos continuaron enfrentándose durante todo el año siguiente.

Un importante aliado que había apoyado los logros de Nagayoshi murió en batalla y dos años después uno de sus más feroces generales también murió, este de enfermedad. Su hijo Yoshioki, a quien le auguraba un prometedor futuro, murió envenenado.

Las sospechas recayeron sobre Matsunaga Hisahide, el general de confianza de Nagayoshi. Los espías ninjas le habían advertido que estaba conspirando para tomar el poder en el clan.

—No puede ser verdad, Hisahide es de mi total confianza —aseguró Nagayoshi, y no les creyó. Su lealtad, su fe en un hombre que había sido casi un padre, era inquebrantable.

En ese momento se presentó Hisahide con el rostro congestionado por la preocupación. —Debo informarle, señor, que su hermano Fuyuyasu está conspirando contra usted.

Nagayoshi no sabía en quién confiar. El mundo, que ya se le había resquebrajado, ahora se desmoronaba por completo bajo sus pies. No creía en nadie y la furia lo invadió, una furia ciega que lo llevaría a su perdición. Mandó asesinar a su hermano menor para después enterarse de que había sido una calumnia del hombre que más confiaba: Matsunaga Hisahide. El puñal no solo había atravesado a su hermano, sino que se había hundido en el último reducto de su ser.

Perdió los deseos de seguir luchando para conservar un poder que a la larga ni siquiera terminaría siendo suyo y decidió dejar Japón y reunirse con su amada Hatsu. La idea de la paz, de una vida sencilla lejos de la intriga, se había convertido en su único faro. Pero en la misma mañana en que tomó la determinación, sintió que las fuerzas habían dejado de acompañarlo, la debilidad que sentía se unió a una fiebre que lo postró durante varios días. ¿Sería el castigo del Dios de los cristianos? El delirio lo arrastraba a través de visiones de batallas, rostros de traidores y el eco de sus propias ambiciones insaciables. Deliraba.

Mi vida ha sido una larga cadena de muertes y deseos de poder. ¿Valió la pena?

Una noche llegó Anjiro, como si su Dios lo hubiese enviado.

—Mi señor, ¿qué te han hecho? —gimió al verlo postrado y agonizante.

—Dime Anjiro, háblame de Hatsu, de mi hijo…

—Ellos están bien, mi señor, siempre lo nombran y lo recuerdan, traigo un regalo de su señora Hatsu.

Sacó de uno de sus bolsillos un pañuelo de seda, el mismo que había llevado el viento hacia él cuando se conocieron. No era solo tela; era el aliento de Hatsu, el recuerdo de un amor puro en un mundo de sangre. Tenía el perfume de Hatsu, Nagayoshi lo aspiró varias veces y las lágrimas rodaron por sus mejillas, lágrimas de alivio, de pena, de un amor que perduraría más allá de la muerte

—¿Qué debo hacer para ir al cielo de tu Dios, Anjiro? —preguntó Nagayoshi ya sin fuerzas, su voz era un susurro apenas audible, la última súplica de un guerrero que solo anhelaba la paz.

—Solo debe morir, mi señor. Solo eso —respondió Anjiro con tristeza, con una voz suave como un consuelo, que traía el eco de una promesa divina.

—Ayúdame a llegar allí, mi buen amigo. —Con esas palabras, el gran Nagayoshi, el conquistador de Kinai, se rindió no a un enemigo, sino a la esperanza de un descanso eterno.

Anjiro, arrodillado, hizo la señal de la cruz, se persignó, pidió perdón por los pecados de Nagayoshi y le puso una mano en la frente.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, le ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén. Todos sus pecados le han sido perdonados, mi señor. Hoy mismo verá a Dios en el cielo.

Las palabras de Anjiro, cargadas de fe y compasión, fueron el bálsamo que Nagayoshi anhelaba. La fe de su amigo era su último refugio. Anjiro lo ayudó a persignarse y Nagayoshi dio un último suspiro y cerró los ojos para siempre con la seguridad de haber sido perdonado. Anjiro se lo había asegurado. Una paz, ajena a su vida, cubrió su rostro.

Miyoshi Nagayoshi falleció en la madrugada del séptimo mes del año *Eiroku* 7 (永禄七年), a los cuarenta y dos años, en el castillo de

Iimoriyama.

Su tumba se encuentra en el templo Shōken-in del complejo del templo Daitoku-ji en Kyōto, Japón.

Okura cerró el libro familiar y lo conservó pegado a su pecho. Y a pesar de que lo que acababa de leer había ocurrido hacía más de cuatro siglos, el dolor no era una simple abstracción, sino una punzada real que inundó su pecho. ¡Qué vida tan injusta llevó el joven Nagayoshi! Una vida de grandezas y tragedias, un destino cruel forjado por el poder.

Recordó como sombras a los demás en el búnker, sombras que murmuraban, abrían bultos y los iban apilando a la salida. Sabía que un día, esos mismos descendientes, portadores de su sangre y su legado, leerían esas páginas y comprenderían el valor, el sacrificio y la complejidad de la estirpe que corría por sus venas. Tenían mucho de qué sentirse orgullosos, no solo de la fortuna que actualmente disfrutaban, una fortuna que Miyoshi Nagayoshi puso en sus manos desde el inicio de sus tiempos para que ellos supieran administrarla.

¿Qué habría pasado si Nagayoshi se hubiese retirado a tiempo de Japón? Una pregunta que resonaba en los siglos, el lamento por un destino ineludible.

Eso jamás se sabría. Okura guardó el libro al lado de los otros y finalmente salió de la biblioteca, con el peso de la historia sobre sus hombros.

Algún día el joven Atagi sería quien completara su parte de la historia familiar.

Referencias al vocabulario

Akoya: Tipo de perla cultivada en agua salada, originaria de Japón, obtenida de la ostra japonesa Akoya. Estas perlas se caracterizan por su forma redonda y simétrica, su tamaño generalmente entre 6 y 8.5 mm, y su excepcional brillo, más intenso que el de las perlas cultivadas en agua dulce. Se cultivan principalmente en la bahía de Ago, prefectura de Mie, y representan pureza, paciencia y refinamiento.

Ama: Buceadoras tradicionales japonesas que practican la apnea para recolectar perlas, mariscos y algas en el fondo del mar.

Anko: Pasta dulce de judías rojas.

Ataque Shinpū significa “viento divino”, es la forma correcta en japonés de referirse a los ataques suicidas con aviones, conocidos erróneamente como “kamikaze” por los traductores estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial.

Bakayaro: Expresión japonesa ofensiva que combina “baka” (tonto, idiota) con “yaro” bastardo , canalla), intensificando el insulto.

Bakayaro: Se traduce aproximadamente como "tonto" o "idiota".

Bucho-san: Título honorífico japonés que se refiere al jefe o gerente de un departamento dentro de una organización.

Cafarena: Prenda de vestir, usualmente de punto, con cuello alto y mangas largas, que se usa para cubrir el cuello y mantener el calor en climas fríos.

Chaise longue: Asiento mullido, alargado y normalmente sin brazos, que permite estirar las piernas, en ocasiones diseñado como extensión lateral de un sofá.

Chashitsu: Espacio arquitectónico diseñado para la ceremonia del té.

Daiko: Servicio de conductor designado en Japón, utilizado cuando el propietario del vehículo no puede o no debe conducir, especialmente tras consumir alcohol.

Daiku: "carpintero" o "maestro constructor", especialmente en el contexto tradicional de la arquitectura japonesa.

Daimyō: Era un poderoso señor feudal, terrateniente y líder militar que gobernaba grandes extensiones de tierra y tenía vasallos samuráis a su servicio. Los Daimyō jugaron un papel crucial en la política y la sociedad japonesa desde el siglo X hasta el siglo XIX.

Dainichi: El buda Dainichi es la figura central del budismo esotérico. Su luz lo inunda todo y por eso se llama Dainichi, que podríamos traducir como "gran sol".

Futón: Un futón japonés es la cama de uso tradicional en la cultura nipona compuesta por un colchón de poco grosor, entre 5 y 15 cm, relleno de algodón natural y paja, cubierto por una funda, que se coloca directamente sobre el tatami en el suelo.

Gambatte kudasai Esa frase engloba el espíritu japonés, un impulso a dar lo mejor de uno, a no rendirse, a enfrentar los desafíos con dignidad y coraje.

Gyozas: Son empanadillas japonesas, similares a los *dumplings* chinos, rellenas de carne, verduras o mariscos, y cocinadas al vapor o fritas con una base crujiente. Se caracterizan por su masa fina y el uso de ajo y menos salsa de soja que los *dim sum* chinos.

Haijin: En el siglo XVI, China impuso políticas aislacionistas, como el Haijin (mar prohibida), que restringían el comercio marítimo privado y el asentamiento costero, buscando combatir la piratería wakō.

Han: Feudo gobernado por un daimyõ en el Japón pre-moderno, que incluía tierras, población y una fuerza militar compuesta por samuráis.

Ichigo Daifuku: Una variante con fresa y relleno dulce, habitualmente anko, dentro de un mochi redondo pequeño.

Idols: Idols: Término utilizado en la industria del entretenimiento asiático, especialmente en el K-pop, para referirse a artistas musicales que han sido entrenados intensivamente por agencias especializadas.

Iitoko-tori: Forma ancestral de aprendizaje de los japoneses. Se refiere a la práctica de adoptar y adaptar lo mejor de diferentes fuentes o ideas, integrándolas para crear algo nuevo y mejorado. Es un concepto central en la cultura japonesa, donde se valora la mejora continua y la adaptación de elementos externos.

Kaishakunin: Era la persona encargada de hacer de segundo durante el *seppuku*. Su deber era la decapitación del suicida para evitarle la agonía.

Kanji: No solo es parte de la escritura del nombre, también transmite significado y cultura. Al utilizar kanji en nombres, se pueden transmitir deseos para el futuro, cualidades de la persona o incluso la historia familiar.

Kanrei: En el Japón feudal, *kanrei* era un cargo político de alto rango, usualmente traducido como "lugarteniente del shogun" o "vice-shogun".

Karōshi: Fallecimiento causado por agotamiento y estrés producidos por exceso de trabajo.

Katana: Espada japonesa emblemática, reconocida por su hoja curva de un solo filo, guarda circular o cuadrada, y empuñadura larga diseñada para ser empuñada con ambas manos.

Kinako Mochi: Es un bocadillo tradicional japonés de pastelitos de arroz masticables espolvoreados con polvo de soja dulce y con sabor a nuez

Kinako: Harina japonesa elaborada a partir de soja tostada y molida, utilizada principalmente en la repostería tradicional.

Kogekitai" (神風特別攻撃隊 Unidad Especial de Ataque Shinpu) fue el nombre oficial de los escuadrones suicidas japoneses que estrellaban sus aviones contra buques enemigos. El término "kamikaze", aunque ampliamente difundido en Occidente, es una lectura errónea de los mismos kanji, ya que su pronunciación correcta en on'yomi es "Shinoù".

Kohai: Los miembros más nuevos o menos experimentados de una organización.

Konnichiwa: Saludo japonés que se traduce comúnmente como "hola" o "buenas tardes", utilizado entre el mediodía y el atardecer en contextos formales o neutrales.

Koseki: sistema de registro familiar en Japón, uno de los más antiguos del mundo. Funciona como un documento oficial que registra información clave sobre cada familia.

Kumichõ: Jefe supremo de la Yakuza.

Machiya: Casa tradicional japonesa de madera, comúnmente encontrada en ciudades como Kyōto.

Meu Deus!: ¡Dios mío!, en portugués.

Miegakure: en el diseño de jardines japoneses, se refiere a la técnica de "ocultar y revelar". Se trata de usar elementos como plantas, rocas, o estructuras para esconder parcialmente ciertas áreas o vistas del jardín, creando un efecto de misterio y descubrimiento a medida que el visitante explora.

Mikajime-ryō: Dinero que organizaciones criminales, como la Yakuza, exigen a comercios a cambio de "protección".

Mochi: pastel de arroz japonés tradicional, pegajoso y masticable

Myōgakin: Literalmente "dinero de gratitud" o "contribución divina". Este término se refería a pagos especiales o contribuciones que los comerciantes o gremios hacían a la autoridad (shogunato o daimyō) a cambio de privilegios, protección, licencias comerciales o para asegurar su posición. Era una forma importante de recaudación, especialmente cuando los señores de la guerra buscaban controlar las ricas ciudades mercantiles. Podría considerarse un tipo de "tributo" en el sentido de un pago por la "paz" o el derecho a operar.

Nam-myoho-renge-kyo!: Frase central del budismo Nichiren, considerada una herramienta espiritual para transformar el sufrimiento en felicidad y activar el potencial interior de cada persona.

Nanimo dekinai: Palabras que se utilizan cuando ya no hay nada qué hacer.

Não se preocupe: No te preocupes, en portugués.

Ninja: Guerrero japonés especializado en combate sigiloso, espionaje y asesinato, conocido también como *shinobi*. Los ninjas eran entrenados en diversas artes marciales, incluyendo el *ninjutsu*, y utilizaban técnicas de camuflaje y engaño para llevar a cabo sus misiones.

Niwaki: Se refiere a la poda y modelado de árboles de jardín para crear la apariencia de árboles maduros y esculpidos, imitando formas encontradas en la naturaleza. Se trata de un arte que busca integrar el árbol en el entorno del jardín, mostrando su estructura y arquitectura a través del follaje podado.

O bāchan: Palabra japonesa que significa abuela. También puede referirse a una "señora mayor" o "mujer de mediana edad". Es una forma cariñosa y respetuosa de dirigirse a una mujer mayor.

Ohayou gozaimasu: Significa "buenos días" y se usa por la mañana, especialmente en situaciones formales o con personas mayores o de mayor rango.

Ojiisan: "tío", pero también puede referirse a un "hombre de mediana edad" en general. También puede referirse a un hombre mayor.

Omiai: Es una forma tradicional de conocer a alguien con la intención de matrimonio, mediada por un tercero. Aunque se parece a una cita a ciegas, el propósito es más formal y serio, con el objetivo de evaluar una posible unión matrimonial.

Origami: Arte japonés que consiste en crear figuras doblando papel, sin usar tijeras ni pegamento. La palabra "origami" proviene de las palabras japonesas "ori" (doblar) y "gami" (papel). Es un arte que desarrolla la creatividad, la concentración y la motricidad fina.

O-seibo: Costumbre de dar regalos de fin de año como muestra de gratitud y respeto hacia aquellos que te han apoyado durante el año, especialmente a superiores, clientes, y familiares.

Pan-pan: es un término despectivo para las prostitutas callejeras que (en su mayoría) servían a los soldados de las fuerzas de ocupación.

Roji: Sendero de piedra que conecta el mundo exterior con el silencio interior de la casa de té.

Saikeirei: Se refiere a la reverencia más profunda, un gesto de respeto máximo que se realiza con una inclinación del cuerpo de 45 a 90 grados.

Sakoku: Literalmente "país en cadenas", fue la política de aislamiento internacional que Japón mantuvo durante 264 años, desde 1639 hasta 1853, bajo el shogunato Tokugawa.

Sakuramochi: Pastel de arroz dulce de color rosa (mochi) relleno de pasta de frijoles rojos (anko) y envuelto en una hoja de cerezo encurtida, que puede ser comestible o no según la preferencia individual.

Seiseizushi: En el contexto del sushi, se refiere a una forma temprana de sushi donde el pescado se conservaba con arroz fermentado, y luego se consumía tanto el pescado como el arroz, que todavía no había perdido su sabor. Es considerado como el precursor del sushi moderno y representa una transición entre la conservación del pescado y una forma de cocinarlo.

Seiza: Significa literalmente "sentado correcto" y se refiere a la forma tradicional de sentarse con las piernas dobladas debajo del cuerpo, apoyando los glúteos sobre los talones. Es una postura que se utiliza en diversas situaciones formales y en la práctica de artes marciales japonesas, transmitiendo respeto y formalidad.

Senjinkun: «Manual de Campo para la Batalla Decisiva de la Patria». Código militar japonés entregado a los soldados del Ejército Imperial durante la Segunda Guerra Mundial, considerado una lectura obligatoria que promovía disciplina, lealtad absoluta y disposición al sacrificio por la patria.

Senpai: En el contexto japonés, se refiere a alguien con más experiencia, antigüedad o rango en una organización, como una escuela, un club, o un lugar de trabajo.

Seppuko: Era un ejercicio altamente ritualizado limitado a la casta guerrera japonesa, los samuráis, con su práctica sancionada que abarca desde el siglo VIII hasta su prohibición formal en 1873. En su forma más idealizada, el *seppuku* era un acto que, en esencia, simbolizaba la resolución ante la muerte. En idioma vulgar: harakiri.

Shinpu: "viento divino" : Término japonés que designa originalmente los tifones que, según la leyenda, salvaron a Japón de las invasiones mongolas en los siglos XIII. Durante la Segunda Guerra Mundial, "Shinpü Tokubetsu

Shōgun: Es un título japonés que originalmente significaba "comandante del ejército" y se convirtió en el nombre de los líderes militares que ejercieron el poder político y militar en Japón

Shōgunato: Fue un gobierno militar en Japón, liderado por un shogun, que gobernó en nombre del emperador. El shōgunato existió con interrupciones desde finales del siglo XII hasta la Restauración Meiji en 1868

Sumashi: Sopa japonesa clara y elegante, elaborada con caldo dashi, algas kombu y copos de bonito seco (katsuobushi), sazonada con salsa de soja y sake. Es una expresión de simplicidad refinada en la cocina japonesa.

Surippa: pantuflas.

Tada-yori takai mono-wa-nai: "Más caro es lo dado que lo comprado".

Tantō: espada corta japonesa, similar a un puñal, con una hoja de entre 15 y 30 centímetros de longitud, usada principalmente por los samuráis.

Teki-ya: Vendedor ambulante que históricamente formó parte de la estructura social que dio origen a la Yakuza, la mafia japonesa. Junto con los *bakuto* (jugadores), los *tekiya* son considerados predecesores de la Yakuza moderna.

Tenkabito: Se refiere a una figura histórica de gran poder, alguien que efectivamente gobierna o tiene el control sobre el "*Tenka*" (天

下), que significa "el mundo" o "el reino" en japonés. En esencia, se refiere a un líder supremo, alguien que ejerce un poder similar al de un shogun o un emperador, pero con connotaciones de conquista y dominio sobre el territorio.

Tensai: Es una palabra japonesa que se traduce como "genio" en español.

Tora, Tora, Tora!: era la frase que utilizaron los japoneses para indicar que se había alcanzado con éxito la primera etapa del ataque. "Tora" significa tigre en japonés.

Toyoda: El nombre de la familia es Toyoda, pero se cambió a Toyota porque "Toyota" en japonés requiere 8 trazos, y el 8 es considerado un número de la buena suerte, además de para simplificar la pronunciación y desvincularla del significado agrícola de "Toyoda" ("arrozales fértiles").

Tsukiakari no Niwa: Jardín Iluminado por la Luna.

Unjō: Era un tipo de impuesto o arancel, se refería a los gravámenes sobre actividades económicas específicas, como el comercio, la producción artesanal, los gremios, las minas, la pesca, o el transporte.

Uranaishi: Adivino.

Você entende? ¿Usted entiende? En portugués.

Waka-gashira: Mano derecha del jefe de la Yakuza.

Wakō: Piratas japoneses.

Washi: es el nombre del papel japonés tradicional, conocido por su resistencia y ligereza, fabricado a mano con fibras de corteza de plantas como el kozo, el mitsumata y el gampi. El término "*washi*" significa literalmente "papel japonés". Además de su uso en arte y artesanía, el washi también se emplea en la restauración de documentos y objetos de papel debido a su durabilidad.

Yankii go homu!: es una expresión de protesta que se usa para expresar oposición a la presencia o influencia de Estados Unidos: Yankee go Home!

Zaibatsu: Término japonés que significa "camarilla financiera" y se refiere a los grandes conglomerados industriales y financieros que dominaron la economía japonesa desde la era Meiji.

Zeppitsu: Si algo tenía la cultura japonesa medieval, era la capacidad de convertir todo, incluso el acto de quitarse la vida, en una forma ritual, casi artística, pese a lo morboso que pueda resultar. El *zeppitsu* era un verso de despedida que el individuo escribía antes de darse muerte.

Bibliografía

Amano, Tadayuki (2010). 戦国期三好政権の研究 [Investigación sobre el gobierno de Miyoshi durante el período Sengoku] (en japonés). 清文堂出版 . págs. 344-345.

Elison, George; Smith, Bardwell L., eds. (2021). Señores de la guerra, artistas y plebeyos: Japón en el siglo XVI . University of Hawaii Press. pág. 47. ISBN 978-0824844929. Recuperado el 1 de junio de 2024.

Ferejohn, John ; Rosenbluth, Frances McCall (2010). Guerra y construcción del Estado en el Japón medieval . Stanford University Press. Págs. 149, 170, glosario. ISBN. 9780804774314. Recuperado el 1 de junio de 2024.

Iimoriyama jo a Miyoshi Nagayoshi (Castillo de Iimoriyama y Miyoshi Nagayoshi) 『飯盛山城と三好長慶』 仁木宏 , 中井均 , 中西裕樹 (戎光祥出版 2015) ISBN 4864031770.

Imatani, Akira; Amano, Tadayuki (2013). 三好長慶 [Nagayoshi Miyoshi]. 宮帯出版社 . ISBN 978-4-86366-902-4.

Bowen, John P.. "The Gift of the Gods: The Impact of the Korean War on Japan" (1984). Master of Arts (MA), Thesis, Political Science & Geography, Old Dominion University, DOI: 10.25777/cq52-g591 https://digitalcommons.odu.edu/gpis_etds/186

Morton, Louis. «Japan's Decision for War». U.S. Army Center Of Military History.

«Pearl Harbor: los otros lugares atacados por Japón al mismo tiempo que el puerto (y cómo afectaron la geopolítica mundial)». BBC News.

21914232_tfg_NOELIAPINTOJAPÓNFINAL- https://titula.universidadeuropea.com/bitstream/handle/20.500.12880/8087/21914232_tfg_PintoNoelia.pdf?

sequence=1&isAllowed=y#:~:text=Despu%C3%A9s%20de%207%20a%C3%B1os%20de,de%20referencia%20a%20nivel%20mundial.

NAKANO Akira, Monogatari zaibatsu no rekishi, Shodensha, 2014.2 【 DH117-L3 】

Comisión Nacional de la Salud (China), ed. (7 de febrero de 2020). « 国家 卫生健康委关于新型冠状病毒肺炎暂命名事宜的通知通知 » (en chino). Archivado desde el original el 16 de febrero de 2020.

Berry, Mary Elizabeth. La cultura de la guerra civil en Kyōto. University of California Press, 1994. Un análisis en profundidad de los cambios culturales y sociales en Kyōto durante la era Sengoku.

Si te gustó esta novela

Te invito a leer otras de mis obras:

La búsqueda
El legado
Dimitri Galunov
El cóndor de la pluma dorada
El piso de la calle Ryden
La última portada
Amanda
El gigoló
¿Quién era Brian White?
El pacto
El rastreador
La lista
El sustituto
Hijo del pasado
Dos caminos un destino.
El secreto - El manuscrito I
El coleccionista - El manuscrito II
El retorno - El manuscrito III
El vendedor de naranjas
Desafío

Acerca del autor

Blanca Miosi nació en Lima, Perú y vive desde hace muchos años fuera de su país. Publicó su primera novela La Búsqueda, (Roca Editorial) 2008, una obra basada en la vida de su esposo, superviviente de Auschwitz y Mauthausen, tuvo una gran acogida internacional. Fue ganadora del Thriller Award en 2007.

Asistió como representante del Perú de la Asociación Mundial de Mujeres Periodistas y Escritoras (AMMPE) en noviembre 2012, en esta ocasión en Taichung, Taiwán; en cuya ponencia habló acerca de la publicación digital y el uso de las redes sociales para beneficio del escritor.

En octubre 2015 Amazon la invitó como ponente en Amazon Academy en la ciudad de Madrid, España, en ocasión de que su novela La búsqueda fue la novela en español más vendida de todos los tiempos en Amazon.

En julio de 2017 fue invitada especial al Perú por Amazon para promover el 4° Premio Literario de Amazon como miembro del jurado.

Miembro del jurado en 2017, 2018, 2019 y 2020 del Premio Literario Amazon.

Ha publicado a través de las editoriales españolas: Ediciones Roca, Viceversa y Ediciones B.

La Trilogía El manuscrito fue seleccionada para ser publicada a través del sello editorial Amazon Publishing; igualmente, su novela "El manuscrito" fue traducida por Amazon Crossing al alemán.

Algunas de sus obras están publicadas en francés, inglés, chino, croata, alemán y polaco.

blancaemiosi@gmail.com

X: @BlancaMiosi